

BV 4531 .H613 1883

Hodge, Charles.

El Camino de la vida

For the Library of
the Theological Seminary
at Princeton, N.J.
as an humble tribute
to the memory of the
sainted author,

by

J. M. S.
Mexico City, Mexico.

July 1, 1884,



Digitized by the Internet Archive
in 2014

EL
CAMINO DE LA VIDA.

POR
CHARLES HODGE,

PROFESOR DEL SEMINARIO TEOLÓGICO DE PRINCETON,
NEW JERSEY, E. U. A.

TRADUCIDO AL ESPAÑOL POR EL
REV. J. MILTON GREENE, MÉXICO.



SOCIEDAD AMERICANA DE TRATADOS.

150 CALLE DE NASSAU, NUEVA YORK.

The Way of Life.

TABLA DE MATERIAS.

CAPÍTULO I.

LAS ESCRITURAS SON LA PALABRA DE DIOS.

SECCION I.—Evidencia interna del origen divino de las Escrituras	7
SECCION II.—La evidencia interna de su divino origen es el fundamento propio de la fé en las Escrituras .	19
SECCION III.—Evidencia externa del origen divino de las Escrituras. Testimonio de la Iglesia	26
SECCION IV.—Argumento derivado de las Profecías .	31

CAPÍTULO II.

EL PECADO.

SECCION I.—Todos los hombres son pecadores. La naturaleza del hombre desde su caída es depravada .	44
SECCION II.—Los pecados de los hombres son numerosos y graves	52

CAPÍTULO III.

CAUSAS DE LA INDIFERENCIA DEL HOMBRE AL CARGO QUE SE LE HACE DE PECADOR.

SECCION I.—La falta de reflexion; la lucha contra el Espíritu Santo	67
SECCION II.—Objecciones sofisticas en contra de la doctrina de la Biblia	72

CAPÍTULO IV.

LA CONVICCION PERSONAL DE SER PECADOR.

SECCION I.—Conocimiento del pecado. Conciencia de nuestra propia indignidad	90
SECCION II.—Insuficiencia de nuestra propia justicia y de nuestra propia fuerza	105

CAPÍTULO V.

JUSTIFICACION.

SECCION I.—Importancia de la doctrina. Explicacion de los términos bíblicos relativos á ella. La justificacion no es por medio de las obras	116
SECCION II.—Las demandas de la ley quedan satisfechas con lo que Cristo ha hecho	130
SECCION III.—La justicia de Cristo es el verdadero fundamento de nuestra justificacion. Efecto práctico de la doctrina	149

CAPÍTULO VI.

LA FÉ.

SECCION I.—La fé es necesaria para la salvacion. Naturaleza de la fé salvadora	162
SECCION II.—La fé en cuanto á su relacion con la justificacion	176

CAPÍTULO VII.

ARREPENTIMIENTO.	185
--------------------------	-----

CAPÍTULO VIII.

PROFESION DE RELIGION.

SECCION I.—Naturaleza y necesidad de una pública profesion de Religion	207
SECCION II.—Bautismo y cena del Señor. Naturaleza, designio y eficacia de estos sacramentos	215
SECCION III.—Obligacion de recibir los santos sacramentos. Requisitos para llenar cumplidamente tal deber	233

CAPÍTULO IX.

SANTIDAD DE VIDA.

SECCION I.—Naturaleza de la verdadera Religion	245
SECCION II.—Medios de santificacion	270

PREFACIO DEL TRADUCTOR.

AL lanzar este libro al mundo que habla el Castellano, tengo la confianza de que será muy precioso para muchas almas. Como resúmen de las verdades evangélicas esenciales, me parece la mejor obra que existe en Ingles. Que Dios la bendiga y la acepte como instrumento para guiar á muchas almas por el Camino de la vida. Quiero manifestar cuanto debo al Prof. Pedro Aguirre, que ha revisado con mucho esmero mi traduccion, y á mis discípulos para cuyo beneficio principalmente emprendí el trabajo. Se notará que el estilo no es enteramente castizo, pero depende esto de que en muchos pasajes se ha sacrificado la elegancia en el decir á la sencillez y claridad, y de que el traductor es poco versado en el Castellano, siendo esta una de las primeras obras que ha traducido.

J. MILTON GREENE.

MEXICO, 10 de Mayo de 1883.

EL

CAMINO DE LA VIDA.

CAPÍTULO I.

LAS ESCRITURAS SON LA PALABRA DE DIOS.

SECCION I.—EVIDENCIA INTERNA DEL ORÍGEN DIVINO DE
LAS ESCRITURAS.

FRECUENTEMENTE sucede, que los que oyen el Evangelio dudan si es realmente la palabra de Dios. Han sido enseñados desde la infancia á tenerlo como una revelacion divina, y no conocen razon alguna de suficiente peso para rechazarlo; por consiguiente prestan un asentimiento general á sus doctrinas. Hay veces, no obstante, que con gran placer desearian abrigar la conviccion de que la Biblia no es una fábula astutamente inventada. Se imaginan que si les fuese evidente su verdad, se someterian con gusto á todo lo que el Evangelio prescribe. Tales dudas no nacen de que les falte evidencia respecto á la autoridad divina de la Escritura, pues no sufririan un cambio si tal evidencia se aumentase en ellos: se originan del estado mismo del corazon. La mas importante de todas las evidencias del Cristianismo nunca puede apreciarse propiamente, si el corazon no es recto delante de Dios. La

misma manifestacion de la verdad que produce firme conviccion en un alma, deja á otra en estado de duda y de incredulidad; y la misma alma frecuentemente pasa con rapidez, aunque racionalmente, del estado de escepticismo al de fé, sin cambiar en lo que atañe á la evidencia externa que se le haya podido presentar.

Es imposible que la mera evidencia externa produzca genuina fé. Los Israelitas que habian visto una larga sucesion de milagros en el país de Egipto; que habian pasado por las aguas divididas del mar Rojo; que recibian por milagro su alimento de los cielos; que habian temblado á la vista de las manifestaciones de la magestad divina en el monte Sinaí; todavía cercanos á aquel monte, hicieron un becerro de oro para tenerlo por Dios. Los hombres que vieron los milagros de Cristo, obrados casi todos los dias en su presencia, exclamaron, “¡Crucifícale! Crucifícale!” Por eso nuestro Salvador dijo, que los que no oyen á Moises y á los profetas, tampoco se persuadirian aunque alguien resucitara de entre los muertos. Podemos concluir con fiadamente, por tanto, que los que no creen ahora en el Evangelio, no se persuadirian aunque hubieran de presenciar todos los milagros que Cristo obró.

Es importante que la atencion de los que dudan, se dirija al hecho de que su carencia de fé debe atribuirse á su propio estado moral, y no á defecto en la evidencia de la verdad. “Si nuestro Evangelio está encubierto,” dice el apóstol, “lo está para los que se han perdido, á los cuales el dios de este mundo les ha cegado el entendimiento para que no crean, y á fin de que

no les ilumine la luz evangélica de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios.”

En la doctrina aquí establecida no hay nada incompatible con nuestra experiencia diaria. Ninguna verdad puede comprenderse con propiedad si el entendimiento no se cultiva debidamente para entenderla. Respecto de los objetos de gusto, si no se tiene aptitud para sentir la relacion que hay entre ellos y el ideal de belleza, no se puede haber aprecio alguno relativo á su excelencia; y es más claro esto respecto de la verdad moral y religiosa, que requiere en el entendimiento aptitud para su percepcion. Si nuestro sentido moral se hubiera destruido completamente por el pecado, no tendríamos ninguna percepcion de las distinciones morales; si está viciado, lo que es verdadero en sí mismo, y verdadero á juicio de los de limpio corazon, no lo será para nosotros. Un hombre que no tiene una apreciacion adecuada de la maldad del pecado, no puede creer en la justicia de Dios. Si se despierta su conciencia, se convence inmediatamente, sin necesidad de recibir prueba alguna.

Nadie puede dejar de observar que la Biblia requiere una fé inmediata é implícita de todos los que la leen. Puede estar abandonada en el escritorio del filósofo; ó en el pupitre del marino audaz; ó puede encomendársele á un misionero todavía ignorante de la lengua de los paganos á quienes quiera ilustrar; mas luego que se abre, en éstas ú otras circunstancias semejantes, emite la misma tranquila voz: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; mas el que no cree en el Hijo no verá la vida, temiendo la ira de Dios suspen-

dida sobre sí." Si esta exhortacion se limitase á los doctos, supondriamos que descansaba en una evidencia que solamente los doctos pueden apreciar; ó si fuera hecha solamente á aquellos á quienes se ha presentado la Escritura por ministros debidamente comisionados para ello, supondriamos que descansaba en la autoridad de estos mismos; pero no tiene tal limitacion. Es inseparable de la Palabra misma. La Biblia es tan imperativa cuando se lee por un niño á una reunion de paganos, como cuando se proclama en una catedral. Pero si esta peticion de fé acompaña á la palabra por donde quiera que vá, debe apoyarse en la evidencia contenida en la palabra misma. La peticion de fé no puede extenderse más que la manifestacion de la evidencia. Por tanto si no restringimos la obligacion y los beneficios de la fé á los que son capaces de apreciar la evidencia externa de la Biblia, debemos admitir que contiene en sí su propia evidencia.

Hacer el testimonio de otros, en cuanto á la verdad del Cristianismo, el fundamento de la fé, es inadmisibile por dos razones obvias: en primer lugar, como se ha dado á entender, *no tiene la extension suficiente*. La obligacion de creer comprende á multitudes á las cuales no se dirige dicho testimonio. En segundo lugar, *es del todo inadecuado*. A la gran masa de la humanidad no puede exigírsele que crea, por el testimonio de unos cuantos doctos, en una religion que debe ser la norma de su conducta en este mundo y que tiene que decidir de su destino en el otro. Ademas, la gente docta testifica en favor del Alcoran, del mismo modo que otros lo hacen respecto de la Biblia. De consiguiente

no puede ser un fundamento idoneo de fé lo que puede argüirse tanto en apoyo del error como de la verdad. Pretender que el vulgo puede distinguir porque el testimonio de los cristianos doctos es fidedigno, miéntras que el de los Musulmanes doctos debe rechazarse, es exigírsele una empresa tan árdua como el exámen de las evidencias históricas del Cristianismo. No hay, pues, medio de justificar la universal, inmediata y autoritativa petición que la Biblia hace á nuestra fé, si no es admitir que contiene en sí las pruebas de su divino origen.

Tal vez no sea fácil, y acaso ni posible, hacer una adecuada exposicion de la naturaleza de esta prueba á los que profesan como doctrina el no verla. Sin embargo, puede decirse lo bastante para manifestar que es un fundamento racional é idóneo de implícita confianza. Todas las obras llevan consigo el sello de su autor. Aun entre los hombres, es difícil que uno plágie con éxito lo que á otro pertenece. ¿Debe entónces estrañarse que las obras de Dios tengan la inimitable marca de su autor? ¿No es pregonada acaso su gloria por los cielos? ¿La estructura de un insecto no evidencia con la misma claridad una obra del Señor? ¿Porqué pues habria de tenerse por increíble, que su palabra haya de contener en sí la evidencia de su divino origen? Si la Biblia es la palabra de Dios, debe llevar impresa la marca de su carácter y debe por lo tanto hacer patente su divinidad.

Puede objetarse que no somos competentes para juzgar acerca de esta evidencia. Si se requiere cultivar tanto la inteligencia para formar un juicio sobre la exce-

lencia de las producciones humanas, y un conocimiento tan exacto del carácter de sus autores, para decidir respecto á la originalidad de las mismas ¿quién puede pretender conocer á Dios de modo que esto lo ponga en aptitud de juzgar lo que es, ó lo que no es digno de su mano? Esta sería una objecion fatal, si la evidencia interna de las Escrituras consistiese en su excelencia intelectual. Pierde su fuerza, sin embargo, cuando se recuerda que esta excelencia es en gran parte moral, y que la bondad lleva consigo su propia evidencia. La apreciacion de una evidencia de esta clase no requiere mejor refinamiento ó grado de comprension; requiere simplemente rectos y morales sentimientos. Donde estos existen, la evidencia de que la bondad es bondad, es inmediata é irresistible. No creemos en la divinidad de la Biblia porque esté escrita con sobrehumana destreza, ni porque su distincion de carácter ó su elocuencia sobrepuje los alcances del hombre. Estos son asuntos para los que la generalidad de los hombres, son jueces incompetentes. La evidencia de lo que se trata se halla al alcance del hijo más humilde de Dios. Es en parte positiva y en parte negativa. Consiste en primer lugar, en la ausencia de todo lo que es incompatible con un origen divino. No hay nada que pugne con la razon, ni nada que pugne con la verdad. Si las Escrituras contuvieran algo contrario á la razon ó al recto sentimiento moral, creer en su divino origen sería una cosa imposible. Tal creencia envolveria la acusacion hecha á su autor de torpeza ó de pecado. En esta evidencia negativa hay mas de lo que podemos imaginar. No puede argüirse en favor de ningun libro, excepto la Biblia, el

derecho de un origen divino. Pues que un infranqueable golfo se halla entre las Escrituras y todos los escritos apócrifos. Los derechos de estos últimos carecen de fundamento bajo todos aspectos, por el hecho de contener bases que no pueden ser verdaderas.

No obstante, la evidencia interna positiva de un origen divino es la que presta autoridad y poder á los derechos de la Biblia. Esta evidencia consiste principalmente *en su perfecta santidad, y en la conformidad de todos los principios que establece relativos á Dios, al hombre, á la redencion y á un estado futuro, con nuestro recto juicio, nuestra racional comprension y nuestra experiencia personal.* Cuando el entendimiento se ha ilustrado de modo que pueda ver la santidad; cuando percibe con cuanta exactitud concuerda la regla del deber prescrita en la palabra de Dios con la que nos dicta la conciencia; cuando nota la coincidencia que existe entre la exposicion que nos hace de la naturaleza humana, y lo que la experiencia humana nos demuestra, notando á la vez cuan exactamente se pone en nuestro paso; cuando siente con cuanta eficacia obran las verdades en ellas presentadas para purificar, consolar y sostener al alma, la creencia de las Escrituras es una consecuencia necesaria. La idea de que tal libro es una mentira y un enredo envuelve una contradiccion. La inteligencia humana está constituida de tal modo, que no puede rehusar su asentimiento á la evidencia, cuando la percibe con claridad. No podemos retirar nuestra confianza á un hombre cuya excelencia moral está clara y constantemente manifestada. No podemos ver y sentir su bondad, y sin embargo tenerle

por embustero ó impostor. De igual manera, no podemos ver la excelencia de las Escrituras y sin embargo tenerla por una enorme falsedad. La Biblia pretende ser la palabra de Dios; habla en su nombre y asume su autoridad. ¿Cómo pueden ser éstas pretensiones falsas y no obstante ser tan santa la Biblia? ¿Cómo puede la falsedad ser elemento de una excelencia perfecta? El solo medio de retirar nuestra confianza al testimonio competente de un hombre, es mostrar que este carece de bondad. Si admitimos que la posee no podemos negar confianza á su palabra, especialmente si todo lo que dice se halla confirmado por nuestra propia experiencia, y se recomienda á nuestra conciencia y á nuestro juicio. Así tambien es imposible que discernamos la excelencia de las Escrituras, y sintamos la correspondencia que tiene con nuestra experiencia y nuestras necesidades, y supongamos, á pesar de eso que no son verdaderas.

Cuando la Samaritana refirió á sus paisanos que Jesus le habia dicho todo lo que ella habia hecho, muchos de ellos creyeron. Pero despues que hubieron escuchado sus instrucciones, dijeron á la mujer: "ahora creemos, no por tu dicho, sino porque le hemos oido nosotros mismos, y conocemos que este es en verdad el Cristo, el Salvador del mundo." Juan 2:42. Ningun cristiano puede sorprenderse de esta declaracion, ni creer que la fé en Cristo esté fundada en lo que El dijo, ya fuese irracional ó entusiasmadamente. Debemos creer así mismo, que hubo una manifestacion tan inefable de bondad en el aspecto del Redentor, en su porte y en sus doctrinas, que inspiraban una confianza suma.

Los que estaban justamente afectados, no podían ménos que creer todo lo que El dijo, á saber, que era el Cristo que vino á buscar y á salvar á los extraviados; á emplear su vida en el cuidado de sus ovejas, y á darla como rescate de muchas. ¿Podemos dudar que la bondad del Salvador, la elevacion, santidad y poder de sus instrucciones, su correspondencia con nuestra propia naturaleza, con nuestra experiencia y nuestras necesidades no formen por sí mismas una base del todo fidedigna? Todo esto lo tenemos; lo tiene todo aquel que lee la Biblia. Allí el Salvador ostenta una magestad de excelencia singular. Profiere en todos los oídos palabras de vida eterna; declara su origen, su mision, el designio de su advenimiento y muerte; ofrece perdón y vida eterna á los que se dirigen á Dios por su conducto. Reina el mas perfecto acuerdo entre sus pretensiones y su conducta, entre sus doctrinas y lo que sabemos y necesitamos. Para no creerle es necesario tenerle como embustero; y para conceptuarlo así, es necesario no creer en nuestras propias percepciones; porque sabemos lo que se entiende por bondad, y sabemos que ni la bondad puede engañar, ni Dios puede mentir.

No existe casi diferencia alguna, por lo que toca á la fuerza de esta clase de evidencia, entre que nosotros personalmente hubieramos visto y oído al Salvador, ó que leamos la manifestacion de su carácter y el recuerdo de sus instrucciones, porque la evidencia se apoya en su bondad y en la naturaleza de sus doctrinas. Lo mismo que nos pasa á los que leemos la Biblia, debe haberles pasado á los que oyeron al Salvador. Por tanto al re-

chazarla, hacemos á nuestro deber y á nuestra razon una violencia igual á la que les hicieron sufrir los que no creyeron porque no eran miembros de su rebaño, esto es, porque eran insensibles á la obligatoria influencia de la gracia y de la verdad que dimanaban de El. Pregunta pues alguno: "cómo podemos saber que la Biblia no es un embuste?" Hágasele considerar lo que tal presuncion envuelve en sí. Ella supone en efecto, ó que los escritores de la Biblia fueron unos necios, creencia semejante á la de que Newton fué un idiota, ó que fueron unos malvados, cosa que nadie que sepa lo que es bondad, podrá admitir. Por consiguiente, por donde quiera que la Biblia vá, lleva consigo la evidencia que es irresistible (cuando se le atiende y se le aprecia) de que sus autores no fueron ni embaucadores ni embusteros.

Puede presentarse la objecion de que si la Biblia contiene tan clara evidencia de su divino origen, ¿por que hay tantos incrédulos? A esto se puede contestar que hay dos cosas necesarias para que la evidencia produzca conviccion. La primera es, que se le atienda, pues de otro modo sería como si no existiese. De los muchos millones de personas afiliadas en el Cristianismo, hay comparativamente pocas que prestan á la Escritura una séria atencion. El que tales personas carezcan de fé efectiva, no debe sorprender más, que el que ignoren lo que nunca han aprendido. El segundo requisito para la percepcion de la evidencia, es que esta se comprenda, ó realmente se perciba. Si la evidencia se dirige al entendimiento, debe haber en el alma fuerza suficiente para comprender su naturaleza y condicion; si se dirige á la facultad moral, debe haber sensibilidad

moral para apreciarla, ó sucederá lo que con la luz que hiere los ojos de un ciego. La evidencia interna de la Escritura pertenece en gran parte á esta última especie. Consiste en su perfecta santidad. Los hombres, á medida que se corrompen, se ciegan para esta clase de evidencia. Puede existir en toda su fuerza y ser estos insensibles á ella. Otra parte de esta evidencia consiste en el acuerdo que se halla entre la Escritura y la experiencia religiosa del hombre. Los que no han adquirido esta, no pueden recibir aquella. Puede darse además, por razon de esta evidencia, el poder de Dios para vencer el pecado, para purificar los afectos y para difundir en el corazon la paz y la alegría. Los que nunca han tenido este poder no pueden apreciar esta especie de prueba. Por tanto, el hecho de que una porcion tan grande de la humanidad no tenga adecuada fé en la Escritura, no produce presuncion en contra de la existencia de su evidencia suficiente. Este hecho está en perfecta consonancia con lo que la Biblia enseña, respecto del estado moral del hombre.

Otra objecion puede hacerse al fundamento de la fé ántes expuesto, y es, que conduce al entusiasmo y destruye la distincion entre la religion falsa y la verdadera. Se dice que todos los entusiastas creen ver una excelencia admirable en la pretendida revelacion á que se adhieren. Queda desvanecida con solo preguntar si el hombre afecto á las letras tiene ménos fé en los bellos modelos de poesía, tan solo porque un insulso coplero haya llegado á tener quien lo admirase. Que el sensual, egoista y cruel carácter de Mahoma parezca bueno en el concepto de un Turco, no prueba que este sea un

entusiasta, como los que se inclinan con reverencia ante la suprema excelencia de Jesu-Cristo. Que el mundo pagano viese la evidencia de que sus dioses existian en los cielos y en el curso de la naturaleza, no significa que sea como uno de los entusiastas que reconoce en las obras de Dios las manifestaciones de poder infinito, de sabiduría y de bondad. Es más irracional aún presumir que no debemos sentir la fuerza de la verdad y de la excelencia, tan solo porque otros hayan atribuido estas cualidades al error y al vicio. No está de acuerdo con la condicion de nuestra naturaleza, que un individuo deba dejar de conocer si una cosa es buena ó verdadera, solo porque otros no la conocen. La evidencia es completa para él, aun cuando todo el mundo la rechace.

Si se preguntara ¿en donde está el modelo? qué criterio de excelencia existe por el que pueda yó estar autorizado para decidir que lo que llamo bondad lo es en realidad? Se toma la regla de la misma naturaleza del hombre. Sabemos que la benevolencia es mejor que la malicia; que la veracidad y la humildad son mejores que el engaño y el orgullo; y por la misma regla sabemos que el Cristianismo es mejor que el Hinduismo, y que el bendito Redentor es mejor que el Arabe impostor. Ningun juicio puede ser más seguro que este, ninguna persuasion más íntima, ni confianza ninguna más firme y racional. No, es por tanto, en contra de que se admita la excelencia de la Escritura, como una prueba de su divino origen, el que hombres enfatuados ó ilusos hayan atribuido excelencia á la necedad y la maldad.

SECCION II.—LA EVIDENCIA INTERNA DE SU DIVINO ORIGEN ES EL FUNDAMENTO PROPIO DE LA FÉ EN LAS SAGRADAS ESCRITURAS.

LAS Escrituras mismas enseñan claramente que la fé que exige se funda en la autoridad de Dios, manifiesta en ellas por la excelencia y por el poder de la verdad que contiene. En todas partes representan la fé como el efecto y la evidencia de un recto sentimiento moral, y la incredulidad como el resultado de una ceguera moral ó espiritual. Nuestro Salvador dijo á los Judios: “Si alguno cumple su voluntad sabrá si la doctrina es de Dios.” S. Juan 7: 17. Además, “El que es de Dios oye las palabras de Dios; así es que no las oís porque no sois de Dios.” S. Juan 8: 47. En otra acasion dijo, “Vosotros no oís porque no sois de mis ovejas; mis ovejas oyen mi voz.” S. Juan 10: 26, 27. El mismo apóstol dice refiriéndose á lo mismo, “Por esto conoceréis el espíritu de Dios. Todo espíritu que confiesa que Jesus es venido en carne, es de Dios: vosotros sois de Dios. El que conoce á Dios nos oye; el que no es de Dios no nos oye. Por eso conocemos el espíritu de verdad y el espíritu del error.” 1^a Juan 4: 2, 3. De la misma manera dice S. Pablo. “El hombre en estado natural no percibe las cosas del Espíritu de Dios, porque son necedades para él; no pueden conocerlas porque solo se discernen espiritualmente.” 1^a Cor. 2: 12. Y por otra parte, “Si nuestro Evangelio está encubierto, lo está para los que se han perdido, á los cuales el dios de este mundo les ha cegado el entendimiento para que no crean, y á fin de que no les ilumine la luz

Evangélica de la gloria de Cristo, que es la imágen de Dios.” “Pero Dios que mandó á la luz salir de las tinieblas ha iluminado nuestro corazon, para producir en él la luz que conozca la gloria de Dios en la faz de Jesu-Cristo.” 2^a Cor. 4 : 3, 4, y 6. La doctrina que se enseña en estos y otros pasajes semejantes, es que hay en la palabra de Dios y especialmente en la persona y en el carácter de Jesu-Cristo, una clara y admirable manifestacion de la gloria divina. El hombre en estado natural está ciego para esta manifestacion, y por tanto no cree; pero los que poseen el Espíritu de Dios, discernen esta gloria, y de consiguiente creen.

En consonancia con esta deduccion es por lo que la incredulidad se representa como una ofensa moral tan grave, y la fé como una obligacion tan importante. El Ateismo se considera en todas partes como un crimen, porque la evidencia de la existencia de Dios se halla presente en todas partes; sobre nosotros, á nuestro derredor y dentro de nosotros mismos. La Escritura se dirige á la constitucion moral, del mismo modo que al entendimiento especulativo. No pueden resistirse sin hacerse la misma violencia á las obligaciones morales, ó á la autoridad de las obligaciones morales, que la que envolvería el hecho de llamar virtud al vicio, y á la virtud vicio. De aquí es que la Escritura siempre habla de la incredulidad como de un pecado contra Dios, y como la causa esencial de la condenacion del mundo. “El que cree en El no será condenado, pero el que no cree en El ya está condenado, porque no creyó en el Hijo Unigénito de Dios.” S. Juan 3 : 18. No creer en el Hijo, tal como se ha revelado en la Escritura, es una

ofensa de la misma naturaleza, que la de no creer en Dios. En ambos casos se menosprecia la Suprema Excelencia revelada. En corroboracion á esto dice el Salvador: "El que me aborrece, aborrece tambien á mi Padre." S. Juan 15: 23. Por otra parte, se representa la fé como el mayor acto de obediencia, y como un acto moral del mayor aprecio ante los ojos de Dios. "Todo aquel que cree que Jesus es el Cristo, ha nacido de Dios." 1^a Juan 5: 1. "A todos los que le recibieron les dió poder de hacerse hijos de Dios, así como á todos los que creyeron en su nombre." S. Juan 1: 12. Y nuestro Salvador dijo á los Judios que preguntaban: "Esta es la obra de Dios, que creais en Aquel á quien ha enviado." S. Juan 6: 29. Estas representaciones no pueden conciliarse con la presuncion de que la fé se funda en un testimonio externo, pues que este no se dirige á nuestra naturaleza moral, ni el asenso que le damos; tiene la debida relacion con nuestro carácter moral. Todo es sencillo, no obstante, si se nos invita á que creamos en el Hijo porque su gloria como Hijo Unigénito del Padre la tenemos presente, y á que recibamos la Escritura porque lleva impreso el sello de su divina perfeccion. Si tal es el fundamento de la fé, la incredulidad es ciertamente un crimen. Equivale á rehusar reconocer la sabiduría y la santidad, y á confesar la manifiesta excelencia del Señor.

El fundamento de la fé visto bajo este aspecto, se confirma por los efectos atribuidos á la gracia, pues que obra por amor, purifica el corazon, vence las pasiones mundanas y produce la paz y la alegría. Se concibe ciertamente que la conviccion de las verdades que afec-

tan nuestro interés, de cualquiera manera que en nosotros se produzca, debe originarnos temor, tristeza ó consuelo, según su naturaleza; pero no se concibe que la creencia de las verdades morales ó religiosas, fundada en el testimonio de otros, predomine en nuestras impresiones. Un hombre puede creer, apoyándose en alguna autoridad, ó simplemente en un fundamento racional, que estamos bajo un gobierno moral, y que la ley que nos liga, es santa, justa y buena; pero semejante fé no dominará nuestra oposición. Con argumentos ó con milagros puede convencerse de la existencia de Dios; pero tal fé no podrá nunca producirle amor. La fé por tanto, no puede tener las cualidades que se le atribuyen, á ménos que se funde en la comprensión espiritual de las verdades creídas.

De aquí es que la fé se representa como un don de Dios. La evidencia ciertamente se presenta á todos, pues de lo contrario no existiera la obligación de creer; pero los hombres están moralmente ciegos, y por consiguiente deben abrírseles los ojos del entendimiento, á fin de que puedan comprender lo concerniente á Dios, lo cual se les pone á su alcance libremente. Por eso el apóstol dice á sus hermanos creyentes: "Teneis unción del Santísimo y todo lo sabeis. No os he escrito porque no conozcais la verdad, sino porque la conocéis y porque no hay mentira en la verdad. La unción que habeis recibido de El, la conservais, y no necesitais de ninguno que os la enseñe; pero por enseñaros todo, la misma unción que es verdad y no mentira, y aun por lo que os ha enseñado, debeis de vivir en El." 1^a Juan 2: 20, 21 y 27. Se enseña lo mismo aquí, que en otros

pasajes ya citados, que los creyentes han recibido del Espíritu Santo una influencia y una unción, que los convence de la verdad y los hace ver y conocer todo lo que es verdadero. Por eso S. Pablo dice, que su predicación no está engalanada con palabras de sabio, sino que lleva por mira la demostración del Espíritu y del poder; que la fé de sus oyentes no debe atenerse á la sabiduría de los mortales, sino al poder de Dios; esto es, que su fé no sea el efecto de hábiles razonamientos, sino de la percepción espiritual y de la experiencia de la verdad.

Todo esto se confirma por la constante práctica de los maestros inspirados. Aunque apelan á toda clase de evidencia en apoyo de las doctrinas que enseñan, á manifestaciones y prodigios y á diversos milagros y dones del Espíritu Santo, con todo de ninguna manera fundan la obligación de creer, exclusiva y esencialmente en estos signos exteriores. En muchos casos se exigía la fé por esos hombres inspirados, que nunca obraron milagros de ninguna especie, como lo hicieron en otros semejantes algunos de los profetas; y muchas veces se exigía mas todavía, por aquellos entre quienes nunca se habian obrado los milagros aludidos. Cuando los Judios pedían una señal y los Griegos pedían sabiduría, los apóstoles les predicaban á Cristo y á Cristo crucificado, como á sabiduría de Dios y á su poder, para dar salvación. Su constante esfuerzo se dirigía, por medio de la manifestación de la verdad, á recomendarse en la conciencia de todos, á la vista del Señor, y si su Evangelio estaba oculto lo era para los extraviados solamente.

Es claro por lo mismo, como se patentiza en la doc-

trina de la misma Escritura, que la palabra de Dios tiene que creerse, con motivo de la autoridad ó mandato de Dios que se manifiesta en ella, de un modo análogo á la manifestacion de sus perfecciones en las obras de la naturaleza. Si como enseña S. Pablo, están el poder eterno y la divinidad tan suficiente y claramente prabados por las cosas que han sido hechas, que ni aun los paganos podrian encontrar excusa: y si la incredulidad de estos se atribuye, no á la falta de evidencia, sino á su falta de voluntad para reconocer á Dios, no debemos admirarnos de que la clarísima manifestacion de la perfeccion divina que surge de la Escritura tenga que ser la base del mandato más imperioso de creer que se nos dirige.

Enseña la experiencia de todos los verdaderos cristianos, de todos los siglos y de todas las naciones, que su fé se funda en el conocimiento espiritual y en la experiencia de la verdad. Hay multitud de estos cristianos á quienes si se preguntase porqué creen que las Escrituras son la palabra de Dios, encontrarian difícil dar una respuesta, y su fé sin embargo es muy firme y racional. Están persuadidos de su fundamento, aunque no pueden explicarlo. Tienen el testimonio en sí mismos, y saben que creen, no porque otros creen ó porque hombres doctos hayan probado ciertos hechos que establecen la verdad del Cristianismo. Creen en Cristo por la misma razon que tienen para creer en Dios; y creen en Dios, porque ven su gloria y sienten su autoridad y su poder.

Y pues que la verdad de Dios contiene en su propia naturaleza una revelacion de excelencia divina, el peca-

do de la incredulidad es muy grave. No creer en Dios, claramente revelado, es la más grande ofensa que una criatura puede cometer contra su Creador. Rehusar nuestra creencia al testimonio de Dios, comunicado de la manera más conforme con nuestra naturaleza, es renunciar á nuestra lealtad al Creador. Menospreciar la evidencia de la verdad y de la excelencia de Jesu-Cristo, es la más grande iniquidad que podemos hacer contra la verdad y la excelencia. Este pecado es comun, y por tanto es generalmente desatendido. Los hombres no ven facilmente la vileza de las maldades que han cometido. Disciernen prontamente las faltas de otros que les exceden en iniquidad. Y de consiguiente el hombre que no se compunge por su fé esteril en el Hijo de Dios, aborrecerá al que llame al Redentor un impostor. No esperará ninguna explicacion ni atenderá ninguna excusa. El mero hecho de que un hombre conociendo las Escrituras sea capaz de tal juicio respecto del Hijo de Dios, es una prueba de maldad que nada puede contradecir. Empero cuan poca diferencia hay entre el estado del alma que admitiera tal juicio y la de los que no tienen ninguna fé en las palabras de Cristo; que menosprecian sus promesas y amonestaciones, que no las consideran como verdaderas, y por tanto las reputan como fábulas. La carencia de fé, de consiguiente, en que los hombre piensan con tanta indiferencia, se tendrá por el más irracional, y tal vez por el más grave de todos los pecados. Supone insensibilidad acerca de la más alta clase de evidencia, y envuelve un desaire á la mayor oferta que Dios haya podido hacer á la humanidad—el perdon, la santidad y la vida eterna.

SECCION III.—EVIDENCIA EXTERNA DEL ORÍGEN DIVINO DE LAS ESCRITURAS. EL TESTIMONIO DE LA IGLESIA.

COMO Dios ha dejado á los paganos tan solo con la revelacion de sí mismo en sus obras, sin la escrita, y les hace con todo responsables de su incredulidad, así nos podria haber dejado con solo la revelacion que de sí mismo hace en su Palabra. Pero ha tenido á bien confirmar aquella Palabra con pruebas externas del carácter mas convincente, de suerte que somos enteramente inexcusables.

El testimonio propio de la iglesia es argumento incontestable de la verdad del Cristianismo. La validez de este testimonio no depende de la infalibilidad atribuida á una determinada clase de hombres. Es simplemente el testimonio de un cuerpo de innumerables miembros en circunstancias que no dan lugar á la idea de ilusion ó de engaño. Por via de ilustracion tomad alguna rama de la Iglesia de Cristo; como por ejemplo, la Luterana. Ahora existe en Europa y en América. En cualquier lugar posee la misma version de las Escrituras y la misma confesion de fé. Según su testimonio debe su existencia como cuerpo organizado á Lutero, á quien atribuye la traduccion de la Biblia, y bajo cuyos auspicios afirma haber recibido la confesion de Ausburgo. Es claramente imposible que estos documentos durante el siglo presente hayan sido impuestos como verdaderos á los millones de hombres esparcidos por el mundo. Todos testifican haberlos recibido en su forma presente de manos de sus padres. Sobre este punto no es posible sospechar ni ilusion, ni engaño. En el siglo

XVIII encontramos á esta Iglesia poco ménos numerosa de lo que es ahora. Dió el mismo testimonio entónces que hoy. Unánimemente los miembros de dicha Iglesia declararon que sus padres poseyeron ántes que ellos los estatutos de su fé. Se repite este testimonio otra vez en el siglo XVII y tambien en el XVI, hasta el tiempo de Lutero. Este testimonio decisivo por sí mismo se confirma por muchas evidencias colaterales de toda clase. Todo, tanto en el estilo como en las doctrinas y en sus referencias históricas á los artículos de fé de la Iglesia Luterana, está relacionado con el siglo á que se refieren. La influencia de una sociedad que tenia tales doctrinas se puede conocer por todo su período intermediario. Las guerras, los tratados, las instituciones literarias y religiosas de esa edad recibieron su carácter en menor ó mayor grado de aquella sociedad. De consiguiente, como quiera que difieran los hombres respecto al carácter de Lutero, á la sabiduría de su conducta, ó á la verdad de sus doctrinas, ningun hombre sensato ha puesto en duda alguna vez el hecho de que vivió, tradujo la Biblia, organizó una Iglesia nueva y dió á sus adeptos la confesion de Ausburgo.

La misma série de consideraciones podrian hacerse respecto de la Iglesia de Inglaterra. Aquel extenso y poderoso cuerpo tiene sus "Treinta y nueve Artículos," su liturgia y sus homilias, respecto de todo lo cual ella testifica haberlo recibido de los Reformadores. Este testimonio no puede dudarse. En ningun período de su historia podia aquella Iglesia engañar ó engañarse sobre este punto. Su testimonio, ademas, se confirma por diversas circunstancias colaterales. La liturgia, los

artículos y las homilias están de todos modos en consonancia con su supuesto origen; y toda la historia de Inglaterra durante aquel período se enlaza con la historia de esa Iglesia.

Consecuencia de esto es que nadie pone en duda que los reformadores ingleses existieron, y que dieron origen al ideal de la doctrina y del culto que universalmente se les atribuye. Este argumento no es ménos concluyente si se aplica á la Iglesia cristiana en general. Esta existe actualmente en todas las partes del mundo, y contiene muchos millones de discípulos. En donde quiera conserva los mismos documentos de su fé; en donde quiera es una sociedad organizada con estatutos religiosos y sus correspondientes ministros ó directores, y en donde quiera tambien testifica que estos recuerdos y estas instituciones las recibió de Cristo y sus apóstoles. Que esta vasta sociedad no comenzó á existir en el presente siglo es tan evidente, como que el mundo no se ha acabado de hacer recientemente. No es ménos claro que la misma no comenzó á existir en el siglo XVIII, ni en el XVII, ni en el XVI, ni en ninguno subsecuente al I de nuestra era. En cada uno de los siglos que se suceden encontramos millones de hombres, millares de iglesias y de ministros que unen su testimonio referente al hecho de que recibieron sus escritos sagrados y sus instituciones de sus predecesores, hasta llegar á la época del mismo Jesu-Cristo. Si el origen de la Iglesia retrocediese mas allá de los límites de la historia auténtica, de modo que dejase un vacío entre su reputado fundador y su comprobada existencia, este argumento perdería su fuerza: se nece-

sitaria un eslabon esencial, sin el cual la cadena en toda su extension tendria que venir por tierra. Pero como esto no es verdad, su testimonio respecto de los hechos históricos de su origen es tan irresistible como el de la Iglesia de Inglaterra en cuanto al origen de sus artículos y de su liturgia. La Iglesia cristiana se remonta al tiempo de Cristo por una sucesion que no puede ménos de aceptarse; de manera que negar que Cristo vivi6, y que la Iglesia recibió de sus discípulos las Sagradas Escrituras, no es simplemente rehusar el testimonio de millares de competentes testigos, sino negar hechos que son esenciales para explicar la historia subsecuente y el estado actual del mundo. Con igual razon declararia un hombre que creia en el follaje de un árbol, pero no en sus ramas y tronco. Este testimonio de la Iglesia respecto de los hechos en los cuales se funda el Cristianismo, se confirma por toda clase de evidencias colaterales. La lengua en que se escribi6 el Nuevo Testamento está conforme precisamente con la que perteneci6 al tiempo y al lugar de su origen. Es la lengua de los Judíos que hablaban Griego en un estilo tan peculiar que no perteneci6 á ningun otro siglo, ni á ningun otro pueblo. Todas las alusiones históricas están en consonancia con el estado conocido del mundo en aquel tiempo. La historia del mundo desde el advenimiento de Cristo presupone los hechos referidos en el Nuevo Testamento. No es posible poner en duda que la religion enseñada por unos hombres pobres de Judea ha cambiado el estado de una gran parte del mundo. El Paganismo ha desaparecido; una nueva religion ha sido introducida; leyes, costumbres, instituciones y hábitos

prevalecen, y todo descansa en hechos de los cuales la Iglesia dá testimonio.

Á todo esto se agrega que el carácter interno de las Escrituras es digno del origen que se les atribuye; carácter que dá la única solución adecuada á los cambios sociales que se han efectuado. Cuando Dios dijo, "Sea la luz," "fué la luz;" y cuando Jesu-Cristo dijo, "Yo soy la luz del mundo," la luz resplandeció. No podemos dudar que la luz existe; ni podemos dudar cuando se levantó, porque ántes todo era tinieblas.

El testimonio de la Iglesia, confirmado así por todas las pruebas internas y externas, establece el hecho de que Cristo vivió y murió; de que fundó la Iglesia cristiana, y de que se recibió el Nuevo Testamento de sus discípulos inmediatos. Pero estos hechos envuelven la verdad del Evangelio como una revelación de Dios; á no ser que supongamos que Cristo y sus apóstoles fueron embusteros. La evidencia contra la última suposición es tan clara como la de la existencia del sol. Los ciegos, si les place, pueden negar la existencia del sol; pero nadie, excepto los que están moralmente ciegos, puede resistir la evidencia que el Nuevo Testamento dá de la excelencia moral y de la sobriedad intelectual de los escritores sagrados. Si fueron hombres fidedignos que, según debemos creer, dijeron la verdad, se deduce que á la vez han poseído y ejercitado el poder milagroso que se les atribuye. Á este poder Cristo y sus apóstoles apelan como á una prueba incontestable de su misión divina; y no podemos rehusar su testimonio sin negar su integridad.

SECCION IV.—ARGUMENTO DE LA PROFECÍA.

LA misma série de argumentos que prueban que las versiones de las Escrituras y la confesion Augsburgo-niana que posee la Iglesia Luterana; que los artículos, la liturgia y las homilias que posee la Iglesia de Inglaterra; que el Nuevo Testamento que posee el mundo cristiano, tuvieron origen en los manantiales á que se refieren distintamente, prueba con igual fuerza que las Escrituras del Antiguo Testamento que poseen los Judíos, son obras de los antiguos profetas. Los Judíos y Cristianos ahora las tienen. Las tuvieron hace un siglo; las tuvieron en tiempo de Cristo. Entónces se reconocieron universalmente por los Israelitas en Judea y en otras partes. Pueden hallarse históricamente muchos siglos ántes de la venida de Cristo. Trescientos años ántes de aquel acontecimiento, se tradujeron en el idioma griego y se esparcieron profusamente. Contienen la historia, las leyes y la literatura del pueblo de Judea, cuya existencia y cuyos tipos característicos se aseguran con tanta certeza, como se ha hecho al tratarse de cualquier otro pueblo del mundo. Estas Escrituras son esenciales para explicar el carácter conocido de aquel pueblo, porque en virtud de estos sagrados libros fueron lo que fueron. Los críticos han disputado á la verdad, respecto á las precisas fechas de algunas de estas obras; pero nadie se ha aventurado á negar que existieron estas, vários siglos ántes del nacimiento de Cristo. Si admitimos esto, tenemos la base de otro argumento, para probar la verdad del Cristianismo, que no puede resistirse.

En estas Escrituras antiguas, conservadas en poder de los enemigos notorios de Cristo, encontramos claramente predicho el advenimiento de un libertador. Inmediatamente despues de la apostasía se profetizó que la simiente de la muger heriria la cabeza de la serpiente. Esta prediccion es el gérmen de todas las subsecuentes profecías, que simplemente revelan sus sentidos varios. Se reveló por las más modernas predicciones quien habia de ser la simiente prometida, y de que manera se destruiria el poder de la maldad por la misma, es decir, por el Cristo. Primeramente se declaró, que el Redentor pertenceria á la raza de Sem. Gen. 9 : 26. Despues que sería de la descendencia de Abraham, á quien fué hecha esta promesa: "En tí serán benditas todas las naciones del mundo." Gen. 18 : 18. Luego, que sería de la tribu de Judá, respecto de quien se profetizó, "No será quitado el cetro de Judá ni el legislador de entre sus piés, hasta que venga Shiloh, y á él congregarán los pueblos." Gen. 49 : 10. Subsiguientemente se reveló que habia de ser del linaje de David: "Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un renuevo retoñará de sus raices, y descansará sobre él el espíritu de Jehová, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová." Isaias 11 : 1, 2.

Se predijo que su advenimiento sería precedido por el de un mensajero especial: "He aquí Yo envio á mi mensajero, el cual barrerá el camino delante de mí; y luego vendrá á su templo el Señor á quien vosotros buscáis, y el Mensajero de la alianza á quien vosotros deseáis. He aquí que viene, dijo el Señor de los ejércitos." Malaquías 3 : 1. El tiempo, la manera y el

lugar de su nacimiento, todo se predijo. Respecto del tiempo, Daniel dijo: "Sepas pues y entiendas, que desde la salida de la palabra para hacer volver al pueblo y edificar á Jerusalem, hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas." Daniel 9: 25. Con relación á la manera milagrosa de su nacimiento, Isaías dijo: "He aquí que la vírgen concebirá y parirá un hijo, y llamará su nombre Emmanuel." Isaías 7: 14. Respecto de el lugar Miquéas dijo: "Mas tú, Bethlehem Ephratha, pequeña para figurar en los millares de Judá, de tí me saldrá el que será Señor en Israel." Miquéas 5: 2.

Este libertador tenia que ser un hombre pobre. "He aquí que tu Rey vendrá á tí, pobre y cabalgando sobre un asno y sobre un pollino hijo de asna." Zacarías 9: 9. Habria de ser un varon de dolores, experimentado en flaqueza, despreciado y desechado entre los hombres, Isaías 53: 3; y sin embargo Emmanuel, Dios con nosotros, Isaías 7: 14, Jehová justicia nuestra, Jeremías 23: 6, Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz, Isaías 9: 9. Comenzó á existir con la eternidad. Miquéas 5: 2.

El Redentor así predicho, tenía que aparecer con el carácter de Profeta y maestro divino. "Jehová tú Dios," dijo Moises, "te levantaré un profeta como yo de en medio de tí y de tus hermanos; á él oireis." Deut. 18: 15. "He aquí mi siervo, reclinarme he sobre él, escogido mio, en quien mi alma toma contentamiento. Puse mi Espíritu sobre él; dará juicio á las naciones." Isaías 42: 1. "El Espíritu del Señor Jehová es sobre mí; porque me ungió Jehová: me envió á predicar á

los abatidos; á atar las llagas de los quebrantados de corazon, á publicar libertad á los cautivos y á los presos apertura de cárcel.” Isaías 61:1. “En aquel tiempo, los sordos oirán las palabras del libro; y los ojos de los ciegos distinguirán la oscuridad de las tinieblas; entónces los humildes crecerán en alegría en Jehová, y los pobres de los hombres se gozarán en el Santo de Israel.” Isaías 27:18, 19. Tenia que ser tambien Sacerdote: “Jehová ha jurado y no se arrepentirá, que Tú serás Sacerdote para siempre, conforme al rito de Melquisedec.” Salmo 110:4. “El edificará el templo de Jehová y el llevará gloria, y se asentará, y dominará en su trono.” Zacarías 6:13.

El carácter real del Redentor se muestra en casi todas las páginas de las escrituras proféticas: “Yo te unguí por rey sobre Sion, el monte de mi santidad,” Salmo 11:6 (esto dijo Dios respecto del Mesías). “Tu trono, oh! Dios, es eterno y para siempre; vara de justicia la vara de tu reino. Amaste la justicia, aborreciste la maldad; por tanto te ungió Dios, tu Dios, con aceite de gozo más que á tus compañeros.” Salmo 45:6, 7. “Niño nos es nascido, hijo nos es dado, y el principado es asentado sobre su hombro. La multitud de su señoría y la paz no tendrán término sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndole y confirmándole en juicio y en justicia, desde ahora y para siempre.” Isaías 9:6, 7.

Los rasgos del reino del Mesías tambien se predijeron claramente. Habian de ser espirituales, en vez del carácter externo y ceremonial de la dispensacion anterior. “He aquí que vienen días, dijo Jehová, en los

cuales haré nueva alianza con la casa de Jacob y con la casa de Judá: no como la que hice con sus padres.’ “Daré mi ley dentro de ellos y la escribiré en sus corazones; y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.” Jeremías 31:31, 32. Por esto la efusion del Espíritu Santo se cita constantemente, como acompañando la venida del Redentor prometido. “Y acontecerá, que despues de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas.” Joel 2:28.

Ademas, este reino no habia de limitarse á los Judíos, sino habia de incluir á todo el mundo. Aun en el libro del Génesis se declaró, que la obediencia de todas las naciones se prestaria á Siloh, y que todas las naciones del mundo serían benditas en Abraham y en su descendencia. Dios le prometió al Mesías darle á los paganos “por su heredad y por su posesion los confines de la tierra.” Salmo 2:8. “Acontecerá en lo postrero de los tiempos,” dijo Isaías, “que será confirmado el monte de la casa de Jehová por cabeza de los montes, y será enalzado sobre los collados; y correrán todas las naciones á él.” Isaías 2:2. “Poco es que tú me seas siervo para despertar las tribus de Jacob, y para que sustituyas los asolamientos de Israel: tambien te dí por luz de las naciones, para que seas mi salud hasta lo postrero de la tierra.” Isaías 49:6. “Acontecerá en aquel tiempo que la raiz de Isaí la cual estará puesta por pendon á los pueblos, sera buscada de las naciones.” Isaías 11:10. “Veia en vision de la noche,” dijo Daniel; “he aquí en las nubes del cielo como un Hijo de hombre que venia; y llegó hasta el Anciano de dias é

hiciéronle llegar delante de él, y fuéle dado señorío y gloria y reino; y todos los pueblos, naciones y lenguajes le sirvieron; su señorío, señorío eterno, que no será transitorio; y su reino, que no se corromperá." Daniel 7: 13, 14. Su progreso, sin embargo, habia de ser gradual. La piedra cortada de los montes sin intervencion de mano, habia de desmenuzarse al hierro, al metal, al tiesto, á la plata y al oro, es decir, á todos los otros reinos, y habia de hacerse un gran monte que llenaria toda la tierra." Daniel 2: 45. Aunque los profetas refieren en palabras muy expresivas la excelencia, gloria y victoria de este Redentor, no predijeron ménos distintamente el desaire de que sería objeto, sus padecimientos y su muerte: "Señor! ¿Quién creyó en nuestro dicho? ¿Y el brazo de Jehová sobre quién se ha manifestado? Y subirá como renuevo delante de él, y como raiz de tierra seca. Despreciado y desechado entre los hombres y como que escondimos de él el rostro; ménospreciado, y no le estimamos." Isaías 53. Al menospreciado del hombre, al abominado de las naciones, al siervo de los tiranos; verán reyes y se levantarán, y príncipes adorarán." Isaías 49: 7. Se predijo, que los pueblos á quienes vino á redimir, no le rehusarian solamente, sino le entregarían y le venderían por treinta piezas de plata. "Si os parece bien, dadme mi salario, y si no, dejadlo; y apreciaron mi salario en treinta piezas de plata, y díjome Jehová: échalo al alfarero, hermoso precio con que me han apreciado." Zacarías 11: 12. El habia de ser cruelmente perseguido y matado. "De la cárcel," dijo el profeta, "y del juicio fué quitado (destruido por juicio opresivo) y su generacion

¿quién la contará? porque fué cortado de la tierra de los vivientes; por la rebelion de mi pueblo fué él herido; y con los impíos fué contado, y al morir pusieron su sepultura con los ricos.” Isaías 53:8, 9. Aun el modo y las circunstancias de su muerte se predijeron pormenorizadamente: “Cercáronme cuadrilla de malignos, taladraron mis manos y mis piés. Se dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes.” Salmo 22:16-18. Sin embargo no habia de permanecer bajo el poder de la muerte: “Porque no dejarás mi alma en el sepulcro, ni dejarás tu Santo para que vea corrupcion.” Salmo 16:10, 11.

Las consecuencias del desaire que el Mesías sufrió de los Judíos se predijeron tambien con mucha claridad. “Muchos dias,” se dice, “estarán los hijos de Israel sin rey, y sin señor, y sin sacrificio, y sin estatua, y sin efod, y sin terafin. Despues volverán los hijos de Israel y buscarán á Jehová su Dios, y á su bondad en el fin de los dias.” Oséas 3:4, 5. “Si tu pueblo ¡O! Israel, fuere como las arenas de la mar, los restos se convertirán á él.” Isaías 10:22. Se dijo respecto de la porcion rebelde de la nacion: “Les esparciré por todos los pueblos, desde el un cabo de la tierra hasta el otro cabo de la tierra; y ni aun en las mismas gentes reposarás, ni la planta de tu pié tendrá reposo.” Deut. 28:64, 65. “Y serás por pasmo, por ejemplo y por fábula á todos los pueblos á los cuales Jehová le llevará.” Deut. 28:37. Mas aunque esparcidos y afligidos de ese modo, no habian de ser completamente destruidos, porque Dios lo prometió diciendo: “Estando ellos en la tierra de sus enemigos, yo no los desecharé; ni los

abominaré para consumirlos, invalidando mi concierto con ellos; porque yo Jehová soy su Dios." Levítico 26:44. Á todo esto se profetizó, que despues de una larga dispersion serian traídos para confesar á su crucificado Rey. "Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalem espíritu de gracia y de oracion; mirarán á mí á quien traspasaron; y harán llanto sobre él, como llanto que se hace sobre unigénito, afligiéndose sobre él como quien se aflige sobre primogénito." Zacarías 12:10. El mismo profeta predijo, que cuando hubiera rehusado y entrigado al buen pastor, seria abandonado á la opresion de sus enemigos; la mayor parte seria destruida, pero el resto, despues de un largo sufrimiento, seria restablecido.

Esta manifestacion de las profecías de las Escrituras Judáicas respecto del Cristo y de su reino, es enteramente inadecuada. Sería imposible exhibir completamente el asunto sin desenvolver toda la economía del Antiguo Testamento. La anterior dispensacion fué profética, no simplemente en predicciones aisladas, sino que su designio principal fué el de prefigurar y preparar. Llenó su objeto directo á la verdad, conservando á los Israelitas como un pueblo distinto, sosteniendo la religion verdadera, y haciendo ver las perfecciones divinas en el gobierno de la Iglesia. Pero todo esto fué subordinado á su gran propósito, de preparar á aquel pueblo y al mundo para la venida de Cristo, y de ser una representacion figurativa de las glorias de la nueva dispensacion, con el doble motivo de dar objeto de fé y de esperanza á los que entónces vivian, y tambien para que la nueva economía pudiese ser mejor entendida;

más firmemente creida y más extensamente abrazada. Los pasages aislados de tal plan de historia y profecía son como las ruinas esparcidas de un antiguo templo. Para formarnos un juicio exacto, es preciso que el plan se vea tanto en su conjunto como en sus detalles. Entonces podria verse que la historia de los Judíos era la historia del linage de Cristo, y que todo el ritual de los sacrificios era prefiguracion del Cordero de Dios, que habia de llevar los pecados del mundo; que el tabernáculo y el templo con sus complicados cultos, eran tipos de cosas espirituales y celestiales; que los profetas que eran los maestros y reformadores del pueblo, habian de enviarse, no con el objeto principal de predecir libramientos temporales, sino esencialmente para mantener los ojos del pueblo dirigidos hácia arriba y adelante, al gran Libertador y á la redencion de Israel. Los pasages aislados no pueden dar una idea adecuada de este plan admirable de preparacion y de profecía, que se extiende por millares de años, y cuyas mil líneas todas llevan por mira un centro comun, la Cruz de Cristo.

Por tanto el argumento de la profecía en apoyo de la verdad del Cristianismo se puede apreciar solamente por los que de buena fé quieran estudiar todo el sistema. Sin embargo, bastantes consideraciones han sido presentadas, para manifestar que es imposible explicar el acuerdo que reina entre las profecías del Antiguo Testamento y los sucesos referidos en el Nuevo, sin tener en cuenta la inspiracion divina. Hemos visto que fué predicho siglos ántes de la venida de Cristo, que un gran libertador habia de venir; que habia de nacer de

la tribu de Judá y de la descendencia de David, en la aldea de Belem; que habia de ser un hombre pobre y humilde, pero digno de la suma reverencia debida á Dios; que habia de ser maestro, sacerdote y rey; que habia de ser desdichado, perseguido y sacrificado por su propio pueblo; que habia de resucitar de entre los muertos; que el Espíritu Santo habia de derramarse sobre sus discípulos, dándoles la santidad, la sabiduría y el valor; que la religion verdadera, sin estar ya limitada á los Judíos, habia de extenderse sobre los Gentes, y apesar de toda oposicion habia de subsistir, triunfar y últimamente cubrir toda la tierra; que los Judíos que desecharan al Mesías, habian de ser arrojados y se esparcirian, pero que sin embargo serian como un rio en la mar, dividido, pero no disipado, constante milagro y hecho sin par y sin analogía. Aquí está, pues, toda la historia de Cristo y de su reino escrita siglos ántes de su venida. Historia llena de aparentes inconsecuencias, historia no escrita en un siglo, ni por un hombre, sino durante muchos siglos y por diferentes hombres; cada uno de los cuales añadia un hecho nuevo ó característico, pero combinados todos para formar un conjunto consistente, aunque aparentemente contradictorio.

Admitiendo pues lo que nadie niega, es decir, la antigüedad de las Escrituras Judáicas, es imposible evitar la conclusion de que fueron escritas por inspiracion divina, y que Jesu-Cristo, á quien tan claramente se refieren, es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo. Suponer que Cristo, sabiendo estas antiguas profecías, emprendió, sin comision divina, obrar de acuerdo con

ellas, es suponer una cosa imposible. Es suponer que Jesu-Cristo era un mal hombre, lo que nadie que lea el Nuevo Testamento podrá creer. Tal creencia seria tan irracional, como la de que el sol es la negrura de las tinieblas. Es suponer que El tuvo sobre las acciones de los demas una autoridad que ningun impostor podia ejercer. Muchas de las más importantes predicciones relativas al Cristo fueron cumplidas por los hechos de sus enemigos. ¿Excitó Cristo la traicion de Júdas, ó sugirió á los sacerdotes que pagasen al traidor treinta piezas de plata? ¿Intrigó con Pilato para su propia condenacion, ó arregló la manera de sufrir la pena capital á la usanza Romana y no á la Judáica? ¿Indujo á los soldados á que dividieran sus vestiduras y echaran suertes sobre su túnica, ó estipuló con ellos que no se le quebrasen ninguno de sus huesos? ¿Qué imaginacion posible habria podido hacer, que se realizaran las dos grandes predicciones, relativas á la destruccion total de la autonomia Judáica y la consiguiente dispersion de los Judíos por una parte, y la rápida propagacion de la nueva religion entre los Gentiles por la otra? Estos acontecimientos fueron predichos, y su verificativo no podrá estar bajo el dominio de la intriga ó de la impostura. No hay una contestacion racional al argumento que surge de las profecías. El testimonio de las Escrituras, en cuanto á que Jesu-Cristo era el Mesías, es el testimonio de Dios: "Registrad las Escrituras," dice el mismo Salvador, "pues que en ellas creéis tener vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí."

Plugo pues á Dios cerrar el camino á la infidelidad. Debe el hombre hacer violencia á su manera usual de

argumentar; debe creer en imposibilidades morales y en irreconciliables contradicciones, y sobre todo debe endurecer su corazon hasta hacerlo insensible á la excelencia del Salvador, ántes de hacerse infiel. Esta exposicion de los fundamentos de la fé se ha hecho para manifestar que la incredulidad es un pecado, y para justificar la terrible declaracion de Cristo: "El que no cree será condenado." Los hombres se lisonjean de que no son responsables de su fé. Se dice que no siendo la creencia voluntaria, no puede ser objeto de alabanza ó vituperio. Esta falsa opinion nace de que confunden cosas muy diferentes en su naturaleza. La fé difiere segun su objeto y la naturaleza de la evidencia en que se funda. Un hombre cree que dos y dos son cuatro, ó que Napoleon murió en Santa Elena, y moralmente no es ni mejor ni peor por esta fé. La incredulidad en tales casos indicaria insensatez y no aberracion moral; pero ningun hombre puede creer que la virtud es vicio ó el vicio virtud, sin ser hasta el último grado depravado. Nadie puede dejar de creer en Dios, especialmente bajo la luz de la revelacion, sin manifestar con ello que está destituido de todo sentimiento recto moral y religioso; y nadie puede dejar de creer la historia que Dios ha hecho de su Hijo, sin estar ciego para la gloria de Dios y para la excelencia del Salvador. Rehusa en efecto quien tal hace, el testimonio propio de Dios, presentado de tal manera que prueba que es su testimonio.

Es inútil por tanto, que alguien espere poder ser absuelto por su falta de fé en Dios ó en Jesu-Cristo. Si el mundo externo conserva huellas tan marcadas de

la mano de Dios, que deja sin excusa á los que rehusan confesar la excelencia de su palabra y la gloria de su Hijo, no se tendrán como inocentes. La evidencia que ha convencido á millares de hombres está á la vista de los incrédulos. En vez, por consiguiente, de excusar su falta de fé y de comentar la insuficiencia de la evidencia, á que solo el descuido ó la ceguera puede hacerlos insensibles, que confiesen la culpa de su incredulidad y se humillen delante de Dios y le rueguen que les abra los ojos, para ver la excelencia de su palabra. Deben dejar á un lado sus dudas y tener la seguridad de que si la Biblia no gana su fé por la manifestacion de sus gracias, se revelará más tarde por la de sus castigos á sus conciencias despiertas, probándoles entónces que es la palabra verdadera de Dios.

CAPÍTULO II.

EL PECADO.

SECCION I.—TODOS LOS HOMBRES SON PECADORES. LA NATURALEZA DEL HOMBRE DESDE LA CAIDA ES DEPRAVADA.

PUESTO que las Escrituras son sin duda la palabra de Dios, con cuanta reverencia debemos recibir sus divinas instrucciones; con cuanta aplicacion y humildad debemos estudiarla; con cuanta confianza debemos descansar en la verdad de todas sus declaraciones; y con cuanta presteza debemos obedecer todas sus direcciones. Nos interesa especialmente aprender lo que enseñan con relacion al carácter del hombre, al modo de conseguir la salvacion y á la regla del deber. Respecto del primero de estos puntos (el carácter de los hombres) la Biblia enseña con claridad que todos los hombres son pecadores. El apóstol Pablo no solamente asegura esta verdad, sino dá la prueba suficiente, refiriéndose tanto á los que viven bajo la luz de la naturaleza, como á los que disfrutaban de la revelacion. Los primeros, dice él, son responsables de su impiedad é inmoralidad, porque la perfeccion del Ser Divino, es decir, su poder eterno y su deidad, han sido manifestadas desde la creacion por todo lo que se ha hecho. Con todo los hombres no han conocido á su Creador. Ni le adoraron como á Dios, ni le dieron gracias por sus

misericordias, sino sirvieron á las criaturas ántes que al Creador. Así abandonando al manantial de toda excelencia, abandonaron la excelencia misma. Sus corazones necios se oscurecieron y su maldad se manifiesta, no solamente por una idolatría degradante, sino por las várias especies de la perversidad moral en el corazon y en la vida. Estos pecados se cometen contra la ley escrita en el corazon de todos los hombres, de suerte que saben que los que hacen tales cosas son dignos de la muerte, y por tanto no tienen excusa ni aun ante su propia conciencia.

Respecto de los que han recibido una revelacion sobrenatural del carácter y de la voluntad de Dios, el caso es mucho más claro. En vez de ofrecer á Dios la adoracion interna y externa que le es debida, descuidan su servicio y realmente prefieren á las criaturas ántes que á El. En vez de normar su conducta á la regla perfecta del deber, contenida en las Escrituras, constantemente deshonoran á Dios violando aquella ley. De esta manera el apóstol enseña que toda clase de hombres, al ser juzgados por la luz que han disfrutado respectivamente, se hallan culpables delante de Dios. Además la universalidad de la culpa, dice él, se confirma por el testimonio claro de las Escrituras que declaran: "No hay ningun justo, ni aun uno solo. No hay quien entienda, no hay quien busque á Dios. Todos se han extraviado, todos á una se hicieron inútiles: no hay quien haga bien, no; ni uno solo." Romanos 3: 10-12.

Este lenguaje no se usa por el Espíritu Santo con relacion á los hombres de determinado siglo ó pais, sino con relacion á la raza humana. Se intenta descu-

brir el carácter moral del hombre. Con este motivo se cita y se aplica por el apóstol. Por consiguiente, hallamos declaraciones semejantes en todas partes de la Biblia, en el Nuevo Testamento, así como en el Antiguo; en las escrituras de un siglo así como en las de otro. Y no hay pasajes que se opongan entre sí, no hay ninguno que diga que la raza humana es lo que Dios requiere, ni ninguno que afirme que algún miembro de aquella raza se halle sin pecado. Al contrario, se dice expresamente, "Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos, y no habria en nosotros verdad." 1^a Juan 1: 8. "En muchas cosas todos ofendemos." Santiago 3: 2. "No hay hombre que no peque." 1^a Reyes 8: 46. "Todos han pecado, y están privados de la gloria de Dios." Romanos 3: 23. Por esto las Escrituras dan por hecho la maldad universal de los hombres. Hablar, obrar, andar de la manera que lo hacen los hombres, es en el lenguaje de la Biblia, hablar ú obrar con maldad. "El mundo" significa los malvados. Este actual mundo perverso es la representacion de la humanidad; y se dice que el objeto de la muerte de Cristo es el de redimir á su pueblo de tal carácter y del debido castigo del mundo. Gálatas 1: 4. "No puede el mundo aborreceros," dijo nuestro Salvador á los que rehusaron ser sus discípulos, "mas á mí me aborrece porque yo doy testimonio de que sus obras son malas." Juan 7: 7. "Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye." Juan 4: 5. "Somos de Dios, y todo el mundo está sugeto á la maldad." 1^a Juan 5: 19.

Esta doctrina empero no se enseña en pasajes aisla-

dos. Es una de las verdades fundamentales que se conceden en casi todas las páginas de la Biblia. Todo el plan de la redencion supone que el hombre está caido. Cristo vino á buscar y á salvar á los perdidos. Fué anunciado como el Salvador de los pecadores. Su venida y sus obras no tienen razon de ser, ni valor ninguno, á no ser que se conceda que somos culpables, porque vino á salvar á su pueblo de sus pecados; á morir, el justo por los injustos; á cargar nuestros pecados en su propio cuerpo en la cruz. Los que no tienen ningun pecado no necesitan Salvador; los que no merecen la muerte no necesitan Redentor. Toda la doctrina de la redencion, como la de la maldad universal de los hombres, se halla en todas partes de la Escritura.

Esta doctrina se concede tambien en todas las representaciones de las Escrituras respecto de lo que es necesario para entrar en los cielos. Se manda que todos los hombres, en cualquiera parte, se arrepientan. Pero el arrepentimiento dá por hecho el pecado. Todos los hombres deben nacer segunda vez, para que vean al reino de Dios; deben hacerse nuevas criaturas, deben renovarse segun la imágen de Dios. Habiendo muerto en trasgresiones y pecados, deben vivificarse ó hacerse participantes de la vida espiritual. En fin, es la doctrina uniforme de la Biblia, que todos los hombres necesitan el perdon y la santificacion para entrar en los cielos. Enseña, por tanto, que todos los hombres son pecadores.

Las Escrituras enseñan tambien que la maldad de los hombres se arraiga profundamente; ó que, consistiendo en la corrupcion del corazon, se manifiesta de innumerables modos en las acciones de la vida. "Todas

las imaginaciones del corazon humano son malas continuamente." Génesis 6: 5. Dios dice que el corazon del hombre es "sumamente engañoso y en extremo malvado." Jeremías 17: 9. "Todos los hombres por naturaleza son hijos de ira." Efesios 2: 3. Por consiguiente el salmista dice: "Hé aquí, fuí formado en iniquidad, y en el pecado me concibió mi madre." Salmo 51: 5.

Esta corrupcion de nuestra naturaleza es el motivo porque se atribuye' constantemente todo el bien en el hombre al Espíritu Santo, y todo el mal á su propia naturaleza. Por esto en el lenguaje de la Biblia, el hombre natural es corrompido, y el espiritual solamente es bueno. De aquí dismana tambien, la constante oposicion de los términos carne y espíritu; significando el primero nuestra naturaleza tal como es, haciendo abstraccion de la influencia divina, y representando el último el Espíritu Santo ó sus efectos inmediatos. Ser en la carne, andar segun la carne, cuidar las cosas de la carne, todas son expresiones Bíblicas, que representan la condicion natural del hombre. Dando este sentido á ese término es como Pablo dice, "En mi carne no mora ninguna cosa buena," Romanos 7: 18; y nuestro Salvador testifica, "Lo que nace de la carne carne es." Juan 3: 6.

Esta doctrina cuya tendencia^o es humillar, se envuelve ademas en todas las representaciones de la Biblia respecto de la naturaleza de aquel cambio moral que es necesario para salvarse. No es una reforma simplemente externa, ni un cumplimiento asiduo de obligaciones externas. Es una regeneracion; un ser nacido del Espíritu; una nueva creacion; un tránsito de la muerte

á la vida. Un cambio nunca efectuado por el individuo mismo, sino que dimana de Dios. Por consiguiente, ninguna verdad se representa más claramente por la Biblia, que la doctrina de que los hombres son seres depravados y caídos, que han perdido la imagen de Dios y que deben crearse otra vez en Jesu-Cristo, ántes de que puedan ver el reino de los cielos.

Estas representaciones Bíblicas, respecto de la universalidad del pecado y de la corrupcion de nuestra naturaleza, se confirman suficientemente por la experiencia y la observancia. El que se diferencien entre sí los hombres, respecto del grado de su maldad ó de la culpa de sus trasgresiones, no implica que pueden ser insensibles al hecho de que son pecadores, ó de que han llevado este carácter, en tanto que han tenido algunos conocimientos de sí mismos. Por remota que sea la época en que puedan examinar la historia de su existencia, hallan que el testimonio de su conciencia se opone á ellos. Como esta conciencia del pecado es general y como existe luego que tenemos algunos conocimientos de nosotros mismos, prueba que somos seres caídos; que hemos perdido la imagen moral de Dios, en que fueron criados nuestros primeros padres. Es un hecho, de que todos los hombres son testigos, que nuestra naturaleza moral es tal, que en vez de buscar la felicidad en Dios y en la santidad, preferimos á la criatura ántes que al Creador. Seria tan irracional afirmar que este fué el estado original y propio del hombre, como decir que nuestra razon estaria sana, si nos condujera universal, inmediata é infaliblemente á decisiones malas sobre asuntos que pertenecen á su esfera

propia. La prueba de que el hombre es un ser depravado, es tan fuerte como la de que es un ser racional, social ó moral. En su nacimiento no dá ningunas señales de razon, pero invariablemente manifiesta su naturaleza intelectual, luego que se hace capaz de apreciar los objetos que se sitúan á su rededor ó de expresar las operaciones de su entendimiento. Nadie supone que la razon es el resultado de la educacion, ó el efecto de las circunstancias, simplemente porque sus operaciones no se pueden distinguir el primer momento de su existencia. La uniformidad de su manifestacion bajo todas circunstancias, se considera como suficiente prueba de que es un atributo de nuestra naturaleza.

La misma observacion se puede hacer respecto de los afectos sociales. Ninguno de ellos se manifiesta al principio de nuestra vida; mas el hecho de que los hombres de todos los siglos y en cualquiera circunstancia muestran una disposicion á vivir en sociedad, de que todos los padres aman á sus hijos, de que todas las gentes simpatizan más ó ménos con la alegría y con los dolores de sus semejantes, es prueba de que estos afectos no son adquiridos sino originales—que pertenecen á nuestra naturaleza y le son característicos.

De un modo semejante el apóstol arguye del hecho de que todos los hombres ejecutan acciones morales, y experimentan aprobacion ó desaprobacion de la conciencia, que ellos tienen (por naturaleza, y no por ejemplo, instruccion ú otra influencia externa, sino en virtud de su original condicion moral) una ley escrita en sus corazones, un sentimiento del bien y del mal. Pero si la ocurrencia uniforme de acciones morales es prueba

de la existencia de una naturaleza moral, la de malas acciones morales es prueba de una viciada naturaleza moral. Si la manifestacion universal de la razon y de los afectos sociales prueba que el hombre es por naturaleza un ser racional y social, la de los afectos malos prueba que él es por naturaleza un ser pecador. Cuando decimos que alguna persona es un mal hombre, damos á entender que el carácter predominante de sus acciones prueba que tiene malos principios ó malas disposiciones. De la misma manera, cuando decimos que la naturaleza del hombre es depravada, damos á entender que es una naturaleza cuyas acciones son malas. Y esta uniformidad de malas acciones morales prueba tanto una naturaleza viciada, como las acciones de un mal hombre prueban la preponderancia de malas disposiciones en su corazon. Este es el juicio uniforme de los hombres, y se confirma por la palabra de Dios: "Un buen árbol no puede producir mal fruto, ni un árbol malo buen fruto. Por tanto los conoceréis por sus frutos." Esta ilustracion se usó por nuestro Salvador con el determinado intento de enseñar que el carácter predominante de las acciones de los hombres debe considerarse como un indicio cierto del estado de su corazon; y por esto la ocurrencia uniforme del pecado entre todos los hombres, es evidencia segura de la corrupcion de su naturaleza. Á la verdad no hay otro hecho respecto de la naturaleza humana, que se establezca más ciertamente por la conciencia y por la observacion que el de que ella es viciada.

SECCION II.—LOS PECADOS DE LOS HOMBRES SON MUCHOS
Y GRAVES.

LA Biblia enseña no solamente que todos los hombres son pecadores y que la maldad se arraiga profundamente en sus corazones, sino además, que su corrupción es muy grave. Un legislador indica más claramente en lo que estima la culpa de la trasgresion, por la pena que se sigue luego que sus leyes se infrinjan. Si es sabio y bueno, la pena será un verdadero indicio del actual demérito de la trasgresion; y el castigo que Dios, que es infinitamente sabio y bueno, declara como la pena del pecado, debe ser criterio exacto de su mala naturaleza. Si no podemos entender que el pecado merece en efecto lo que Dios ha declarado como su propio castigo, esto muestra simplemente que nuestro juicio es diferente del suyo, cosa que no debe sorprendernos. No podemos saber todas las razones que prueban la justicia de las divinas amenazas. No podemos concebir de una manera adecuada la grandeza, la bondad, y la sabiduría del Ser contra quien pecamos, ni la maldad que el pecado tiende á producir, ni la excelencia perfecta de la ley que se viola. Por tanto, el hecho de que el pecado nos parece una maldad menor de lo que parece á Dios, no es evidencia de que es realmente indigno de su ira y de su maldicion.

Hay además, otra causa más poderosa del ligero aprecio que hacemos de la maldad del pecado. Cuanto más depravado es un hombre, es tanto ménos capaz de estimar la enormidad de sus trasgresiones. Sucede frecuentemente que una persona en una época de su vida

mira ciertos crímenes con horror, pero despues los observa con indiferencia. Nuestra naturaleza viciada es pues una explicacion suficiente del hecho, de que el juicio que formamos del pecado es muy diferente del que se nos presenta en la palabra de Dios. Por consiguiente, nada puede ser más racional que nuestro deber de inclinarnos ante el juicio de Dios, y el de reconocer que el pecado merece en efecto el castigo que El ha declarado que merece. La pena es tan temible que solo una reverencia profunda hácia Dios, y un concepto en cierto modo adecuado de la maldad del pecado, puede producir un asentimiento sincero á su justicia. Sin embargo, nada puede ser más seguro que la verdad de que este castigo es la propia medida de la enormidad del pecado. La palabra ordinariamente usada para expresar este castigo, es la *muerte*; la muerte no solamente del cuerpo, sino del alma; no solamente temporal, sino eterna. Por tanto, es un término usado para expresar todos los males de este mundo y del otro, como consecuencias penales del pecado. En este sentido se dá á entender en la amenaza hecha á nuestros primeros padres: "El dia que de ello comiereis, morireis," Génesis 11:17; y cuando el profeta dice: "El alma que pecare esa morirá," Ezequiel 18:4; y cuando el apóstol dice: "El salario del pecado es la muerte." Romanos 6:23. La misma idea general se expresa por la palabra *maldicion*: "Todos los que son de las obras de la ley, debajo de maldicion están; porque' escrito está; maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley para hacerlas," Gálatas 3:10, y tambien por la palabra *ira*.

“Eramos por naturaleza hijos de ira.” Efesios 2:3.
“La ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra toda impiedad é injusticia de los hombres.” Rom. 1:18.

Estos pasages y otros semejantes enseñan que los pecadores son los objetos de la ira divina, y que esta ira ciertamente será manifestada. Así como Dios es infinitamente bueno y la fuente de toda felicidad, su ira debe ser la más grande de todas las desgracias. Por tanto, las Escrituras para imprimir esta verdad más profundamente en nuestros entendimientos, emplean los términos más enérgicos que la lengua humana ofrece para enseñar la terrible significacion de la ira de Dios. “Los que no obedecen el Evangelio,” se dice, “serán castigados con la eterna perdicion, de la presencia del Señor y de la gloria de su poder.” 2^a Juan 1:2. Nuestro Salvador dice: “Los pecadores serán echados en el infierno al fuego que no puede ser apagado; donde su gusano no muere y su fuego nunca se apaga.” Márcos 9:45, 46. “En el último gran día,” El nos dice: “el Juez dirá á los que están á la izquierda: idos de mí, malditos, al fuego eterno que está aparejado para el diablo y sus ángeles.” Mateo 25:41. “Enviará el Hijo del hombre sus ángeles y cogerán de su reino todos los estorbos y los que hacen iniquidad; y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crugir de dientes.” Mateo 13:41, 42. “En el último día todos los que están en los sepulcros oirán su vez; y los que hicieron bien saldrán á resurreccion de vida; y los que hicieron mal á resurreccion de condenacion,” Juan 5:28, 29, ó como se expresa por Daniel: “Para vergüenza y confusion perpetua.” Daniel 12:2.

Cualquiera explicacion que se dé á los términos usados en estos y en muchos pasages semejantes, no se puede poner en duda que llevan la mira de hacernos concebir la idea de una miseria infinita y sin esperanza. De donde dimanará esta miseria ó en que consistirá, son preguntas de poca importancia. Basta que las Escrituras enseñen que los sufrimientos referidos arriba son grandes, de una manera inconcebible, y en su duracion infinitos. La más terrible manifestacion del estado futuro de los impenitentes, dada por la Biblia, es la que los representa como réprobos, como abandonados sin restriccion al dominio de la maldad. La reprensiva influencia de la conciencia, del estado probatorio, del miramiento al carácter, del buen ejemplo, y sobre todo, del Espíritu Santo, será desechada, y solo malignidad, impureza y violencia constituirán el carácter y la condicion de los que al fin de los tiempos pueden perecer. Los pecadores se representan como continuamente blasfemando de Dios, mientras se roen la lengua de dolor. Rev. 16: 10. El Dios que pronuncia esta sentencia sobre los pecadores es el que dijo: "Por mi vida yo no quiero la muerte del impío." Ezequiel 33: 2. El más terrible de estos pasages cayó de los labios del Cordero de Dios, que vino á morir para que no pitiéramos, sino para que tuviéramos vida eterna.

Se debe recordar que no se formula para el primero de los pecadores este terrible castigo, sino para el pecado, para cualquier pecado. "Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas." Gálatas 3: 10. "Cualquiera que hubiere guardado toda la ley y sin em-

bargo se deslizare en un punto, es hecho culpado de todos." Santiago 2: 10. Por lo que podemos saber los ángeles fueron castigados por su primera ofensa. Adán y su raza cayeron por una desobediencia. Los gobiernos humanos proceden según el mismo principio. Si un hombre comete un homicidio, sufre la muerte por esa sola ofensa. Si es culpable de traición, no puede sincerarse por su inocencia en otros crímenes. El pecado es apostasía de Dios: destruye nuestra comunión con El y es la ruina del alma.

La ira de Dios contra el pecado y su determinación firme de castigarlo están manifestadas también por la conexión cierta que ha establecido entre el pecado y el dolor. La tendencia innegable del pecado es producir la miseria; y aunque en este mundo los buenos no son siempre más felices que los malos, esto enseña solamente, que este mundo es lugar de prueba y no de retribución. No dá evidencia para contradecir la prueba del designio que Dios tiene de castigar el pecado y el cual se deriva de la tendencia obvia y necesaria que el pecado tiene de producir la miseria. Esta tendencia es una ley de la naturaleza, tanto como alguna otra ley que ños sea conocida. Los hombres se lisonjean de que escapan de las malas consecuencias de sus trasgresiones, apelando á la misericordia de Dios, y obteniendo una suspensión de esta ley en su favor. Por igual razón podrían esperar que la ley de gravitación fuese suspendida por su conveniencia. "El que siembra para su carne, de su carne segará corrupción," tan ciertamente como el que siembra zizaña, segará zizaña. El único eslabón que une las causas á los efectos en la

naturaleza es la voluntad de Dios; y la misma, no ménos claramente revelada, une el dolor al pecado. Esta conexión es absolutamente indisoluble, excepto por el misterio de la redención.

Suspender la operación de una ley de la naturaleza (por ejemplo detener el sol en su carrera), es solamente un acto de poder. Pero para salvar á los pecadores de la maldición de la ley, fué necesario que Cristo se convirtiera en maldición por nuestra causa; que cargara nuestros pecados en su propio cuerpo, en la cruz; que fuese hecho pecado por nosotros y que muriese, "El justo, por los injustos." Argüiria en contra de la sabiduría de Dios, el suponer que emplease medios para obtener un fin más costosos de los que aquel fin requiriera. Si hubiera podido efectuar nuestra redención por cosas corruptibles, como plata ú oro, ó si la sangre de toros ó cabras pudiera lavar el pecado, ¿quién puede creer que Cristo hubiera muerto? El apóstol enseña claramente que es hacer inútil la muerte de Cristo, al afirmar que nuestra salvación pudiera haberse asegurado de otra manera. Gál. 2: 21. Luego si la muerte de Cristo fué necesaria para el perdón del pecado, es evidente que la culpa del pecado á la vista de Dios debe estimarse por la dignidad de Aquel que murió para redimirnos. Aquí nos aproximamos á la más misteriosa y solemne doctrina de la Biblia: "En el principio ya era el Verbo; y el Verbo era con Dios; y Dios era el Verbo. Todas las cosas por El fueron hechas; y sin El nada de lo que es hecho fué hecho. Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como la del Unigénito del Padre, llena de

gracia y de verdad.” Juan 1 : 1, 3, 14. Dios por tanto fué manifestado en carne. “El cual siendo en forma de Dios, no tuvo por rapiña ser igual á Dios; mas se despojó á sí mismo tomando forma de siervo, hecho á semejanza de los hombres. Y hallado en su condicion como hombre, se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte; y muerte de cruz.” Filipenses 2:6-8. El entónces fué declarado “el resplandor de la gloria del Padre y la imágen expresa de su sustancia, sustentando todas las cosas con la palabra de su poder;” á quien á todos los ángeles se les manda que adoren; de quien las Escrituras dicen: “Tu trono, oh Dios, es por siglos de los siglos. Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos: ellos perecerán, mas Tú eres permanente; ellos se envejecerán como vestidura, y como un manto los envolverás y serán cambiados; Tú empero eres el mismo y tus años nunca se acabarán.” Aun El, repetimos, que es Dios sobre todas las cosas y bendito por los siglos, “por cuanto los hijos participaron de carne y de sangre, participó tambien de una y de otra, para que por medio de la muerte redujera á la impotencia al que tenia la potencia de la muerte, es á saber al diablo, y librar á los que por el temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos á servidumbre.”

Es doctrina de la Biblia que el infinito y eterno Hijo de Dios tomó nuestra naturaleza para redimirnos de la maldicion de la ley, convertido en maldicion por nosotros. Es claro que ninguna severidad relativa solo á un sufrimiento humano, que ningun diluvio destructor, que ninguna conflagracion final, ni aun el infierno mis-

mo, pueden presentar una manifestacion de la maldad del pecado y de la justicia de Dios como la cruz de su Hijo hecho carne. Esta declara en lenguaje que es oido por todo el universo inteligente, que el pecado merece la ira y la maldicion de Dios, y que nadie que rehuse someterse al método ordenado para obtener el perdon puede librarse de la condenacion.

La pena pues, que Dios ha impuesto á la violacion de su ley, la certeza con que se inflige el castigo, el destino de los ángeles caidos, las consecuencias del pecado de Adan, y sobre todo la muerte de Cristo, son manifestaciones de la maldad del pecado á la vista de Dios; y seria por parte nuestra la mayor infatuacion menospreciar estas.

Por endurecidos que estén nuestros corazones en cuanto á este asunto, nuestra razon no es tan ciega que no vea que nuestra culpa debe ser sumamente grande. No podemos negar que todas las circunstancias que agravan la enormidad del pecado concurren en nuestro caso. La ley que violamos es perfectamente buena, es la ley de Dios, del bien y de la razon; es la expresion de la más alta excelencia; es adecuada á nuestra naturaleza y necesaria á nuestra perfeccion y felicidad. La oposicion á esta ley debe ser irracional y mala en extremo.

La ley se nos impone no solamente por su propia excelencia, sino por la autoridad de Dios. El desprecio de esta autoridad es el mayor crimen de que una criatura es capaz. Es rebelion contra un Ser cuyo derecho de mandar se funda en su infinita superioridad, en su bondad infinita y en la propiedad absoluta que

de nosotros tiene como sus criaturas. Es apostasía del reino de Dios al de Satanás. No hay término medio entre ambos, cada uno es siervo de Dios ó del diablo. La santidad es evidencia de nuestra lealtad á nuestro Creador; el pecado es el servicio de Satanás. Si fuera posible formar alguna idéa de estos dos reinos, de la excelencia intrínseca del uno, y de la maldad absoluta del otro; de la felicidad que acompaña al uno y de la miseria unida al otro; en una palabra, si fuera posible establecer entre los cielos y el infierno un contraste inmediato, podríamos tener una idéa propia de la culpa de esta apostasía de Dios. Es la tendencia natural de nuestra conducta degradarnos á nosotros mismos y también á otros, hacer el Eden semejante á Sodoma y encender donde quiera el fuego que nunca se apagará. Esto no se puede negar, porque la maldad moral es la mayor de todas las maldades y la causa cierta de todas las demas. Por tanto, el que peca, no es solamente rebelde á Dios, sino malhechor; enemigo del bienestar de sus semejantes.

Ademas, nuestra culpa es grande, porque nuestros pecados son numerosos en extremo. No somos culpables solamente de hechos externos de desamor y deshonestidad, sino que la condicion habitual y característica de nuestra alma es mala á la vista de Dios. Nuestro orgullo, vanidad é indiferencia á su voluntad y al bienestar de los demas, y nuestro amor á las criaturas más ferviente que á Dios, son violaciones continuas de su ley. Nunca, en ningun instante de nuestra vida, hemos sido ó hecho lo que aquella ley requiere que seamos ó hagamos. Nunca hemos tenido aquel deleite en

las perfecciones divinas, aquel sentimiento de dependencia y de sumision, aquel propósito firme de hacer la voluntad y de promover la gloria de Dios, que constituyen el amor que es nuestro primero y último deber. En este sentido es en el que la humanidad se declara que es enteramente depravada; está enteramente destituida del amor supremo á Dios. Cualquiera otra circunstancia que en ella concurra, no vale nada mientras que le falta esto. Ya sean padres cariñosos, ó amos bondadosos, ó hijos, ó hijas obedientes; no por eso son hijos obedientes de Dios: no tienen hácia Dios los sentimientos que constituyen su primero y último deber, y sin el cual son siempre trasgresores. El hombre que es rebelde contra su soberano justo, y cuyo corazon está lleno de enemistad á su persona y á su gobierno, puede ser fiel á sus asociados y bondadoso para con sus subordinados; pero es siempre más y más culpable en cuanto al ser que lo gobierna. De esta manera somos siempre pecadores; todos los dias y bajo todas las circunstancias, estamos opuestos á Dios, porque nunca somos lo que su ley requiere. Si nunca le hemos amado en grado supremo, si nunca hemos tenido como nuestro fin esencial el hacer su voluntad; si nunca hemos estado debidamente agradecidos por todas sus misericordias; si nunca hemos promovido su gloria, sino en nuestras acciones llevamos por mira algun otro objeto inferior; entónces nuestras vidas han sido serie continua de trasgresiones. Nuestros pecados no se pueden enumerar solamente por las violaciones conocidas de nuestro deber, sino que son tan numerosos como lo son los momentos de nuestra existencia. Si las disposicio-

nes permanentes morales de un hombre son malas, se sigue necesariamente que sus actos de trasgresion serán innumerables. Cada hora incurrimos en algun acto pecaminoso; abrigamos algun mal sentimiento; proferimos alguna palabra impropia ó cometemos alguna mala accion, aumentando el número de las ofensas que le hacemos. Los malos impulsos de un mal corazon se parecen al movimiento incesante de un péndulo. Por tanto, la más ligera revista de nuestra vida es suficiente para someternos á la conviccion de la muchedumbre innumerable de nuestras trasgresiones. Esto es lo que constituye nuestra maldad excesiva á la vista de Dios. En tanto que la conciencia duerme, ó nuestra atencion se dirige á otros asuntos, el número de nuestras trasgresiones se aumenta como las pulsaciones desconocidas del corazon. Solo cuando nos detenemos y nos llamamos á cuentas, podemos percibir cuantos de nuestros sentimientos han sido malos, cuan larga es la distancia que de Dios están habitualmente nuestras vidas, y cuan constante es nuestra falta de conformidad á su voluntad. Esto fué lo que compelió al salmista á que exclamara, “me han comprendido mis maldades, y no puedo verlas; hanse aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazon me falta.”

Ademas, podemos juzgar de la enormidad de nuestra culpa á la vista de Dios, considerando las restricciones numerosas de su verdad, de su providencia y de su Espíritu, las que menospreciamos habitualmente. El mero hecho de que el pecado es un mal que la conciencia condena, es una restriccion constante y poderosa. No podemos disculparnos con la ignorancia,

porque tenemos una norma perfecta de deber en la ley de Dios. No podemos resistir la conviccion de que sus mandamientos son justos, y sin embargo, á pesar de esta conviccion, vivimos constantemente en desobediencia.

Conocemos tambien perfectamente las consecuencias del pecado. No es notoria tambien la justicia de Dios, relativa á que los que hacen tales cosas son dignos de muerte; y sin embargo continuamos en nuestras trasgresiones. Nos sorprendemos cuando el borracho se abandona á su pasion fatal, ante la presencia misma de la ruina; pero nos hacemos ciegos ante nuestra infatuacion en continuar desobedeciendo á Dios, á pesar de la muerte con que se nos amenaza. Menospreciamos estúpidamente las consecuencias ciertas de nuestra conducta, y nos despertamos solo á tiempo de poder ver que la necedad está en nuestros corazones. Esta insensibilidad, no obstante las admoniciones ocasionales de la conciencia y las amonestaciones constantes de la palabra de Dios, constituyen una agravacion peculiar de nuestra culpa.

No prestamos tan poco más atencion á la represiva influencia del amor de Dios. No admitimos el hecho de que el Ser contra quien pecamos es Aquel á quien debemos nuestra existencia y todos nuestros goces; el que nos ha llevado en sus brazos y nos ha colmado de cariño y misericordia; el que es misericordioso y gracioso, tardo para la ira y grande en misericordia; y aquel, en fin, que no ha obrado con nosotros conforme á nuestros pecados, ni nos ha tratado conforme á nuestras iniquidades, sino que ha tenido paciencia con nues-

tras provocaciones, esperando que su bondad nos condujese al arrepentimiento. Hemos despreciado su indulgencia, derivando de ella un motivo para pecar, como si dilatara sus promesas y no cumpliera sus amenazas; atesorando así para nosotros ira para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios. Además de todo esto menospreciamos el amor de Cristo. El vino para salvarnos de nuestros pecados, pero no aceptamos su medicina, ni correspondemos á su amor. He ahí su cruz! mudamente elocuente; una invitación tanto como una amonestación. Nos habla del amor y de la justicia de Dios. Nos asegura que Aquel que ni á su propio Hijo perdonó, está dispuesto á ser misericordioso. Todo esto despreciamos. Tenemos por inmunda la sangre de la alianza, y obramos como si no fuese la sangre del Hijo de Dios derramada por nosotros, para la remisión de los pecados. O tal vez reputamos la gracia de Dios como licencia, y la muerte de Cristo nos anima á continuar en el pecado. Este rechazo incrédulo del Salvador envuelve culpa tan particularmente grande, que se habla frecuentemente de ella como la causa especial de la condenación del mundo. “El que no cree, ya es condenado; porque no creyó en el nombre del Unigénito de Dios.” “Cuando el Espíritu de verdad viniere, redargüirá al mundo de pecado, por cuanto no cree en mí.” “Si el que menospreció la ley de Moisés murió sin misericordia por solo el testimonio de dos ó tres testigos ¿de cuanto más castigo pensais que será digno el que hollare al Hijo de Dios?”

Se debe recordar que este gran pecado de rehusar

á Jesu-Cristo como Salvador se repite frecuentemente y se continua por largo tiempo. Además es uno de los que se hace cargo no solamente á los hombres públicamente malos, sino también á los que el mundo tiene como morales. Estos también resisten las pretensiones del Hijo de Dios; rehusan su amor y desechan sus ofrecimientos. Después que todos los otros mensajeros habían faltado, el Señor de la viña les mandó su Hijo á sus siervos desobedientes, diciendo: "Venerarán á mi Hijo." La culpa de rehusar á Cristo así nunca se estimará debidamente, sino hasta el día en que se siente en su trono, y de su rostro huyan los cielos y la tierra; y no se halle lugar para ellos.

Además de estas restricciones externas resistimos las influencias más poderosas del Espíritu de Dios. Aquel Espíritu obra sobre todos los hombres; sugiriendo la verdad y excitando la conciencia, oponiéndose y amenazando y trayendo á los hombres del pecado á Dios. Todos los buenos pensamientos y los propósitos justos proceden de El. Apagamos á este Espíritu, resistimos sus influencias, que recibimos sin merecer, no una ni dos sino mil veces. Aunque no siempre obre sobre nosotros, lo hace mucho tiempo y vuelve después de haber sufrido muchas repulsas insultantes, repitiendo las amonestaciones y las invitaciones de misericordia. Todos los hombres son sensibles á esta influencia divina, aunque no conozcan su origen. No sabemos de donde proceden los pensamientos solemnes, los pronósticos ansiosos, las convicciones de la verdad, el sentimiento de la vanidad del mundo, el anhelo de la seguridad y de la paz que se siente en la conciencia. Dios concede estas

amonestaciones aun á los que están más contentos con el mundo y son más felices, separados de El. No deja á nadie sin un testimonio y una amonestacion. Estas luchas del Espíritu Santo no son solamente frecuentes, sino algunas veces urgentes. Casi todos los hombres pueden revisar sus vidas y ver muchos casos en que una mano invisible estuvo sobre ellos; en que un voz sobrenatural ha sonado en sus oídos; en que sentimientos á que ántes eran extraños, se excitaron en sus corazones; y en que sintieron en fin el poder del otro mundo. La sombra del Todopoderoso ha pasado sobre ellos y produciéndoles la conviccion de que Dios existe y es un vengador.

De una revista de lo que se ha dicho, se deduce evidentemente, que las Escrituras enseñan no solamente que todos los hombres son pecadores, sino que su corrupcion es radical, arraigada en sus corazones, y que es grande en extremo. La severidad de la pena que Dios ha impuesto á la trasgresion, la certeza de su imposicion, el precio del sacrificio por cuyo medio puede solo obtener el perdon, todas son pruebas de la maldad del pecado á la vista de Dios. La grandeza de nuestra culpa es clara, teniendo en cuenta la excelencia de la ley que hemos violado, la autoridad y la bondad del Ser á quien hemos ofendido, el número de nuestros pecados y las restricciones poderosas que hemos menospreciado.

CAPÍTULO III.

*CAUSAS DE INDIFERENCIA Á LA ACUSACION
DEL PECADO.*SECCION I.—LA FALTA DE CONSIDERACION. LUCHANDO
CONTRA EL ESPÍRITU SANTO.

EL cargo del pecado se hace tan directamente en la palabra de Dios contra todos los hombres, y se sostiene tan completamente por la observacion y por la experiencia, que la indiferencia general de los hombres respecto de tan grave acusacion es un hecho que requiere explicaciones. La indiferencia no es prueba de inocencia más de lo que la insensibilidad al dolor es prueba de salud. Á la verdad, en casos ordinarios un hombre no puede estar enfermo sin conocerlo, pero sus sensaciones no son criterio seguro de la naturaleza ó del peligro de la enfermedad. Puede sufrir ménos al hallarse en mayor peligro. Así la indiferencia de los hombres á su propia maldad no dá ninguna probabilidad de que su culpa no es grave á la vista de Dios. La falta de conocimiento inmediato de una culpa no es prueba de inocencia, á no ser que vaya acompañada por la gozosa manifestacion de toda clase de buenos sentimientos. Cuando va acompañada por la indiferencia al deber y por la indulgencia con el pecado, esto es evidencia de la enormidad de nuestra maldad. Todos los hombres tienen esto por verdad, en el juicio que forman de los

que son peores que ellos. Decir de un hombre que es un pícaro endurecido, no es dar la atenuacion ó disculpa de sus faltas, sino al contrario es condenarlo por su gravedad. Los que sienten ardientemente respecto de otros, que su indiferencia es una agravacion de culpa, imaginan extrañamente que en su propio caso es prueba de inocencia comparativa.

Esta insensibilidad por tanto á la torpeza moral de su carácter á la vista de Dios, léjos de ser una prueba de bondad, es el efecto y la evidencia de la magnitud de su corrupcion. Así como una enfermedad del cuerpo en que se ataca el asiento de la vida, la sensibilidad se debilita, así en la enfermedad del pecado la insensibilidad es uno de sus síntomas, y se aumenta en el aumento de la maldad. El pecado produce este efecto tanto cegando el entendimiento, como endureciendo el corazon. Oscurécense nuestras idéas acerca de la excelencia de Dios y de su ley, y produce una callosidad de sentimiento, de tal suerte, que pasamos por alto lo que vemos. La experiencia nos enseña que un mero cambio en el estado del entendimiento produce un cambio inmediato y completo en nuestras idéas y sentimientos respecto de nuestros pecados. El hombre que en ciertas horas estuvo tan indiferente como los más descuidados, en otras se llena de admiracion y remordimiento. Otros piensan que sus sentimientos son irracionales y exagerados, pero él conoce que son racionales y aun inadecuados. Esto no es el efecto de alguna alucinacion ó de idéas erróneas relativas á Dios, ó á su propio carácter. Es el resultado natural de un entendimiento claro, y de una conciencia despierta. La facilidad y la

frecuencia con que se destruye la indiferencia de los hombres respecto de su culpa á la vista de Dios, por sí mismas son una prueba de que su insensibilidad no se funda en la verdad, sino de que es el efecto de un entendimiento oscurecido y de un corazon endurecido; y de que aunque se pueda aumentar á medida que el pecado multiplica sus victorias, se devanece tan luego como la luz y el poder de la verdad se admiten en el alma.

Ademas de estas causas generales de la indiferencia de los hombres á las declaraciones de Dios respecto de su maldad, hay otras que deben mencionarse. Cuando el profeta contempló la indiferencia impenitente de su pueblo, exclamó: "Los Israelitas no conocen, mi pueblo no reflexiona." Y cuando Dios quiso traerlos á un sentimiento de su culpa, dice: "Ahora por tanto, así dice el Señor de los ejércitos, Considerad vuestros caminos." Esta falta de consideracion más que cualquiera dificultad que pueda oponerse á que conozcamos la verdad, es la que pone á los hombres contra Dios en el juicio que forman de sí mismos, y la que los endurece en su indiferencia. Á la verdad esta inconsideracion no es más que un efecto de la causa general ántes citada, pero se hace á la vez causa de la ignorancia y de la indiferencia. Los hombres aprenden poco sobre alguna materia por intuicion, y el conocimiento de sus propios corazones no puede obtenerse sin un exámen laborioso de sí mismos; y este conocimiento de sí mismos es el asunto á que los hombres generalmente prestan ménos atencion. Se consagran por entero á los cuidados ó á los placeres del mundo. Vagan tranquilamente siguien-

do el curso del rio de la vida, ó se entregan á su tumultuosa corriente y apénas dedican algunos momentos á serias reflexiones. No es simplemente natural sino inevitable, que bajo estas circunstancias los hombres tengan que ser ignorantes respecto de sí mismos, é indiferentes respecto de su carácter á la vista de Dios. Es, no obstante, lamentable el que tengan que hacer un juicio de sí mismos formado sin consideracion, siendo como es, la base de su conducta, y se confien en él apesar de su oposicion al juicio de Dios. Ya que han de juzgar, que al ménos consideren lo que hacen; y si tienen que obrar segun sus propias conclusiones respecto de sí mismos, que al ménos investiguen y decidan con deliberacion, y no lo aventuren todo á una opinion ligera é inconsiderada de su carácter, la cual tal vez no podria resistir ni aun en su propio juicio, un momento de concienzudo exámen.

Los hombres, ademas, no son simplemente considerados, sino que se esfuerzan frecuentemente de una manera directa en suprimir la conviccion naciente de su culpa y de su peligro. El testimonio de Dios contra ellos es tan claro, la autoridad de su ley es tan obvia, su propia falta de conformidad con ella es tan evidente, y las influencias del Espíritu Santo son tan generales y frecuentes, que la conviccion del pecado apénas puede dejar de introducirse aun en los que en general son más negligentes. Es, empero, una conviccion penosa, y por tanto en vez de ser alimentada se menosprecia ó se suprime. El entendimiento rehusa considerar el asunto, ó investigar la evidencia de la culpa, pero se vuelve á otras cosas, ó por algun hecho de ligereza ó de trasgre-

sion entristece al Espíritu de Dios y se endurece en su indiferencia. Esta es una experiencia que frecuentemente se observa en la vida de muchos hombres. Tienen pensamientos más ansiosos de lo que permiten que sus amigos más íntimos sospechen. Frecuentemente enmascaran un corazón acongojado con un rostro risueño. Tienen una prevision viva á lo que tales sentimientos deben conducir si se alimentan. Perciben á la vez, que no pueden cultivar estos sentimientos y vivir como se han acostumbrado á hacerlo. Hay compañías que deben evitarse. Hay la oposicion de los amigos, el ridículo de que son el objeto por parte de los socios; la pérdida de posicion social; cosas todas que deben tenerse en cuenta. Todos los horrores de una vida religiosa se presentan á la imaginacion y apartan á los medios despiertos de la consideracion de sus caminos que saben es el primer paso, en lo que les parece un viaje largo y penoso. Por tanto luchan contra sus convicciones y generalmente las dominan. Esta lucha algunas veces es corta, otras es prolongada y difícil. El triunfo viene no obstante al fin, y el alma recobra su indiferencia habitual. Estas personas no saben lo que hacen; no sospechan que están luchando para eludir el poder de la misericordia; que están luchando contra el Espíritu de Dios, quien los retrairia del camino de destruccion y los guiaria por el de la vida.

SECCION II.—OBJECIONES SOFÍSTICAS CONTRA LA DOCTRINA DE LA BIBLIA.

OTRA causa de la indiferencia de los hombres, se puede hallar en las objeciones que presentan contra la verdad. Estas objeciones á la verdad se presentan más frecuente y efectivamente para confundir á los defensores de la religion, que para tranquilizar la inquietud de la conciencia ; sin embargo, los hombres procuran engañarse, á sí mismos, tanto cuanto crear dificultades á otros. Y las objeciones ántes mencionadas sin duda son frecuentemente obstáculos para el que investiga ; ó sirven para adormecer la conciencia de los que quieren ser engañados. Por ejemplo, se objeta, que somos lo que Dios nos hizo ; que nuestro carácter se determina por nuestra constitucion original ó por las circunstancias en que estamos colocados, y por tanto, no podemos ser responsables de ello ; que por cuanto á que ni nuestra creencia ni nuestros afectos están bajo el poder de la voluntad no podemos ser responsables de ellos ; que es inútil emplear medios para escapar el juicio de Dios, pues lo que ha de ser, será ; que debemos esperar hasta que Dios tenga á bien cambiar nuestros corazones, pues se declara en las Escrituras que esta es su obra.

Se puede observar que estas objeciones y otras semejantes se refieren á la reconciliacion de verdades diferentes, y no á su separada validez ó evidencia.

La proposicion de que los hombres son responsables de su carácter moral, considerada en sí misma, es tan capaz de demostracion que todos los hombres en efecto la creen. Cada uno siente que es verdadera res-

pecto de sí mismo y sabe que lo es respecto de los demas. Toda la condenacion y la aprobacion de sí mismo descansan en el conocimiento de esta verdad. Todos nuestros juicios relativos á la conducta moral de los demas se fundan en la misma declaracion. Es por tanto una de las verdades que se incluyen en el conocimiento universal de los hombres, y en todos los siglos y entre todas las naciones ha sido tenida como cierta. Los hombres no pueden realmente ponerla en duda aunque quisieran. Por otra parte no es ménos cierto que nuestro carácter depende en cierto grado de circunstancias ajenas á nuestro poder: de nuestra constitucion original, de la educacion, de hábitos y opiniones predominantes, de influencias divinas, etc. Todo esto se prueba por la experiencia y la observacion. Aquí, entónces, hay dos hechos que descansan en una evidencia independiente, cada uno cierto, y cada uno mereciendo por sí mismo el asentimiento general. Sin embargo, vemos que algunos están constantemente dispuestos á poner el uno contra otro; y á argüir contra su propia responsabilidad, porque son dependientes, ó contra su dependencia porque son responsables.

Así la declaracion de que el hombre es un agente libre, obtiene un inmediato y universal asentimiento, porque es un hecho claro de conciencia. No puede dudarse más de lo que podemos dudar de nuestra existencia. Al lado, sin embargo, de esta persuasion íntima de nuestra libertad moral, se encuentra la conviccion no ménos íntima de nuestra imposibilidad de cambiar por el solo hecho de quererlo, ni nuestra creencia, ni nuestros afectos, de que, como hemos dicho ántes, todos los

hombres saben que son responsables. Pocos hombres, acaso ninguno, pueden percibir la armonía de estas verdades; sin embargo son verdades que se reconocen prácticamente como tales, por todos los hombres.

Ademas, toda la experiencia nos enseña que vivimos en un mundo de medios, que el conocimiento, la religion, la felicidad, debe todo buscarse en determinado camino y que descuidar los medios es perder el fin. Pero no es ménos verdadero, que no hay ningun enlace necesario ó cierto entre los medios y el fin, sino que Dios tiene el resultado en sus manos y decide sobre los acontecimientos segun su voluntad soberana. En todos los asuntos ordinarios de la vida, los hombres se someten á este arreglo y no titubean en emplear medios, aunque el fin es incierto y fuera de su poder. Pero en religion piensan que esta incertidumbre del resultado es excusa suficiente de su negligencia.

Es claro que este metodo de razonar, ó más bien de cavilar, que consiste en oponer verdades bien establecidas unas á otras, no es digno de un ser racional. Debemos recibir todas las verdades en su propia evidencia. Si no podemos reconciliar un hecho con otro, es debido á nuestra ignorancia. Tal vez hombres más instruidos ó seres más elevados puedan percibir su armonía perfecta. Nuestra falta de tal conocimiento no disminuye en lo más mínimo la fuerza de la evidencia en que se apoyan separadamente. En todos los ramos del saber, el número de verdades irreconciliables depende del progreso del estudiante. Que la materia suelta se desprende de los cuerpos que giran y que todo se adhiere á la superficie de la tierra no obstante su rápida

revolucion, son hechos irreconciliables para algunos; pero no para otros. Que dos rayos de luz produzcan las tinieblas, ó que dos sonidos causen silencio, son hechos que muchos son enteramente incapaces de reconciliar con otros hechos de que están ciertos; mientras que el filósofo percibe no solamente su consistencia sino que son las consecuencias necesarias de la misma causa.

Si la evidencia de la revolucion constante de la tierra al rededor de su eje fuera presentada á un hombre, ciertamente seria irracional en negar el hecho simplemente porque no podia reconciliarlo con la estabilidad de todo en la superficie de la tierra. Ó si vió dos rayos de luz que producian las tinieblas ¿debe resistir la evidencia de sus sentidos porque sabe que dos velas dan más luz que una? Los hombres no obran ordinariamente de esta manera irracional en sus investigaciones físicas. Permiten que cada hecho se apoye en su propia evidencia. Se esfuerzan en reconciliarlos, y se regocijan cuando sus esfuerzos tienen buen éxito. Pero no se libran de dificultades al negar los hechos.

Si en el departamento del conocimiento físico es preciso que procedamos del principio de recibir cada hecho en su propia evidencia, aun cuando no podamos reconciliar uno con otro, ¿no es de admirarse, que esta necesidad nos imponga en aquellos ramos del saber que distan más de los límites de nuestras facultades? Ciertamente es irracional que un hombre rehuse toda la evidencia de la inmaterialidad del alma, porque no puede reconciliar con esta doctrina el hecho de que una enfermedad del cuerpo desordena el entendimiento. ¿Debo

hacer violencia á mi naturaleza negando la prueba del designio que el cuerpo humano presenta, solo porque no puedo darme cuenta de las accidentales deformidades que ocurren en su estructura? ¿Debo endurecer mi corazon contra toda la evidencia de la bondad de Dios, que brilla entre todas sus obras á mi rededor, porque no pueda ver la consistencia entre la libertad de un acto y la certeza de ocurrencia? ¿Debo negar que soy un ser moral, lo que es la gloria de mi naturaleza, porque no puedo cambiar mi carácter segun mi voluntad?

No es posible que alguien obre en algun ramo del saber partiendo del principio en que se fundan estas objeciones sofísticas á la religion. Desde la juventud á la edad madura estamos obligados á aceptar cada hecho, como viene, en su propia evidencia, y reconciliarlos con otros hechos lo mejor que podamos.

La extravagancia de este método de argüir es evidente tambien, de la consideracion de que si fuera adoptado universalmente, haria imposible todo progreso en el saber. Equivaldria á la resolucion de no saber nada hasta que supieramos todo; porque nuestro conocimiento primeramente se limita á hechos aislados. Colocar y armonizar estos hechos es el trabajo tardío de la vida del estudiante. Este es un arreglo muy bondadoso de la Providencia. Al mismo tiempo que estimula nuestro deseo de saber, nos impone el ejercicio constante de la fé. Y en virtud de estos dos principios importantes de nuestra naturaleza, obtenemos los conocimientos que tan útiles nos son. El deseo de saber no solamente hechos, sino sus relaciones y su armonía, nos conduce al esfuerzo constante de aumentar el número

de verdades conocidas y de obtener un conocimiento profundo de su naturaleza ; y la necesidad en que estamos de creer lo que no podemos comprender ni reconciliar, cultiva el hábito de la fé ; de la fé en la evidencia, de la fé en las leyes de nuestra naturaleza, de la fé en Dios. De esta manera, nuestro Padre Celestial nos guía en las sendas del conocimiento ; y el que rehusa ser guiado debe permanecer en la ignorancia. Dios nos trata como niños ; pero como niños racionales. No quiere que creamos sin evidencia ; pero sí requiere que creamos algunas veces lo que no podemos comprender y lo que no podemos reconciliar con otros ramos del saber. Esta necesidad de fé implícita no se limita á algun ramo del saber, sino como hemos dicho ántes, se exige constantemente con relacion á todos. Los objetos más sencillos en la tierra se rodean de misterios. Una hoja de pasto contiene maravillas que ningun filósofo puede explicar ; nadie puede decir lo que determina el tipo de cada especie de planta ó de animal ; por qué medios se escogen y arreglan los materiales de la hoja y de la flor ; de donde se toman los hermosos tintes, ó de qué modo se aplican ; qué conduce el proceso mudo de formar el ojo ó la mano. Todo lo que vemos es, aun al hombre más inteligente, el indicio de algo desconocido é inescrutable.

Si las formas visibles y tangibles de la materia están llenas de cosas que no podemos entender ¿ que debemos esperar cuando dirigimos nuestros ojos hácia el mundo de los espíritus ? Aun el microcosmo que existe en nuestro pecho, penetrado por nuestra conciencia, y cuyos hechos nos son íntimamente conocidos, está

llo de maravillas y de fenómenos que no podemos ni comprender ni reconciliar. ¿Quién puede comprender la union secreta del alma y del cuerpo, que establece su influencia mutua? ¿Porqué la emocion de la vergüenza sonroja las mejillas, ó la de temor hace que la sangre afluya al corazon? ¿Porqué sufre el alma si el cuerpo se lastima? ¿Qué concepto podemos formar de la materia ó del espíritu, que sea consistente con su mutua influencia y comunión? Las operaciones de nuestras facultades racionales y morales no son ménos ajenas á nuestra comprension. Sabemos ciertos hechos, pero la razon de ellos, ó su consistencia, nos es desconocida. Sabemos que ciertos sentimientos siguen á ciertas percepciones; el de confianza á la de la verdad; el de placer á la de la hermosura; el de aprobacion á la de aquello que es moralmente bueno. El porqué de estos sentimientos nadie lo sabe. Tales son las leyes de nuestra naturaleza; leyes que no originamos y que no podemos dominar. Es decir, no podemos prevenir el sentimiento de confianza ó de fé que acompaña á la percepcion de la verdad, ni el de placer que acompaña la de la hermosura, ni el de aprobacion que acompaña la de la rectitud moral. Sin embargo, la conciencia de nuestros propios actos está ligada á todas estas operaciones. Estamos libres al estar sugetos á las leyes de nuestra propia naturaleza. La necesidad bajo la cual formamos estos juicios, ó experimentamos estos sentimientos, no produce ninguna impresion de esclavitud. Empero en estos juicios ó sentimientos, involuntarios ó necesarios, se interesa en gran manera nuestro carácter moral. Si dos hombres ven un acto de crueldad, y uno

se sonríe y el otro se indigna, ningún sofisma puede impedir que condenemos á aquel y aprobemos á este. El sentimiento excitado por el acto nace en cada una espontaneamente y por una necesidad interior, que ni el uno ni el otro al momento puede dominar. El conocimiento del hecho no tiene que ver con nuestro juicio del caso. Y no es simplemente el juicio de que el sentimiento que produjo la sonrisa es indicio de la condicion del entendimiento, ó que indica previa conducta mala, sino de que el sentimiento mismo fué malo. Además el sentimiento de desaprobacion que se origina de esta manera espontanea en nuestros pechos á la vista de este goce en el sufrimiento, es en sí mismo un sentimiento moral. Nos condenariamos á nosotros mismos si no se originase; nosotros mismos nos aprobamos por su causa. Hay de consiguiente en nuestros pechos enigmas que no podemos resolver; honduras que no podemos sondear. ¿Debemos entónces, para ser racionales, negar estos hechos? ¿Debemos sostener que nuestra naturaleza es una ilusion y nuestra constitucion una falsedad? ¿Por una parte, negaremos que estamos sujetos á las leyes de nuestro ser, ó, por la otra, que los actos que resultan de estas leyes no son nuestros, no expresan nuestro carácter ni envuelven responsabilidad? Esto afortunadamente no puede hacerse; porque la fé en nuestra conciencia es una de las leyes de nuestra naturaleza, de la cual nunca podemos de hecho emanciparnos.

Luego si hay en nuestra naturaleza tantas cosas que no podemos comprender, ¿como podemos esperar comprender á Dios, saber las razones y las relaciones de sus

actos, ó poder reconciliar en todos casos sus obras con sus atributos? El hacer esto requeriría un conocimiento de Dios más perfecto que el que tenemos de nosotros mismos. Requeriría una comprensión de sus designios y del modo con que los cumple—requeriría, en una palabra, un conocimiento que ninguna criatura puede poseer. Porque “¿quién de los hombres sabe las cosas que son del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoce las cosas que son de Dios, sino el Espíritu de Dios.” Á nosotros entónces, que somos las más ínfimas y bajas de las criaturas racionales de Dios, puede bien esperarse que se nos exija que vivamos por la fé; que recibamos como verdadero, por su autoridad, mucho de lo que no podemos comprender ni reconciliar. Sin embargo, no es una creencia ciega la que se nos exige. No se nos exige que creamos nada sin evidencia adecuada; pero por otra parte, no nos es permitido que rechazemos una cosa simplemente porque no podemos entenderla. No debemos negar la existencia de Dios porque no podemos comprender que un ser exista por sí mismo; no debemos negar su eternidad porque no podemos concebir la duración sin sucesión, ni su omnipresencia porque no podemos entender como un ser puede estar igual y enteramente en todo lugar y al mismo tiempo, ni su omnisciencia porque no podemos comprender como los actos libres pueden ser previstos. De igual manera no se nos exige que creamos en la bondad de Dios sin la más clara evidencia de su benevolencia; pero se nos exige que la creamos, ya sea que podamos ó no reconciliarla con la existencia del mal. No se nos

exige que creamos en la providencia de Dios sin evidencia; pero nuestra imposibilidad de reconciliar su gobierno con nuestra libertad no es base racional de incredulidad. Podríamos decir lo mismo respecto de la apostasía de nuestra raza, y de la corrupcion de nuestra naturaleza; respecto de nuestra imposibilidad y obligacion de obedecer á Dios; respecto de la necesidad de la influencia divina y de la del uso de medios. No se nos exige que creamos nada en estos y otros asuntos sin prueba suficiente; pero no nos es permitido que presentemos nuestra ignorancia de las relaciones de estas verdades como excusa para la incredulidad ó para la desobediencia. Dios da á la luciérnaga bastante luz para ver su propia senda, pero no bastante para disipar las tinieblas de la noche. Así tambien nos enseña donde debemos poner nuestro pié en cada paso que damos hácia los cielos, aunque no nos pone en estado de comprender al Todopoderoso hasta la perfeccion.

Se puede decir que no hemos contestado una de todas las objeciones á que se ha hecho referencia tan frecuentemente. Pero hemos hecho una cosa mucho mejor que el contestarlas, si hemos logrado que el que las hace sienta la necesidad de un espíritu humilde, que confie en Dios. Este es el estado conveniente de entendimiento para cada discípulo; ya sea que esté en la escuela de la naturaleza, ó en la de Cristo. Es el estado que la debilidad de nuestras facultades y la dificultad de las cosas que se han de aprender, hacen no solamente racional, sino tambien indispensable. Otra impresion que hemos procurado producir es la de que es uno de nuestros primarios deberes someternos á la verdad;

formar el designio y alimentar el hábito de ceder á la evidencia. La fé sin evidencia es irracional, pero la incredulidad apesar de la evidencia no lo es ménos. Hay una gran diferencia en la condicion de hombres diferentes respecto de este asunto. Algunos resisten la verdad tanto cuanto pueden; cavilan en ella y se le oponen. Otros son ingénuos y dóciles; quieren admitir la fuerza de la prueba tanto cuanto pueden percibirla. Esta es la única manera en que se puede obtener el conocimiento verdadero. Así es como el filósofo está acostumbrado á proceder. Con mucho cuidado pide hechos á la naturaleza: estos hechos se reciben: están clasificados y armonizados, tanto cuanto el investigador puede de esta manera reconciliarlos. Pero no rechaza ninguno porque no pueda acomodarlo á un sistema. Espera más luz. Así debemos obrar nosotros tambien. Debemos recibir cada verdad por su propia evidencia, armonizar nuestro conocimiento donde quiera que podamos; pero no rechazar nada simplemente porque ignoremos su conformidad con otras verdades.

Es muy importante que aprendamos otra leccion, es decir ¿cual es evidencia suficiente de la verdad y cuando debemos quedar satisfechos? Tal vez será difícil en algunos casos decidir esta cuestion, pero por lo que toca á la religion el caso es bastante claro. Por las leyes de nuestro ser se nos exige imperativamente que confiemos en el testimonio bien asegurado de nuestros sentidos: que confiemos en la veracidad de nuestra conciencia: que recibamos el testimonio innegable de nuestros semejantes, y que descansemos en las verdades que son asuntos de percepcion intuitiva, ó las conclusiones nece-

sarias de la razon. Estas son leyes de creencia impresas en nuestra constitucion por el Creador, y por consiguiente son expresiones autoritativas de su voluntad. Rehusar obediencia á estas leyes es, entónces, no solamente irracional, sino una rebelion contra Dios. Son las barreras diamantinas con que ha cerrado el camino del escepticismo universal; y los que las rompen entran prematuramente en las tinieblas eternas. Estamos obligados entónces, como seres racionales, á recibir todas las verdades que se fundan en el testimonio de nuestros sentidos, en la autoridad de conciencia, en el testimonio innegable de testigos, ó en las percepciones intuitivas, ó en las deducciones necesarias de la razon. El que podamos sistematizar y reconciliar todas las verdades aseguradas así, es una cuestion muy diferente. Nuestra obligacion de recibirlas no descansa en este poder, sino en la evidencia proporcionada separadamente. Nuestra conciencia nos dice que somos pecadores; tambien nos informa de nuestra impotencia. Podemos resistir la una ó la otra de estas verdades, como los escollos resisten el Oceano. No pueden cambiar de sitio. Cuando el entendimiento haya sido saturado de falsa filosofia, puede descreer por algun tiempo. Pero la incredulidad no dura más tiempo que la embriaguez. Tan luego como la embriaguez pasa, la verdad reaparece con más claridad y autoridad que nunca. Nada por consiguiente se puede ganar por la resistencia á la verdad; y la sabiduría aconseja someterse desde luego á las leyes de creencia que Dios ha impreso en nuestra naturaleza.

Ademas de esta regla de fé, si así puede llamarse,

que Dios nos ha dado en la constitucion de nuestra naturaleza, tenemos su palabra y su providencia autenticadas por todas clases de testimonios suficientes. No puede haber una base de fé mejor que la autoridad de Dios. Aun la confianza en el testimonio de nuestros sentidos, ó en los dictámenes de la conciencia, se resuelve en la confianza en la veracidad de Dios, por quien se han establecido las leyes de la naturaleza. Cualquiera verdad, por consiguiente, que se sostiene por una revelacion de Dios bien autenticada, ó por las actuales dispensaciones de su providencia, debe considerarse como perfectamente establecida, y toda objecion que se puede demostrar, que milita contra la una ó la otra, debe considerarse como ya contestada. De esta manera los escritores sagrados contestaron las objeciones. Les bastó que Dios afirmase una verdad, ó actualmente ejercitase una prerogativa. Cualquiera otra vindicacion les pareció supérflua. Debemos obrar en el mismo principio y someternos tranquilamente á todo lo que Dios dice ó hace. Algunos quejosamente preguntan, ¿Porqué nacimos? Seguramente les basta el haber nacido. Este hecho no se puede negar, ya sea que puedan ver la sabiduría y el designio de su creacion ó nó. Ó preguntan, ¿Porqué nacimos en un estado de pecado, ó en un mundo en que el pecado es universal é inevitable?" Es imposible que la razon humana pueda resolver esta cuestion. ¿Pero presentándonos constantemente tal hecho, nos resulta algun provecho de negarlo? Se pregunta ademas, "¿Si hemos nacido bajo tales condiciones, que, ya sea por nuestra naturaleza ó por otras circunstancias, el pecado es inevitable

y universal, como podemos ser responsables?" Sea cual fuere la dificultad que haya para manifestar de que manera lo seamos, no cabe duda alguna de que es así. Sentimos que lo somos y nos sería tan difícil prescindir de esta convicción, como de la conciencia que tenemos de nuestra existencia. ¿Dónde está pues la sabiduría de oponernos á los hechos? ¿Porqué debemos emplear nuestras vidas, como una bestia silvestre en su jaula, siempre gastando las verjas de su prision, las cuales sin embargo no consigue destruir? Aprendamos á someternos á lo que vemos que es verdadero, acordémonos de que nuestro conocimiento no incluye todo lo que es verdadero, de que las cosas pueden estar muy bien en armonía entre sí y con los atributos de Dios, aunque no podamos comprender la razon. Nuestro conocimiento se aumentará continuamente, y los hechos que nos proporcionan más dificultad se encontrarán tan análogos con otros, cuya justicia podemos reconocer, que si nunca llegaremos á ver todas las cosas en su armonía, veremos por lo ménos que deben estar en conformidad una con otra, siendo partes de aquel sistema que donde quiera hace luminoso las manifestaciones de la sabiduría y del amor de Dios. Recordemos que somos hijos, los hijos de Dios, que nos dá evidencia abundante de todo lo que se nos exige que creamos, aunque tiene la voluntad que confiemos en El, que estemos asegurados de que todo lo que dice es verdadero y que lo que hace es bueno; que aunque las nubes y las tinieblas puedan rodearle, la justicia y el juicio reinan en su trono.

La última observacion general que puede hacerse contra estas objeciones es la de que se presentan casi

siempre de mala fé, es decir, con una conviccion interna de su falsedad. Así como frecuentemente sabemos que muchas cosas son verdaderas aunque no podamos probarlas, así tambien muchas veces sabemos que hay objeciones sofisticas, aunque no podamos contestarlas. Si un hombre niega su propia existencia ó la distincion entre el bien y el mal, es inútil argüir con él. Nada puede ser más claro que la verdad negada; y por tanto, no es posible que haya alguna manera de probarla. Así tambien, si, para eludir el ser culpado niega su responsabilidad, niega un hecho de conciencia, que no puede de ninguna manera hacerse más claro. Ó si alega su impotencia como excusa para no arrepentirse y obedecer á Dios, presenta un alegato que sabe que no tiene validez. Sabe que por real que esta impotencia sea, no es de tal naturaleza que le proporcione excusa para continuar en el pecado, porque la conviccion de su realidad coexiste en su propia conciencia con un sentimiento de culpa. Es un alegato por consiguiente, que no vale nada ante su propia conciencia, y sabe bien que tampoco valdrá nada ante la presencia de Dios. De igual manera, cuando los hombres resienten el rigor de la ley divina, lo hacen con la persuasion interna de la justicia de aquella ley. Sus exigencias se recomiendan á su propia conciencia. Saben que por ser Dios infinitamente sabio y bueno, cumple con nuestro deber estimarle con afecto supremo y someternos implícitamente á todo lo que disponga.

Los hombres saben perfectamente que todas estas objeciones son cavilosas. Dios no se ha dejado á sí mismo sin testimonio. Su voz tiene una autoridad que

no podemos resistir. Cuando nos dice que somos pecadores, sabemos que es cierto. Cuando nos dice que merecemos la muerte, sabemos que es una sentencia justa. Cuando nos dice que no tenemos fuerza suficiente para salvarnos, y que nuestra salvacion depende de su voluntad, sabemos que lo es tambien. Siempre que se revela á sí mismo, debemos enmudecer, no precisamente por temor, sino por una íntima persuasion de la justicia de todos sus procedimientos. Es, por tanto, tontera y maldad, presentar objeciones contra la verdad que nosotros mismos sabemos que son fútiles, ya sea que lo hagamos con la mira de confundir á nuestros semejantes ó con el vano empeño de acallar las acusaciones de la conciencia y de la palabra de Dios.

Es tal el poder de la verdad, que ni la insensibilidad natural del corazon, ni la falta de consideracion, ni los esfuerzos directos que hace el hombre para suprimir pensamientos solemnes, ni todo el aparato de las objeciones sofisticas, pueden servir para contrariar la conviccion secreta que existe en el corazon de los impenitentes de que se hallan en el camino de la muerte eterna. Esta conviccion frecuentemente es muy débil; cuando los hombres se entregan al movimiento del mundo, la pasan desapercibida. Con todo, siempre existe; y de cuando en cuando despierta y los reprende. Ni puede calmar esta solicitud la sugestion de que Dios es misericordioso y tal vez no será extricto en mirar la iniquidad. Tal sugestion por tanto tiene poco valor. Se contraria por el sentimiento de indignidad; por la conviccion que no puede ser reprimida de que los que cometen el pecado merecen la muerte; por las

declaraciones claras de las Escrituras, y por la evidencia, que aun la providencia proporciona, de que Dios es justo. La aprehension vaga de la ira futura, por tanto, apesar de todos sus esfuerzos, sigue siempre en su senda al impenitente, enfriando sus goces y acumulando fuerza siempre que las cosas del mundo parezcan escapar de su posicion.

La mayor parte de los hombres se ven obligados á reconocer su culpa ante el foro de su conciencia, y á contentarse con pedir que el juicio se demore. Están obligados á reconocer que no están preparados á morir en su estado presente; que deben cumplir con las exigencias del Evangelio; pero piden más tiempo. "Por ahora vete; que teniendo lugar oportuno te llamaré." La conciencia se engaña más facilmente por este alegato, que parece admitir sus exigencias, más que por algun otro. Es por tanto el lazo más peligroso para las almas. Los hombres no reflexionan en la maldad de alegar con Dios pidiéndole libertad para continuar por algun tiempo más en el pecado; para que les permita quebrantar sus mandamientos, menospreciar sus misericordias, desairar su amor, y dañar la causa de la verdad y de la justicia. No piensan en la indignacion con que rehusarian tal peticion si se les dirigiese por un hijo ó criado ingrato y desobediente. Ni recuerdan que cada acto de demora aumenta mucho su culpa, puesto que supone una conciencia de la maldad de su conducta presente y un reconocimiento de la justicia de todos los mandamientos de Dios. Ni consideran que las dificultades que se amontonan en la senda de su vuelta hácia Dios, se aumentan todas por la tardanza. Si el arre-

pentimiento es difícil hoy, lo será más mañana. Si el corazón está endurecido ahora, se endurecerá más por el abandono. Si el poder del pecado ahora es tan fuerte que no podemos resistirlo, se hará mucho más fuerte por la indulgencia. Si los motivos de arrepentimiento ahora no bastan para asegurar la obediencia, valdrán menos en lo sucesivo. Si Dios está ofendido ahora, lo estará más y más por la desobediencia continua. La demora, por tanto, de cada día aumenta de un modo terrible la probabilidad de nuestra perdición final.

CAPÍTULO IV.

CONVICCION DEL PECADO.

SECCION I.—CONOCIMIENTO DEL PECADO. CONCIENCIA DE INDIGNIDAD PERSONAL.

AUNQUE los hombres son generalmente tan indiferentes á su maldad y su peligro, agrada á Dios frecuentemente excitar su atencion produciéndoles una conviccion profunda de la verdad de todo lo que la Biblia enseña respecto de estos asuntos. Los efectos de tal conviccion varian mucho, porque se modifican por el temperamento, el conocimiento, las circunstancias y experiencias concomitantes de los que la sienten. Una sentencia de muerte si se pronunciase en contra de cien hombres, probablemente no afectaria ni á dos de ellos de la misma manera. La atencion de uno podria fijarse especialmente en la torpeza de su crimen; la de otro en la ignominia en que habia incurrido; la del tercero en los sufrimientos de sus amigos por causa suya; la del cuarto en los horrores de la muerte ó en el temor de comparecer ante Dios. Todas estas y otras miras en combinaciones infinitas podrian obrar con diferentes grados de fuerza en cada uno, y el resultado seria modificado tambien por su temperamento físico y moral, y sus conocimientos é historia personal antecedente. La diversidad infinita, por tanto, de la experiencia de los hombres, cuando se convencen de pecado, es lo que se

puédiera esperar, y muestra que es imposible dar una representacion de esta experiencia que se pueda aplicar á todos los casos. Bastará indicar brevemente lo que las Escrituras enseñan como esencial sobre este asunto.

Es menester que haya algun conocimiento exacto del pecado. La doctrina de las Escrituras enseña claramente, cosa que se confirma por la experiencia universal, que los hombres son naturalmente ciegos en extremo, en cuanto á este asunto. Tienen idéas enteramente inadecuadas de la naturaleza de esta maldad. Ignorando la santidad de Dios, no consideran la oposicion del pecado á su naturaleza, tanto quanto consideran sus efectos en sí mismos, ó con relacion á la sociedad. Lo juzgan bajo un aspecto de vista erróneo, y de aquí es que el juicio relativo á la naturaleza del mismo es falso ó defectuoso. Su naturaleza real ó el origen real de su maldad escapa en gran parte á su atención. De aquí es que descuidan ó menosprecian generalmente mil cosas que son incontestablemente pecaminosas. No consideran tanto el estado del corazon hácia Dios, como la disposicion y la conducta de un hombre hácia sus semejantes. Por tanto, muchas veces se juzgan á sí mismos y á los demas, como realmente buenos, aunque estén destituidos de todo sentimiento recto hácia su Hacedor. Ignorando la naturaleza verdadera del pecado, no tienen ninguna idea del número de sus trasgresiones. Están dispuestos á estimarlas por el número de actos positivos ó desobediencia abierta á la ley moral, desatendiendo el estado habitual de su corazon, la falta uniforme de su amor, y de la fé y reverencia que á Dios deben. Ni tienen ninguna idea adecuada de la

culpa del pecado. Les parece, en cuanto á su existencia en ellos mismos, comparativamente una friolera. Consideran como irracional cualquiera gran inquietud que su presencia pueda causarles, y cuando se manifiesta por los demas se llama esto hipocresia ó fanatismo. Hay una falsedad en el pecado que engaña á los hombres, de suerte que forman juicios inexactos respecto de su naturaleza, su extension, su torpeza y su poder. Esta ilusion se debe disipar. Los ojos deben abrirse para que vean el pecado como se representa en la palabra de Dios; es decir como cosa sumamente mala y amarga; como extendiéndose, no solamente á los actos positivos ó á los arrebatos de la pasion; sino como echando raices profundas en el corazon, corrompiendo el manantial de las corrientes de la vida; como mereciendo en efecto el castigo que Dios ha pronunciado en su contra, y como teniendo tanto poder sobre los principios internos de nuestra naturaleza, que su influencia no se puede destruir por ningun esfuerzo ordinario.

Este conocimiento profundo de las representaciones Bíblicas del pecado va acompañado de una conviccion firme de su verdad, y esta conviccion es inseparable de la clase de conocimiento profundo que tenemos de que la naturaleza de la doctrina Bíblica es verdadera, y está conforme con la naturaleza moral que Dios nos ha dado. Los hombres por tanto no adquieren esta conviccion, ni por argumento ni por autoridades. Ven y sienten que es cierto lo que Dios ha declarado concierne á la naturaleza y á la maldad del pecado. De aquí es, que la conviccion es irresistible, por mal que se

reciba. Frecuentemente sucede que se posesiona del alma de una manera repentina y poderosa, cuando la conciencia se despierta de su letargo y da su asentimiento á las declaraciones de Dios con una fuerza irresistible. Cuando Pablo raciocinaba sobre la justicia, la continencia y el juicio venidero, Félix tembló. La verdad exteriormente presentada encontró tal eco en el pecho del gobernador romano, que no pudo descreer. Esto está en conformidad con la experiencia diaria. Las cavilaciones de los hombres contra el rigor irracional de la ley divina, y sus objeciones contra la justicia de su pena terrible, desaparecen al momento, cuando sus ojos se abren para ver lo que realmente son la ley y su trasgresion. En tanto que la percepcion dura, subsiste la conviccion. Si consiguen excluir la luz y calmar su conciencia, despiertan al darle cabida; se hacen tan escépticos como nunca respecto de todos estos asuntos. En muchos casos consiguen cerrar sus ojos para no ver lo que les desagrada, y adquieren de nuevo su antigua incredulidad. Pero frecuentemente no se puede hacer esto, especialmente cuando la muerte se aproxima, ó cuando Dios está para arrancarlos como tizones del fuego. Probablemente no pasa un solo dia sin alguna comprobacion de la verdad de estas observaciones. Hombres que han vivido mucho tiempo en la incredulidad ó en la indiferencia se sienten poseidos por una influencia que no pueden entender, ni resistir. No hay ninguna nueva revelacion, ni argumentos nuevos, ni dan cuenta de raciocinios que no les sean conocidos. Hay simplemente una percepcion de la verdad de las declaraciones de Dios concernientes al pecado.

Contra las convicciones que de esto se originan, sus cavilaciones antiguas, sus argumentos y las palabras consoladoras de sus amigos, no tienen valor ninguno. No llegan á donde se proponen, sino que se dirijen á un punto enteramente ageno á la base de la conviccion, y por tanto no la afectan. Aunque esta persuasion de la verdad de la doctrina Bíblica respecto del pasado muchas veces es temporal, sin embargo forma una parte esencial de aquellas convicciones que son permanentes y salvadoras. Puede haber hombres que tengan esta persuasion y que nunca acepten las ofertas de la salvacion; pero los que las aceptan no pueden carecer de ella enteramente.

Este conocimiento del pecado, que forma una parte tan esencial de la naturaleza de la conviccion verdadera, se deriva de la ley, pues por la ley se tiene conocimiento del pecado: "No conocí el pecado, sino por la ley," dice el apóstol; "porque sin la ley el pecado no existiría. Así es que yo sin la ley vivía en un tiempo; mas venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí." Se enseña claramente en estos y otros pasajes semejantes, que el apóstol estuvo ántes ignorante de la extension y de la espiritualidad de la ley, y de consiguiente ignorante del pecado. Se creía tan bueno cuanto razonablemente podia esperarlo, y estaba contento y tranquilo; pero cuando le fué revelada la ley en su carácter verdadero, sus opiniones respecto del pecado se cambiaron inmediatamente. Llegó á conocerlo y á sentir su poder sobre sí mismo. Mil cosas que ántes le habian parecido indiferentes ó triviales, le parecieron despues ofensas gravísimas, descubriendo que la maldad

de su corazon, secreta y profundamente arraigada, que habia escapado á su conocimiento ó á su atencion, era especialmente el gran manantial de todos los otros pecados.

La ley es el medio de comunicar este conocimiento, porque es una expresion de la santidad perfecta de Dios. En tanto que los hombres se juzguen por sí mismos y se comparen entre sí, no conocerán su carácter verdadero. Solamente cuando se juzguen conforme á la regla perfecta del deber, que se contiene en la ley de Dios, pueden tener un conocimiento propio de su carácter real. Solo con su luz vemos la luz. Solo cuando nos hallemos distantes de los seres pecadores que nos rodean, y nos sintamos ante la presencia de la pureza perfecta de Dios, podremos sentir cuan grande es nuestro extravío de las reglas de la excelencia. Son pues tanto la doctrina de la Biblia, como la experiencia del pueblo de Dios, las que nos inculcan el conocimiento de que el pecado se origina de la aprehension de la excelencia divina revelada en la ley.

Hay sin duda gran diversidad en la experiencia de los cristianos en cuanto á la claridad de sus ideas respecto de este asunto. En algunos casos todo se vé confusamente como á traves de un vidrio; en otros se descubre de tal manera la excelencia infinita de Dios y de su ley, que se llena el entendimiento de la mayor reverencia y de la humillacion del hombre ante sí mismo. Algunas veces este conocimiento llega al entendimiento tan imperceptiblemente como la aurora; otras, la verdad aparece en un momento, revelada en todo lo grandioso de su pureza. El hombre que hace una hora

era indiferente, ahora se asombra de su ceguedad anterior. Se maravilla de como fué posible que pudiese estar tan ignorante de la excelencia de Dios y de la perfeccion de su ley. Se espanta de su infatuacion al pensar que tendrá que ser juzgado por la regla comun del juicio humano, por las exigencias inadecuadas del mundo, ó por sus semejantes. Ahora vé que la regla por la cual debe probarse es infinitamente pura y no puede pasar desapercibida la menor trasgresion. En ninguna parte de la Biblia se nos enseña qué grado de claridad de este conocimiento es necesario para salvarnos. Sabemos solamente que los hombres deben tener tanto conocimiento del pecado, cuanto sea necesario para que sus juicios respecto de su naturaleza estén en conformidad con las declaraciones de Dios; á fin de que en vez de aquella oposicion perpetua que hacen generalmente á la doctrina de la Biblia, respecto de la extension del pecado, se sometan á la verdad y á la justicia de todas las representaciones divinas sobre este particular.

Ademas de este conocimiento del pecado y de este asentimiento á la doctrina bíblica sobre tal asunto, hay en la conviccion sincera un sentimiento de indignidad personal. Esto tal vez se ha anticipado en parte, pero merece una atencion especial. Los seres santos pueden tener una percepcion clara de la verdad presentada en la palabra de Dios, respecto de la naturaleza del pecado, pero no pueden tener ninguna idea de la torpeza moral. Y entre los hombres hay frecuentemente una comprension clara de la doctrina sobre este asunto, y un asentimiento general á su verdad, sin nin-

guna conviccion de que lo que la Biblia dice de los pecadores es aplicable á nosotros. No basta por tanto, que sepamos y creamos lo que la Biblia dice respecto del pecado, sino que debemos sentir que todo es verdadero en lo que toca á nuestros mismos. Debe haber un asentimiento de nuestra conciencia á la declaracion de que el corazon es engañoso más que todas las cosas, y extraordinariamente perverso; que en nosotros, es decir, en nuestra carne, no puede morar el bien. Este sentimiento de indignidad personal es la parte principal de la conviccion del pecado. Es lo contrario de la noción falsa de nuestra propia excelencia que estamos inclinados á admitir. Destruye nuestra complacencia personal, y desarraiga la disposicion de justificarnos ó de atenuar nuestra culpa.

Lo que acompaña más ciertamente á este sentimiento de torpeza moral á la vista de Dios es la vergüenza. “Dios mio,” exclamó Esdras bajo el sentimiento del pecado,” confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mio, mi rostro á Tí; porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza; y nuestros delitos han crecido hasta el cielo.” Y Daniel dice: “Tuya es, Señor, la justicia y nuestra la confusion de rostro, como es en el dia de hoy á todo hombre de Judá.” “De oidas te habia oido,” dice Job, “mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco y me arrepiento en el polvo y en la ceniza.” Y en otro capítulo dice: “He aquí que yo soy vil: ¿qué responderé? mi mano pongo sobre mi boca.” El mismo sentimiento se expresa por el salmista cuando dice: “Hanme subyugado mis maldades y no puedo levantar la vista;

hanse aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazon me falta." La misma emocion llenó el corazon del publicano cuando no queria ni aun alzar los ojos al cielo; sino que heria su pecho, diciendo: "Dios, ten misericordia de mí, que soy un pecador."

Con este sentimiento de indignidad se mezclan, en mayor ó menor escala, los sentimientos de la contricion y del remordimiento; la tristeza por nuestras ofensas innumerables, la amargura de nuestra condenacion. Á estos se agregan frecuentemente la confusion y el temor de la ira de Dios: el miedo de que nuestros pecados nunca se puedan perdonar, y de que nuestra contaminacion nunca se pueda limpiar. Ningun padecimiento en este mundo puede exceder á lo que el alma frecuentemente sufre, bajo el peso de tales sentimientos. Exclama con San Pablo: "Miserable de mí. ¿Quién me librárá del cuerpo de esta muerte?" Ó se vé obligado á decir con Job: "Las saetas del Todopoderoso están en mí, cuyo veneno bebe mi espíritu, y terrores de Dios me combaten." Ó con David: "Desde la mocedad he llevado tus terrores, he estado medroso; sobre mí han pasado tus iras, tus espantos me han cortado."

Con lo que experiencia del pueblo de Dios ha consignado sobre este asunto están conformes las palabras de sus siervos más eminentes en estos últimos tiempos. Las confesiones de Agustin están llenas de expresiones semejantes de humillacion y de angustia, bajo el sentimiento del pecado. Y aun el corazon robusto de Lutero estuvo quebrantado por sus sufrimientos internos, de tal manera que su vida por mucho tiempo fué para él una carga casi insoportable. Pero á la vez que es

cierto, sin duda, que la tendencia natural de aprehensiones correctas de nuestro carácter real á la vista de Dios es el producir estas emociones fuertes de humillacion y de tristeza, y que no lo es ménos que los que han adelantado más en santidad han tenido generalmente la mayor parte de estos sufrimientos, no se debe suponer por esto que son necesarios al carácter de un cristiano. Por el contrario, una creencia firme en la misericordia de Dios en Jesu-Cristo, sin impedirnos la humillacion y la penitencia por causa del pecado, extraeria eficazmente la amargura del remordimiento, y el miedo de la copa del arrepentimiento. No hay religion verdadera en estos terrores y aprehensiones espantosas. El lecho de muerte de los impenitentes frecuentemente presenta este sentimiento de culpa, de humillacion, de remordimiento, de temor al castigo, y otras indicaciones de una conciencia iluminada y despierta. Y frecuentemente los que han sufrido todas estas penas pierden sus impresiones solemnes y recaen en su indiferencia anterior. Aunque segun esto la pena del remordimiento y del temor de la ira de Dios frecuentemente acompañan la conviccion del pecado, no la constituyen sin embargo. En muchos casos apénas existe esta agitacion del corazon. Tal vez la clase de experiencia religiosa más frecuente en cuanto á este asunto, es una solicitud profunda con motivo de la falta de una excitacion del corazon correspondiente al juicio del entendimiento y de la conciencia. La queja comun de muchas personas es, que no pueden sentir; que sus corazones son como el hielo; que el conocimiento y la percepcion de su ingratitud y su desobediencia les producen poca

ó ninguna emocion. Tales personas cambiarían con gusto su insensibilidad por la pena más aguda; su peticion constante es, que Dios les quite su corazon de piedra y les dé uno de carne. Esta clase de experiencia está tan conforme con la naturaleza de la conviccion del pecado como la otra. Todo lo que es necesario es el testimonio de la conciencia á la justicia de las representaciones divinas de nuestro carácter y de nuestra conducta; la conciencia y el reconocimiento de que somos lo que Dios declara respecto de nosotros. Donde existe este juicio de la conciencia, ó este sentimiento de indignidad personal, bajo cuya influencia el pecador pone su mano sobre la boca, en la presencia de Dios, y se inclina á sus piés como indigno de misericordia, hay por lo que toca á este punto una conviccion genuina.

Este estado del alma se puede producir por muchos medios diferentes. Algunas veces es el resultado de un repaso tranquilo de la vida y de una comparacion del estado habitual del corazon, y del curso general de nuestra conducta con la ley de Dios. Otras, una ofensa que hacemos especialmente grave se apodera de la conciencia: algun voto no cumplido; algun llamamiento desoido, algun pecado abierto, se hacen el medio de hacer al hombre una revelacion de sí mismo. Sea la ocasion especial lo que fuere, el entendimiento se vé conducido á fijarse en su responsabilidad para con Dios, y la conviccion de su culpa queda establecida y confirmada. Esto es necesario para que el pecador vuelva á Dios. Miéntas que se considere sano, no ocurrirá al médico; miéntas que estime sus pecados como pocos ó triviales, no sentirá solicitud de asegurar el perdon ó

la santidad. Pero cuando sus ojos se abren y su conciencia despierta, siente que su caso exige atencion inmediata y diligente; sabe que no está preparado para encontrar á Dios; que sus pecados son tan grandes que no pueden perdonarse, á no ser que obtenga interes en la redencion que es en Jesu-Cristo. Cada cristiano verdadero, por cualquier modo, se trae á esta conviccion y á este reconocimiento de indignidad personal á la vista de Dios.

En tercer lugar, la conviccion de pecado incluye una conviccion de nuestra condenacion ante Dios. Un sentimiento del pecado es un sentimiento de indignidad, y ese envuelve un sentimiento de que estamos expuestos á la ira divina. Puede ser propio el notar tres estados muy distintos del entendimiento en cuanto á este asunto. Es muy claro que nuestras miras del castigo debido al pecado deben depender de las del pecado mismo. Si tenemos aprehensiones inadecuadas de la maldad del pecado, tendremos las mismas del castigo que merece. De aquí es que en la mayor parte de los hombres hay una incredulidad secreta de las representaciones bíblicas sobre esta asunto. No pueden reconciliar las declaraciones de Dios respecto del destino de los impenitentes con sus miras de su justicia y de su misericordia, y por tanto no pueden creerlas. Y frecuentemente sucede, que el sentimiento del pecado que personas serias experimentan, ó la oposicion fuerte del corazon á lo que la Biblia enseña sobre este asunto es insuficiente para vencer esta incredulidad. Sienten que son pecadores; sienten que merecen la ira de Dios, pero se rebelan secretamente contra las denuncias terri-

bles de las Escrituras contra todo pecado. “El someternos al poder condenatorio de la ley santa de Dios,” dice el señor Milnor, “es difícil, muy difícil á la verdad que lo hagamos como debemos. Mi entendimiento me ha enseñado por muchos años que esta es la piedra de toque de una conversion sincera, y hé estado bastante ocupado en notar la falta de ello en mis semejantes; pero por lo que á mí toca, si me hé adelantado algo en esta direccion, lo hé hecho muy recientemente.” El corazon es engañoso en extremo aquí; porque teniendo presente la salvacion de Cristo, una persona puede figurarse que Dios es justo y equitativo en condenar á los pecadores; pero si presentais el caso solo por un momento á nuestro propio corazon, como una cosa que puede suceder facilmente, el corazon se opondrá á tal dispensacion, tal vez con una oposicion y una repugnancia en parte reprimidas, pero que son muy firmes y determinadas. Nada ménos que el Espíritu Santo puede curarla, revelándonos la gloria de Dios en la faz de Jesu-Cristo. El que el alma se rebele contra la idea de su propia miseria es la ley de nuestra naturaleza y nunca se podrá desarraigar. Este no es el sentimiento que se propone condenar, sino la oposicion del corazon á la verdad y á la justicia de la declaracion de Dios, respecto del castigo debido al pecado. Se debe vencer esta oposicion, esta disposicion de acriminar á Dios, de considerarle como injustamente severo, porque el considerar injusto lo que El afirma que es justo, es manifestar que nuestros corazones no están en armonía con su palabra. Toda la experiencia enseña que este es un estado del alma muy comun. Y su existencia prueba

que nuestras miras de la culpa del pecado no han sido bastante claras, para hacer que nos sometamos al plan que Dios ha revelado para redimirnos de la condenación merecida.

El extremo opuesto á esto es el sentimiento de que nuestros pecados son tan grandes, que no se pueden perdonar. Esta persuasión es muy frecuente. Cuando hay un descubrimiento claro de la maldad del pecado, con ninguna aprehension concomitante del plan verdadero de la salvacion, la desesperacion es el efecto natural. El juicio de la conciencia se conoce como verdadero, cuando pronuncia que nuestros pecados merecen la muerte. Y á ménos que el alma no vea como Dios puede ser justo, y sin embargo justificar al pecador, no puede esperar misericordia. Nada puede ser más digno de compasion que un alma en este estado. Sus miras de la justicia de Dios y de la maldad del pecado no son falsas ni exageradas. Es su verdad la que les dá poder y la que hace fútiles las declaraciones tranquilizadoras de sus amigos, de que Dios no será tan estricto en mirar la iniquidad, ó de que la culpa del pecador no es tan grande como se figura. Una conciencia inteligente no se puede calmar de esta manera, y si tales son los únicos manantiales de consuelo á que puede acercarse, debe desesperar.

En un país cristiano, empero, el conocimiento del plan de salvacion está tan generalmente extendido, que raras veces deja, aun cuando se le conozca imperfectamente, de calmar ó de moderar las aprehensiones de la ira de Dios. Se sabe que Dios puede perdonar el pecado, que hay salvacion á lo ménos para algunos, por-

que algunos se han salvado. Y cuando el pecador frecuentemente está dispuesto á pensar que su caso es excepcional, ó que hay alguna agravacion especial de su culpa, que le pone fuera del alcance de la misericordia, sin embargo, no puede estar cierto de que eso es la verdad. Y en sus horas más oscuras, la creencia en la posibilidad de la salvacion no queda destruida completamente.

Entre estos extremos de oposicion hostil á la verdad de Dios, es decir, entre que el pecador está expuesto justamente á la condenacion y la desesperacion de alcanzar misericordia que se origina de la incredulidad, se encuentra una conviccion sincera de indignidad personal. Si la experiencia religiosa es la conformidad de nuestros juicios y sentimientos con las verdades que se revelan en las Escrituras, y si se revela allí que lo que el pecado merece es la muerte, nuestro juicio y sentimiento deben asentir á aquella verdad; debemos admitir que tal es el mérito justo del pecado y de nuestros pecados. No debemos estar dispuestos á quejarnos de la extension ó de la severidad de la ley; debemos por el contrario hacer que el sentimiento de la culpa á la vista de Dios sea tal, que nos conduzca á postrarnos á sus piés, sabiendo que El no puede ni obrar ni amenazarnos injustamente, y que el perdon debe ser asunto de gracia. Es evidente que no puede haber ninguna aceptacion inteligente de Cristo como Salvador sin la conviccion de que estamos expuestos á la condenacion; y no puede haber esta conviccion, sin una percepcion de la justicia de la pena de la ley. Se debe recordar sin embargo, que hay muchas cosas envueltas en la

experiencia cristiana, que pueden no ser objeto de una atencion especial. Puede suceder por tanto facilmente que muchas personas pasen de la muerte á la vida sin ninguna aprehension viva de la ira de Dios, ni ninguna impresion muy distinta de que todas las amenazas que se han hecho contra el pecado hubieran podido hacérselas sufrir en justicia. Su atencion puede haberse fijado y sus corazones pueden conmoverse por la manifestacion del amor de Dios en Cristo, y pueden haber sabido á la vez algo más que un reconocimiento del Evangelio y el deseo y el propósito de vivir para servir á Dios. Empero, aun en tales personas, luego que su atencion se dirige al asunto, hay un reconocimiento completo de indignidad personal, una prontitud de reconocer que la salvacion es gratuita y que no tendrian el derecho de quejarse si hubieran sido abandonados á perecer en sus pecados. Tan variada, por tanto, como puede ser la esperiencia del pueblo de Dios en cuanto á este asunto, están de acuerdo en reconocer la justicia de Dios en sus exigencias y en sus amonestaciones, y en considerarse á sí mismos como indignos del menor de todos sus favores.

SECCION II.—INSUFICIENCIA DE NUESTRA PROPIA JUSTICIA Y DE NUESTRA PROPIA FUERZA.

OTRO característico esencial de la conviccion verdadera es la persuasion de que nuestras obras buenas son enteramente insuficientes para recomendarnos á Dios, ó para ser la base de nuestra aceptacion en su presencia. Puesto que las Escrituras declaran que somos justifica-

dos gratuitamente, no por obras, para que nadie se gloríe, sino por la fé en Jesu-Cristo, nuestra experiencia debe estar conforme con esta declaracion. Debemos tener tales miras de la santidad de Dios, de la extension de su ley y de nuestra indignidad, que nos vencerán de que no podemos por nuestras obras asegurar ni el perdon ni la aceptacion. Es fácil profesar que no confiamos en nuestra propia justicia, pero prescindir en realidad de toda confianza en nuestra supuesta excelencia, es una tarea difícil. Cuando en un hombre se despierta el sentimiento de su culpa y de su peligro, su primer impulso casi siempre es el de acogerse á un refugio distinto del que el Evangelio nos ofrece. El método más natural de tranquilizar la conciencia es la promesa de enmienda. Los pecados particulares por tanto se abandonan, y tal vez se mantiene una lucha contra todos los demas. Esta lucha frecuentemente es larga y penosa, pero siempre es infructuosa. Se encuentra pronto que el pecado en una ú otra forma nos domina sin cesar, y el alma siente que algo más se debe hacer para merecer el cielo. Por tanto está lista á hacer alguna cosa ó á semeterse á ella si la juzga necesaria para tal fin. La forma particular de obras que se esfuerza en tejer en su vestido de justicia depende del grado del conocimiento que posee, ó en la clase de la instruccion religiosa que recibe. Cuando está muy ignorante del Evangelio, se esfuerza por penitencias dolorosas, que á sí misma se impone ó se le prescriben por la autoridad sacerdotal, en dar satisfaccion por sus pccados. La experiencia enseña que no hay ningun extremo de abnegacion de sí mismo, á que un hombre,

herido por su conciencia, no se someta con gozo, como medio de satisfacer las exigencias de Dios. Si fuera posible realmente llegar al cielo por tales medios, veríamos el camino lleno de jóvenes y ancianos, de ricos y de pobres, de instruidos y de ignorantes, en una multitud tan incontable como la de los que se agrupan en los crueles templos de los Indos ó perecen en las arenas abrasadoras de la Arabia. Este es el más fácil, el más agradable, el más congenial de todos los métodos de salvacion enseñados por la astucia artificiosa de los hombres. No es de admirar que los que lo enseñan como la doctrina del Evangelio encuentren á oyentes dóciles. Si se permitiera á los hombres comprar el cielo ó expiar sus culpas pasadas por sufrimientos presentes, lo emprenderian con gusto. Esto es tan agradable al corazon humano, que los hombres bien instruidos, que se jactan de su independenciamoral, están casi tan expuestos como sus hermanos ignorantes á caer en las mallas de esta red. Vemos, por tanto, los hombres de estado y los filósofos, del mismo modo que los aldeanos, usar sayales ó andar descalzos por obedecer á sus directores religiosos. En los países protestantes donde la Biblia es generalmente accesible, es raro ver tales manifestaciones groseras del espíritu de justificacion. Las Escrituras enseñan tan claramente el método de salvacion, que casi todos los hombres saben por lo ménos que las obras simplemente externas, de moralidad ó de disciplina, no pueden justificarnos ante Dios. Debemos tener un vestido más fino; vestidos compuestos de deberes mucho más elevados. Se multiplican las oraciones, se frecuenta la casa de Dios, toda la rutina

de los deberes religiosos se cumple asiduamente, bajo la convicción de que de esta manera daremos satisfacción á las exigencias de Dios y aseguraremos su favor. Muchísimos se contentan con esta rutina; sus aprehensiones del carácter y de los requisitos de Dios, de la maldad del pecado y de su propia indignidad, son tan bajas que este remedio es adecuado á todas las heridas que sienten sus conciencias. El cumplimiento de sus deberes sociales y religiosos parece en su concepto bastante para conferirles el título de hombres religiosos, y quedan satisfechos. Así sucedió á San Pablo, que se consideraba á sí mismo, por lo que tocaba á la justicia de la ley, irreprochable. Pero todo su rigor del deber moral y de observancia religiosa se tuvo como inútil en cuanto tenía relación con el cumplimiento de las exigencias de Dios. Y cada persona que se induce á aceptar el ofrecimiento de la salvación tal como se presenta en el Evangelio, tiene que conceder, que no es debido á nada de lo que hace ó de lo que se abstiene, por lo que sus pecados se perdonan y es su persona aceptada ante el Señor. No, él vé que lo que los hombres llaman sus buenas obras son tan impuras, que constituyen una base de condenación. ¿Qué son las oraciones frías, vagas, egoístas é irreverentes, sino ofensas contra Dios, á quien pretendemos tener propicio, por servicios que son nada más que una burla á sin santidad? ¿Y qué es una rutina de observancias su corazón, ó si no sin corazón, por lo ménos tan imperfectas que no pueden merecer ni aun nuestra propia aprobación, á la vista de Aquel ante quien los cielos son impuros? ¿Qué valen tales servicios para satisfacer las

exigencias presentes de Dios, ó para expiar la culpa de muchos años de negligencia y pecado? Se requiere poco conocimiento del estado de su propio corazon, ó del carácter real de la ley divina, para convencer al pecador que debe tener una justicia mejor que la que consiste en sus propios deberes ú observancias.

De esta base poco segura, por tanto, se expulsa pronto el pecador convencido, pero se acoge á otro refugio más cerca de la cruz, como él supone, y que parece exigir más abnegacion de sí mismo. Cesa de pensar en establecer su propia justicia, pero insiste en hacerse digno de recibir la justicia de Dios. Sabe que nunca podrá cancelar su deuda de culpa; que sus mejores servicios no merecen aceptacion; que con toda su circunspeccion, nunca puede vivir un dia cumpliendo con las exigencias de la ley, y de consiguiente, que su salvacion debe ser de gracia; pero piensa todavía que debe merecer aquella gracia de algun modo, ó, por lo ménos prepararse por alguna observancia ó experiencia para recibirla. El alma afligida imagina que si pudiera afligirse más, sentir más tristeza ó remordimiento, entónces sería aceptada por Dios. Vé su largo curso de desobediencia é ingratitud, su desaire de Cristo, su desatencion á sus misericordias y amonestaciones, sus mil pecados de comision y de omision, y sabe perfectamente bien que si se pueden perdonar de alguna manera, deben perdonarse gratuitamente; pero esta dureza de corazon, esta falta de ternura debida y de penitencia, es un pecado que debe quitarse ántes que los otros puedan remitirse. Sin embargo, este es solamente uno

de los del negro y gran catálogo. No puede vencerse ó expiarse separadamente, ántes de acudir á Cristo, más que otro pecado de corazon ó de vida. Frecuentemente mucho tiempo pasa ántes que el alma se induzca á ver esto, ó á sentir que está esforzándose en hacerse mejor ántes de recurrir al médico, á hacer por lo ménos por sí mismo alguna parte preparatoria de salvacion, para que no sea deudora enteramente del Redentor. Al fin, sin embargo, el alma descubre su error; descubre que Cristo no salva á los pecadores por su ternura ó por su conviccion; que las lágrimas no merecen aceptacion más que el ayuno ó las limosnas; que Cristo vino á salvar á los indignos, á los endurecidos de corazon, á los impíos, á los que no tienen ninguna recomendacion á su favor, y que los acepta para hacerlos contritos, sensibles y obedientes. Estas gracias son sus dones, y si nos ausentamos de El hasta que las procuremos, debemos perecer en nuestros pecados. Es menester que el alma se traiga á esta renunciacion de sí misma, á esta repulsa absoluta de todas las cosas que se ofrecen en sí mismas como la base ó el motivo de su aceptacion, ántes que pueda aceptar las ofertas del Evangelio.

Se incluye en lo que se ha dicho, que una conciencia de nuestra propia impotencia es un elemento necesario de conviccion verdadera. Hay no solamente un abandono de nuestra propia justicia, sino tambien de nuestra propia fuerza. Todo lo que es necesario aquí, como en otros asuntos, es que sintamos lo que es verdadero. Si es la doctrina de la Biblia que el pecador puede cambiar su propio corazon, vencer su pecado,

excitar todos los afectos buenos en su corazon, entón-ces la experiencia religiosa verdadera requiere que esta verdad se reconozca, no solamente como asunto de conciencia. Pero si las Escrituras enseñan que este cambio de corazon es la obra del Espíritu Santo; que no nacimos de la voluntad del hombre, sino de la de Dios; que es la supereminente grandeza del poder Divino la que obra en aquellos que eeren, vivificando á los que estaban muertos en delitos y pecados, creándolos de nuevo en Cristo Jesus, de suerte que son hechura suya, creados para buenas obras; si del principio al fin de las Escrituras la obra interna de salvacion se declara ser no por la fuerza, ni por el poder del hombre, sino por el Espíritu del Señor, entónces esta es una de las grandes verdades de la revelacion de que debemos estar convencidos. Nuestra experiencia debe estar en conformidad con esta representacion, y debemos sentir que lo que Dios declara como verdadero universalmente, es verdadero en cuanto á nosotros.

Cuando un hombre llega á sentir que es pecador, que su corazon dista de ser bueno á la vista de Dios, se acoge tan naturalmente á su propia fuerza para efectuar un cambio y para cumplir las exigencias de la ley, como se acoge á sus propias obras para hacer una compensacion por sus pecados ó una base de confianza hácia Dios. Sus esfuerzos, por tanto, se dirigen á vencer el poder del pecado y á excitar sentimientos religiosos en su corazon. Se esfuerza en mortificar su orgullo, en vencer las influencias del cuerpo, en separarse del mundo. Abandona á sus compañeros malos ó mundanales, fortalece sus propósitos contra la maldad, hace un deber

de cumplir con las prácticas más árdúas, y se ejercita en la abnegacion. Al mismo tiempo procura adquirir un estado bueno del entendimiento, compelerse á creer, á arrepentirse, á amar, y á ejercer todas las gracias cristianas de mansedumbre, humildad, bondad fraternal, y caridad: es decir, procura hacerse religioso. Pretende hacer todo lo que de él depende para salvarse. Algunas veces continúa así hasta el fin de su vida. Otras lo hace por tiempo limitado y entónces le parece que todo es en vano. Wesley nos dice que tenia esta clase de religion hasta su visita á la América y sus relaciones con los Moravos. Esta es la religion de los ascéticos, en que se puede perseverar por fuerza de la conciencia ó por temor de la perdicion con mucho vigor y constancia. Casi todos los hombres la prueban. Si fuera posible serian sus propios salvadores. Se halla, sin embargo, que es una impresa infructuosa por los que han sido enseñados por Dios. La maldad sutil del corazon no puede vencerse por tales esfuerzos. Si nos esforzamos en privarnos de los placeres del pecado, no podemos destruir el deseo de los gozcs prohibidos. Si rehusamos halagar el orgullo, no podemos impedir sus aspiraciones. Si abandonamos la prosecucion de cosas mundanales, conservamos todavía el amor al mundo. Si nos obligamos á cumplir con nuestros deberes religiosos, no podemos hacérnoslos agradables. Si nos compelemos á pensar en Dios, no podemos obligarnos á amarle, á querer comunicarnos con El, á hallar placer en su servicio y complacernos en todas sus exigencias. Nadie puede decir la miseria que se origina de estas luchas penosas é infructuosas; de estos ensayos vanos

para vencer el pecado y para excitar las gracias cristianas. Si con algo pudieran sustituirse; si haciendo muchas oraciones, semetiéndonos á algun sufrimiento, pudiéramos tener un equivalente, lo haríamos con grande gusto. Pero cambiar el corazon, complacerse en Dios, hacerse realmente espiritual y santo, es una obra que sobrepuja á la fuerza del pecador; y sin embargo es absolutamente necesario. Faltas repetidas no destruyen su ilusion; piensa con todo que esta obra le incumbe, y que debe hacerla ó perecer. Por tanto, continúa luchando, reúne toda su fuerza y al fin descubre repentinamente su impotencia absoluta. Halla que si se renueva alguna vez y se santifica, debe ser la obra de Dios, y exclama desde el abismo de su miseria, "Señor, sálvame, ó perezco." Cesa de obrar con su propia fuerza, y vé lo que es de admirar que no vió ántes, es decir que las virtudes cristianas son realmente gracias, ó dones; que no son excelencias que pueden obrarse por nosotros mismos, sino favores dispensados por medio de Cristo y por sus méritos; que es el Espíritu Santo comprado y enviado por El, el que ha de cambiar el corazon y de convencer del pecado, de la justicia y del juicio; que la fé, el arrepentimiento, el gozo, la paz, la humildad y la mansedumbre, son los frutos de aquel Espíritu, y no son los productos de nuestros corazones malos; que si pudiéramos hacernos santos, apénas necesitaríamos de Salvador; y que es la más grande de todas las ilusiones suponer que debemos ser santos ántes de acudir á Dios por Cristo, en vez de considerar la santidad como el resultado de nuestra reconciliacion. Miéntas estamos bajo la ley nos encamina-

mos á la muerte. No es sino cuando estamos libres de la ley y reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, que nos encaminamos á la justicia. Esta gran verdad, aunque escrita en cada página de la Biblia, deben aprenderla para sí todos los hombres. No pueden entenderla leyéndola en las Escrituras ú oyéndola á otros. Deben probar su propia fuerza hasta que encuentren que es nada, ántes de someterse á ser salvados por la gracia de Dios, y postrándose á los piés de Jesus y desesperando de otro auxilio, dicen, "Señor, si Tú quieres, puedes limpiarme."

Por tanto, el Espíritu Santo hace que aquel, á quien convence de pecado, entienda y crea lo que Dios ha revelado sobre este asunto. Hace que sienta que lo que declara como verdadero para todos los hombres, lo es tambien para él: que merece lo que Dios declara que todos los hombres merecen; que no tiene mérito para recomendarse á Dios, ni fuerza para cambiar su propio corazon. El Espíritu comunica este conocimiento por la ley, que presentando la regla perfecta de deber nos enseña á que distancia estamos de la gloria de Dios y cuan frecuente y justamente hemos incurrido en su pena: que nos convence de que somos enteramente incapaces de cumplir con sus exigencias justas y que ninguna presentacion meramente externa de lo que es santo, justo y bueno, puede cambiar el corazon, ó destruir el poder del pecado interior; pues que aun cuando veamos la excelencia de la ley, no nos conformamos con ella y no podemos hacer lo que queremos, sino que siempre encontramos una ley en nuestros miembros, que se rebela en contra de la ley de

nuestro espíritu y que nos lleva cautivos á la ley del pecado. De esta manera la ley es un ayo para llevarnos á Cristo; para expulsarnos de todos los refugios de nuestra propia justicia y fuerza, hácia aquel que ha sido hecho por Dios justificacion y satisfaccion para los que creen.

CAPÍTULO V.

LA JUSTIFICACION.

SECCION I.—IMPORTANCIA DE LA DOCTRINA. EXPLICACION DE LOS TÉRMINOS BÍBLICOS RELATIVOS Á ELLA. LA JUSTIFICACION NO ES POR LAS OBRAS.

EL estado de entendimiento, descrito en el capítulo precedente, no puede durar por mucho tiempo. Debe adoptarse algun medio de dar satisfaccion á las exigencias de la conciencia. Cuando el entendimiento está iluminado por la verdad divina y lleva debidamente impreso el sentido de la culpa, no puede dejar de preguntar ansiosamente, “¿Como se justificará el hombre con Dios?” La respuesta, dada á esta pregunta determina el carácter de nuestra religion y, si se adopta prácticamente, el de nuestro destino futuro. Dar una contestacion erronea es equivocar el camino del cielo, es errar donde el error es fatal, porque no puede corregirse. ¿Si Dios requiere una cosa y presentamos otra, cómo podemos salvarnos? Si ha revelado un método, en que El puede ser justo y sin embargo justificar al pecador, y si rehusamos aquel método é insistimos en seguir un camino diferente, ¿cómo podemos esperar ser aceptados? La respuesta, por tanto, que se dé á la pregunta dicha, se debe meditar con madurez por todos los que toman el oficio de preceptores religiosos, y por todos los que confian en sus instrucciones. Como no hemos de ser juzgados por lo que otros hacen; sino

que cada hombre debe responder por sí mismo, así cada persona debe satisfacerse por sí misma respecto de las enseñanzas de la Biblia sobre este asunto. Todo lo que los maestros religiosos pueden hacer, es esforzarse en ayudar las investigaciones de los que quieren conocer el camino de la vida. Al hacer esto, el método más seguro es, adherirse estrictamente á las instrucciones de las Escrituras y exhibir el asunto tal como se presenta en ellas. La sustancia y la forma de esta doctrina supereminente se enlazan tan íntimamente que los que emprenden separarlas apénas pueden dejar de equivocarse. Lo que una persona excluye como perteneciente simplemente á la forma, otra lo considera como una parte de su sustancia. Toda certeza y seguridad se pierden luego que este método se adopta y se hace asunto que ha de decidirse exclusivamente por nuestras ideas, del bien y del mal, lo que se debe retener y lo que se debe rechazar de las representaciones bíblicas. Nuestra única seguridad, por tanto, es tomar las palabras de la Biblia en su significacion más obvia, y el construirlas del mismo modo que lo hicieron las personas á quienes primero fueron dirigidas, es decir, segun la intencion de los escritores sagrados.

Como la doctrina de justificacion no solo se presenta frecuentemente en las Escrituras sagradas, sino que se enseña y se vindica formalmente, todo lo que se emprenderá en este capítulo es dar tan fielmente como sea posible una representacion de lo que los escritores sagrados inculcan sobre este asunto, es decir, indicar sus posiciones, por cuales argumentos las sostienen, de que manera contestan las objeciones á su doctrina, y que

aplicacion hacen de ella á los corazones y á las conciencias de sus lectores.

Es una de las doctrinas fundamentales de la Biblia definitivamente enseñadas ó dadas por hecho en todas partes, de que estamos bajo la ley de Dios. Esto es cierto para toda clase de hombres, ya sea que disfruten ó no una revelacion divina. Todo lo que Dios ha revelado como una regla de deber entra en la constitucion de la ley que enlaza á aquellos á quienes se dá aquella revelacion y por la cual han de ser juzgados últimamente. Aquellos que no han recibido ninguna revelacion externa de la voluntad divina, son una ley para sí mismos. El conocimiento del bien y del mal, escrito en sus corazones, posee la naturaleza de una ley divina, teniendo su autoridad y ratificacion; y por ella los Gentiles han de ser juzgados en el último dia.

Dios ha tenido á bien unir la promesa de vida á la obediencia á su ley: "El hombre que hiciere estas cosas, vivirá por ellas," Romanos 10: 5, es la declaracion de la Escritura sobre este asunto. Al doctor de la ley que admitió que la ley exige el amor hácia Dios y hácia sus semejantes, nuestro Señor dijo: "Bien has respondido; haz esto, y vivirás." Lucas 10: 28. Y á aquel que le preguntó, "¿Qué bien haré para tener la vida eterna?" dijo: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos." Mateo 19: 17. Por otra parte la ley declara que la muerte es la pena de la culpa. "El salario del pecado es la muerte." Tal es la declaracion uniforme de la Escritura sobre este asunto.

La obediencia que la ley exige se llama justicia: y aquellos que cumplen con sus exigencias se llaman jus-

tos. Atribuir justicia á alguno ó declarar que es justo, es la significacion bíblica de la palabra "justificar." Esta nunca significa el hacer buenos en un sentido moral, sino solo declarar justos. Así Dios dice: "No justificaré al impío." Éxodo 23:7. Á los jueces se les manda que justifiquen al justo, y condenen al inicuo. Deut. 25:1. Dice el profeta: "Ay! de los que den por justo al impío por cohecho." Isaías 5:23. En el Nuevo Testamento se dice: "Por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de El." Romanos 3:20. "Dios es el que los justificará ¿quién es el que los condenará?" Romanos 8:33, 34. Apénas hay alguna palabra en la Biblia cuya significado se ponga ménos en duda que esta. No hay ningun pasage en el Nuevo Testamento en que se use fuera de su sentido ordinario y claro. Cuando Dios justifica á alguien, le declara justo. Justificar no significa nunca santificar. Se dice que es malo justificar al impío; pero nunca podria ser malo santificarlo. Y como la ley exige la justicia, el imputar ó atribuir á cualquiera persona la justicia, es en el language de la Biblia justificarla. El hacer ó constituir justo es otra forma de expresion equivalente. De aquí es que, ser justo delante de Dios, y ser justificado, tienen la misma significacion: como en el pasage siguiente: "No los oidores de la ley son justos para con Dios, mas los hacedores de la ley serán justificados." Romanos 2:13. El atento y especialmente el solícito lector de la Biblia, no puede dejar de observar que estas varias expresiones, es decir, el ser justo á la vista de Dios, el imputar la justicia, el constituir justo, el justificar, y otras con significacion seme-

jante, se cambian de tal manera que se explican las unas á las otras, y ponen de manifesto que justificar á un hombre es atribuirle ó imputarle justicia. La gran cuestion entónces, es ¿cómo se puede obtener esta justicia? Tenemos razon para dar gracias á Dios de que la contestacion dada por la Biblia es tan perfectamente clara.

En primer lugar, no se asegura solamente, sino se prueba, que la justicia, por la cual hemos de justificarnos ante Dios, no es por obras. Se deriva el primer argumento del apóstol sobre este punto de la consideracion de que la ley exige una justicia perfecta. Si la ley pudiera satisfacerse por una obediencia imperfecta, ó por una rutina de deberes externos, ó por algun servicio que los hombres sean capaces de ofrecer, entónces á la verdad la justificacion seria obtenida por obras. Pero puesto que exige obediencia perfecta, la justificacion por obras es para los pecadores absolutamente imposible. Así arguye el apóstol: "Todos los que son de las obras de la ley están bajo de maldicion. Porque escrito está, Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas." Gálatas 3:10. Como la ley pronuncia su maldicion contra todo aquel que no continua en hacer todo lo que manda, y como nadie puede pretender esta obediencia perfecta, se sigue, que todos aquellos que esperan su justificacion por la ley se deben condenar. Con el mismo intento, dice en el versículo siguiente: "La ley no es de la fé; sino el hombre que los hiciere vivirá en ellos;" es decir, la ley no se satisface por ninguna gracia sola, ni por una obediencia

imperfecta. No reconoce y no puede reconocer ninguna otra base de justificacion, excepto una obediencia perfecta á sus exigencias. Por esto Pablo dice en el mismo capítulo, "Si la ley dada pudiera vivificar, la justicia seria verdaderamente por la ley." Gálatas 3: 21. Si la ley pudiera declarar justo á un hombre y así dar un título de la vida prometida á los que habian trasgredido sus mandamientos, no habria habido necesidad ninguna de otra provision para salvar á los hombres; pero como la ley no puede ceder en sus exigencias, así la justificacion por la ley es imposible. La misma verdad se enseña en una forma diferente cuando se dice: "Si por la ley fuese la justicia, entónces por demas murió Cristo." Gálatas 2: 21. No hubiera habido ninguna necesidad de la muerte de Cristo si hubiese sido posible dar satisfaccion á la ley por la obediencia imperfecta que podemos prestarle. San Pablo, por tanto, amenaza á todos los que esperan su justificacion por las obras, que están obligados á cumplir con toda la ley. Gálatas 5: 3. No conoce compromiso: no puede exigir ménos que lo que es bueno, y pues la obediencia perfecta es buena, su sola declaracion es como ántes, "maldito aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas," y "El hombre que las hiciere vivirá en ellas." Todo hombre, por tanto, que espera la justificacion por las obras, debe asegurarse no de que es mejor que otros, ni de que es muy exacto, y hace muchas cosas, ni de que ayune dos veces á la semana y dé diezmos de todo lo que posee, sino de que está sin pecado.

Que la ley de Dios es así extricta en sus exigencias

es una verdad en que se funda todo el argumento de San Pablo, en cuanto al método de justificación. Prueba que los Gentiles han pecado contra la ley escrita en sus corazones, y que los Judíos han violado la ley revelada en sus Escrituras: tanto los Judíos como los Gentiles están debajo de pecado, y todo el mundo es culpable ante Dios. De aquí se infiere que por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de El. No hay, sin embargo, ninguna fuerza en este raciocinio, excepto dando por hecho que la ley exige obediencia perfecta. ¡ Cuantos hombres, que reconocen libremente que son pecadores, fian en sus propias obras para ser aceptos delante de Dios! No ven ninguna inconsecuencia entre el reconocimiento de su pecado y la esperanza de su justificación por las obras. La razón es, que se guían por un principio muy diferente del adoptado por el apóstol. Suponen que la ley se puede satisfacer por obediencia muy imperfecta. San Pablo dá por concedido que Dios exige conformidad perfecta con su voluntad, que su ira se manifiesta contra toda impiedad é injusticia de los hombres. Le basta, por tanto, que los hombres hayan pecado, para probar que no pueden justificarse por las obras. No es cuestión de grados más ó ménos, porque con relación á este punto no hay diferencia, pues todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios.

Aunque esta doctrina se enseña tan claramente en las Escrituras, los hombres están dispuestos á considerarla muy severa. Imaginan que sus buenas obras se compararán con las malas, y que serán remunerados ó castigados segun que una ú otra prepondere; ó que los

pecados de una parte de su vida se puedan expiar por las buenas obras de otra; ó que pueden escapar por mera confesion y arrepentimiento. No podrian admitir tales esperanzas, si ellos mismos no se creyesen bajo una ley. Ninguna ley humana se administra como los hombres esperan que la ley de Dios lo sea. Aquel que hurta ó mata, aunque lo haga solo una vez, aunque se confiese y se arrepienta, aunque haga muchas obras de caridad, no es por eso ménos ladrón ó asesino. La ley no puede hacer caso de su arrepentimiento y enmienda. Si hurta ó mata, la ley lo condena. La justificacion por la ley es para él imposible. La ley de Dios se extiende á los ejercicios más secretos del corazón. Condena todo lo que por su naturaleza es malo. Si un hombre viola esta regla perfecta del bien, no ha posibilidad de justificacion por la ley; ha dejado de cumplir con sus exigencias, y la ley puede solamente condenarle. Justificarle seria decir que no habia delinquido. Sin embargo, los hombres piensan que ni han de juzgarse segun los principios estrictos de la ley. En esto consiste su equivocacion fatal. En esto están opuestos directamente á las Escrituras, que siempre dan por hecho nuestra sujecion á la ley. Bajo el gobierno de Dios la estricta ley no es nada ménos que la excelencia perfecta: es la práctica constante de la rectitud moral. Aun la conciencia, cuando se ilumina debidamente y se despierta, es tan estricta como la ley de Dios. Rehusa apaciguarse por el arrepentimiento, la enmienda de la vida ó la penitencia. Da fuerza á todos los mandamientos y á todas las amenazas de nuestro Supremo Regulador, y enseña tan claramente como las Escritu-

ras mismas que la justificación por una obediencia imperfecta es imposible. Empero como la conciencia es falible, ninguna confianza se pone en su testimonio sobre este asunto. La apelación se hace á la palabra de Dios, que enseña claramente que es imposible que un pecador se justifique por obras, porque la ley exige obediencia perfecta.

El segundo argumento del apóstol para probar que la justificación no es por las obras, es el testimonio de las Escrituras del Antiguo Testamento. Este se presenta en varias formas. En primer lugar, como el apóstol procede según el principio de que la ley exige obediencia perfecta, todos los pasajes que afirman la maldad universal de los hombres son otras tantas declaraciones de que no se puede justificar por obras. Por tanto, cita pasajes tales como los siguientes: "No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda; no hay quien busque á Dios. Todos se apartaron; á una fueron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni uno." Romanos 3:10-12. El Antiguo Testamento, al enseñar que todos los hombres son pecadores, enseña á la vista del apóstol, de este modo, que nunca podrán ser aceptos ante Dios en la base de su propia justicia. Decir que un hombre es pecador, es decir que la ley le condena y por supuesto no puede justificarle; y como las Escrituras antiguas están llenas de declaraciones de la maldad de los hombres, así están llenas de pruebas de que la justificación no es por obras.

Pero en segundo lugar, San Pablo cita su testimonio directo afirmativo en apoyo de esta doctrina. Se dice en los Salmos, "No entres en juicio con tus sier-

vos; porque no se justificará delante de ti ningun viviente.” Salmo 143:2. Cita frecuentemente este pasaje; y á la misma clase pertenecen todos los pasajes que afirman la insuficiencia ó la inutilidad de la justificacion humana á la vista de Dios.

En tercer lugar el apóstol se refiere á los pasajes que implican la doctrina que defiende; es decir, á los que presentan la aceptacion de los hombres por Dios como materia de gracia, como cosa que no merecen y que no pueden alcanzar por sus propios méritos. “Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas y cuyos pecados son cubiertos.” “Bienaventurado el varon al cual el Señor no imputó pecado.” Romanos 4:7, 8. El hecho de que un hombre es perdonado implica que es culpable; y el de que es culpable implica que su justificacion no puede apoyarse en su propio carácter ó su propia conducta. Apénas hay necesidad de decir que con esta mira todas las Escrituras, del principio al fin, están llenas de condenaciones de la doctrina de justificacion por obras. Cada confesion penitente, cada llamamiento á la misericordia de Dios, es una renuncia de todo mérito personal; una declaracion de que la esperanza del penitente no se fundó en nada de sí mismo. Tales confesiones y llamamientos á la verdad, se hacen frecuentemente por los que fian todavía en sus buenas obras, ó en su inherente justicia como la base de su aceptacion ante Dios. Esto, sin embargo, no invalida el argumento del apóstol; sino muestra solamente, que tales personas tienen una idea de lo que es necesario para la justificacion muy diferente de la enseñada por el apóstol. Suponen que las

exigencias de la ley son tan bajas, que aunque son pecadores y necesitan ser perdonados, sin embargo, pueden todavía hacer lo que la ley exige. Mientras que San Pablo arguye, siempre dando por hecho que la ley exige obediencia perfecta, y por tanto, cada confesion de pecado ó llamamiento de misericordia envuelve una renuncia de justificacion por la ley.

Ademas, el apóstol representa al Antiguo Testamento, como enseñando que la justificacion no es por obras, y demuestra que inculca un método diferente de obtener aceptacion ante Dios. Esto se hace por la doctrina que enseña concerniente al Mesías, como Redentor del pecado. De aquí es que San Pablo dice que el método de justificacion sin obras (es á saber, no fundado en obras), fué testificado por la Ley y los Profetas, es decir, por todo el Antiguo Testamento. Los dos métodos de aceptacion ante Dios, el uno por obras y el otro por (una) propiciacion, son incompatibles. Y como las Antiguas Escrituras enseñan el último método, repudian el anterior. Pero afirman ademas en términos expresos que “el justo por la fé vivirá.” Y la ley no reconoce la fé; su lenguaje es, “El hombre que los hiciere, vivirá en ellos.” Gálatas 3:11. La ley no reconoce nada excepto obediencia como la base de aceptacion. Si las Escrituras dicen que somos aceptados por la fé, dicen por esto que no somos aceptados en la base de obediencia. Ademas, los ejemplos de justificacion dados en el Antiguo Testamento enseñan que no fué por obras. El apóstol apela especialmente al caso de Abraham, y pregunta, ¿Logró él la justificacion por obras? y contesta: No; porque si hubiera sido justifi-

cado por obras, hubiera tenido de que gloriarse; mas no tuvo de que gloriarse ante Dios; luego, no fué justificado por obras. Y las Escrituras dicen expresamente, "creyó Abraham á Dios, y le fué atribuido á justicia." Su aceptacion por tanto fué por la fé, y no por las obras.

De todas estas maneras el apóstol nos enseña que la autoridad del Antiguo Testamento sostiene la doctrina de que la justificacion no es por las obras. Esta autoridad es tan decisiva para nosotros, como lo fué para los antiguos cristianos judíos. Nosotros tambien creemos que el Antiguo Testamento es la palabra de Dios, y que sus verdades nos llegan explicadas y corroboradas por Cristo y sus apóstoles. Tenemos la gran ventaja de una interpretacion infalible de estos antiguos oráculos de verdad, y la manera argumentativa en que se cita y aplica su autoridad, previene toda oscuridad en cuanto á las intenciones verdaderas de los escritores sagrados. Se enseña tan clara y profundamente en el Nuevo Testamento el que "por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de Dios;" se afirma tan frecuentemente, se prueba tan formalmente, se dá por hecho de una manera tan vária que nadie puede poner en duda que tal es en verdad la doctrina de la palabra de Dios. El único punto que el serio investigador puede poner en duda es el de que clase de obras excluyen las Escrituras del fundamento de nuestra aceptacion ante Dios. ¿Dá á entender el apóstol que se refiere á obras en el sentido más lato de la palabra, ó lo hace simplemente á observancias ceremoniales, ó á obras de pura formalidad, es decir, hechas sin ningun amor verdadero á Dios?

Los que atienden á la naturaleza de sus declaraciones y al curso de su argumento, hallarán que no hay razon para poner en duda este asunto. El primer principio en que se funda su argumento, previene la posibilidad de equivocar su significado. Dá por sentado que la ley exige obediencia perfecta, y como nadie puede prestarla, infiere que nadie puede ser justificado por la ley. No arguye que porque la ley es espiritual, no puede ser satisfecha por meras ceremonias ó por obras que dimanen de un motivo impuro. En ninguna parte dice, que aunque no podemos ser justificados por ritos externos, ni por obras que poseen simplemente la forma de la bondad, somos justificados por nuestra obediencia sincera, pero imperfecta. Por el contrario, enseña constantemente, que puesto que somos pecadores y pues que la ley condena todo pecado, es claro que nos condena, y la justificacion por la ley es por lo mismo imposible. Aplica este argumento á los Judíos y á los Gentiles sin distincion, á todo el mundo, ya sea que hayan conocido ó no algo de las Escrituras judáicas. La ley moral, la ley que él llamó santa, justa y buena, dice: "No codiciarás;" afirma constantemente que esta ley, ya sea que se revele en las Escrituras de Moises ó en el corazon humano, no puede dar la vida, ni enseñar el camino de aceptacion ante Dios. Como la mayor parte de aquellos á quienes escribió habian disfrutado de una revelacion divina, y como aquella incluia la ley de Moises y todos sus ritos, incluia por supuesto aquella ley en su declaracion, y de una manera especial se refiere á ella frecuentemente; pero nunca en su sentido limitado como un código de

ceremonias religiosas, sino en su significacion más extensa, como incluyendo la regla más elevada del deber moral, que se ha revelado á los hombres. Y de aquí es, que nunca contrasta una clase de obras con otras, sino siempre las obras y la fé, excluyendo toda clase de ellas, tanto las de justicia como las de mera formalidad. “No por obras de justicia que nosotros háyamos hecho, mas por su misericordia nos salvó.” Tito 3:3. “Que nos salvó no conforme á nuestras obras.” 2^a Timoteo 1:9. “Somos salvos por la fé, no por obras.” Efesios 2:9. Se dice que los hombres son justificados sin obras; que en sí mismos son malos; y que no es sino hasta que estamos justificados cuando hacemos obras buenas. No llevamos fruto para Dios, sino hasta que estamos unidos á Cristo. Por esto se dice que “somos hechura suya, criados en Cristo Jesus para buenas obras.” Toda la excelencia interna del cristiano, y todos los frutos de su espíritu, no son la causa, sino las consecuencias de su reconciliacion y aceptacion ante Dios. Son la ropa de hermosura y la nívea vestidura con que Cristo cubre á los que siendo pobres, ciegos y desnudos, acuden á El. Entónces, la doctrina clara de la palabra de Dios es, que nuestra justificacion no se funda en nuestra obediencia á la ley. Nada hecho por nosotros mismos ni hecho en nosotros puede resistir ni un momento la prueba de una regla de justicia, que pronuncia una maldicion sobre “todos los que no permanecen en todas las cosas escritas en el libro de la ley para hacerlas.”

SECCION II.—LAS EXIGENCIAS DE LA LEY SATISFECHAS
POR LO QUE CRISTO HA HECHO.

HEMOS visto ya que las Escrituras enseñan primero, que todos los hombres están naturalmente bajo la ley que prescribe los términos de su aceptacion ante Dios, y en segundo lugar que ninguna obediencia que los pecadores puedan prestar basta para satisfacer las exigencias de la ley. Se sigue entónces que la justificacion es para nosotros imposible, á ménos que nos hayamos librado de la ley, no como una regla de deber, sino como una prescripcion de las condiciones de aceptacion ante Dios. Por tanto, el tercer punto de la doctrina bíblica sobre este asunto es el que los creyentes estén libres de la ley en el sentido que acaba de indicarse. “No estais bajo la ley,” dice el apóstol, “sino bajo la gracia.” Para ilustrar esta declaracion se refiere el caso de una mujer que está ligada á su marido mientras que él vive, mas cuando el marido ha muerto, libre es de sus obligaciones á él, y queda libre para casarse con otro. Así estamos libres de la ley como regla de justificacion, y lo estamos para adoptar otro método de obtener aceptacion. San Pablo dice de sí mismo, que habia muerto para la ley, es decir, se habia librado de ella. Y lo mismo se puede decir de todos los creyentes. Insiste en esta libertad como esencial no solamente para la justificacion sino tambien para la santificacion. “Porque estando bajo la ley, los afectos de pecado que eran por la ley llevaban fruto para muerte; pero ahora estamos libres de la ley, para que sirvamos á Dios en novedad de espíritu.” Romanos 7 : 5, 6. “An-

tes que viniese la fé, estabamos guardados debajo de la ley," que compara á un maestro de escuela; pero ya no estamos debajo del ayo. Gálatas 3: 24, 25. El apóstol considera como la mayor infatuacion el deseo de sujetarse á la ley. "Decidme," dice, "los que quereis estar debajo de la ley ¿no habeis oido la ley?" y entónces muestra que los que están bajo las exigencias de un sistema legal, están en el estado de esclavitud y no en el de hijos y herederos. "Estad pues," les exhorta, "firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres. He aquí, yo Pablo os digo, que si os circuncidareis Cristo no os aprovechará nada. Y otra vez vuelvo á protestar á todo hombre que se circuncidare, que está obligado á hacer toda la ley. Vacios sois de Cristo, los que por la ley os justificais, de la gracia habeis caido." Gál. 5: 1-4. Esta infatuacion fué considerada por Pablo como locura, y exclama: "¡Oh Gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no creer á la verdad, ante cuyos ojos Jesu-Cristo fué ya descrito como crucificado entre vosotros? Esto solo quiero saber de vosotros: "¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, ó por el oír de la fé?" Gálatas 3: 1, 2. Esta apostasía fué tan fatal, es decir, la sustitucion de la obediencia legal por la obra de Cristo como la base de justificacion fué tan destructiva, que San Pablo declara maldito á cualquier hombre ó ángel que predicare tal doctrina en vez del Evangelio de la gracia de Dios.

Los Gálatas inconstantes estaban dispuestos á esperar la justificacion por la ley revelada en los libros de Moises. Su apostasía consistió en volver á la ley por cualquier modo que fuese revelada; á las obras de

cualquier clase que fueren la base de su justificacion. Los argumentos y las denuncias del apóstol, por tanto, están de tal manera formados, que pueden aplicarse á los que profesan cualquiera forma de obediencia legal, prefiriéndola á la obra de Cristo, como la base de nuestra confianza en Dios. Suponer que todo lo que dice se refiere exclusivamente á una recaida en el Judaismo, es suponer que nosotros, los Gentiles, no tenemos parte ninguna en la redencion de Cristo. Si redimió á su pueblo solamente de la esclavitud de la dispensacion judáica, entónces los que nunca estuvieron sujetos á aquella esclavitud no tienen ningun interes en su obra. Y por supuesto San Pablo fué extrañamente infatuado cuando predicó á Jesu-Cristo crucificado entre los Gentiles. Empero hallamos que lo que enseñó en la epístola á los Gálatas con relacion especial á la ley de Moises, lo enseñó tambien en la epístola á los Romanos, donde se refiere á la ley que es santa, justa y buena, y que condena los pecados más ocultos del corazon.

La naturaleza de la doctrina del apóstol es, si es posible, aun más clara por la manera con que la vindica, que por sus afirmaciones directas. “¿Pues qué diremos?” pregunta. “¿Perseveraremos en pecado porque no estamos debajo de la ley, sino debajo de la gracia? De ninguna manera.” Si Pablo hubiese enseñado que estamos libres de la ley ceremonial para sujetarnos á la moral, no hubiera habido motivo para tal objecion. Pero si enseñó que la ley moral misma no podria dar vida; que debemos estar libres de sus exigencias como la condicion de aceptacion ante Dios; entónces á la verdad podría parecer á los sábios de este mundo que

estaba desatando los vínculos de la obligacion moral y abriendo la puerta á la mayor licencia. De aquí es que rechaza la objeccion frecuente y vigorosamente, y enseña que la esclavitud, léjos de ser necesaria para la santidad, debe cesar ántes que la santidad pueda existir; que no es, sino hasta que se quita la maldicion de la ley y se reconcilia el alma con Dios, cuando los afectos santos nacen en el corazon y los frutos de la santidad aparecen en la vida. “¿Luego desharemos la ley por la fé? De ninguna manera: ántes establecemos la ley.” Romanos 3: 31.

Entónces es la doctrina clara de la Biblia que los ereyentes han sido librados de la ley como una prescripcion de las condiciones de su aceptacion ante Dios; es decir, ya no se ven obligados para la justificacion á cumplir con sus exigencias de obediencia perfecta, ó á satisfacer sus exacciones penales. Pero ¿cómo se efectuará este libramiento? ¿Cómo es que los seres racionales y responsables estén exentos de las obligaciones de aquella ley santa y justa que fué impuesta al principio á su raza como la regla de justificacion? La respuesta á esta pregunta incluye la cuarta grande verdad respecto del camino de salvacion enseñado en las Escrituras. No es por la abrogacion de la ley en cuanto á sus preceptos ó á su pena; no es por disminuir sus exigencias ni por adaptarlas á las capacidades cambiadas ó á las inclinaciones de los hombres. Hemos visto cuan constantemente el apóstol enseña que la ley exige todavía una obediencia perfecta y que los que esperan la justificacion por ella están obligados á cumplirla toda. Enseña no ménos claramente que la muerte es la paga

del pecado, tanto en nuestro caso, como fué en el de Adam. Si no es por abrogacion ni por relajacion por lo que nos hemos librado de las exigencias de la ley ¿cómo se ha efectuado este libramiento? Por el misterio de una obediencia y un sufrimiento vicarios. Este es el Evangelio de la gracia de Dios. Este es lo que fué un tropezadero para los Judíos y una locura para los Griegos, empero para los llamados fué la potencia y la sabiduría de Dios.

Las Escrituras nos enseñan que el Hijo de Dios, el resplandor de la gloria del Padre, y la misma imágen de su sustancia, el cual no tuvo por usurpacion ser igual á Dios, se hizo carne y se sujetó á la misma ley á que estuvimos ligados; que obedeció perfectamente aquella ley y sufrió sus penas, y así satisfaciendo sus exigencias nos libró de su esclavitud y nos introdujo á la libertad gloriosa de los hijos de Dios. De esta manera se presenta en las Escrituras la doctrina de la redencion. “Dios,” dice el apóstol, “envió á su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito á la ley, para que redimiese á los que estaban debajo de la ley.” Gálatas 4:4, 5. Habiendo sido hecho bajo la ley, sabemos que la obedeció perfectamente é introdujo justicia eterna, y por tanto, se llama “el Señor, nuestra justicia;” pues por su obediencia muchos son constituidos justos. Romanos 5:19. Por tanto, se dice que El es hecho justicia para nosotros. 1^a Corintios 1:30. Y los que existen en El se dicen ser justos ante Dios, no teniendo su propia justicia, sino la que es por la fé de Cristo. Filipenses 3:9.

El que estamos redimidos de la maldicion de la ley

por haber sufrido Cristo aquella maldicion en nuestro lugar, se enseña con toda variedad de forma desde el principio hasta el fin de la Biblia. Hubo más necesidad de que este punto se presentase clara y repetidamente, porque es el único en que se fija la conciencia luego que se ilumina. El merecer la muerte, engendra el miedo de ella. Y este no puede desaparecer hasta que se vea cómo, en conformidad con la justicia divina, estamos libres de la pena justa de la ley. Cómo se hace esto, las Escrituras lo enseñan de la manera más explícita. “Cristo nos redimió de la maldicion de la ley; hecho por nosotros maldicion.” Gálatas 3:13. Pablo acababa de decir: “Todos los que son bajo la ley están bajo de maldicion.” Pero todos los hombres están bajo la ley naturalmente, y por tanto están bajo la maldicion. ¿Cómo hemos sido redimidos de ella? Por haberse hecho Cristo maldicion por nosotros. Tal es la respuesta sencilla y suficiente á esta pregunta, la más importante de todos.

La doctrina así enseñada tan claramente en Gálatas 3:13, de que Cristo nos redimió de la maldicion de la ley, llevándola en nuestro lugar, se presenta no ménos claramente en la 2ª á los Corintios 5:21. “Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en El.” Esto se presenta como la única base en que los hombres están autorizados para predicar el Evangelio. “Somos embajadores en nombre de Cristo,” dice el apóstol, “cómo si Dios os rogase por nuestro medio en nombre de Cristo que os reconcilieis con Dios.” Entónces sigue una declaracion de la base en que se presenta esta oferta

de la reconciliacion. Dios ha provisto eficientemente el perdón del pecado, haciendo á Cristo, aunque fué santo, inocente y separado de los pecadores, pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en El. Las iniquidades de todos nosotros fueron cargadas en El; fué tratado como pecador en nuestro lugar, para que fuésemos tratados como justos en El.

La misma gran verdad se enseña en todos los pasajes en que Cristo se dice que lleva nuestros pecados. La expresion *llevar pecado* se explica claramente por su frecuente ocurrencia en las sagradas Escrituras. Significa llevar el castigo debido del pecado. En Levítico 20: 17, se dice: "Y cualquiera que tomare á su hermana su pecado llevará." Además se dice: "Cualquiera que maldijere á su Dios, su pecado llevará." De aquel que no guardara la pascua, se dijo, "el tal hombre llevará su pecado." Números 9: 13. Si un hombre pecare llevará su iniquidad. Se usa en el mismo significado cuando se dice que un hombre lleva los pecados de otro. "Vuestros hijos andarán vagando en el desierto cuarenta años, y ellos llevarán vuestras fornicaciones." Números 14: 33. "Nuestros padres pecaron y son muertos; y nosotros llevamos sus castigos." Lamentaciones 5: 7. Y cuando en Ezequiel 18: 20, se dice que el hijo no sufrirá por el pecado del padre, se dá á entender claramente que el hijo no será castigado por los pecados de su padre. Siendo así determinado el significado de esta expresion, no se puede poner en duda, por supuesto, la manera en que debe entenderse cuando se usa con relacion al Redentor. El profeta dice: "El Señor cargó en El el pecado de todos nosotros: justifi-

cará mi siervo justo á muchos, porque llevará las iniquidades de ellos. Fué condenado como los perversos, y llevó el pecado de muchos.” Isaías 53:6, 11, 12. No sería posible usar lenguaje mas explícito. Se ocupa todo este capítulo en enseñar una gran verdad, es decir, que nuestros pecados habian de cargarse en el Mesías, para que nos hubieramos librado del castigo que ellos merecieron. Por tanto, se dice: “El herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz sobre El; por la rebelion de mi pueblo fué herido.” En el Nuevo Testamento se enseña la misma doctrina en los mismos términos. “El mismo que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.” 1^a Pedro 2:24. “Cristo fué ofrecido para llevar los pecados de muchos.” Hebreos 9:28. “Sabéis que El apareció para quitar nuestros pecados.” 1^a Juan 3:5. Segun todas estas declaraciones Cristo nos salvó del castigo debido de nuestros pecados, llevando la maldicion de la ley en nuestro lugar.

Los pasajes ya citados están en íntima relacion con aquellas que presentan al Redentor como sacrificio ó propiciacion. La idea esencial de una ofrenda para el pecado, es la propiciacion por medio de un castigo vicario. Que esta es la idea bíblica de un sacrificio es claro, de las leyes de su institucion, de los efectos atribuidos á ella, y de las declaraciones explicativas de los escritores sagrados. La ley prescribió que el pecador trajese la víctima al altar, que pusiese las manos en su cabeza, que confesase su crimen, y que el animal entónces fuese matado, y que su sangre fuese regada en el altar. Así se dice: “Pondrá su mano sobre la cabeza

del holocausto y él lo aceptará para expiarle.” Levítico 1:4. “Hizo luego llevar al becerro de la expiacion, y Aaron y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del becerro de la expiacion.” Levítico 8:14. Se enseña claramente en el pasaje siguiente el significado de esta imposicion de manos. “Y pondrá Aaron ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades del pueblo de Israel, y todas sus rebeliones, y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto.” Levítico 16:21, 22. La imposicion de manos por tanto fué designada para expresar simbólicamente las ideas de sustitucion y transferimiento de sujecion al castigo. En el caso ya referido para indicar más claramente la idea de apartar el peligro del castigo, el macho cabrío en cuya cabeza fueron impuestos los pecados del pueblo, fué enviado al desierto, pero otro fué matado y quemado en su lugar.

La naturaleza de estos sacrificios se hace más obvia por los efectos que se les atribuyen. Fueron mandados para hacer expiacion, para propiciar, para reconciliar, para asegurar el perdon de los pecados. Y aseguraron en efecto esto. En el caso de cualquier ofensor Judío se le condonaba la pena señalada por la constitucion teocrática bajo la cual vivia por la presentacion y por la aceptacion del sacrificio designado. Este fué todo el efecto que la sangre de los toros y de los machos cabríos pudiera producir, porque tocaba á la adquisicion del perdon. Su eficacia fué limitada á la purificacion de carne y al aseguramiento para los que los ofrecian

de las ventajas de la teocracia externa. Empero además de esta eficacia que por voluntad divina les pertenecía en sí mismos, fueron designados á prefigurar y predecir el verdadero sacrificio expiatorio que había de ofrecerse cuando el cumplimiento de los tiempos viniese. Y nada puede ilustrar más claramente la doctrina bíblica de los sacrificios, que las expresiones usadas por los escritores sagrados, para indicar la misma idea que la que se significó con el término del sacrificio para el pecado. Así todo lo que Isaías enseñó—diciendo del Mesías que el castigo de nuestra paz fué sobre El, que por su llaga fuimos nosotros curados, que fué herido por la rebelion del pueblo, que en El fué cargado el pecado de todos nosotros, y que llevó el pecado de muchos—todo esto lo enseñó diciendo que puso su vida en expiacion por el pecado. Y se dice en la epístola á los Hebreos que “fué ofrecido para llevar los pecados de muchos.” La misma idea, por tanto, se expresa diciendo que llevó nuestros pecados, ó que se hizo sacrificio para el pecado. Pero llevar los pecados de alguno significa llevar el castigo de ellos; y por tanto ser un sacrificio para el pecado da á entender lo mismo.

Siendo tal la idea de un sacrificio que se encuentra en todas las Escrituras Judáicas, es claro que los escritores sagrados no pudieron enseñar más distinta é inteligentemente la manera con que Cristo asegura el perdón del pecado, que diciendo que fué hecho una ofrenda para el pecado. Se familiarizaron con este modo de perdón los antiguos lectores de la Biblia. Habían acostumbrádose á él desde su mocedad. Nadie de ellos

pudo recordar el tiempo en que el altar, la víctima, y la sangre le eran desconocidos. Sus primeras lecciones en la religion contenian las ideas de la confesion del pecado, de la sustitucion de la muerte y de los sufrimientos vicarios. Por tanto, cuando los escritores inspirados dijeron á los hombres imbuidos en estas ideas, que Cristo fué una propiciacion para el pecado, que fué ofrecido como sacrificio para hacer reconciliacion, les dijeron en los términos más sencillos, que asegura el perdon de nuestros pecados sufriendo en nuestro lugar. Los Judíos no pudieron entender de otra manera tales expresiones, y por tanto, podemos estar seguros que no se les quizo dar ningun otro significado. Y en efecto ha sido entendido así por la iglesia cristiana desde su primera organizacion hasta ahora.

Si fuera solamente como una alusion casual el que Cristo fué declarado sacrificio, no estaríamos autorizados para inferir de esto el método de la redencion. Pero esto dista mucho de ser así. Se presenta esta doctrina en la forma más didáctica. Se exhibe de cualquier modo posible. Se afirma, se ilustra, se vindica. Se hace el punto céntrico de todas las instituciones é instrucciones divinas. Se encomienda como el fundamento de la esperanza, como la fuente del consuelo, como el motivo de la obediencia. Es en efecto *El Evangelio*. Seria inútil que nos esforzáramos en hacer referencia á todos los pasajes que enseñan esta gran doctrina. Se nos dice que "Dios ha propuesto á Jesu-Cristo como propiciacion de nuestros pecados por medio de la fé en su sangre." Romanos 3: 25. Además se declara que es una "propiciacion por nuestros peca-

dos ; y no solamente por los nuestros sino tambien por los de todo el mundo.” 1^a Juan 2:2. Se llama “el Cordero ne Dios que quita el pecado del mundo.” Juan 1:29. “No habeis sido rescatados,” dice el apóstol Pedro, “con cosas corruptibles, como oro ó plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminacion.” 1^a Pedro 1:18, 19. Se manifiesta más extensamente esta doctrina en la epístola á los Hebreos que en alguna otra parte de las Escrituras. Cristo no solamente se llama repetidamente un sacrificio, sino que se hace una comparacion cuidadosa entre la ofrenda que El presentó y las que fueron ofrecidas bajo la dispensacion antigua. “Si la sangre de los toros y de los machos cabríos,” dice el apóstol, “y la ceniza de la becerra rociada á los inmundos, santifica para la purificacion de la carne, ¡cuanto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció á sí mismo sin mancha á Dios, limpiará vuestras conciencias de las obras de muerte para que sirvais al Dios vivo.” Los antiguos sacrificios en sí mismos solamente pudieron quitar la inmundicia ceremonial. No pudieron limpiar la conciencia, ni reconciliar el alma con Dios. Fueron meras sombras del sacrificio verdadero para los pecados. De aquí es que fueron ofrecidos diariamente. El sacrificio de Cristo, siendo realmente eficaz, fué ofrecido solamente una vez. Á causa de la ineficacia de los antiguos sacrificios, Cristo dijo cuando vino al mundo: “Sacrificio y presente no quisiste, mas me apropiaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron ; entónces dije : ‘ Heme aquí (en la cabecera del libro está escrito de mí), para que

haga, O Dios, tu voluntad.' En la cual voluntad," agrega el apóstol, es decir, por el cumplimiento del propósito de Dios, "somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesu-Cristo hecha una sola vez; y con aquella sola ofrenda hizo perfectos los sacrificios," "y todo esto," agrega, "nos lo atestigua el Espíritu Santo." Hebreos 10:1, 6, 14, 15. Las Escrituras, por tanto, enseñan claramente que Jesu-Cristo nos libró del castigo de nuestros pecados, ofreciéndose El mismo como sacrificio á favor nuestro: que como bajo la antigua dispensacion las penas unidas á las trasgresiones de la alianza teocrática eran quitadas por la sustitucion y sacrificio de toros y machos cabríos, así bajo la teocracia espiritual, en el templo vivo del Dios viviente el castigo del pecado se aparta por la sustitucion y la muerte del Hijo de Dios. Como ningun antiguo Judío, cuando por su trasgresion habia perdido su libertad de acercarse al santuario terrenal, ignoraba el modo de expiacion y de reconciliacion, así ahora, ningun pecador que tenga su conciencia herida, sabiendo que es indigno de acercarse á Dios, tiene necesidad de ignorar el camino nuevo y vivo que Cristo nos consagró por el velo, esto es, por su carne; de suerte que tenemos libertad de entrar en el santuario por la sangre de Jesu-Cristo.

En todas las expresiones referidas hasta aquí—es decir, Cristo fué hecho maldicion por nosotros, fué hecho pecado por nosotros, llevó nuestros pecados, fué hecho una ofrenda para el pecado—hay la idea de sustitucion. Cristo tomó nuestro lugar, sufrió por nosotros, obró como representante nuestro. Pero como el

acto de un sustituto es en efecto el de su principal, todo lo que Cristo hizo y sufrió con tal carácter se estima como hecho y sufrido por cada creyente. El lector atento y piadoso de la Biblia reconocerá esta idea en algunas de las expresiones bíblicas más familiares. Los creyentes son los que están en Cristo. Este es su gran distincion y su designacion más familiar. Están unidos á El de tal manera, que lo que hizo por ellos se declara que ellos mismos lo han hecho. Cuando murió, murieron; cuando resucitó, resuscitaron; como vive, ellos tambien vivirán. Los pasages en que se dice que los creyentes murieron en Cristo son muchos. “Si uno murió por todos, luego todos murieron” (fueron muertos). 2^a Corintios 5:14. El que murió (con Cristo), se justifica del pecado, es decir, se ha librado de su condenacion y poder; y si morimos juntamente con Cristo creemos que viviremos juntamente con El. Romanos 6:7, 8. Como una mujer se ha librado por la muerte de su marido, así los creyentes se han librado de la ley por el cuerpo (la muerte) de Cristo, porque su muerte es en efecto la de ellos. Romanos 7:4. Y en el versículo siguiente el apóstol dice, “habiendo muerto (en Cristo) estamos libres de la ley.” Todo creyente, por tanto, puede decir con Pablo, “con Cristo estuve juntamente crucificado.” Gálatas 2:20. De la misma manera, la resurreccion de Cristo asegura tanto la vida espiritual, como la resurreccion futura de su pueblo. Si nos hemos unido á El en su muerte, lo seremos tambien en su resurreccion. Si morimos con El, viviremos con El. Romanos 6:5-8. “Dios,” dice el apóstol, “nos dió vida juntamente con Cristo; y junta-

mente nos resucitó; y así mismo, nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesus." Efesios 2: 5, 6. "Es decir, Dios nos ha dado vida, resucitado, y exaltado juntamente con Cristo." Fundado en esto es por lo que Pablo dice que Cristo resucitó como las primicias de los muertos; no simplemente como primero en orden, sino como prenda y seguridad de la resurreccion de su pueblo. "Porque así como en Adam todos mueren, así tambien en Cristo todos serán vivificados." 1^a Corintios 15: 22. Así como nuestra union con Adam asegura nuestra muerte, nuestra union con Cristo asegura nuestra resurreccion. Adam es un tipo del que habia de venir, es decir, de Cristo, pues la relacion que Adam sostuvo con toda la raza es análoga á la que Cristo sostiene con su propio pueblo. Como Adam fué nuestra cabeza natural, el veneno del pecado fluye en todas nuestras venas. Como Cristo es nuestra cabeza espiritual, la vida eterna, que es en El, desciende á todos sus miembros. No son ellos quienes viven, sino Cristo quien vive en ellos. Gálatas 2: 20. Esta doctrina de la union representativa y vital de Cristo con los creyentes se encuentra en todo el Nuevo Testamento. Es el manantial de la humildad, el gozo, la confianza que los escritores sagrados expresan tan frecuentemente. En sí mismos nada eran, ni nada merecian, pero en El lo poseyeron todo. De aquí es que reputaban todas las cosas como pérdida, para que fuesen hallados en El. Por esto se determinaron á no saber nada, á no predicar nada, á no gloriarse en nada, sino en Jesu-Cristo, y en El crucificado.

La gran doctrina de la muerte y los sufrimientos

vicarios de Jesu-Cristo se enseña más extensamente en estos pasajes numerosos, que atribuyen nuestra salvacion á su sangre, á su muerte, ó á su cruz. Considerados en conexion con los pasages ya indicados, los que ahora mencionamos enseñan no solamente el hecho de que la muerte de Cristo asegura el perdon del pecado, sino tambien la manera en que lo hace. Á esta clase pertenecen declaraciones tales como las siguientes. “La sangre de Jesu-Cristo su Hijo nos limpia de todo pecado.” 1^a Juan 1:7. “Tenemos redencion por su sangre.” Efesios 1:7. “Pacificado por la sangre de su cruz.” Colosenses 1:20. “Justificados en su sangre.” Romanos 5:9. “Habeis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.” Efesios 2:13. “Habeis llegado á la sangre del esparcimiento.” Hebreos 12:24. “Elegidos para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesu-Cristo.” 1^a Pedro 1:2. “Al que nos amó y ha lavado de nuestros pecados con su sangre.” Apoc. 5:9. “Este vaso,” dijo el mismo Hijo de Dios, “es mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada por muchos, para remision de los pecados.” Mateo 26:28. Se enseña el carácter del sacrificio de la muerte de Cristo en todos estos pasajes. La sangre fué el medio de expiacion, y sin derramamiento de sangre no se hizo remision; y por tanto, cuando se atribuye tan frecuentemente nuestra salvacion á la sangre del Salvador, se declara que murió como una expiacion por nuestros pecados.

Se puede decir lo mismo en cuanto á los pasages que atribuyen nuestra redencion á la muerte, á la cruz, ó á la carne de Cristo; porque se cambian estos térmi-

nos como significando lo mismo. "Somos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo." Romanos 5:10. "Somos reconciliados por su cruz." Efesios 2:16. "Somos reconciliados en el cuerpo de su carne, por medio de su muerte." Colosenses 1:22. "Estamos muertos á la ley por el cuerpo de Cristo." Romanos 7:4. "Dirimió en su carne la ley." Efesios 2:15. "Rayendo la cédula de los ritos que nos era contraria, enclavándola en la cruz." Colosenses 2:14. Las expresiones más generales respecto de la muerte de Cristo por nosotros reciben un significado determinado por su conexión con los pasajes más específicos arriba mencionados. Todo hombre por tanto sabe lo que se da á entender cuando se dice que Cristo murió por los impíos, que dió su vida en rescate por muchos, que murió el justo por los injustos para llevarnos á Dios. No ménos claro es el significado del Espíritu Santo cuando se dice: "Dios no perdonó á su propio Hijo, ántes le entregó por todos nosotros," Romanos 8:32; que "fué entregado por nuestros delitos," Romanos 5:25; que "se dió á sí mismo por nuestros pecados." Gál. 1:4.

Viendo pues que todo lo debemos á los sufrimientos expiatorios del bendito Salvador, dejamos de admirarnos de que la cruz se haya hecho tan prominente en la exhibición del plan de salvación. No estamos sorprendidos de la solicitud de Pablo que no fuese hecha vana la cruz de Cristo; ó de que llamaba la predicación del Evangelio la de la cruz; ó de que predicaba al Cristo crucificado tanto á los Judíos como á los Griegos, como la sabiduría y el poder de Dios, ó de que se determinó á no gloriarse más que en la cruz de Cristo. Como no

hay ninguna verdad que sea más necesaria conocerse, así no hay ninguna que con más variedad y claridad se enseñe que el método de escaparse de la ira de Dios que merecemos por nuestros pecados. Además de todas las exhibiciones claras de Cristo, como cargando nuestros pecados, muriendo por nosotros, poniendo su vida en expiación por el pecado, redimiéndonos por su sangre, las Escrituras le manifiestan como Sacerdote, para que entendamos más claramente como asegura nuestra salvación. Se predijo mucho tiempo ántes de su advenimiento que el Mesías sería sacerdote. “Tú serás sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec,” Salmo 110:4, fué la declaración del Espíritu Santo por boca de David. Zacarías predijo que se sentaría como sacerdote en su trono. Zacarías 6:13. El apóstol dice que un sacerdote es un hombre constituido á favor de los hombres en lo que á Dios toca, para que ofrezca presentes y sacrificios por los pecados. Hebreos 5:1. Jesu-Cristo es el único sacerdote real en el universo. Todos los demás fueron impostores ó sombra del Gran Pontífice de nuestra profesión. El poseyó todas las cualidades necesarias para este oficio. Fué hombre. Así es que “por cuanto los hijos participaron de su carne y sangre, El también participó de lo mismo para venir á ser misericordioso y fiel Pontífice; uno que puede compadecerse de nuestras flaquezas; viendo que fué tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.” Fué sin pecado. “Porque nos convenia un Pontífice tal, que fuese santo, inofensivo, diferente de los pecadores.” Fué Hijo de Dios. “La ley constituyó sacerdotes á hombres débiles. Pero Dios declaró que

su Hijo fué sacerdote hecho perfecto para siempre.” Hebreos 7:28. El sentido en que se declara Cristo como el Hijo de Dios se explica en el primer capítulo de esta epístola. Se dice allí que es la misma imagen de Dios; que sustenta todas las cosas con la palabra de su poder; que se manda á todos los ángeles que le adoren; que su trono es por los siglos de los siglos; que en el principio fundó la tierra; que existe desde la eternidad y que no acabarán sus años. Por la dignidad de su persona como poseyendo esta naturaleza divina es por lo que el apóstol deduce la eficacia de su sacrificio, Hebreos 9:14, la perpetuidad de su sacerdocio, Hebreos 7:16, y su probabilidad de salvar eternamente á los que por El se allegan á Dios. Hebreos 7:25. Fué constituido sacerdote debidamente. “No se glorificó á sí mismo haciéndose Pontífice, mas el que le dijo: Tú eres mi Hijo, dijo tambien: Tú eres sacerdote eternamente.” El es el único sacerdote verdadero, y por tanto, su advenimiento invalidó á todos los demas y terminó de una vez todos sus servicios legales, aboliendo la dispensacion típica á que pertenecieron. Pues mudado el sacerdocio, necesario es que haya tambien mudanza de ley. “El mandamiento precedente se abrogó por su flaqueza é inutilidad, y hubo la introduccion de mejor esperanza.” Hebreos 7:12, 13. El tiene una ofrenda apropósito que presentar. Así como todo sacerdote es constituido para ofrecer sacrificios, fué necesario que tambien este tuviese algo que ofrecer. Este sacrificio no fué la sangre de machos cabríos, ni becerros, sino su propia sangre; se ofreció á sí mismo sin mancha á Dios para limpiar nuestras conciencias de las

obras de muerte. Hebreos 9:12-14. "Deshizo el pecado por el sacrificio de sí mismo, que fué perfecto cuando fué ofrecido una vez para agotar los pecados de muchos." Hebreos 9:26-28. Entró en el cielo. Así como al pontífice le fué necesario que entrase en el santuario con la sangre de expiacion, así Cristo no entró en el santuario hecho de mano, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios, y donde vive siempre para interceder por nosotros. Hebreos 7:25; 9:24.

Viendo que tenemos á un gran Pontífice que penetró en los cielos, Jesus el Hijo de Dios (que el lector recuerde lo que significa esta expresion), que está sentado á la diestra de la Magestad en las alturas, habiendo hecho la purgacion de nuestros pecados por sí mismo y habiendo hecho la expiacion por los pecados del pueblo, todo creyente humilde que entrega su alma en las manos de este Pontífice, puede llegar confiado al trono de la gracia, asegurado de que alcanzará misericordia y hallará la gracia para el tiempo de necesidad.

SECCION III.—LA JUSTICIA DE CRISTO ES LA BASE VERDADERA DE NUESTRA JUSTIFICACION. EFECTOS PRÁCTICOS DE ESTA DOCTRINA.

LA Biblia, como hemos visto, enseña en primer lugar, que estamos bajo una ley que exige obediencia perfecta, y que amenaza con la muerte en caso de trasgresion; en segundo lugar, que todos los hombres han dejado de prestar esta obediencia, y que por tanto están sujetos á la pena con que se les ha amenazado; en tercer lugar, que Cristo nos redimió de la ley constituyén-

dose bajo de ella en lugar nuestro, y dando satisfaccion á sus exigencias. Falta solo enseñar que esta justicia perfecta de Cristo se presenta como la base de nuestra justificacion ante Dios.

En el lenguaje de la Biblia, condenacion es una sentencia de muerte pronunciada contra el pecado; y justificacion es una sentencia de vida pronunciada respecto de la justicia. Como esta justicia no es la nuestra, porque somos pecadores, impíos, sin obras buenas, debe ser la de otro, aun la de Aquel que es nuestra justicia. De aquí es que hallamos tan constantemente la distincion entre nuestra propia justicia y la que Dios nos da. “Los Judíos,” dice el apóstol, “ignorando la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado á la justicia de Dios.” Romanos 10: 3. Este fué el escollo contra el cual se estrellaron. Sabian que la justificacion exigia justicia; persistian en presentar la suya, aunque imperfecta, y no quisieron aceptar la que Dios habia provisto por los méritos de su Hijo, que es el fin de la ley para justicia á todo aquel que cree. Se presenta la misma idea en Romanos 9: 30-32, donde Pablo cuenta brevemente el caso de la repulsa de los Judíos y la aceptacion de los creyentes. “Los gentiles han alcanzado la justicia, es á saber, la justicia que es por la fé. Pero Israel no ha llegado á ella: ¿Porque? Porque no la buscó por la fé, sino por las obras de la ley.” Los Judíos no quisieron recibir y confiar en la justicia que Dios habia provisto, sino que se esforzaron en preparar por obras una justicia propia de ellos. Esto fué la causa de su ruina. En contraste directo con el curso adoptado por la mayor parte de sus paisanos,

encontramos á Pablo renunciando toda dependencia de su propia justicia y recibiendo con gratitud la que Dios habia provisto. Aunque poseia todas las ventajas y encontraba todas las tentaciones para confiar en sí mismo, más de lo que ningun otro pudo tener; porque fué miembro del pueblo favorecido de Dios, "circuncidado al octavo dia, y por lo que toca á la justicia que es en la ley, de vida irreprochable;" sin embargo, reputó todas estas cosas como pérdida para que ganase á Cristo y fuese hallado en El, no teniendo su justicia que fué por la ley, sino la que fué por la fé en Cristo, la justicia que fué de Dios por la fé. Filipenses 3:9. Aquí se traen distintamente á nuestra vista las dos clases de justicia. La una fué la suya propia, que consistia en su obediencia á la ley; Pablo rechazó esta como inadecuada é indigna de aceptacion. La otra es de Dios que se recibe por la fé: Pablo acepta esta y se gloria de ella como suficiente para todo, y como la única suficiente. Esta es la justicia que el apóstol dice, que Dios imputa á los que son sin obras. Por esto se llama un don, un don libre, un don por la gracia; y los creyentes se describen como los que reciben este don de la justicia. Romanos 5:17. De aquí es que nunca se dice que somos justificados por alguna cosa hecha por nosotros mismos, sino que por lo que Cristo ha hecho por nosotros. "Somos justificados por la redencion que es en El." Romanos 3:24. "Somos justificados por su sangre." Romanos 5:9. "Somos justificados por su obediencia." Romanos 5:19. "Somos justificados por El de todo." Hechos 13:39. "El es nuestra justicia." 1^a Corintios 1:30. "Somos hechos justicia de Dios en El."

2^a Corintios 5 : 21. "Somos justificados en su nombre."
1^a Corintios 6 : 11. "No hay ninguna condenacion para los están en El." Romanos 8 : 1. Por tanto, la justificacion es por la fé en Cristo, porque la fé es recibirle y confiar en El como nuestro Salvador: como habiendo hecho todo lo que se exige para asegurar nuestra aceptacion ante Dios.

De esta manera es como las Escrituras contestan la pregunta, ¿Como se justificará el hombre ante Dios? Cuando el alma está cargada de un sentido de pecado, cuando vé cuan razonable y santa es aquella ley que exige obediencia perfecta y que amenaza con la muerte como la pena de trasgresion; cuando siente la imposibilidad absoluta de satisfacer estas exigencias justas por su propia obediencia y por sus propios sufrimientos, entónces es cuando se siente la revelacion de Jesu-Cristo como nuestra justicia como la sabiduría y el poder de Dios. Destituidos de toda justicia en nosotros mismos, tenemos nuestra justicia en El. Lo que no pudimos hacer, El lo ha hecho por nosotros. La justicia, por tanto, por cuya causa la sentencia de justificacion se pronunció sobre el pecador creyente, no es la suya, sino la de Jesu-Cristo.

Es una de las evidencias más importantes del origen divino de las Escrituras el que se acomodan á la naturaleza y á las circunstancias de los hombres. Si se creyesen sus doctrinas y se obedeciesen sus preceptos, se encontrarian los hombres en sus propias relaciones con Dios y las clases diferentes de los hombres entre sí. Padres é hijos, maridos y esposas, gobernadores y súbditos, se hallarian en su propia esfera y alcanzarian el

más alto grado de excelencia y de felicidad que es posible. El fin de la verdad es la santidad. Y se conoce que una verdad lo es, por su tendencia á promover la santidad. Así como esta prueba, cuando se aplica á las Escrituras en general, manifiesta su perfeccion divina, así cuando se aplica á la doctrina cardinal de la justificacion por la fé en Jesu-Cristo, enseña que esta doctrina es digna de toda aceptacion. Por esta razon se recomienda por los escritores sagrados. Declaran que tiende en mayor grado á honrar á Dios y á beneficiar al hombre. Afirman que se arregla de tal manera, que muestra la sabiduría, la justicia, la santidad, y el amor de Dios, á la vez que asegura el perdon, la paz y la santidad de los hombres. Si hubiese dejado de lograr alguno de estos objetos: si no fuera adaptada al carácter divino, ni á nuestra naturaleza y necesidades, no podria llenar el fin que tuvo por objeto.

Se admitirá fácilmente que la gloria de Dios en la manifestacion ó revelacion de las perfecciones divinas, es el más alto fin concebible de la creacion y de la redencion; y de consiguiente, que cualquiera doctrina que se adapte á hacer tales manifestaciones, es por esta razon digna de ser universalmente recibida y glorificada. Los escritores inspirados nos enseñan que se revelan especialmente en el plan de la redencion las perfecciones divinas; que tuvo por objeto enseñar á principados y potestades la multiforme sabiduría de Dios; que Cristo fué puesto como expiacion para exhibir su justicia; y especialmente para que en los siglos venideros mostrase las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesus.

Es el amor de Dios, cuya anchura y longura y profundidad y altura excede á todo conocimiento, el qué se muestra aquí claramente. Algunos se figuran extrañamente que la muerte de Cristo nos aseguró el amor de Dios; pero por el contrario esta fué el efecto, y no la causa de aquel amor; Cristo no murió para que Dios nos amase, sino murió porque Dios nos amó. “Dios encarece su caridad para con nosotros, porque siendo aún pecadores Cristo murió por nosotros.” “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El cree, no se pierda mas tenga vida eterna.” “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió á su Hijo Unigénito al mundo, para que vivamos por El.” “En esto consiste el amor, no en que nosotros háyamos amado á Dios, sino en que El nos amó y ha enviado á su Hijo en propiciacion por nuestros pecados.”

Como se manifiesta este amor de Dios para con los que no lo merecen, se llama gracia, y las Escrituras dan énfasis á esto con una frecuencia y ardor especiales. El misterio de la redencion consiste en que un Ser de santidad y justicia infinitas haya manifestado amor tan admirable á los pobres pecadores. De aquí es que los escritores sagrados condenan tan eficazmente todo lo que oscurece esta doctrina del Evangelio; todo lo que representa á los hombres como dignos, como mereciendo ó asegurando de alguna manera por su propia bondad el ejercicio de este amor de Dios. Es por gracia, para que nadie se glorie. Somos justificados por gracia, somos salvados por gracia; y si por gracia, en-

tónces no es por las obras ; de otra manera la gracia, ya no seria gracia. El apóstol nos enseña, no solo que el plan de la salvacion nació de la bondad no merecida de Dios y que nuestra aceptacion ante El no se funda por ningun medio, ni en ningun grado, en nuestro dignidad, sino tambien que la administracion actual de la economía de la misericordia se conduce de tal manera, que manifiesta este atributo del carácter divino. Dios escoge á los necios, los viles, los flacos, y aun á los que son nada, para que ninguna carne se jacte en su presencia. Cristo se hace todo para nosotros, para que los que se glorian, se glorien solo en el Señor.

No se puede dejar de ocurrir á todo lector que si no se regocija de esta parte del plan de la redencion, si no se alegra de que toda la gloria de su salvacion pertenece á Dios, su corazon no puede estar conforme con el Evangelio. Si cree que la base de su aceptacion está en sí mismo, ó siquiera desea que fuese así, no está preparado á tomar parte en aquellos himnos de gratitud á Aquel que nos salvó y llamó con vocacion santa, no conforme á nuestras obras, mas segun su propósito y gracia ; himnos que se deleitan en ofrecer todos los redimidos á Aquel que les amó y se dió á sí mismo por ellos. Es muy claro que los escritores sagrados abundan en confesion de su propia indignidad á la vista de Dios. Reconocian que fueron indignos, tanto absoluta como comparativamente. Si alguno se salvó fué por gracia, y fué por gracia para que ellos en vez de otros fuesen salvos. Por tanto, todo es por gracia, para que Dios sea exaltado y glorificado en todos los que creen.

La doctrina de la justificacion gratuita de los peca-

dores por la fé en Jesu-Cristo, no solo manifiesta el amor infinito de Dios, sino que se declara que le es especialmente honroso, ó conforme con sus atributos, porque se adapta á todos los hombres. “¿Es Dios solamente Dios de los Judíos? ¿No es tambien Dios de los Gentiles? Cristo, tambien de los Gentiles: Porque un Dios es de todos, el cual justificará por la fé la circuncision, y por medio de la fé la incircuncision. Porque el mismo que es Señor de todos rico es para con todos los que le invocan. Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.” Esta doctrina no es estrecha, ni nacional, ni sectaria. Es tan amplia como el mundo. Por donde quiera que se pueden encontrar las criaturas de Dios, allí se puede predicar la misericordia de Dios en Jesu-Cristo. El apóstol se gloria mucho en esta parte del plan de la salvacion como digna de Dios, y como constituyendo al Evangelio el fundamento de una religion para todas las naciones y todos los siglos. Revelando una salvacion suficiente y apropósito para todos, revela el carácter verdadero de Dios, como Dios y Padre de todos.

Ademas las Escrituras representan esta doctrina no solo adaptada á llenar las necesidades del hombre, sino tambien á promover la gloria de Dios. Si exalta á Dios, humilla al hombre. Si manifiesta claramente que Aquel es un ser de santidad, justicia y amor infinitos, engendra en nosotros tambien el sentimiento de que estamos destituidos de todo mérito; y no solo eso, sino de que somos muy culpables y flacos, y que nuestra salvacion es un favor que no merecemos. Como nada puede ser más cierto que la culpa y la impotencia del

hombre, todo plan de redencion que deje de reconocer estas cosas nunca podrá estar de conformidad con nuestra experiencia interna; ni podrá asegurar el asentimiento completo del alma penitente. La imputacion del mérito que sabemos que no merecemos, produce por sí mismo una pena severa; y si esta apreciacion falsa de nuestro mérito fuese la base de la manifestacion de la bondad especial hácia nosotros, destruiria la felicidad que tal bondad produce de otra manera. Por tanto, para una alma que reconoce su contaminacion y culpa á la vista de Dios, la doctrina de que se salva por su propia bondad, ó porque es mejor que otras, es desconsoladora y destruye su paz. Solo una salvacion absolutamente gratuita puede satisfacer á un alma que reconoce su culpa. Ninguna otra cosa puede adaptarse á sus ideas concernientes á la verdad ó á su sentido del bien. La doctrina contraria envuelve una falsedad y una incongruencia moral á que ni la razon ni la conciencia puede someterse. La doctrina bíblica que da por sentado lo que reconocemos como verdadero, es decir, nuestra culpa é impotencia, nos pone en nuestra propia relacion con Dios, la relacion que corresponde á la verdad, á nuestro sentimiento del bien, á nuestra experiencia interna y á todos los deseos propios de nuestros corazones. Esta es una de las razones por las cuales las Escrituras representan la paz como la consecuencia de la justificacion por la fé. No puede haber paz miéntras que el alma no esté en armonía con Dios; y tal armonía no puede existir, hasta que el alma ocupe voluntariamente su posicion verdadera con relacion á Dios. Entre tanto no reconozca su carácter ver-

dadero, sino que obre dando por hecho su aptitud para merecer ó ganar el favor divino, está en una posición falsa. Sus sentimientos para con Dios son malos, y no hay ninguna manifestación de aprobación ni de favor por parte de Dios hacia el alma. Pero luego que tenemos nuestro propio lugar, y sentimos nuestra culpa y vemos la misericordia que nos perdona, encontramos acceso en la presencia de Dios, y se derrama su amor en nuestros corazones, produciendo aquella paz que sobrepuja á todo entendimiento. El alma cesa de sus esfuerzos legales, abandona su tentativa inútil de hacerse digna, ó de ocuparse de una justicia con que pueda comparecer ante Dios. Se contenta con ser aceptada como indigna, y de recibir como don una justicia que puede aguantar el escrutinio de Dios. La paz, por tanto, no es el efecto de la seguridad de mero perdón, sino de perdón fundado en una justicia que ilustra el carácter de Dios, que magnifica la ley y la hace honorable; que satisface la justicia de Dios, mientras que muestra las riquezas infinitas de la ternura y del amor divino. El alma no puede presentar ninguna objeción á este método de perdón. No se le hace sufrir imputándole un mérito de que carece y siente no merecer. Su indignidad extrema no solo se reconoce, sino que se declara abiertamente. Ni está inquieta el alma por la duda ansiosa de si Dios puede perdonar el pecado en conformidad con su justicia. Porque en la cruz de Cristo se revela claramente tanto la justicia como el amor. Toda el alma, por tanto, por inteligente ó sensible que sea, se somete humilde y alegremente á un plan de misericordia, que de esta manera honra á Dios,

y que á la vez que asegura la salvacion del pecador, le permite que se acoja al refugio que se encuentra en el esplendor que rodea al Salvador.

Ademas, los apóstoles insisten sobre la doctrina de la justificacion por la fé con un ardor especial, porque presenta el único método de librarse del pecado. Mientras que los hombres estén bajo la condenacion de la ley y se sientan ligados por sus exigencias de obediencia, como la condicion y base de su aceptacion ante Dios, sienten y deben sentir que El no está reconciliado, que sus perfecciones se oponen contra ellos. Todo su objeto es de hacerle propicio por los medios que conocen que son inadecuados. Su espíritu es servil, su religion es esclavitud, su Dios es tirano. Á los hombres que están en tal estado, el amor, la obediencia, y la paz verdadera, son igualmente imposibles. Pero cuando llegan á ver que Dios por su amor infinito ha puesto á Jesu-Cristo como expiacion por nuestros pecados, para que fuese justo y sin embargo justificase á los que creen—que nos salva segun su misericordia y no por las obras de justicia que háyamos hecho, entónces están emancipados de su esclavitud anterior y se constituyen hijos de Dios. Dios no es ya un tirano, sino un Padre bondadoso. La obediencia no es ya una tarea por recompensa, sino que es la expresion alegre del amor filial. Se cambia toda la relacion del alma con Dios, y con esta todos nuestros sentimientos y toda nuestra conducta. Aunque no tenemos que hacer obras para justificarnos, tenemos que hacer todo lo que podemos para manifestar nuestra gratitud y nuestro amor. ¿Entónces deshacemos la ley por la fé? Dios

no lo permita! ántes establecemos la ley. No hay ninguna obediencia real y aceptable, hasta que estemos libres de la esclavitud de la ley como regla de justificacion y estemos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo. Hasta entónces somos esclavos y enemigos, y tenemos los sentimientos de esclavos. Cuando háyamos aceptado las condiciones de reconciliacion, somos hijos de Dios y tenemos los sentimientos de hijos.

Empero no se debe suponer que la obediencia filial que se presta por los hijos de Dios es el efecto de la influencia meramente moral que nace de un sentimiento de su favor. Aunque esta es tal vez la más fuerte de todas las influencias externas, dista mucho de ser la fuente de aquella santidad que siempre sigue á la fé. El acto mismo por el cual nos hacemos interesados en la redencion de Cristo de la condenacion de la ley nos hace participantes de su Espiritu. No es el mero perdon, ni ninguna otra bendicion aislada lo que se nos ofrece en el Evangelio, sino la redencion completa, el libramiento del mal y la restauracion al amor y á la vida de Dios. Aquellos, por tanto, que creen, no son meramente perdonados, sino que se unen á Cristo de tal manera que derivan de El y por El el Espiritu Santo. Este es el gran don concedido á todos los que anden en El y en El confien. Esta es la razon porque dice: "Sin mí nada podeis hacer. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no estuviere en la vid, así ni vosotros si no estuviereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos: el que está en mí y yo en él este lleva mucho fruto." Por tanto, el método evangélico de salvacion es digno de aceptacion. Revela las perfecciones

divinas en la luz más clara y más conmovedora, y se adapta por todos medios al carácter y á las necesidades de los hombres. Nos pone en la posicion que merecemos como pecadores indignos, y asegura el perdon, la paz de la conciencia y la santidad de la vida. Es la sabiduría y el poder de Dios para la salvacion. No puede ser asunto de admiracion el que las Escrituras representen la repulsa de este método de redencion, como la base prominente de la condenacion, de los que perecen bajo el sonido del Evangelio. El que el plan se revelase tan claramente, y que sin embargo los hombres insistiesen en adoptar otro más acomodado á sus inclinaciones, es el colmo de la necedad y la desobediencia. El que el Hijo de Dios haya venido al mundo, que haya muerte el Justo por los injustos, que nos haya ofrecido la vida eterna, y que sin embargo, rehusemos su misericordia ofrecida, prueba tal insensibilidad á su excelencia y amor, tal gusto por el pecado, tal desprecio á la aprobacion y á la fruicion de Dios, que si todas las otras bases de condenacion se quitaran, esta solamente seria suficiente. “Aquel que no cree en El, ya es condenado, porque no creyó en el nombre del Unigenito Hijo de Dios.” Juan 3:18.

CAPÍTULO VI.

LA FÉ.

SECCION I.—LA FÉ NECESARIA PARA LA SALVACION. LA NATURALEZA DE LA FÉ SALVADORA.

POR abundante y apropósito que sea la provision que Dios ha hecho para la salvacion de los hombres, hay muchos que dejan de asegurar la vida eterna. Hay algunos á quienes Cristo no aprovechará nada; más aun, hay algunos cuya condenacion se agravará mucho, porque han conocido y rehusado al Hijo de Dios, el Salvador del mundo. Por tanto, no es ménos necesario que sepamos lo que debemos hacer para asegurar un interes en la redencion de Cristo, que el que comprendamos lo que ha hecho para nuestra salvacion. Si Dios ha revelado un plan de salvacion para los pecadores, deben estos para salvarse someterse á sus provisiones. Sea cual fuere el nombre que se le dé, lo que debe hacerse es aprobar y aceptar los términos de la salvacion que se presentan en el Evangelio. Como el plan de la redencion se dirige á los pecadores, la recepcion de aquel plan por parte nuestra implica un reconocimiento de que somos pecadores y justamente expuestos á la ira de Dios. Á los que no tienen ningun sentimiento de culpa, les debe parecer necedad y ofensa, como procede dando por hecho la insuficiencia de alguna obediencia nuestra para satisfacer las exigencias

de la ley; el asentimiento á él envuelve la renuncia de toda dependencia en nuestra justicia como base de nuestra aceptacion ante Dios. Si la salvacion es por gracia, se debe recibir como tal. El introducir nuestro mérito en cualquier forma ó en cualquier grado, es rehusarlo, porque la gracia y las obras se oponen esencialmente entre sí. Fiando en estas, renunciamos aquella. Como la justificacion es el perdon y la aceptacion dispensadas en la base de la justicia de Cristo, el asentimiento al plan de salvacion envuelve el reconocimiento y la aceptacion de la obra de Cristo, como la única base de justificacion ante Dios. Por perplejo que se halle el hijo de Dios, con dudas ansiosas y esfuerzos vanos, se trae al fin á ver y á admirar la perfecta sencillez del plan de misericordia; halla que no requiere nada de su parte, excepto la aceptacion de lo que se ofrece espontaneamente; la aceptacion de ello como libre é inmerecido. Es bajo el conocimiento de indignidad é impotencia que el alma recibe á Jesus como se presenta en el Evangelio. Esto es lo que Dios nos exige para nuestra justificacion. Luego que se hace esto, estamos unidos á Cristo: El tomó nuestras responsabilidades; alega nuestra causa; asegura nuestro perdon y aceptacion, en la base de lo que El ha hecho; de suerte que no hay ninguna condenacion para los que están en Cristo Jesus.

La naturaleza del deber que se nos exige para nuestra justificacion, se hace, si es posible, aun más clara por las declaraciones de la Biblia en cuanto á los que se condenan. Se describen como los que rechazan á Cristo, que buscan á establecer su propia justicia, y rehusan someterse á la justicia de Dios; como los que

fijan su atencion en la ley ó en sus propias obras, en vez de fijarse en la obra de Cristo. Son los que rechazan el consejo de Dios contra sí mismos; que "ignorando su propio carácter y los mandamientos de Dios, rehusan salvarse por gracia, por la redencion que es en Cristo Jesus."

La palabra por la cual se expresa ordinariamente en la Biblia esta aceptacion de Cristo, es fé. "Dios de tal manera amó al mundo, que ha dado á su Hijo Unigénito para que todo aquel que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." "El que en El cree no es condenado; mas el que no cree ya es condenado." "El que cree en el Hijo tiene vida eterna; mas el que es incrédulo al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él." Juan 3: 16, 18, 36. "De cierto, de cierto os digo, que aquel que cree en mí tiene vida eterna." "Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere será condenado." Márcos 16: 15, 16. "Señores, ¿qué es menester que yo haga para ser salvo? Y ellos le dijeron, Cree en el Señor Jesu-Cristo, y serás salvo." Hechos 16: 30, 31. "Dios es justo y justificará al que cree en Jesus. Los Gentiles han alcanzado la justicia, es á saber, la justicia que es por la fé; mas Israel no la ha alcanzado, porque no la buscó por la fé." "Sabiedo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fé en Jesu-Cristo, nosotros tambien hemos creido en Jesu-Cristo para que fuésemos justificados por la fé de Cristo, y no por las obras de la ley. "Gálatas 2: 16. "Por gracia sois salvos, por la fé; y esto no de vosotros, pues es

don de Dios." Efesios 2:8. "Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesu-Cristo." Juan 3:23. "El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo." Juan 5:10.

Lenguaje tan claro y variado como este, no puede entenderse mal. Enseña á cualquier investigador sincero respecto del camino de la vida, que para salvarse debe creer en Jesu-Cristo. Sin embargo, aunque sabe lo que es creer, tan perfectamente bien como alguien puede decirle, cuando lee de una fé muerta tanto como de otra viva, de una fé de los demonios y de la de los elegidos de Dios, como lee en una página que el que cree será salvo, y en otra que Simon mismo creyó y sin embargo permaneció en la hiel de amargura y en los lazos de iniquidad, frecuentemente se perturba en gran manera y no puede determinar lo que es la fé que es necesaria para salvarse. Esta dificultad no se puede separar del uso del lenguaje. El alma del hombre es tan admirable en sus operaciones, tan variadas y complicadas sus percepciones, emociones y afectos, que es imposible encontrar una palabra distinta para cada ejercicio mental. Es por tanto absolutamente necesario, que la misma palabra se use para expresar estados diferentes del ánimo, los cuales tienen ciertos rasgos característicos prominentes en comun. El significado definido de la palabra en distincion de aquel que es general ó comprensivo, está determinado por el contesto; por expresiones explicativas ó equivalentes; por la naturaleza de la cosa de que se trata, y por los efectos que se le atribuyen. Esto es suficiente para todos los propósitos de comunicacion é instruccion. Podemos hablar

sin ser mal comprendidos, del amor á nuestra comida, del amor á un niño, del amor á un padre, del amor á Dios, aunque en cada uno de estos casos la palabra amor representa un estado particular del alma y diferente de todos los demas. Hay en todos una excitacion agradable sobre la percepcion de ciertas cualidades, y esto es lo que llamamos amor, aunque no hay dos estados del alma que pueden ser más distintos que la ternura complaciente con que un padre mira á su hijo, y la reverente adoracion con que vuelve su espíritu hácia Dios.

No debemos sorprendernos, por tanto, de que se use la palabra fé para expresar muy diferentes operaciones ó estados del alma. En su significado más ámplio, la fé es un asentimiento á la verdad, cuando se presenta su evidencia. No parece necesario que esta evidencia tenga la naturaleza de testimonio ; porque se dice ordinaria y propiamente, que creemos lo que consideramos como cierto. Creemos en la existencia y en los atributos de Dios, aunque no se funde nuestro asentimiento en lo que se llama estrictamente testimonio. Pero si la fé significa asentimiento á la verdad, es claro que su naturaleza y lo que la acompaña, deben variar con la naturaleza de la verdad creida, y especialmente con la de la evidencia en que se funda nuestro asentimiento. Un hombre puede asentir á la proposicion de que la tierra gira sobre su eje, de que la virtud es buena, de que se castigará el pecado, de que Dios le promete como creyente la salvacion. En todos estos casos hay asentimiento, y por tanto, fé ; pero el estado del alma que se expresa por tal término no es siempre el

mismo. El asentimiento á una verdad especulativa ó abstracta es un acto especulativo; el asentimiento á una verdad moral es un acto moral; el asentimiento á una promesa que se nos ha hecho es un acto de confianza. Nuestra creencia de que la tierra gira sobre su eje, es un mero asentimiento. Nuestra creencia en la excelencia de la virtud es, por su naturaleza, un juicio moral. Nuestra creencia en una promesa es un acto de confianza; ó si alguno prefiere decir que la confianza es el resultado del asentimiento á la verdad de la promesa, se puede admitir como un mero asunto de análisis; pero la distincion no importa nada, porque las dos cosas son inseparables y las Escrituras no hacen distincion. En el lenguaje de la Biblia, la fé en las promesas de Dios es un acto de confianza, y ninguna bendicion se enlaza con el mero asentimiento como distinto y separado de la confianza.

Empero, es más importante notar, que la naturaleza del acto por el cual asentimos á la verdad se modifica por la clase de evidencia en que se funda nuestro asentimiento. Los ciegos pueden creer por el testimonio de otros en la existencia de los colores; y los sordos en la armonía de los sonidos; pero su fé es muy distinta de la fé de los que disfrutan el ejercicio del sentido de la vista y del oido. La reputacion universal de hombres tales como Bacon y Newton y la influencia reconocida de sus escritos, puede ser el fundamento de una conviccion muy racional de su superioridad intelectual. Pero una conviccion fundada en la lectura y apreciacion de sus propias obras es de un carácter esencialmente diferente. Podemos creer por el testimonio de

aquellos en cuya veracidad y en cuyo juicio fiamos, que un hombre que nos es desconocido tiene gran excelencia moral. Pero si vemos nosotros mismos la manifestacion de su excelencia, creemos por otras razones y de otra manera. El estado del alma, por tanto, que en el lenguaje de la vida comun y en el de las sagradas Escrituras se expresa por la palabra fé, varía esencialmente con la naturaleza de la evidencia en que descansa nuestra creencia.

Un hombre cree que la Biblia es la palabra de Dios, y que sus hechos y doctrinas son verdaderas, simplemente por el testimonio de otros. Nacido en un pais cristiano y enseñado por sus padres á considerar las Escrituras como una revelacion de Dios, cede un asentimiento general á la verdad, sin molestarse en ninguna investigacion de la evidencia en que se apoya. Otro cree porque ha investigado el asunto. Ve que no hay ningun medio racional de explicar la existencia de los milagros, el cumplimiento de las predicciones, el buen éxito de la influencia del Evangelio, sino dando por hecho su origen divino. Otros, ademas, creen porque las verdades de la Biblia se recomiendan por sí mismas á su razon y conciencia, y convienen con su experiencia interna. Aquellos cuya fé descansa sobre este fundamento frecuentemente reciben la palabra alegremente; hacen muchas cosas, y presentan en gran parte el aspecto de cristianos verdaderos; como Felix creen y se estremecen. Este es el fundamento de la fé, que frecuentemente sorprende á los pecadores en sus últimas horas. Los hombres que siempre han descuidado ó ultrajado la verdad y que han acumulado un tesoro

de objeciones á la autoridad de las Escrituras, frecuentemente son inducidos á creer por un poder que no pueden resistir. Su conciencia despierta afirma la verdad, con una autoridad ante la cual ellos desfallecen. Sus dudas y sofismas huyen con espanto ante la majestad de este nuevo testigo revelado en favor de la verdad. No creer ahora es imposible. Darian cuanto hay por dudar que existe un Dios santo y justo, y que hay infierno, pero no pueden. Aquí hay una fé muy diferente en su origen, naturaleza y efectos, de la que se funda en la autoridad de los hombres ó en la evidencia y el argumento externos. Aunque la fé que acaba de indicarse se manifiesta ordinariamente con mayor viveza al acercarse la muerte, sucede con frecuencia que los hombres habitualmente indiferentes despiertan de repente en su carrera. Se vivifica su conciencia y se ilumina. Sienten la verdad de lo que ántes negaban ó menospreciaban. La verdad, por tanto, ejerce mucha influencia sobre ellos. Destruye su paz anterior. Los compele á la abnegacion, y al cumplimiento de sus deberes religiosos. Algunas veces esta influencia desaparece pronto y la conciencia duerme otra vez. Otras, continua mucho tiempo aun hasta el fin de la vida. En este caso constituye aquel espíritu de esclavitud y temor, bajo el cual sus sujetos miserables se esfuerzan en buscar un camino al cielo sin someterse al Evangelio de la gracia de Dios. Los efectos producidos por una fé de esta clase, aunque específicamente diferentes de los frutos del Espíritu, no se distinguen siempre fácilmente por la vista del hombre. De aquí es que muchos que parecen exteriormente hijos de Dios están in-

teriormente bajo el dominio de un espíritu opuesto al genio cariñoso, confiado y filial del Evangelio.

Hay una fé diferente de todas las formas de creencia que acaban de indicarse. Es una fé que descansa en la manifestacion hecha por el Espíritu Santo, sobre la excelencia, belleza y conformidad de la verdad. Esto es lo que Pedro llama la preciosa fé de los elegidos de Dios. Dimana de una comprension espiritual de la verdad ó del testimonio del Espíritu que acompaña á la verdad, y obra por medio de ella en nuestros corazones. Á esta fé las Escrituras hacen referencia frecuentemente. Cristo dice: "Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, que escondiste estas cosas á los sabios y entendidos, y las has revelado á los pequeños." Lúcas 10:21. La revelacion externa fué hecha igualmente á los sabios y á los pequeños. Empero á estos fué concedida una iluminacion interna, que los puso en aptitud de ver la excelencia de la verdad, y que aseguró su asentimiento gozoso. Por tanto, nuestro Salvador agregó, "Nadie conoció al Hijo sino el Padre; ni al Padre conoció alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar." Mateo 11:27. Cuando Pedro confesó su fé en Cristo, nuestro Salvador le dijo, "Bienaventurado eres, Simon hijo de Jonas; porque no te lo reveló carne ni sangre, mas mi Padre que está en los cielos." Mateo 16:7. Pablo fué perseguidor de la iglesia; mas cuando plugo á Dios revelar á su Hijo en él, desde luego predicó la fé que ántes habia destruido. Tuvo un conocimiento externo de Cristo anteriormente; pero experimentó esta revelacion interna en su viaje á Damasco, é hizo un cambio repen-

tino en todo su carácter. No hubo nada maravilloso ni peculiar en la conversion del apóstol, excepto en las circunstancias meramente accidentales de su caso. Habla de todos los creyentes como poseyendo la misma iluminacion divina. “Dios,” dice, “que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminacion del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Cristo.” 2ª Corintios 4:6. Por otra parte, habla de aquellos cuyo entendimiento el dios de este siglo cegó para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es imágen de Dios. En el segundo capítulo de su primera epístola á los Corintios trata mucho sobre este asunto, y enseña, no solamente que la divina sabiduría verdadera del Evangelio no puede descubrirse por la sabiduría humana, sino que cuando se revela de un modo externo necesitamos el Espíritu para conocer lo que Dios nos ha dado. “Mas el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura, y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente.” De aquí es, que el apóstol ora por sus lectores “para que se abran los ojos de su entendimiento, para que sepan cual sea la esperanza de su vocacion y cuales las riquezas de su herencia, y cual la supereminente grandeza del poder divino,” cuyo objeto fueron. Y en otro lugar ora por que “sean llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría y espiritual inteligencia.” Colosenses 1:9. Por la palabra “espiritual inteligencia” se da á entender aquel conocimiento profundo de la naturaleza de la verdad, que es el resultado de la influencia

del Espíritu sobre el corazón. Puesto que se funda la fé en esta comprensión espiritual, Pablo dice que predicaba no con las palabras persuasivas de la sabiduría humana, porque una fé que resultase de tal predicación no sería más que una convicción racional; mas con demostración del Espíritu y de poder, para que la fé de sus oyentes no se fundase en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios. 1^a Corintios 2 : 45. Por esto se dice que la fé es uno de los frutos del Espíritu, don de Dios, y resultado de su obra. Efesios 2 : 8. Estas representaciones de la Biblia están de acuerdo con la experiencia del pueblo de Dios. Sabemos que su fé no se funda en el testimonio de otros, ni exclusiva ni principalmente en la evidencia eterna. Creen porque la verdad les parece verdadera y buena; porque sienten su poder y experimentan sus consuelos.

Es obvio que una fé que se funda en la comprensión espiritual de la verdad, siendo así que difiere en su origen, debe diferir también en sus efectos, de toda otra clase de creencia. De la multitud que creen en las Escrituras, fundándose en la autoridad ó en la evidencia externa, ¡cuantos menosprecian sus preceptos y amonestaciones! Decir que tales personas no creen, aunque es verdadero en un sentido, no lo es en otro. Creen en efecto, y asegurar lo contrario es contradecir su propia conciencia. El estado del ánimo que manifiestan se llama en la Biblia fé; aunque sea muerta. Esta convicción racional, en otros casos, combinada con otras causas, produce aquella atención decorosa á los deberes de religión, y aquella propiedad general de conducta, que se manifiesta tan generalmente por los

oyentes del Evangelio. La fé que se funda en el poder de la conciencia produce efectos aun más marcados, ú obediencia y gozo temporales, ó la desesperacion y oposicion manifestadas por los convictos, los moribundos y los perdidos; ó aquella esclavitud penosa de religion de que ya hemos hablado. Pero aquella fé que es el don de Dios, que nace cuando El abre nuestros ojos para que veamos la excelencia de la verdad, se acompaña del gozo y amor. Estos sentimientos acompañan esta clase de fé tan inmediata y necesariamente, como el placer sigue á la percepcion de la hermosura. Por eso se dice que la fé obra por el amor. Y como toda verdad revelada es el objeto de la fé de que estamos hablando, cada verdad segun la fuerza de nuestra fé debe producir su efecto propio en el corazon. Una creencia en el ser y en las perfecciones de Dios, fundada en la comprension de su gloria, debe producir el amor, la reverencia y la confianza, con un deseo de conformarse á su imágen. De aquí es que el apóstol dice, "Por tanto, nosotros todos mirando á cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria, en la misma semejanza, como por el Espíritu del Señor." 2^a Corintios 3: 18. La fé en sus amenazas, fundada en una percepcion de su justicia, de su armonía con sus perfecciones y de la culpa del pecado, debe producir el temor y el espanto. Su pueblo, por tanto, se describe como los que tiemblan ante su palabra. La fé en sus promesas, fundada en la comprension de su fidelidad y poder, su conformidad con nuestra naturaleza y nuestras necesidades, debe producir la confianza, el gozo y la esperanza.

Esta fué la fé que indujo á Abraham á dejar su propio pais para irse á otro ajeno; que condujo á Moises á tener por mayores riquezas el reproche de Cristo que los tesoros de los Egipcios. Esta fué tambien la fé de David, de Samuel, y de todos los profetas, que por fé ganaron reinos, obraron justicia, alcanzaron promesas, taparon las bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron el filo del cuchillo, convalecieron de enfermedades, fueron hechos fuertes en batallas, y trastornaron campos de enemigos extraños. Esta es la fé que induce á todo el pueblo de Dios á confesar que son peregrinos y advenedizos sobre la tierra, y que buscan una ciudad que tiene fundamentos, cuyo artífice y hacedor es Dios. Esta es la fé que vence al mundo, que conduce al creyente á que ponga su mira en las cosas de lo alto, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios, que lo pone en aptitud de gloriarse aun en la tribulacion, miéntras que no mira á las cosas que se ven, sino á las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas.

Y que diremos de una fé en Jesu-Cristo, que se funda en la comprension de la gloria de Dios tal como en El resplandece; que mira aquella gloria como la del Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad; que contempla al Redentor revestido de nuestra naturaleza, primogénito de muchos hermanos, muriendo por nuestros pecados, resuscitando para nuestra justificacion, subiendo al cielo y sentándose á la diestra de Dios, donde vive por siempre para interceder por nosotros? Tal fé, dice el apóstol, debe producir el amor, porque dice, "á quien sin haber visto amais, y en quien aun

cuando ahora no le veais, sin embargo creéis, regocijándoos con un placer indecible y lleno de gloria." El alma le recibe alegremente como Salvador en todos sus caracteres y para todos los propósitos, por los cuales se salva; y quiere naturalmente conformarse con su voluntad y pregonar á los demas las riquezas inescrutables de su gracia.

No es ménos claro que nadie puede creer las representaciones dadas en las Escrituras, respecto del carácter del hombre y la culpa del pecado, si tiene una fé fundada en la comprension propia de la santidad de Dios, y no en la maldad de su propio corazon, sin experimentar una condenacion y un aborrecimiento de sí mismo, y un hambre y sed constante de justicia. Así se puede decir respecto de todas las verdades de la palabra de Dios, que miéntras más se creen en virtud de esta comprension espiritual, ejercerán su influencia propia sobre el corazon, y de consiguiente sobre la vida. El que tal fé no produjese buenos frutos, es tan imposible, como que el sol diese luz y no calor. Esta es la fuente viva de todos los buenos afectos y de toda la vida santa; sin ella toda la religion es una formalidad pesada, una esclavitud, ó cuando más un homenaje de la razon. De aquí es que se dice, que por la fé vivimos, andamos, somos santificados, vencemos y nos salvamos. Y lo que esencialmente caracteriza al pueblo de Dios es el ser creyentes.

SECCION II.—LA FÉ COMO ENLAZADA CON LA JUSTIFICACION.

Lo que ya se ha dicho tiene por mira ilustrar la naturaleza de la fé salvadora, como se representa en las Escrituras. Difiere de todas las otras operaciones del alma á que se aplica el término fé, principalmente en la naturaleza de la evidencia en que se funda. Empero la Biblia es más explícita en sus instrucciones sobre este asunto. Ademas de enseñarnos que hay una fé que recibe como verdaderas todas las declaraciones de Dios en virtud de una evidencia manifestada y aplicada por el Espíritu Santo, nos dice cuales son los actos especiales de fé, que aseguran nuestra justificacion ante Dios. Nos enseña claramente que somos justificados por los actos de fé que se refieren especialmente á Cristo y á su obra mediatoria. Así se dice que estamos justificados “por la fé en su sangre.” Romanos 3:25. Se dice que la justicia de Dios es por la fé en Jesu-Cristo. Romanos 3:22. Es decir, por la fé de que El es el objeto. Se encuentra frecuentemente esta expresion: “Sabiendo,” dice el apóstol, “que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fé de Jesu-Cristo, nosotros tambien hemos creído en Jesu-Cristo, para que fuésemos justificados por la fé de Cristo.” Gálatas 2:16. “No teniendo mí justicia que es por la ley, sino la que es por la fé de Cristo.” Filipenses 3:9. En todos estos pasajes y en muchos otros semejantes, se declara expresamente, que Cristo es el objeto de la fé que nos justifica. Se enseña la misma doctrina en aquellos pasajes numerosos en que se enlaza la justifi-

cacion ó la salvacion con la fé en Cristo. “Todo aquel que en El cree no se pierda, mas tenga vida eterna.” Juan 3:16. “El que cree en el Hijo tiene vida eterna.” Juan 3:36. “Todos los que en El creyeren recibirán perdon de sus pecados por su nombre.” Hechos 10:43. “Cree en el Señor Jesu-Cristo y serás salvo tú y tu casa.” Hechos 16:31. Se envuelve la misma verdad en todas las representaciones del método de justificacion, dadas en la palabra de Dios. Se dice que somos justificados por la muerte de Cristo, por la sangre de su cruz, por la redencion que es en El, por el sacrificio de sí mismo, por haber cargado El nuestros pecados, por su obediencia y su justicia. Implican todas estas representaciones, que Cristo en su carácter mediatorio es el objeto especial de la fé que nos justifica. Á la verdad, es imposible que alguno crea en el testimonio que ha dado de su Hijo, sin creer tambien en todos los demas testimonios que ha dado, tanto cuanto se conocen y comprenden; no obstante, el acto especial de fé que se enlaza con nuestra justificacion es la creencia en Jesu-Cristo como el Salvador del pecado. Y cuando se nos exige que creamos en Jesu-Cristo, el significado bíblico de la expresion es, que fíemos y confiemos en El. No expresa mero asentimiento á la proposicion de que Jesus es el Cristo, porque los ángeles y aun los demonios tienen esta creencia; sino que expresa una confianza que envuelve el conocimiento y el asentimiento. Creer en Cristo como expiacion por el pecado, es recibirlo y confiar en El como tal.

Se vé claramente por esta representacion lo que debemos hacer para salvarnos. Cuando el alma está

perpleja y solícita por un sentimiento de pecado y de las acusaciones de la conciencia, cuando el espíritu afligido busca algún medio de escapar de la ira justa de Dios, la voz de la conciencia, procediendo de los labios del Hijo de Dios, es, "Ven á mí," "cree en mí," "sometete á ser salvo por mí." Hasta que no haga esto, nada se hace. Y cuando se ofrece este acto cordial de fé en Cristo, somos aceptados por sus méritos y El emprende salvarnos del demonio y de la condenacion de nuestros pecados. La experiencia del pueblo de Dios, cuando reciben la iluminacion divina que les revela la gloria de Dios, su propia culpa, y el plan de salvacion por Jesu-Cristo, sin duda es muy variada. Se modifica por su conocimiento anterior, por su estado especial de ánimo, por la verdad especial que por casualidad llama su atencion, por la claridad de la manifestacion, y por muchas otras circunstancias. Se admite prontamente esta variedad, pero puesto que nadie puede venir al Padre sino por el Hijo, puesto que sin la fé en El no hay perdon ni acceso á Dios, debe ser una verdad todavía que con más ó ménos claridad de comprension Cristo y su obra mediatoria constituyen el objeto de los primeros ejercicios de gracia en el alma regenerada. Cualquier acceso á Dios, ó esperanza de su favor, ó paz de la conciencia, ó confianza de perdon, que no se funde en El, debe ser engañosa. "Teniendo," es decir, porque tenemos, "un gran Sacerdote, llegamos confiadamente al trono de la gracia;" y esta es la única base en que podemos aventurar acercarnos á El. Todo el plan de la redencion demuestra que no hay perdon, ni acceso á Dios, ni paz, ni reconciliacion, sino por Jesu-

Cristo. Y se presenta tan constantemente en la Biblia esta idea, que toda experiencia religiosa sincera debe estar en conformidad con ella.

Empero es de tal importancia vital que el pecador entienda distintamente lo que se le exige, que Dios ha ilustrado la naturaleza de la fé salvadora tan benignamente, que el lector más ignorante de la Biblia puede conocer el camino de la vida. Se expresa este acto del alma, no solamente por el término fé ó creencia, sino por otros muchos de significado semejante. La consideracion de algunos de ellos nos servirá para explicar con mayor claridad el plan de la salvacion, enseñando de una vez la naturaleza, el objeto, y el oficio de la fé justificadora.

Uno de los términos equivalentes más comprensivos é inteligibles, es el de recibir. “Á todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hijos de Dios.” Juan 1: 12. “Por tanto, de la manera que habeis recibido al Señor Jesu-Cristo, andad en El.” Colosenses 2: 6. Por esto se describen los creyentes como “los que reciben el don de la justicia,” Romanos 5: 17; “los que reciben alegremente la palabra.” Hechos 2: 41. Recibir á Jesu-Cristo es aceptarle y reconocerle en el carácter con que se presenta como Hijo de Dios, Salvador de los pecadores, expiacion de nuestros pecados, rescate de nuestras almas, y Señor de nuestra justicia. “Á lo que era suyo vino, y los suyos no le recibieron.” Los Judíos no quisieron reconocerle como el Mesías, el único mediador entre Dios y los hombres; como el fin de la ley para justicia. Negaron al Santo y echaron léjos de ellos la oferta de la vida por El. ¿Podría pre-

sentarse la naturaleza, el objeto ú oficio de la fé más claramente de lo que lo están en esta representacion? ¿Puede poner en duda lo que debe hacer el alma solícita, respecto de su salvacion? Se le presenta Jesu-Cristo en el Evangelio como el Hijo de Dios, revestido de nuestra naturaleza, enviado por el Padre para expiar la iniquidad y para traer la justicia de los siglos; para redimirnos de la maldicion de la ley, hecho maldicion por nosotros. Todo lo que hemos de hacer, es recibirle con este carácter; y á los que le reciben así los constituye hijos de Dios, es decir, objetos de su favor y de su gracia y herederos de su reino.

Una ilustracion aun más sencilla de la naturaleza de la fé se contiene en aquellos pasajes en que se nos exige que miremos á Dios. “Mirad á mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra.” Isaías 45: 22. Nuestro Salvador se aprovecha de esta figura, cuando dice, “como Moises levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en El creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna.” Juan 3: 14, 15. El Israelita moribundo á quien se exigió que dirijiese sus débiles ojos hácia la serpiente de bronce, ciertamente no ignoró la naturaleza del deber que se le exigia. Sabia que no habia virtud en el acto de mirar. Podia mirar en vano todo el vasto horizonte que le rodeaba. Era curado no por mirar, sino porque fué puesta allí la serpiente por el mandamiento de Dios, y la salvacion se hizo depender de la sumision al método señalado de curacion. ¿Que motivo tendria entónces el alma convencida del pecado para poner en duda lo que debe hacer? Cristo

ha sido puesto crucificado, y se nos exige que le miremos y seamos salvos. ¿Puede haber algo más sencillo? ¿No es verdad que cada tentativa para hacer más inteligible la ilustracion hermosa del Salvador, serviria simplemente para oscurecer el consejo con palabras sin sabiduría?

Otra ilustracion notable de este asunto se puede encontrar en los Hebreos 6:18, donde se describen los creyentes como los que se han acogido como refugio á la esperanza propuesta. Así como antiguamente el homicida, cuando al huir del pariente del muerto se acogia á la ciudad de refugio—cuyas puertas estaban abiertas de dia y de noche, y cuyos caminos estaban siempre sin obstáculo—así el alma bajo el sentimiento de su culpa, y convencida de que debe perecer si se queda donde está, huye á Jesu-Cristo como al refugio señalado, y encuentra la paz y la seguridad en El. Allí no puede molestarle el vengador, allí la ley que ántes declaró contra él la venganza, le defiende con su amplio escudo, y le da la fianza de seguridad.

Un método aun más comun de expresar el acto de la fé salvadora, se puede encontrar en pasajes tales como Juan 6:35. “Y Jesus les dijo, el que á mí viene nunca tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamas.” “Todo lo que el Padre me da vendrá á mí, y el que á mí viene, no le echo fuera.” Ver. 37. Aquí el venir y el creer se cambian como expresando la misma idea. Así tambien en el capítulo siguiente dice nuestro Salvador: “Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, rios de agua viva correrán de su vientre.” Juan 7:3,

7, 38. De aquí es que las invitaciones y los mandamientos del Evangelio se expresan frecuentemente por esta palabra. “Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, que yo os daré descanso.” Mateo 11:28. Y la invitacion última del sagrado volúmen: “Y el Espíritu y la esposa dicen, Ven; y el que oye, diga, Ven; y el que tenga sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida de balde. Rev. 22:17.

Aunque este lenguaje es tan claro que solo la iluminacion del Espíritu puede aclararle más, sin embargo, el alma afligida se perturba por la pregunta, ¿Qué cosa es venir á Cristo? Aunque estamos seguros de que no esta léjos de ninguno de nosotros, frecuentemente nos vemos obligados á exclamar, “¡Quién me dará el saber donde hallar á Dios! Yo iria hasta su silla. He aquí yo iré por el oriente, y no le hallaré; y el occidente y no le percibiré; si al norte El obrare, yo no le veré; al mediodía se esconderá y no le veré.” Job 23:3, 8, 9. Frecuentemente la sencillez misma del requisito es lo que nos engaña. Pensemos en que debemos hacer alguna cosa grande, que tenga cierta proporcion con la bendicion unida á ella. No podemos creer que únicamente tengamos que mirar, recibir, ó venir como vino el pródigo á su padre, ó el Israelita al sumo sacerdote que fué señalado para expiar los pecados del pueblo. Empero es cierto que solo de esta manera debemos venir al Gran Sacerdote de nuestra profesion, confesando nuestros pecados y sometiéndonos á la aplicacion de su sangre como el medio señalado, y regocijándonos con la seguridad del favor divino. Ó para expresar la idea de una manera más conmovedora, así como el creyente

Hebreo se acercaba al altar, ponía su mano con la confesion de su pecado sobre la cabeza de la víctima, y la veía morir en su lugar, así el alma temerosa viene á Cristo como su sacrificio expiatorio, y fiando en la eficacia de su muerte, mira hácia Dios y dice, “¡Padre mio!” El venir á Cristo, por tanto, es recibirle confiadamente en los caracteres y para los propósitos por los cuales se nos presenta en la palabra de Dios, como nuestro mediador y sacerdote, como nuestro abogado con el Padre, como nuestro Redentor y Señor.

Otro término por el cual se expresa la fé, es el de la sumision. Este no debe entenderse como sumision á la voluntad de Dios como Soberano, desistiendo de toda nuestra controversia con El, y entregándonos en sus manos. Todo esto es nuestro deber, pero no es la fé salvadora. Se nos exige la sumision al plan revelado de la salvacion: el abandono de toda clase de escusas de nuestros pecados y de toda dependencia de nuestra propia justicia, y el que nos sometamos á la justicia que Dios ha provisto para nuestra justificacion. Esto es lo que los Judíos rehusaron hacer, y perecieron en su incredulidad. Romanos 10: 3, y 11: 20. Esto es lo que debemos hacer para salvarnos. Los hombres, sintiendo su culpa y peligro, están perplejos y solícitos respecto de muchas cosas. Pero no es necesario que hagan más que una cosa: deben someterse á salvarse solo por los méritos de Cristo, como impíos, como pecadores, como enteramente indignos. Deben consentir en que se extienda sobre toda su desnudez y sangre el vestido de su divina justicia, para ser hallados en El, no teniendo su propia justicia, sino la que es por la

fé en Jesu-Cristo. Entónces estarán preparados para unirse con aquella gran multitud que está delante del trono y en la presencia del Cordero, revestida de ropas blancas y palmas en sus manos, clamando en alta voz : “Salud á nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero ; porque Tú fuiste inmolado, y nos has redimido para Dios con tu sangre, de todo linaje y lengua, y pueblo, y nacion, y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes.”

De esta manera la Biblia contesta la pregunta, ¿Qué es menester que hagamos para ser salvos? Se nos dice que debemos creer en el Señor Jesu-Cristo; y para manifestar la naturaleza, el objeto, y el oficio de esta fé, las Escrituras emplean los términos y las ilustraciones más significativas, para que podamos aprender á renunciar-nos y á renunciar nuestras obras, y hallarnos en Cristo, fiando solo en lo que El ha hecho y sufrido, como la base de nuestra aceptacion ante Dios. Aquellos que así creen, han pasado de la muerte á la vida; ya no están bajo la condenacion; poseen la paz con Dios, y se regocijan con la esperanza de su gloria. Como esta fé los une á Cristo, los hace participantes, no solamente de su muerte, sino tambien de su vida. El Espíritu Santo dado á El sin medida, se dá por El á ellos, y obra en ellos los frutos de santidad, que son para la alabanza y gloria de Dios.

CAPÍTULO VII.

EL ARREPENTIMIENTO.

Así como las Escrituras enseñan claramente que aquel que cree será salvo, así enseñan no ménos claramente que si no nos arrepentimos, todos pereceremos. Estas gracias no son solo igualmente indispensables, sino que no pueden existir separadamente. El arrepentimiento es volver del pecado á Dios. El arrepentimiento es el acto de un creyente, y la fé es el de un penitente; de suerte que aquel que cree se arrepiente, y aquel que se arrepiente cree.

El significado primario y sencillo de la palabra comunmente usada en el Nuevo Testamento, para expresar la idea de arrepentimiento, es un cambio del ánimo como resultado de la reflexion. En este sentido se dice: "No hay arrepentimiento en Dios." "No es hombre para que se arrepienta." Se dice en el mismo sentido que Esau no halló lugar de arrepentimiento, cuando no pudo efectuar cambio en la determinacion de su padre. En el sentido comun religioso del término, es una vuelta del pecado hácia Dios. Esta es la descripcion que comunmente se hace de él en la palabra de Dios. "Consideré mis caminos," dijo el Salmista, "y torné mis pies á tus testimonios." Salmo 119: 59. "Y apartándose el impío de su impiedad que hizo, y haciendo juicio y justicia, hará vivir su alma." Ezequiel 18: 27. "Deje el impío su camino, y el hom-

bre inicuo sus pensamientos, y vuélvase á Jehová, el cual tendrá de él misericordia; y al Dios nuestro, el cual será ámplio en perdonar.” Isaías 55:7. Y Salomon orando en la dedicacion del templo dijo: “Si el pueblo volviese en sí, en la tierra donde fueron cautivos, si se convirtieren y oraren á Tí en la tierra de los que los cautivaron, y dijeren: ‘ Pecamos, hemos hecho lo malo, hemos cometido impiedad ’ y así se convirtieren á Tí de todo su corazon y de toda su alma, Tú oirás en los cielos en la habitacion de tu morada su oracion y su súplica, y les harás derecho.” 1^a Reyes 8:47-49. El arrepentirse, entónces, es convertirse del pecado hácia Dios. Pero como hay un arrepentimiento que no tiene ninguna relacion con la salvacion, nos conviene escudriñar las Escrituras, para que aprendamos los rasgos característicos de aquel arrepentimiento que es saludable.

Como la conviccion del pecado es una parte esencial del arrepentimiento, y como este punto ya se ha considerado, no será necesario multiplicar palabras sobre este asunto general. Empero la prominencia que se le da en las Escrituras y el lugar importante que ocupa en la experiencia de los cristianos, exige que se estudie con mucho cuidado la naturaleza de esta conviccion del pecado que se manda tan frecuentemente.

Hay una verdad general perteneciente á este punto que se enseña claramente en la Biblia, y esta es la que todo arrepentimiento nace de miras adecuadas de Dios. El lenguaje de Job puede ser adoptado más ó ménos confiadamente por todo cristiano. “ De oidas te habia oido, mas ahora mis ojos te ven. Por tanto aborrezco

lo que dije, y me arrepiento en el polvo y en la ceniza.” Job 42: 5, 6.

El descubrimiento de la justicia de Dios sirve para despertar la conciencia, y frecuentemente produce una horrenda esperanza de juicio y hervor de fuego. Este es el efecto natural y racional de una comprension clara de la rectitud del carácter divino, como de un juez que distribuye á cada persona lo que le es debido. En conformidad con esto, se registran en las Escrituras muchas ilustraciones del efecto de esta comprension. “Temor y temblor,” dijo el Salmista, “vinieron sobre mí, y terror me ha cubierto.” Salmo 55: 5. “Desde la mocedad he llevado tus terrores, he estado medroso. Sobre mí han pasado tus iras, tus espantos me han cortado.” Salmo 88: 15, 16. “No hay sanidad en mi carne á causa de tu ira; no hay paz en mis huesos á causa de mi pecado. Porque mis iniquidades han pasado mi cabeza; como carga pesada se han agravado sobre mí.” Salmo 38: 3. Estos pronósticos espantosos son tan comunes en la experiencia del pueblo de Dios, que los escritores antiguos consideraron que el terror de conciencia fué una parte prominente del arrepentimiento. Empero debemos tener presentes dos observaciones sobre este punto. La primera es que estos ejercicios varían desde la angustia intolerable de la desesperacion, hasta la conviccion tranquila del juicio de que estamos expuestos justamente á la ira de Dios. Y la segunda es que no hay nada distintivo en estos terrores de la conciencia. Son experimentados por los justos y por los injustos. Ocurrieron en el arrepentimiento de David, tambien en el de Júdas. Los pecadores se asom-

bran frecuentemente en Sion, y espanto sobrecoge á los hipócritas. Estos temores, por tanto, no deben desearse en sí mismos, pues no hay nada de bueno en el temor. Es racional que teman los que rehusan arrepentirse y aceptar las ofertas de misericordia. Pero no hay nada racional en los temores que nacen de la incredulidad ó de la desconfianza en las promesas de Dios. Sucede, sin embargo, tan frecuentemente en la experiencia del pueblo de Dios, que se hacen sensibles de su culpa y peligro ántes de tener algunas comprensiones claras del plan de la redencion, que en efecto el temor de la ira de Dios influye en gran parte en los sentimientos que caracterizan su conversion. La comprension de la santidad de Dios produce un reverente temor. Los ángeles en el cielo se representan como velándose el rostro é inclinándose con reverencia ante el Santísimo. Algo del mismo sentimiento debe excitarse en las almas de los hombres, por el descubrimiento de su pureza infinita. No puede dejar, sea cual fuere el estado de su alma, de excitar el temor. Este, sin embargo, puede mezclarse con el amor y expresarse por la adoracion; ó puede coexistir con el odio y expresarse por la blasfemia. Muchas veces el efecto es más temor reverente (ó á lo ménos, esta es la emocion prominente), y es conducida el alma á postrarse en el polvo. El carácter moral de esta emocion puede determinarse solo observando, si se acompaña por la complacencia en la contemplacion de la pureza infinita, y por un deseo de conocerla más extensa y constantemente; ó si produce la inquietud y un deseo de que se retire la vision y de que se nos permita permanecer satisfechos con nuestras tinieblas.

Ademas, este descubrimiento de la santidad de Dios no puede dejar de producir un sentimiento de nuestra indignidad. Por su luz podemos ver la luz. Por la comprension de su excelencia, podemos ver nuestra propia vileza. Y como nadie puede saber lo que parece malo á la vista de otro sin sentirse avergonzado, hallamos que se describe esta emocion como una de las cosas que acompañan más uniformemente el arrepentimiento. Así Esdras, en su oracion penitencial, dice: "Dios mio, confuso y avergonzado estoy para levantar, O Dios mio, mi rostro á Tí; porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo." Esdras 9:6. Daniel expresa el mismo sentimiento cuando dice: "Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusion de rostro, como es en el dia de hoy á todo hombre de Judá." Daniel 9:7. Y Dios describiendo la restauracion de su pueblo, aun cuando les asegura el perdon, dice: "Y sabrás que yo soy Jehová, para que te acuerdes y te avergüenzes y nunca más abras la boca á causa de tu vergüenza, cuando me aplacare para castigo de todo lo que hiciste, dice el Señor Jehová." Ezequiel 16:62, 63.

Así como cuando pensamos en otros, el conocimiento de nuestra indignidad produce la vergüenza; así cuando pensamos en nosotros, produce el aborrecimiento de nosotros. Este sentimiento, por tanto, entra tambien en la naturaleza del arrepentimiento verdadero. En el lenguaje expresivo del patriarca afligido ya citado, el pecador se aborrece y se arrepiente en el polvo y en la ceniza. En otro pasage el mismo siervo célebre

de Dios dice: "He aquí que yo soy vil, ¿qué te responderé? mi mano pongo sobre mi boca." Job 40:4. Y el profeta describiendo el arrepentimiento del pueblo dice: "Y os acordareis de vuestros caminos y de vuestros hechos en que os contaminasteis, y sereis confusos en vuestra misma presencia por todos vuestros pecados que cometisteis." Ezequiel 20:43. No es la fuerza sino la naturaleza de estos sentimientos la que determina el carácter de nuestro arrepentimiento. Su naturaleza es la misma entre todos los penitentes verdaderos; su fuerza varía en cada caso particular. Empero en todos el sentimiento del pecado destruye aquella complacencia de sí mismo por la cual se lisonjean los pecadores, dando gracias á Dios de no ser como los otros hombres. Los humilla ante Dios, y los pone en el estado que El quiere que ocupen. "Á aquel pues miraré que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla á mi palabra." Isaías 46:2. Con tal alma Dios condesciende en morar. "Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita en la eternidad, y cuyo nombre es el Santísimo: por morada tengo la altura y la santidad; con el quebrantado y humilde de espíritu habito para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados." Isaías 57:15.

Este sentimiento de nuestra indignidad que nos humilla, que produce la contrición verdadera y la humillación de sí mismo, es esencial para el arrepentimiento. La mayor parte de los hombres se complacen en reconocer que son pecadores; pero al mismo tiempo están dispuestos á atenuar su culpa, á pensar en que son tan buenos como puede esperarse racionalmente, que la ley

de Dios exige demasiado á seres tan débiles como el hombre, y que seria injusto castigar severamente sus defectos. El cambio que constituye el arrepentimiento destruye esta disposicion á justificarse. El alma se inclina ante Dios, bajo el conocimiento de su culpa inexcusable. Está condenada por sí misma, y en vez de considerar á Dios como tirano, reconoce que es justo en todas sus exigencias y en todos sus juicios. Tales fueron los sentimientos de David cuando dijo: "Á Tí, á Tí solo, he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; confiésolo para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio." Salmo 51: 4. Se expresa el mismo sentimiento por Esdras: "Jehová, Dios de Israel, tú eres justo; henos aquí delante de tí en nuestros delitos, porque no es posible subsistir en tu presencia á causa de esto." Esdras 9: 15. Y Nehemías usa palabras semejantes: "Tú empero eres justo en todo lo que ha venido sobre nosotros, porque rectamente has hecho; mas nosotros hemos hecho lo malo." Nehemías 9: 33. No puede haber, por tanto, ningun arrepentimiento verdadero sin este espíritu contrito de humillacion y condenacion de sí mismo.

La confesion del pecado de que las Escrituras hablan tan frecuentemente, es la expresion externa del sentimiento interno de la culpa. No basta que nos condenemos secretamente; Dios nos exige una confesion completa y franca de nuestros pecados. Y nuestros corazones nos sugerirán que hagamos esto. Así como no hay ningun deseo en el penitente de atenuar su culpa, tampoco hay en él disposicion de ocultarla. Por el contrario, el alma anhela conocerlo todo, hacer que se

le avergüence, y justificar á Dios. En conformidad con esto hallamos que una gran parte de los pasajes penitenciales de las Escrituras se ocupa en referir las confesiones del pueblo de Dios. Dijo el Salmista: "Mientras callé, envejecieronse mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; volvióse mi verdor en sequedades de estío; mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Confesaré, dije, contra mí mis rebeliones á Jehová: y tú perdonaste la maldad de mi pecado." Salmo 32: 3-5. Miétras que intentaba ocultar su culpa, no encontró ningun alivio; la mano de Dios continuaba pesando sobre él; pero cuando reconoció sus trasgresiones, obtuvo el perdon. Por tanto dice el sabio: "El que encubre sus pecados no prosperará, mas el que los confiesa y se aparta de ellos alcanzará misericordia." Proverbios 28: 13. El Nuevo Testamento es igualmente explícito en cuanto á esta parte de nuestro deber. "Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos y no hay verdad en nosotros; si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad." 1^o Juan 1: 8, 9.

Esta confesion debe hacerse á la persona contra quien hemos pecado. Si hemos pecado contra nuestros semejantes, debemos confesárselos; si contra la iglesia, debemos confesárselo á ella; y si contra Dios, nuestra confesion debe hacérsele á El. El Antiguo Testamento al mandar la restitucion en caso de injuria hecha á nuestro prójimo, con eso mandó que el reconocimiento se hiciese á la parte injuriada. Y en el Nuevo

Testamento se nos exige que confesemos nuestras faltas los unos á los otros. Santiago 5: 16. Empero, como casi todos nuestros pecados se cometen contra Dios, debemos confesarnos primeramente con El. Y aun cuando pequemos contra los hombres, lo hacemos en un sentido más alto contra Dios. Nuestro sentimiento de culpa á su vista, por tanto, prevalecerá sobre el sentimiento de nuestra injusticia hácia aquellos á quienes hemos ofendido. Así David, aunque habia pecado en el mayor grado contra su prójimo, sintió tanto la enormidad de su pecado como cometido contra Dios, que dijo: "Á tí, á tí solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos." Salmo 51: 4. En los registros inspirados de tristeza penitencial, encontramos, de consiguiente, que se hace constantemente la confesion á Dios. Dijo Nehemías: "Está ahora atento tu oido, y tus ojos abiertos, para oir la oracion de tu siervo, que yo hago ahora delante de ti dia y noche por los hijos de Israel, tus siervos; y confieso los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra tí; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado; en extremo nos hemos corrompido contra ti y no hemos guardado tus mandamientos y estatutos y juicios que mandaste á Moises tu siervo." Nehemías 1: 6, 7. Á la verdad la mayor parte de las oraciones célebres de Daniel, Esdras y Nehemías, que forman el registro más auténtico de los ejercicios del arrepentimiento sincero, consisten en las confesiones del pecado, y esto nos enseña cuan esencial es tal confesion para cumplir fielmente con este deber. Nadie, por tanto, cuyo corazon no le conduce á reconocer su pecado ante Dios, espontanea, completa y

humildemente puede tener ninguna evidencia satisfactoria de que se arrepiente verdaderamente.

Es cierto que á veces el remordimiento arranca una confesion de los labios de aquellos cuyos corazones distan mucho de aquella tristeza piadosa que conduce á la vida. Así Júdas se dirigió á sus cómplices en traicion y dijo: "Yo he pecado entregando la sangre inocente," y entónces se fué y se ahorcó. Empero esto es muy diferente de aquel reconocimiento franco del pecado que procede de un espíritu contrito, y que es más completo y libre á medida que es fuerte la seguridad del pecado.

Aunque las Escrituras enseñan claramente que hay en todo arrepentimiento sincero un sentimiento de aborrecimiento y condenacion de sí mismo, una tristeza y confesion; sin embargo, tal es la pobreza del lenguaje humano, que estos mismos términos tienen de emplearse para expresar los ejercicios de los que no se arrepienten verdaderamente. Se nos dice que Júdas "se arrepintió," y no podemos poner en duda que su arrepentimiento incluyó una conviccion de culpa, la tristeza y el aborrecimiento de sí mismo, con la confesion. Pero todo no fué más que la operacion de aquel remordimiento impenitente que frecuentemente impele á los hombres á la desesperacion, y que sirve para alimentar el fuego que nunca se apagará. Aunque nos veamos obligados á describir con los mismos términos los ejercicios que acompañan la tristeza del mundo y los que acompañan la que es de Dios, sin embargo, en su naturaleza son esencialmente diferentes. En los sentimientos del penitente sincero hay un rayo de esperanza y

una vehemencia de amor que les dan un carácter peculiar y les hacen producir efectos enteramente diferentes de los que se originan del remordimiento que desespera, ó de las agitaciones de una conciencia despierta. El juicio que forma el alma arrepentida de la justicia y santidad de Dios produce, no solamente una convicción de pecado y tristeza por haberlo cometido, sino también un deseo ferviente de librarse de él como el mayor mal, y un deseo solícito de acercarse en lo posible á la imagen de Dios, como el mayor bien. El arrepentimiento de los impíos consiste en las operaciones de su conciencia unidas al temor; el de los piadosos en las de su conciencia en union con el amor. Aquel es la tristeza del malhechor, este es la de un hijo. Aquel propende á la desesperacion y oposicion á Dios, este á la esperanza y al deseo de su favor. Ambos pueden conducir á la obediencia; pero esta en un caso es servil; en el otro, filial. En el uno es mera penitencia; y en el otro es arrepentimiento.

La circunstancia que tal vez distingue más perceptiblemente el arrepentimiento sincero de la mera convicción y remordimiento, es que aquel procede de la comprension de la misericordia de Dios. No hay ninguna esperanza en el arrepentimiento de los impíos. Pueden ver por la luz de su conciencia y de la ley divina, que sus pecados son grandes en extremo. Pueden llenarse de terror por la comprension de la justicia divina, y aun humillarse y confundirse al ver la santidad infinita de Dios y su propia vileza; pero no hay ningun asentimiento de la misericordia que perdona, ni comprension del favor divino. Por tanto, en vez de

convertirse hácia Dios, se desvian de El. Siguiendo el ejemplo de Adam quieren ocultarse de su presencia. Y tan terrible á veces es aquella presencia, que locamente buscan un refugio en las tinieblas del sepulcro, é invocan á las rocas y á las montañas para que los cubran. Esta es la tristeza que obra la muerte. Pero en todo caso de una conversion sincera hácia Dios, hay una comprension más ó ménos distinta de su misericordia. Esta puede ser tan débil que solo ponga al alma en estado de decir: "Aunque me matare, en él esperaré," ó "¿Quien sabe si volverá, y se apiadará y dejará bendicion tras de El?" Joel 2 : 14, ó adoptando el lenguaje de David, "Si yo hallare gracia en los ojos de Jehová, El me volverá. Y si dijere, No me agradas: aquí estoy, haga de mí lo que bien le pareciere." 2^a Samuel 15 : 25, 26. Empero esto basta para cambiar el temor en esperanza y la rebelion en sumision.

Puede ser que la esperanza que libra al alma de hundirse en la desesperacion y que le impide desviarse de Dios en una oposicion grave, es á veces nada ménos que una conviccion de que es misericordioso, sin ninguna comprension definida del modo con que se puede ejercer su misericordia, ni persuasion cierta de nuestra aceptacion. El alma cree no obstante que él es "Jehová, el Señor Dios, misericordioso y lleno de gracia, tardo para la ira y grande en benignidad y verdad." Exodo 34 : 6. Tiene el valor de adoptar el lenguaje del Salmista, "Tú, Señor, eres bueno y pronto á perdonar, y grande en misericordia para con todos los que te invocan." Salmo 86 : 5. En todos los registros del arrepentimiento, por tanto, que se contienen en las Escritu-

ras, encontramos el reconocimiento de la bondad divina, como el gran principio que obra para volver el alma á Dios. Así Nehemías dice: "Tú eres Dios de perdones, clemente y piadoso, tardo para la ira y de mucha misericordia." Nehemías 9: 17. Y el profeta presenta esta consideracion, como el gran motivo, á aquellos á quienes llama al arrepentimiento: "Lacerad vuestros corazones, y no vuestros vestidos; y convertios á Jehová, vuestro Dios; porque misericordioso es, y se arrepiente del castigo." Joel 2: 13.

Pero puesto que no puede haber ninguna confianza en la misericordia que perdona, que no se funda en la revelacion del propósito de Dios; y como no hay ninguna revelacion de un propósito de perdonar excepto por la mediacion de Jesu-Cristo; por indistinta que sea á veces la opinion que el alma tenga del plan de salvacion, debe haber todavía en todas las esperanzas legítimas de la misericordia una referencia al Salvador. El penitente puede no saber como Dios puede ser justo y al mismo tiempo el justificador de los pecadores, pero está persuadido no solamente de que es misericordioso, sino de que ha encontrado un rescate y puede, en conformidad con su naturaleza, salvarnos de descender al abismo. Empero, bajo la luz del Evangelio es mucho más comun, sin duda, el que el alma vea todo lo que descubre de la misericordia de Dios y de la posibilidad de perdon, en la faz de Jesu-Cristo. En El es donde Dios se ha revelado á sí mismo como reconciliado con el mundo, no imputando á los hombres sus pecados. Porque El fué hecho pecado por nosotros, podemos ser hechos la justicia de Dios en El. Toda la esperanza

evangélica se funda en la seguridad de que aunque hemos pecado, tenemos un abogado con el Padre, Jesu-Cristo el Justo, que es la propiciacion por nuestros pecados. Esta es la esperanza que es eficaz para restituir el alma al favor de Dios. Es el descubrimiento del amor de Dios dando á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Esto es lo que quebranta el corazon duro, revelándole la torpeza excesiva de sus pecados, y al mismo tiempo manifestándole la buena voluntad de Dios en perdonar gratuitamente á los que vienen á El por Jesu-Cristo. Por eso no es tanto las amenazas de la ley, como la comprension del amor de Dios, lo que vuelve al pecador de su rebelion y le recobra á la sumision y obediencia. Sin esto todo arrepentimiento es legal y servil. Tal como el de Faraon ó el de Júdas ó de los millares á quienes una conciencia despierta y el temor de la ira los compelen á separarse de sus pecados anteriores, obligándolos á andar engrillados por caminos extraviados en busca del cielo. Este es el único arrepentimiento que la conciencia y la comprension de la justicia divina pueden producir. Es tan imposible que una alma se acerque á Dios si no está reconciliada, como el que abraza un fuego que consume. Un sentimiento del favor de Dios ó una esperanza en su misericordia, es esencial para que nos volvamos á El con confianza y amor.

Hay á la verdad una creencia en la misericordia de Dios, que en vez de conducir á los hombres al arrepentimiento, los anima á continuar en el pecado. Esta es una creencia que nace de la ignorancia. Se funda en

una equivocacion respecto del carácter de Dios. Es fácil para los que no saben nada de la santidad y justicia divinas y que consideran el pecado como desventura ó friolera, creer que Dios no será estricto para mirar la iniquidad. Á tales personas la misericordia de Dios les parece una cosa comun; que no restringe sus ofertas á ninguna clase de hombres, sino que cubre con su manto los pecados del penitente y del réprobo. Como no ven ninguna razon para que Dios no perdone, esperan fácilmente en su misericordia. Pero cuando se abren sus ojos para ver la pureza inmaculada de Dios que le prohíbe mirar el pecado con indulgencia, su justicia que le prohíbe perdonar á los culpables, el rigor de su ley y el terror de su pena; cuando se despierta su conciencia y une su sancion al juicio de Dios en una voz cuya autoridad y cuyo poder no se puede cuestionar ni evadir, entónces se vé que estas esperanzas de la misericordia son como la telaraña. Se pierden en un momento; y entónces la dificultad consiste en creer que el perdon, que ántes se habia creido cierto, es aún posible. De aquí es que las declaraciones de que Dios es munificente en misericordia y está siempre dispuesto á perdonar, son tan numerosas y encarecedoras en las Escrituras. Por eso se manifiesta tan claramente el modo con que se puede ejercer la misericordia en conformidad con aquellos atributos que se ven como inherentes á la excelencia esencial de Dios. De aquí es que se nos dan las invitaciones, las promesas, sí, y aun el juramento de Dios, para engendrar la esperanza en el alma del pecador humillado. No son los sanos sino los enfermos los que necesitan médico; y no es á los indiferentes,

que no sienten ninguna necesidad de perdon, sino á los solícitos, que temen que apénas quede lugar á la misericordia, á quienes se han dado estas invitaciones.

Por tanto la esperanza de misericordia que es operativa en el arrepentimiento, no es aquella que nace de la ignorancia é indiferencia, sino la que se funda en las promesas de Dios recibidas por la fé. Es una esperanza ilustrada. El alma poseyéndola sabe algo de las dificultades que se encuentran en el camino del perdon, y algo tambien del método con que se puede ejercer la misericordia en conformidad con la perfeccion de Dios. Tal esperanza no es cosa comun, ni es fácil asegurarla. El sentimiento del pecado, el testimonio de la conciencia, la santidad de Dios, el honor de su ley, todos son opuestos aparentemente á alguna esperanza racional de perdon. Y por tanto, aunque las declaraciones de la Escritura son tan explícitas sobre este asunto, sucede frecuentemente que el pecador despierto siente que dando por hecha la verdad de estas declaraciones en cuanto á los demas, no pueden ser verdaderas en cuanto á sí mismo. Y cuando se le revela la bondad de Dios, cuando vé el amor divino venciendo todas las dificultades, ningun marinero naufrago rodeado de las tinieblas y fatigado con las tempestades saluda con más gozo la aurora, que el que disfruta una calma al recibir la revelacion de la misericordia divina. No es solo gozo; la admiracion, la gratitud y el amor poseen su alma y la llenan del propósito de dedicarse enteramente al servicio de Dios, su Redentor. Esta es la esperanza que dá una vida nueva al alma, y el efecto de su vuelta del servicio del pecado al servicio de Dios.

Siendo tan importante la esperanza en la misericordia de Dios, el gran objeto de la Biblia es revelar el amor de Dios á los pecadores para hacerlos abandonar su apostasía. El volúmen sagrado está lleno de instruccion sobre este asunto importante. Todo mandamiento que exige el arrepentimiento implica, por parte de Dios, buena voluntad de perdonar. Toda institucion del culto divino implica que Dios quiere recibir á los que vuelven á El. Cada ejemplo de perdon referido en la Biblia se registra para enseñar que hay perdon en Dios, para que sea temido. Con el mismo motivo El ha dado las declaraciones de su misericordia, paciencia y amor, en que las Escrituras abundan. Y sobre todo, por esta razon ha enviado á su Hijo como propiciacion por nuestros pecados, para que podamos ver no solamente que es misericordioso, sino tambien como puede ser misericordioso, y al mismo tiempo justo. Estas ofertas de misericordia se hacen á todos los que oyen el Evangelio, aun á aquellos cuyos pecados son como la grana, ó rojos como el carmesí; y ninguno pierde el beneficio de ellas, á no ser que voluntaria y maliciosamente las rechace, ó suponiendo negligentemente que no necesita perdon, ó rehusando en su incredulidad aceptar el perdon en las únicas condiciones en que se puede conceder.

El arrepentimiento, por tanto, que conduce á la vida, es una vuelta; no consiste en alejarse del pecado por temor ó por la fuerza de la conciencia, sino en abandonarlo como malo y detestable, con tristeza, humildad y confesion sinceras, y en volver á Dios, porque es bondadoso y quiere perdonarnos, con determinacion de vivir en obediencia á sus mandamientos.

Hay solo dos modos por los cuales podemos juzgar de la realidad de este cambio. El uno es la comparacion de nuestra experiencia interna con la palabra de Dios; el otro la observacion de sus efectos. Como todo hombre conoce sus propios sentimientos, la atencion y la comparacion generalmente le pondrán en estado de hacerse cargo de su carácter. Puede determinar si ha formado tal opinion de la justicia y santidad de Dios que le produzcan la conviccion de su propia maldad é indignidad; si se ha visto obligado á abandonar su complacencia en sí mismo y á sentir esa desaprobacion de su carácter y conducta, que conduce el alma á confesar con vergüenza y tristeza su culpa y contaminacion á la vista de Dios. Puede determinar si ha comprendido de tal modo la misericordia de Dios en Jesu-Cristo que lo induzca á volver hácia su Padre Celestial con un deseo fuerte de su favor y con una determinacion firme de vivir para su gloria. Estos son los ejercicios de un arrepentimiento sincero, y el que tenga la conciencia de haberlos seguido puede estar tambien seguro que ha vuelto de la muerte á la vida.

Empero, como el conocimiento verdadero de sí mismo es la adquisicion mas dificil de todas, y como los sentimientos á ménos que sean especialmente fuertes, son dificiles de distinguirse en su naturaleza verdadera, la prueba más segura del carácter de algun cambio supuesto del corazon tiene que encontrarse en sus efectos permanentes. "Por sus frutos los conoceréis," es una declaracion tan aplicable al método legítimo de juzgarlos á nosotros mismos como á los demas. Por tanto, sea cual fuere nuestra experiencia interna y el gozo ó

tristeza que háyamos sentido, si no hacemos frutos dignos de arrepentimiento, nuestra experiencia no nos servirá de nada. Hay que lamentar nuestro arrepentimiento, si no nos conduce á la confesion y á la restitution en casos de injuria privada; si no nos induce á abandonar, no solamente los pecados externos que llaman la atencion de otros, sino tambien los que se ocultan en el corazon; si no nos conduce á elegir el servicio de Dios como lo que es bueno y congenial, y que nos constriñe á vivir no para nosotros sino para Aquel que nos amó y se dió por nosotros.

No hay ningun deber cuya necesidad sea más clara en sí misma ó se afirme con más frecuencia en la palabra de Dios, que el del arrepentimiento. La naturaleza misma nos enseña que al hacer un mal debemos sentirlo y alejarnos de él. Todo hombre siente que esta esperanza es racional en cuanto á aquellos que le han ofendido. Todo padre espera con una solicitud especial el arrepentimiento de un hijo desobediente, y no considera nada digno de este nombre, excepto la tristeza sincera y una vuelta á la obediencia afectuosa. Nadie por tanto debe admirarse de que Dios, que no exige sino lo que es bueno y que no puede exigir ménos, manda á todos los hombres en todas partes que se arrepientan. La salvacion ofrecida en el Evangelio, aunque es una salvacion de pecadores, es tambien un libramiento del pecado. El cielo que promete, es un cielo de santidad. Los rios de delicia, que fluyen de la diestra de Dios, están llenos de las aguas puras de vida. Nadie, por tanto, que no abandone por el arrepentimiento sus pecados, puede salvarse. Esto es en sí mismo una gran

parte de la salvacion. El cambio interno del corazon, que le aleja del amor y de la servidumbre del pecado, para acercarlo al amor y al servicio de Dios, es el fin principal de la muerte de Cristo, que se entregó por su iglesia para santificarla, limpiándola en el lavacro del agua por la palabra, para presentarla gloriosa para sí— una iglesia que no tuviese mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Efesios 5: 25, 27. Una salvacion para los pecadores sin arrepentimiento es por tanto una contradiccion.

De aquí es que el arrepentimiento es el asunto capital de la predicacion evangélica. Nuestro Señor mismo cuando comenzó á predicar, dijo: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.” Mateo 4: 7. Y cuando entró á Galilea predicando el Evangelio, dijo: “El tiempo es cumplido, y el reino de Dios está cerca; arrepentíos y creed el Evangelio.” Márcos 1: 15. La comision que dió á sus apóstoles fué que se predicase en su nombre el arrepentimiento y la remision de pecados en todas las naciones. Lúcas 24: 47. Cumpliendo con esta comision sus discípulos salieron y predicaron, “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, pues que vendrán los tiempos del refrigerio de la presentacion del Señor.” Hechos 3: 19. Pablo en la relacion que dió á Agripa de su predicacion, dijo que “anunció primeramente á los que estaban de Damasco y Jerusalem y por toda la tierra de Judéa, y á los Gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen á Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento.” Hechos 26: 20. Y llamó á los ancianos en Efeso que testificasen sus enseñanzas públicas y privadas, predi-

cando "á los Judíos y á los Gentiles el arrepentimiento para con Dios y la fé en nuestro Señor Jesu-Cristo." Hechos 20:21. El arrepentimiento, de consiguiente, es el gran deber inmediato y urgente de todos los que oyen el Evangelio. Se les exhorta á abandonar sus pecados y á volver á Dios por Jesu-Cristo. La negligencia de este deber es la repulsa de la salvacion. Porque, como ya hemos visto, si no nos arrepentimos debemos perecer. Por ser el arrepentimiento tan indispensable, es por lo que Dios revela tan claramente no solo el mal del pecado y los terrores de la ley, sino tambien su compasion y amor infinitos; por lo que nos exhorta á volver á El y á vivir, asegurándonos que es "el Señor, el Señor Dios, misericordioso y lleno de gracia, tardo para la ira y grande en benignidad y verdad." Este llamamiento al arrepentimiento comunmente sigue á los hombres desde la cuna hasta el sepulcro. Es uno de los primeros sonidos que despiertan el oido del niño; es uno de los últimos de que se aperciben los sentidos debilitados del pecador moribundo. Todo en este mundo pregoná la voz de misericordia. Toda clase de gozo y de tristeza es un llamamiento á volver hácia Dios, de quien mana la vida. Cada sepulcro que se abre, cada iglesia, cada página de la Biblia, es una amonestacion ó una invitacion. Cada pensamiento solemne ó pronóstico solícito es la voz de Dios, diciendo, "volvéos," "volvéos, ¿porqué habeis de morir?" En medio de todas estas amonestaciones los hombres abren brecha hácia la muerte. Perecen, porque desechan deliberadamente la salvacion.

Es uno de los misterios de la redencion que bajo la

dispensacion de la misericordia todos los deberes son gracias. Aunque el arrepentimiento es nuestro deber, no es ménos don de Dios. Los que tuercen las Escrituras para perdicion de sí mismos, se apropian alegremente tales verdades como excusas para demora, bajo el pretexto de esperar el tiempo de Dios, ó para atenuar la culpa de un corazon duro é impenitente. Pero los que sienten la grandeza de la obra que se les exige, se regocijan con la verdad, y se dedican de nuevo á su deber, que ahora no es tarea sin esperanza; y con toda su energia se ocupan de su propia salvacion porque Dios es el que en ellos obra así el querer como el hacer segun su agrado.

CAPÍTULO VIII.

*PROFESION DE FÉ.*SECCION I.—LA NATURALEZA Y LA NECESIDAD DE UNA
PROFESION PÚBLICA DE RELIGION.

LA religion consiste en gran parte en la comunión secreta del alma con Dios; en los actos de adoración, gratitud, confianza y sumisión que el ojo humano no puede ver y en que el extraño no puede entrometerse. Estas operaciones secretas, dirigiendo la conducta externa y supliendo los motivos á la humildad y á las acciones benévolas del Cristianismo, no pueden, á la verdad, dejar de manifestar su existencia; pero toda ostentación inmerecida de ellas ante la vista de otros se asemeja á la ofensa que nuestro Salvador condenó entre los antiguos Fariseos. Según sus direcciones debemos dar nuestras limosnas en secreto; y cuando ayunamos no debemos aparecer delante de los hombres como los que ayunan, sino delante de nuestro Padre que ve en secreto. Por estas palabras Cristo no solamente condenó la hipocresía; no solo prohíbe el cumplimiento de los deberes religiosos con el objeto de ser vistos de los hombres, sino enseña que la religion verdadera no es ostentativa ni intrusa. Evita la luz del día. Es santa, solemne, secreta, regocijándose con no ser observada. Se opone directamente á la manifestación ostentativa de los sentimientos religiosos, en que se deleitan los que hacen consistir la religion en hablar de ella.

Aunque la religion no es intrusa en su carácter, y aunque consiste en gran parte en la comunión secreta del alma con Dios, sin embargo, tiene sus relaciones sociales y públicas, que hacen imposible que un cristiano sincero quiera ocultar del mundo el hecho de que es cristiano. Á la verdad, se intenta esto frecuentemente por algun tiempo por aquellos cuya fé es débil, y que temen el reproche que acompaña, bajo muchas circunstancias, á una profesion de religion. La tentación de tal encubrimiento no puede ser apreciado fácilmente por los que han vivido siempre en el seno de una sociedad religiosa, donde la profesion de sentimientos religiosos es pasaporte á la confianza y al respeto de todos los hombres. Tales personas aprecian poco la prueba á que están expuestos sus hermanos, cuyos padres ó asociados aborrecen ó menosprecian toda religion experimental, y que responden á toda manifestación de sentimiento piadoso con el castigo de burlas crueles. En mayor ó menor escala muchos del pueblo de Dios tienen que sufrir esta prueba, y se ven tentados muchas veces á preguntarse si no pueden ser religiosos sin publicarlo. Si la religion es interna ¿porqué no puede ocultarse? Á esta pregunta la respuesta es sencilla y decisiva. Se declara en las Escrituras que una confesión de Cristo delante de los hombres es esencial para la salvación. Dijo nuestro Salvador, "Cualquiera que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos. Y cualquiera que me negare delante de los hombres, le negaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos." Mateo 10: 32, 33. Además, "El que se aver-

gonzare de mí y de mis palabras en esta generacion adulterina y pecadora, el Hijo del hombre se avergonzará tambien de él, cuando vendrá en la gloria de su Padre con los santos ángeles." Márcos 8:38. Pablo tambien al escribir á Timoteo, dice, "No te avergüenzes del testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso por amor suyo; ántes sé participante de los trabajos del Evangelio, segun la virtud de Dios." 2^a Timoteo 1:8. "Si sufrimos, tambien reinamos con él. Si le negamos, Él tambien nos negará." 2^a Tim. 2:12. Y aun más explicitamente al enseñar la condicion de salvacion dice, "Si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazon que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazon se cree para justicia, mas con la boca se hace confesion para salud." Romanos 10:9, 10. Se enseña la misma verdad en todos los pasajes que aseguran la necesidad del bautismo, porque este implica una profesion pública del Evangelio. Así nuestro Señor en su comision á los apóstoles, dijo, "El que creyere y fuere bautizado será salvo." Márcos 16:16. Y en los dias de Pentecóstes cuando el pueblo fué convencido del pecado de haber desechado á Cristo, y preguntaba que debia hacer, Pedro les contestó, "Arrepentíos y bautízese cada uno de vosotros en el nombre de Jesu-Cristo." Hechos 2:38. No bastaba el que se retirasen á sus casas y se arrepintiesen ante Dios; sino que debian reconocer publicamente á Cristo manifestando su lealtad hácia El. Por tanto, ninguna condicion para ser discípulo se manifiesta más claramente que esta. Si no confesamos á Cristo, no nos confesará. Si no le reconocemos como

nuestro Salvador, no nos reconocerá como sus discípulos. Si no queremos participar con El del reproche y de la contradicción de los pecadores, no podemos participar de la gloria que ha recibido del Padre.

Nuestra relación con Cristo como Rey hace necesario un reconocimiento público de su autoridad. En los reinos de este mundo á nadie se admite en los privilegios de ciudadanía sin una profesión de lealtad. Y en el reino de Cristo los que no reconocen su autoridad, le desechan. Rehusando confesarle como Señor, declaran que no son su pueblo.

Además, se compara frecuentemente la iglesia en las Escrituras á la familia. ¿Puede un hijo vivir en la casa de su padre sin reconocerle? ¿Puede recibir las bendiciones del amor maternal y no reconocer á la madre? ¿Puede encontrarla en la calle sin reconocerla, y entónces de noche, cubierto por la oscuridad, introducirse para comer á su mesa y ser protegido por su cuidado? Así como todos sienten que ningun hijo con propios sentimientos filiales podría titubear ni por un momento en reconocer á sus padres, así podemos estar seguros de que no somos hijos de Dios, si tememos reconocerle como Padre ó nos avergonzamos de hacerlo, ó si no reconocemos nuestra obligación de honrarle y obedecerle.

Ha de considerarse también que los Cristianos son adoradores de Cristo. El apóstol saluda á los Corintios como los que invocan el nombre del Señor Jesus; y desde el principio en Jerusalem y en Damasco, los cristianos fueron designados como los que invocaban el nombre de Cristo." Hechos 9: 14, 21. Pero ¿que clase

de adorador es el que se avergüenza de reconocer á su Dios ó teme hacerlo? Todas las relaciones, por tanto, que existen entre el cristiano y Cristo como su Rey, como la cabeza de la familia de Dios, y como el objeto de la adoracion divina, envuelven la necesidad de confesarle delante de los hombres; y le desecharnos practicamente en todas estas relaciones menospreciando y rehusando esta profesion pública de El y de su religion.

Aun una consideracion ligera de la naturaleza de la religion de Jesu-Cristo debe convencernos de la imposibilidad de ser cristianos secretamente. No solamente el corazon sino toda la conducta debe normarse por aquella religion. Prohibe muchas cosas que el mundo permite; manda muchas que el mundo prohíbe. La obediencia á sus preceptos incluye necesariamente una profesion pública, porque tal obediencia distingue á sus discípulos de las gentes del mundo. Esta es una de las razones por las cuales á los miembros del pueblo de Dios se les llama santos. Son distintos, separados de los demas y consagrados á Dios. Cuando cesan de ser distintos del mundo, cesan de ser santos. Si su genio interno y conducta externa no les señalan como pueblo especial, no son cristianos. Una ciudad asentada sobre un cerro no se puede esconder. No puede ser que los que se niegan á sí mismos y toman su cruz y siguen á Cristo diariamente, cuya mira se pone en las cosas de lo alto, á quienes guia la fé y no la vista, que viven para Dios y se guardan sin mancha del mundo, no difieran de aquellos cuyo espíritu, cuyos principios y objetos son todos mundanales. Ni tampoco es posible que exista esta diferencia sin una declaracion por parte del

cristiano de cual es su causa. Debe apelar á la autoridad de Cristo como la justificacion de su conducta, y por tanto no puede vivir como cristiano sin confesar á Cristo.

Ademas del espíritu y conducta generales que se exigen por el Evangelio, hay muchos deberes específicos, ordenados por Cristo, que implican la profesion pública de su fé. La organizacion de su iglesia como sociedad visible, supone la separacion de un pueblo que reconoce su autoridad y profesa obediencia á sus leyes. La comision que dió á sus discípulos fué, que fuesen por todo el mundo predicando su Evangelio, doctrinando á los hombres, bautizándoles en su nombre, reuniéndoles en sociedades distintas, y nombrándoles directores que dirigiesen el culto público y cuidasen de la disciplina. Todo esto supone que sus discípulos deben constituir un cuerpo que públicamente le reconozca como su cabeza y le confiese ante el mundo como su Señor y Salvador. ¿Como puede un hombre ocultar el hecho de que es cristiano cuando el cristianismo es constituido por su autor un cuerpo visible y organizado? Se exige especialmente á todo creyente que se asocie con la iglesia, que se congregue con sus hermanos para celebrar cultos públicos y para participar con ellos de la comunión. Si es cristiano aquel que obedece á Cristo, y si la obediencia incluye aquellos actos externos que envuelven este reconocimiento público de El, entónces nadie, que deje de hacer este reconocimiento, puede ser cristiano.

Pocos deberes (y estos fundados en los preceptos positivos) se nos exigen en la palabra de Dios, que con

un sentimiento recto de ellos no nos compelan á cumplirlos. Si se nos exige que abandonemos el pecado, que sirvamos á Dios, que amemos á los hermanos, que vivamos para los demas con preferencia á nosotros, que seamos constantes en la oracion, que tomemos parte en el culto privado y público rendido á Dios; son cosas todas estas en que se deleita por instinto el corazon regenerado. El mandamiento externo dirige y sanciona el acto, pero el motivo á la obediencia no es mero respeto á la autoridad. De igual manera á la vez que se manda en la Escritura la confesion pública de Cristo como un deber necesario, es tambien el tributo espontaneo de todo corazon cristiano. Si no es necesario obligar á ningun súbdito que reconozca al soberano á quien ama; si cualquiera hijo confiesa espontaneamente al padre á quien respeta, ciertamente no es preciso que al creyente se le obligue á confesar al Salvador á quien estima como el resplandor de la gloria del Padre; á quien se siente deudor de la redencion, y á quien espera adorar y servir con los santos y los ángeles en los cielos. No se da á entender por esto que ningun creyente nunca se avergüenza de Jesus, ni que bajo circunstancias especialmente penosas deje de temer reconocer su verdad ó confesar su nombre. Pedro una vez negó á su Maestro. Pero es cierto que nadie puede tener buenas ideas de Cristo, y buenos sentimientos para con El, sin reconocerle habitual, abierta, y alegremente como su Dios y Salvador. Tendrá por mayores riquezas el reproche de Cristo que los tesoros de los Egipcios, y escogerá ántes ser afligido con el pueblo de Dios, que gozar de comodidades temporales de pecado.

No es difícil entender la naturaleza del deber que estamos considerando ahora. Confesar á Cristo es reconocer su carácter y sus derechos. Es reconocer que Jesus es el Cristo. Es admitir la verdad de las doctrinas que enseñó. Es profesar nuestra lealtad hácia El como nuestro Señor y Salvador. Esta confesion debe ser pública; debe hacerse delante de los hombres; debe hacerse por la boca; no basta que se haga por medio de las obras. Debe recordarse que esto incluye más que la mera profesion del nombre cristiano, en distincion del de Pagano, ó del de Mahometano. Si los hombres juzgan mal del carácter de Cristo, ó lo representan falsamente, una profesion de estas ideas falsas no es la confesion que El requiere. Reconocer á Cristo simplemente como un buen hombre, ó como un maestro inspirado, es, en efecto, negarle en su carácter como Hijo de Dios, como la propiciacion por el pecado, como el único mediador y el Señor soberano de los vivos y muertos. Y reconocer el Evangelio simplemente como un código de moralidad, es desecharle como la revelacion de la gracia de Dios. La confesion que se exige es el reconocimiento público de Cristo en su carácter verdadero, y de su Evangelio en su naturaleza real. No basta que quitemos del Evangelio todo lo que ofende el orgullo humano, y reconozcamos lo restante. Lo que es necesario es sufrir el reproche de profesar lo que es un obstáculo para los Judíos y locura para los Griegos. Es declarar nuestra fé y confianza en un Salvador menospreciado y desechado por los hombres, y en doctrinas que la razon humana no puede descubrir ni comprender.

Hay muchos modos de hacer esta confesion pública. Como ya se ha dicho, se incluye una confesion en la obediencia que se presta á los mandamientos de Cristo. La obediencia, por tanto, es una forma de confesion, y nunca puede prestarse sin distinguir á aquellos que la prestan como discípulos de Cristo. Además, sucede frecuentemente que los cristianos son llamados á reconocer la verdad, á defenderla contra sus opositores, á recomendarla á aquellos en quienes pueden influir ó ejercer autoridad, ó á dar razon de la esperanza que está en ellos con mansedumbre y reverencia. Pero el modo principal y más importante de confesion consiste en nuestra asistencia á las ordenanzas del bautismo y de la cena del Señor. Tanta importancia se dá á estas instituciones en la palabra de Dios, que todo cristiano debe tener ideas claras de su naturaleza y de su propio deber en cuanto á ellas.

SECCION II.—EL BAUTISMO Y LA CENA DEL SEÑOR. LA NATURALEZA, EL DESIGNIO, Y LA EFICACIA DE ESTAS ORDENANZAS.

SE nos enseña claramente en la Biblia que el Bautismo y la Cena del Señor, sean cuales fueren los importantes fines que tuvieron por objeto, fueron establecidos como un modo de profesar publicamente nuestra fé en el Evangelio. La participacion pública de los ritos de cualquiera religion es por su naturaleza una profesion de aquella religion. Por esta razon el apóstol imputa idolatría á los Corintios, que dentro de los límites de los templos paganos, participaban de los sacrificios ofrecidos á los ídolos. “Hablo á sabios; juz-

gad vosotros lo que digo.” La participacion de una ordenanza cristiana ¿no es un acto de adoracion cristiana? La participacion de un sacrificio judío ¿no es un acto de adoracion judía? Y por igual razon ¿no es la participacion de una ordenanza pagana un acto de adoracion pagana? Este es el tenor del argumento del apóstol en 1^a Corintios 10: 15, 21; y se funda evidentemente en la verdad admitida de que la participacion de las ordenanzas del Evangelio es por la naturaleza del acto una profesion de la religion de Cristo. En tal virtud el que recibe se pone en comunicacion con el objeto á quien adora, y con todos aquellos que lo hacen tambien así. “Porque siendo muchos, somos un pan y un cuerpo, pues todos participamos del mismo pan.” De aquí es que el apóstol agrega, “No podemos beber la copa del Señor y la copa de los demonios; no podemos ser partícipes de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios.” Es imposible á la vez estar en comunicacion con Cristo y Satanás, y por tanto, es la mayor contradiccion participar al mismo tiempo de las ordenanzas de Cristo y de los sacrificios de los demonios. Todo esto supone que una participacion de las ordenanzas cristianas es una profesion de la religion cristiana. Cuando Cristo mandó á los apóstoles, que doctrinasen á sus oyentes bautizándoles, se quiso dar á entender claramente que el bautismo debia de ser un distintivo de los discípulos, ó que por aquel rito sus adeptos reconocieran la relacion que con El los ligaba. Esta á la verdad es la idea prominente de la fórmula, “bautizar en el nombre de alguien.” Y por eso Pablo recordó á los Corintios que no eran sus discípulos ó

adeptos, preguntándoles “¿habeis sido bautizados en el nombre de Pablo?” Empero no es necesario insistir en hablar sobre este punto, pues que se concede universalmente que la participacion de las ordenanzas del Evangelio es el modo señalado de confesar á Cristo delante del mundo.

Como es el deber de todo cristiano confesar á Cristo y confesarlo de esta manera especial, es necesario investigar más detalladamente la naturaleza y el objeto de estas ordenanzas. Desde los primeros siglos ha sido la costumbre en la iglesia llamar á estas instituciones sacramentos. Empero, poca luz puede derivarse del uso de este término, porque la palabra no es bíblica, y porque es usada por los escritores antiguos en un sentido muy comprensivo. Como se deriva de la palabra que significa consagrar, toda cosa sagrada fué llamada sacramento. Los Romanos aplicaban este término á una cantidad de dinero puesta en las manos del Gran Sacerdote para esperar la decision de un litigio. Tambien llamaban sacramento al juramento por el cual los soldados se consagraban al servicio militar; y en la Iglesia Latina (de donde hemos adoptado la palabra) fué usada como sinónimo de misterío, no solamente aplicada á las cosas que tenian un significado oculto, sino en su sentido más ámplio, como indicando lo que la razon humana no podia descubrir. En este sentido el Evangelio mismo, el llamamiento á los Gentiles, la conversion futura de los Judíos, son sacramentos. De una palabra tan extensa en su significado no se puede aprender la naturaleza de las ordenanzas cristianas; sino por el contrario el sentido cristiano de la palabra

se debe determinar por lo que las Escrituras enseñan concerniente á las ordenanzas á que se aplica ahora la palabra.

En primer lugar son ritos establecidos por Dios y no por el hombre. Cuando Cristo estaba para ascender al cielo, dijo, "Por tanto id y doctrinad á todos los Gentiles, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y hé aquí yo estoy con vosotros todos los dias hasta el fin del mundo." El rito del bautismo, por tanto, fué instituido por Cristo, y continuará miéntras que se puedan hacer discípulos, aun hasta el fin del mundo. Y la noche en que fué entregado, instituyó la cena del Señor diciendo, "Haced esto en memoria de mí," y agregó que se debería celebrar hasta que viniese. El Nuevo Testamento nos da evidencia abundante de que los apóstoles mandaban, tanto por precepto como por ejemplo, la observancia de estas ordenanzas, segun las direcciones del Salvador. Ningun rito, por tanto, es sacramento en el sentido cristiano del término, sin ser asunto de disposicion divina, y de obligacion perpetua.

En segundo lugar, la Biblia nos enseña que los sacramentos son una señal de las bendiciones espirituales. Tienen por objeto representar dones internos y espirituales por medio de acciones externas y significativas. La gran bendicion ofrecida en el Evangelio es la union con Cristo y la participacion consiguiente de sus méritos y Espíritu, por los cuales estamos libres de la condenacion y contaminacion del pecado. Y esta es la bendicion que el bautismo y la cena del Señor tienen

por objeto representar. Por eso se dice, “ todos los que habeis sido bautizados en Cristo, de Cristo estais vestidos;” lo cual implica union con El. Gálatas 3 : 27. Se dice que los creyentes son “ bautizados en un cuerpo.” 1^a Corintios 12 : 13. Es decir, por el bautismo son constituidos en un cuerpo; pero son un cuerpo solamente en virtud de la union con su Cabeza comun. “ ¿ No sabeis,” pregunta el apóstol, “ que todos los que somos bautizados en Cristo Jesus, somos bautizados en su muerte?” es á saber, de tal manera que somos unidos con El en su muerte. Romanos 6 : 3. Como la union con Cristo es la gran bendicion significada en el bautismo, y como el perdon y la santificacion son las consecuencias de esa union, esta ordenanza se representa tambien como simbolizando estas dos grandes bendiciones del pacto de gracia. Así en los días de Pentecóstes Pedro dijo al pueblo, “ Arrepentíos y bautízese cada uno de vosotros en el nombre de Jesu-Cristo para perdon de los pecados.” Hechos 2 : 38. Y Ananías dijo á Pablo, “ Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando el nombre del Señor.” Hechos 22 : 16. En muchos pasajes semejantes la referencia del bautismo al perdon se expresa muy claramente. No es ménos claro que el bautismo tuvo por objeto simbolizar la santificacion. Esto se enseña claramente en los pasajes arriba citados de las epístolas á los Gálatas y á los Romanos, en las cuales se declara que el bautismo representa nuestra union con Cristo, nuestra muerte al pecado y nuestra vida para Dios. Y en la epístola á Tito se llama “ el lavamiento de la regeneracion.” Tito 3 : 5. Y en la epístola á los Efesios se dice que Cristo

santifica á su iglesia, "limpiándola en el lavacro del agua por la palabra." Efesios 5: 26. Apénas es necesario decir que la ordenanza simboliza con propiedad estas grandes verdades. El agua es el modo comun de la purificacion. Tanto la culpa como la contaminacion del pecado se representan en las Escrituras como una manchilla, y por eso se dicen que se han lavado por la sangre y el Espíritu de Cristo. Esta doble purificacion es la que está representada con tanta exactitud por la ordenanza en cuestion.

Las mismas verdades bajo un aspecto diferente se presentan en la cena del Señor. El que el pan representa el cuerpo de Cristo y el vino su sangre fué declarado expresamente por nuestro Salvador cuando dijo, "Esto es mi cuerpo," "Esto es mi sangre." Y por nuestra participacion del pan y del vino re representa claramente nuestra participacion de aquello que estos simbolizan. "La copa de bendicion que bendecimos ¿no es la comunion de la sangre de Cristo? El pan que partimos ¿no es la comunion del cuerpo de Cristo? Porque siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de aquel mismo pan." 1^a Corintios 10: 16, 17. Aquí, como en el pasaje ántes citado en cuanto al bautismo se declara que los creyentes son un cuerpo, por que participan de la cena del Señor se expresa su comunion con el Señor Jesus. Estas ordenanzas, por tanto, presentan la misma gran verdad aunque de diferentes maneras. Ambas son símbolos divinamente ordenados, tanto de nuestra union con Cristo como de nuestra participacion de los beneficios que se originan de su mediacion y muerte.

Empero nos estraviaríamos en gran manera, si supiéramos que eran meramente señales. Se nos enseña que fueron sellos; que fueron designados por Cristo para dar seguridad á los creyentes en su interes por las bendiciones del pacto de gracia. Entre los hombres un sello se usa para autentificar y confirmar algo. Tiene por objeto el asegurar á la persona interesada que el documento á que pertenece es genuino y obligatorio. Condescendiendo á nuestra flaqueza, Dios se ha complacido no solamente en prometer el perdon y la pureza á los creyentes, sino en establecer estas ordenanzas como los sellos de sus promesas. La mera seguridad dada á Noé de que la tierra no seria destruida segunda vez por un diluvio, habria sido base suficiente de confianza: pero Dios tuvo á bien establecer el arco-iris como una confirmacion perpetua de su pacto; y por todas las generaciones cuando aquel arco aparezca, los hombres sienten que no es simplemente un indicio de que vuelve el sol sino una fianza divinamente dada de la promesa de Dios. De la misma manera Dios queriendo mostrar más abundantemente á su pueblo la inmutabilidad de su promesa, la ha confirmado por estos sellos que tienen por objeto asegurar al creyente que tan ciertamente como recibe los símbolos de las bendiciones del pacto, recibirá las bendiciones mismas.

El que estas ordenanzas tenian por objeto confirmar las promesas de Dios, es claro, por el hecho de que Pablo dice que la circuncision fué el sello de la justicia de la fé, es decir, tuvo por mira asegurar á Abraham y á sus descendientes que Dios consideraria y trataria como justos á todos los que creyeran sus palabras. Y

se puede inferir que algo semejante se implica en la ordenanza del bautismo, del modo con que el apóstol trata del significado espiritual de la circuncision; y despues, del bautismo, en Colosenses 10: 12. Y en lo concerniente á la cena del Señor el Salvador dijo: "Este vaso es el nuevo pacto en mi sangre;" es decir, fué santificado el nuevo pacto por su sangre. De aquella sangre el vaso es el recuerdo señalado, y es el pacto, á la vez, el recuerdo y la confirmacion del pacto mismo; es para nosotros la seguridad de que Dios ha prometido las bendiciones de aquel pacto á todos los creyentes. El bautismo y la cena de Señor son por tanto las prendas visibles y las confirmaciones del hecho de que Cristo ha muerto, que su muerte se ha aceptado como propiciacion por el pecado, y que Dios á causa de El concederá el perdon, la santidad, y la vida eterna á todos los que creen.

Ademas de esto, si los sacramentos son sellos por parte de Dios, la recepcion de ellos implica una promesa voluntaria por parte del cristiano de dedicarse al servicio de Cristo. Se representa al Evangelio en la forma de un pacto. Es llamado así por Cristo mismo. Pero un pacto implica estipulaciones mutuas: Dios promete á su pueblo el perdon y la salvacion; con el auxilio de la fuerza divina ellos prometen fé y obediencia. Los sacramentos son sellos de este pacto. Dios estableciéndolos se obliga á cumplir su promesa: su pueblo recibíéndolos se obliga á fiar en El y á servirle. Se incluye este idea en la representacion dada en Romanos 6: 3, 4, en que se dice que los creyentes fueron sepultados juntamente con Cristo por el bautismo, para que así

como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así tambien ellos anden en novedad de vida. Se incluye tambien en la fórmula del bautismo, porque el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo implica una dedicacion voluntaria de nosotros á Dios como nuestro Padre, Redentor y Santificador. Se enseña lo mismo en todos los pasajes en que se dice que una participacion de las ordenanzas cristianas incluye una profesion del Evangelio; porque el Evangelio impone deberes, tanto cuanto promete bendiciones.

Es probable que con motivo de esta idea que se tenia de estas ordenanzas, se les aplicó el nombre de sacramentos. Porque así como el juramento por el cual se consagraba al servicio militar el soldado se llamaba sacramento, así las ordenanzas por las cuales el creyente se obliga al servicio de Cristo fué designado propiamente por el mismo término. La frase "hueste sacramental," por tanto, se aplica en propiedad al pueblo de Dios considerado como una gran multitud, que se ha obligado solememente por los sacramentos á servir para la gloria divina.

Siendo el bautismo y la cena del Señor ordenanzas de la disposicion divina y de obligacion perpétua, teniendo por mira distinguir del mundo á los que siguen á Cristo, manifestar las verdades del Evangelio, sellar á los creyentes las promesas divinas, y ponerlos en pacto con Dios, nace la pregunta interesante, ¿Que bien produce? ¿Que beneficios se nos autoriza que esperemos de ellos? La respuesta comunmente dada á estas preguntas por el gran cuerpo de los cristianos evangélicos

es la de que los sacramentos son medios eficaces de gracia, no solo manifestando sino realmente confiriendo los beneficios que representan á los que de una manera digna los reciben. Como se han establecido divinamente para mostrar á Cristo y sus beneficios y para asegurar al creyente de su interes en estos, tienen, aun como medios morales, una influencia poderosa para confirmar su fé, para excitar su gratitud y amor, y para abrir las fuentes tanto en su arrepentimiento como en su gozo. Empero así como la Biblia no tiene solamente su propia influencia moral, como verdad, en santificacion del alma, sino tambien, cuando está acompañada por la demostracion del Espíritu, un poder divino y eficaz; así los sacramentos no tienen solo la influencia debida á la manifestacion viva de la verdad, sino como medios establecidos por Dios y acompañados por su Espíritu se hacen signos eficaces de gracia, comunicando lo que significan. Ninguna otra interpretacion puede satisfacer el lenguaje expresivo de las Escrituras sobre este asunto, ni la experiencia del pueblo de Dios. Cuando el cristiano por el ejercicio de su fé vé en las aguas del bautismo el símbolo vivo de la influencia purificadora de la sangre y del Espíritu de Cristo, y en el pan y el vino los recuerdos de muerte de su Salvador, y sabe que se han establecido como una prenda de la salvacion de todos los creyentes; recibe á Cristo al recibir los símbolos señalados de su gracia; recibe de nuevo el perdon de sus pecados; entra en comunicacion con Dios y se llena su alma del Espíritu Santo. De aquí es, que los creyentes tan frecuentemente experimentan una renovacion de su fuerza, una confirma-

cion de su fé, una corroboracion de sus propósitos, y se llenan sus corazones de gozo y de amor al asistir á estas ordenanzas.

Como la eficacia de los sacramentos es asunto de mucha importancia práctica, es necesario examinar más detalladamente lo que las Escrituras enseñan sobre este asunto. El bautismo se llama el lavacro de la regeneracion: se dice que nos une á Cristo, nos hace participantes de su muerte y vida, lava nuestros pecados, y salva nuestras almas. El pan y el vino en la cena del Señor se llaman el cuerpo y la sangre de Cristo; se dice que la participacion de estos símbolos asegura la union con Cristo y la recepcion de los méritos de su muerte. 1^a Corintios 10: 16, 17. Estos pasajes y otros semejantes deben entenderse ó con limitacion ó sin ella. Si han de limitarse, la restriccion no debe ser impuesta arbitrariamente, sino debe ser indicada por las Escrituras mismas. No tenemos ningun derecho para decir que los sacramentos confieren estos beneficios en todos los casos en que no se interpone ningun impedimento moral, porque tal restriccion no se expresa ni en los pasajes mismos, ni en ninguna otra parte de la Biblia. La limitacion impuesta en estos pasajes por las Escrituras es la necesidad de la fé. Enseñan que los sacramentos son así eficaces, no para todos los que los reciben sino para los creyentes; es decir, para los que ya tienen la gracia que estas ordenanzas representan. Si se pregunta ¿como se puede decir que los sacramentos confieren la gracia que ya se posee? se debe recordar que el que ya se ha rociado con la sangre de Cristo tiene necesidad de que se repita muchas veces la aplicacion

de ella; el que ha recibido al Espíritu Santo necesita recibirlo otra vez; el que ha recibido á Cristo necesita recibirlo dia tras dia para que viva por El. Es claro que las Escrituras enseñan que los pasajes en cuestion deben entenderse con la calificacion que acabamos de indicar, porque de otra manera enseñarian que todo el que se bautiza es hijo de Dios, renovado por el Espíritu Santo, unido á Cristo y hecho participante de los beneficios salvadores de su muerte. Pero no puede ser verdadero; en primer lugar, porque la Biblia enseña claramente que los que son renovados y reciben el Espíritu Santo, llevan los frutos del Espíritu, es decir, el amor, la benignidad, la bondad y la fé. Donde estos no existen, allí no mora el Espíritu. Pero estos frutos no acompañan uniforme ni generalmente la recepcion de las ordenanzas externas. Sabemos que aunque Simon mago fué bautizado, se quedó en la hiel de amargura y en la prision de maldad. Sabemos por las epístolas de Pablo que muchos de los Gálatas y Corintios bautizados eran enemigos de la Cruz de Cristo. Sabemos por nuestra observacion diaria que muchos de los que son bautizados y recibidos á la cena del Señor no difieren en su vida de la gente que los rodean. Por tanto, Dios en la administracion actual de su reino contradice aquella interpretacion de su palabra que la hace enseñar que los sacramentos siempre confieren los beneficios que representan. El representarlos como pertenecientes á la multitud profana que en todos los siglos y en cada iglesia se ha admitido al bautismo y á la cena del Señor, es degradar la regeneracion del corazon y el don del Espíritu Santo en cosas ineficaces.

En segundo lugar, esta interpretacion se opone á lo que las Escrituras enseñan en otras partes respecto de la naturaleza de los sacramentos. La opinion de que tales ordenanzas comunican uniformemente la gracia é introducen al que los recibe en el favor de Dios, fué una de las doctrinas falsas de los Judíos á que Pablo se opuso vehementemente. Grande es la virtud de la circuncision que impide que ningun circuncidado entre en el infierno, fué la persuasion confiada y destructora de las formalidades de aquella época. Oponiéndose á esta doctrina el apóstol les aseguró que “la circuncision en verdad les seria provechosa si guardaban la ley; pero si eran rebeldes á la ley su circuncision seria hecha incircuncision. Porque no es Judío el que lo es por de fuera en la carne; mas es Judío el que lo es en lo interior; y la circuncision es la del corazon en el espíritu, no en letra.” Romanos 2 : 25, 28. Tenemos en estos versículos una declaracion muy explícita de la naturaleza y de la eficacia de un sacramento. No tiene ninguna eficacia considerado en sí mismo; su valor depende de la persuasion ó del cumplimiento de la condicion del pacto á que se une. Si los Judíos guardaban la ley, su circuncision les aseguraba todas las bendiciones del pacto bajo el cual vivian. Pero si la quebrantaban, de nada les servia la circuncision. Por tanto, no era la circuncision externa la que hacia Judío á un hombre, sino la del corazon, de la cual el rito externo era el signo. De la misma manera no es el bautismo externo el que hace á un hombre cristiano, sino el del Espíritu del cual el lavamiento con agua es el símbolo señalado. Los dos no se unen necesariamente, y donde

falta este, aquel de nada vale. Y para que no se suponga que no tenemos ningun derecho de aplicar lo que se dice de los sacramentos de la antigua dispensacion á los de la nueva, se enseña la misma doctrina en cuanto á los sacramentos del Nuevo Testamento. Dice el apóstol Pedro, "Somos salvos por agua, no por agua comun, sino por el bautismo; no por mero bautismo externo, sino por la vuelta sincera del corazon á Dios, es decir, por el cambio interno de que el bautismo es el signo externo." 1^a Pedro 3: 21. Este pasaje en su tenor doctrinal es precisamente semejante á aquel que acabamos de citar y que se refiere á la circuncision. Ningun rito, por tanto, comunicaba necesariamente la gracia de que era signo; ni á uno ni á otro se atribuye ningun valor aparte del cambio espiritual que representaban segun su institucion. De la misma manera en cuanto á la cena del Señor, el apóstol enseña que léjos de estar unido necesariamente el mero acto externo con la recepcion de los beneficios de la muerte de Cristo, los que comian ó bebian indignamente, comian y bebian juicio para sí mismos. Nada, á la verdad, puede oponerse más á todo el espíritu de la religion bíblica, que la doctrina de que los ritos externos se unen necesariamente con las bendiciones espirituales: de que el favor de Dios puede ser obtenido por la mera sumision sin resistencia á las ceremonias religiosas. Un hombre puede bautizarse ó circuncidarse al octavo día; puede pertenecer á la más pura y apóstolica iglesia; puede ser irreprochable por lo que toca á todas las prescripciones externas del Evangelio, y al mismo tiempo estar destituido de la gracia de Dios y sin preparacion para su

presencia. No nos salvamos por obras de justicia, ni mucho ménos por observaciones ceremoniales, sino por la justicia de Cristo y por la regeneracion del Espíritu Santo. No es cristiano aquel que lo es solo en lo exterior, ni es bautizado aquel que lo es en lo exterior en la carne; mas es cristiano el que lo es en lo interior; y el bautismo que es para salvacion es del corazon, en espíritu y no en letra.

En tercer lugar es claro que los sacramentos no tienen por objeto comunicar la gracia á los que no la tienen, pues las Escrituras exigen que aquellos que se admitan á estas ordenanzas hagan una profesion de su fé y arrepentimiento. Se nos dice que cuando los apóstoles empezaron á predicar, “los que recibieron la palabra alegremente fueron bautizados.” Hechos 2:41. Cuando el eunuco quiso ser bautizado, Felipe le dijo: “Si crees de todo corazon, bien puedes.” Hechos 8:37. Cornelio no recibió el Espíritu Santo por el bautismo, mas cuando Pedro tuvo la evidencia de que ya habia recibido el Espíritu, preguntó, “¿Puede alguno impedir el agua para que no sean bautizados estos, que han recibido el Espíritu Santo tambien como nosotros.” Hechos 10:47. Pablo fué un creyente penitente ántes de su bautismo; y así en todos los demas casos cuando algunos fueron bautizados profesaron primero ser cristianos. No fueron constituidos cristianos por ser admitidos á los sacramentos, sino que fué declarado su carácter cristiano de esta manera. Segun esto, ha sido la costumbre en todos los siglos requerir una profesion de fé por parte de aquellos que se reciben á las ordenanzas selladoras. Pero la fé es una operacion del

corazon regenerado ; y si la fé supone la regeneracion, y si el bautismo supone la fé, entónces tanto por la voz de la iglesia como por la de las Escrituras, el bautismo tambien supone la regeneracion del corazon.

Por último, Dios testifica contra el que afirma una conexion inseparable entre estas ordenanzas y las bendiciones espirituales, concediendo estas bendiciones á aquellos que no han recibido ningun rito sacramental. Abraham fué justificado ántes de ser circuncidado. Cornelio fué un hombre justo y aceptado ante Dios y recibió el Espíritu Santo ántes de ser bautizado ; al ladrón penitente se le aseguró su entrada al paraíso aunque nunca nació de agua. Pues si las Escrituras exigen la evidencia de la regeneracion en aquellos que quieren asistir de un modo aceptable á los sacramentos, si enseñan que muchos de los que reciben el signo externo dejan de recibir la gracia interna, y por otra parte que muchos reciben la gracia interna sin recibir el signo externo, de consiguiente enseña tambien que estas ordenanzas no fueron establecidas para comunicar principalmente el perdón y la santificacion, sino para ser signos y sellos de estas bendiciones al creyente penitente, y que á él, solo á él, son medios eficaces de comunicar la gracia.

Por tanto, es claro que aquellos pasajes de la Escritura que atribuyen nuestra salvacion al bautismo y á la cena del Señor no pueden, en conformidad con las enseñanzas claras de la Biblia, entenderse estrictamente segun la letra. Á la vez, no debe suponerse que se han de pervertir ó de entender en otro sentido del que es natural ; es decir, en otro del que las reglas de inter-

pretacion universalmente recibidas justifican y requieren. Es segun el lenguaje comun de los hombres y el uso de las Escrituras, que cuando alguna declaracion ó algun servicio es el medio señalado de profesar la fé y la obediencia, el hacer tal declaracion ó servicio se dice que asegura las bendiciones que se prometen á la fé así profesada. Se dice, "cualquiera que confiesa que Jesu-Cristo es venido en carne, es de Dios," y ademas "con la boca se hace confesion para salud." Esto se afirma porque la confesion implica la fé; y nadie supone que una confesion falsa, indiferente y sin corazon asegurará la salud de ningun hombre. Así tambien se dice que somos salvos invocando al Señor; porque la invocacion implica la confianza. De la misma manera se dice que somos salvos por el bautismo, porque este implica fé. Si nos falta esta fé, el bautismo no puede hacernos más bien que una confesion sin corazon. No hay ya dificultad en entender porque las Escrituras unen la salvacion con el uso de los sacramentos, así como tampoco la hay en entender porque enlazan la misma bendicion con la invocacion ó con la confesion. No hay ninguna dificultad ni en uno ni en otro caso, si admitimos que las Escrituras se explican por sí mismas, y las interpretamos del mismo modo con que explicamos todos los otros escritos.

Ademas está conforme con el uso bíblico atribuir á un signo el nombre y los atributos de la cosa significada. Por ejemplo, se llama á la circuncision el pacto de Dios, porque fué el signo de aquel pacto. Cristo llamó á la copa el nuevo pacto, y al vino su sangre, y al pan su cuerpo. Por tanto se dice que aquellos que

participan del vino, reciben su sangre, y por supuesto los beneficios que esta compró.

Debe recordarse tambien que los sacramentos son sellos, y es comun atribuir á cualquiera ceremonia por la cual se ratifica una promesa la eficacia que no pertenece á la ceremonia, sino á la promesa misma. Se dice, por ejemplo, que la ceremonia de inauguracion introduce á un hombre en su oficio; pero en efecto, simplemente declara públicamente su derecho á aquel oficio y lo confirma. Aun en el lenguaje estricto de la ley, un título con su firma y sello se dice que confirma un derecho de propiedad, aunque es simplemente la evidencia del propósito del poseedor primitivo. Aquel propósito es lo que comunica el derecho, y si se puede demostrar que el hombre que guarda el título no es el señalado por el otorgante, el título seria considerado sin valor. Si un hombre transfiere una propiedad á M., dando por hecho que es el hijo de B., y se prueba que M. no es el hijo de B., el título no le dará ningun derecho válido. Pero se declara que las bendiciones del Evangelio tienen por objeto el bien de los creyentes: los sacramentos son los medios externos para reconocer las transmisiones de estas bendiciones: á aquellos que son realmente lo que profesan ser, comunican y aseguran estas bendiciones; á los demas no confieren tales beneficios. Cuando un incrédulo recibe estas ordenanzas, no obtiene las bendiciones que estas representan; de la misma manera que un hombre no obtiene el derecho de alguna cosa tomando falsamente el nombre de la persona para quien se destinaba.

No hay nada, por tanto, en el lenguaje de las Escri-

turas sobre este asunto, que no esté en conformidad completa con la doctrina comun protestante, de que los sacramentos no tienen ninguna eficacia inherente propia, sino que se hacen medios eficaces de gracia á aquellos que creen: comunicando el Espíritu Santo de esta manera á los creyentes las bendiciones de que aquellas ordenanzas son los símbolos significativos.

SECCION III.—OBLIGACION DE ASISTIR Á LOS SACRAMENTOS. REQUISITOS PARA EL CUMPLIMIENTO PROPIO DE ESTE DEBER.

LA obligacion que se impone á todos los cristianos de asistir á las ordenanzas del bautismo y de la cena del Señor nace claramente de lo que se ha enseñado acerca de su naturaleza y designio. Hemos visto que son instituciones establecidas por Cristo mismo. Ha mandado á sus discípulos que sean bautizados y conmemoren su muerte de una manera prescrita. Así como la obediencia á Cristo es necesaria, así lo es una participacion de estas ordenanzas. Empero, como es una necesidad que dimana de un mandamiento positivo, es una necesidad modificada, pues tales mandamientos no son obligatorios bajo todas circunstancias. Es imposible que un pecador sea salvo sin la fé y el arrepentimiento, pero no es imposible que lo sea sin los sacramentos. Así como debemos guardar el dia de reposo como parte de nuestra obediencia á Dios, y sin embargo, podemos trabajar inocentemente en aquel dia cuando la necesidad y la compasion lo requieren, así, aunque debemos presentarnos á la cena del Señor como un acto de obediencia, podemos ausentarnos sin

culpa siempre que la ausencia no sea efecto de un espíritu rebelde ó desobediente. Empero, como el mandamiento de Cristo sobre este asunto es terminante, la obligacion que impone es del carácter más fuerte.

En segundo lugar, se ha demostrado que confesar á Cristo delante de los hombres es un deber indispensable, y que los sacramentos son los medios señalados de hacer esta confesion; se sigue, por tanto, que la asistencia á los sacramentos es tambien un deber indispensable. Cuando en los gobiernos humanos las leyes prescriben un modo particular con que hemos de manifestar lealtad á nuestra patria, no nos es permitido que menospreciemos aquel modo; ni tenemos el derecho de adoptar un método diferente de reconocimiento, ni de insistir en que nuestra lealtad se infiera de nuestra conducta. Si queremos ser reconocidos como ciudadanos, debemos declararnos como tales segun la forma prescrita. Y si Cristo ha prescrito un modo particular de ser reconocido por sus discípulos, el rehusar á sabiendas y obstinadamente obedecer á su mandamiento, es renunciar nuestra lealtad á El y perder los beneficios de su reino.

Ademas de esto, como los sacramentos son sellos del pacto de gracia, rehusar estos sellos es rehusar el pacto mismo. No se da á entender que son indispensables en el sentido de que si un hombre cumple con las condiciones del pacto, será excluido de sus beneficios por falta de los sellos. Á la verdad, entre los hombres vemos frecuentemente que la falta del número prescrito de testigos de una firma, la falta de un sello, ó una equivocacion ligera en la escritura de un documento,

basta para anular una promesa solemne. Nada semejante á esto puede suceder bajo el gobierno de Dios, en que la justicia nunca está embarazada por formalidades técnicas. El apóstol enseña expresamente que así como la circuncision es hecha incircuncision si se quebranta la ley, así por otra parte, si un hombre guarda la ley su incircuncision será contada por circuncision. Se admite, por tanto, que si un hombre tiene la fé, el arrepentimiento y la obediencia que el Evangelio exige, su salvacion es segura. Porque nadie que deje de obedecer los mandamientos de Cristo, tiene derecho á creer que posee esta fé y este arrepentimiento. Las condiciones esenciales de la salvacion han sido las mismas bajo todas las dispensaciones. Si alguien, bajo la dispensacion antigua, tiene la fé de Abraham, tiene tambien derecho á las bendiciones prometidas á Abraham. Sin embargo, como la circuncision fué el modo señalado de expresar aquella fé y de aceptar el pacto cuya condicion era, se declaró expresamente que “el varon incircunciso que no hubiera circuncidado la carne de su prepucio, aquella persona seria borrada de su pueblo: ha violado mi pacto.” Génesis 17:14. ¿No es igualmente cierto que aquellos que menosprecian á sabiendas y obstinadamente el bautismo y la cena del Señor, violan el pacto bajo el cual se halla ahora la iglesia establecida? No nos bastará decir que si tenemos la sustancia, la forma es de poca importancia. Todos sabemos que si un antiguo Israelita tenia el arrepentimiento hácia Dios y la fé en el Mesías prometido, sus pecados quedaban perdonados; y sin embargo si no expresaba su fé llevando el sacrificio señalado al

altar, no era perdonado. Dios tuvo á bien que el perdón se manifestase y reconociese de este modo. De la misma manera se requiere ahora que se reconozca públicamente el método de la salvacion y que se manifieste por las ordenanzas del bautismo y de la cena del Señor. Por tanto, desechamos el pacto del Señor tan realmente menospreciando estas ordenanzas, como lo hicieron los Judíos rechazando la circuncision ó la ofrenda de sacrificios.

Otra comprobacion de este asunto se puede encontrar en el contrato de matrimonio. Lo esencial de este es el consentimiento mutuo de las personas contrayentes. Pero en todas las naciones civilizadas alguna manifestacion pública de este consentimiento es esencial para la validez del pacto. Así tambien, lo esencial de nuestro pacto con Dios es el arrepentimiento y la fé: pero siendo el bautismo y la cena del Señor los medios establecidos divinamente para significar y ratificar el pacto, no pueden menospreciarse más que el reconocimiento público del pacto matrimonial.

Hubo una perversion fatal cuando los Judíos imaginaron que la circuncision y los sacrificios sin fé y sin obediencia eran eficaces para la salvacion; y no es ménos fatal la ilusion de imaginar que el bautismo y la cena del Señor, sin aquellas gracias internas, pueden asegurar el favor de Dios. Pero al evitar un extremo, no debemos caer en el otro. Aunque los sacrificios sin fé fueron abominacion al Señor, sin embargo, los sacrificios por el mandamiento divino fueron necesarios; y aunque las ordenanzas cristianas sin la gracia que representan son formas vacías, estas tambien son obliga-

torias por el decreto divino, y en su propio lugar esenciales. Empero ningun cristiano necesita ser obligado por la fuerza de autoridad á prestar su obediencia á los mandamientos de Cristo. Le basta que sca la voluntad de su Salvador que las verdades y bendiciones del Evangelio sean manifestadas y conmemoradas por la observancia perpetua de las ordenanzas del bautismo y de la cena del Señor. Aunque no pudiera ver ninguna conveniencia en tal observancia, y aunque la experiencia no le enseñara nada respecto á su valor, sin embargo obedecería alegremente. Mucho más se debe esperar que preste una obediencia pronto cuando sabe, tanto por las Escrituras como por la experiencia, que estas ordenanzas se hacen para el creyente como unos canales de bendiciones divinas: que son medios de gracia, y fuentes de las delicias espirituales las más puras, que le introducen á un estado de comunicacion con Cristo y le unen en relaciones santas con todos los hermanos. Sabe que el menospreciar estas instituciones divinas no es solamente quebrantar un mandamiento de Dios y violar un pacto; es rehusar comer á su mesa y rechazar la provision que ha hecho para la vida de nuestras almas.

Si los sacramentos son medios de gracia tan importantes, y si asistir á ellos es un deber tan claramente mandado en la palabra de Dios, es importante preguntar ¿cuales son los requisitos propios para el cumplimiento aceptable de este deber?

Al considerar este asunto, no debemos confundir los requisitos que la iglesia tiene el derecho de exigir á los que se presentan por sí mismos como candidatos

para la comunión cristiana con los que tales candidatos deben buscar en sí mismos. La iglesia no puede juzgar el corazón; solo puede exigir una profesión creíble. Es su deber explicar la naturaleza del Evangelio, con sus promesas y mandamientos, y declarar con claridad cuál es la naturaleza del servicio que adoptan aquellos que hacen profesión de abrazar las ofertas de salvación. Aquellos que están instruidos así, y declaran que aceptan las ofertas de la misericordia divina y se proponen vivir obedeciendo los mandamientos divinos, son recibidos en la iglesia, excepto cuando se percibe una evidencia palpable de la falta de sinceridad en su profesión. Hace esto, no porque juzgue que son cristianos sinceros, sino porque poseen las únicas cualidades que tiene derecho de exigir. Ningún sacerdote bajo la antigua dispensación se atrevió nunca á excluir á un hombre del altar, porque en su concepto lo juzgase destituido de la fé y del arrepentimiento necesarios en el acto de presentar un sacrificio. Si el que se ofrecía tenía las cualidades externas prescritas por la ley, era admitido. La decisión sobre su estado espiritual se dejaba á Aquel que escudriña el corazón. Así también, bajo la dispensación evangélica, encontramos á los apóstoles bautizando y administrando la cena del Señor á todos los que hacían la profesión necesaria, y contra quienes ninguna evidencia visible de falta de sinceridad podía aducirse. Cualquiera razón considerada suficiente para excomulgar á un miembro de la iglesia se consideraba, por supuesto, bastante también para excluir al que solicitaba ingresar á ella. Es de importancia recordar que la iglesia no profesa creer que todos

aquellos á quienes recibe en su comunión son cristianos sinceros. No puede juzgar de su sinceridad interna. Para su Señor deben estar en pié, ó caer. Muchos sin duda se confirman en un juicio falso de sí mismos porque consideran su admisión en la iglesia como una expresión del juicio de su pastor ó de sus hermanos, de que son lo que profesan. Es natural que formen buena apreciación de sí mismos cuando sabemos que los cristianos de mucha experiencia pronuncian un juicio favorable de su estado espiritual. Pero deben recordar que no es la prerogativa de la iglesia juzgar el corazón; debe recibir á todos los que tienen las cualidades externas que las Escrituras requieren.

Pero aunque la iglesia se ve obligada á limitar sus exigencias á una profesión creíble de la fé y del arrepentimiento, es deber de los que solicitan ser admitidos en su gremio asegurarse de que tienen todas las cualidades que la naturaleza del servicio exige. Estas cualidades pueden todas reducirse al conocimiento de la piedad.

Si las Escrituras enseñaran que los sacramentos tienen una eficacia inherente y propia: que el agua del bautismo tiene poder de limpiar el alma del pecado, y el pan y el vino de mantener la vida espiritual, entónces, á la verdad, podrían administrarse á los ignorantes á los insensibles y á los moribundos. Pero si se nos enseña que la eficacia tanto de la palabra como de las ordenanzas, no depende de ellas ni de los que las administran, sino del Espíritu Santo, revelando y aplicando la verdad manifestada por ellos, entónces es claro que se deben entender para que sean provechosos. Es una

de las doctrinas más importantes de la Biblia que Dios santifica á su pueblo por la verdad. Pero la verdad no es verdad para el que no la entiende. Si repetis á un hombre ignorante una fórmula matemática, aunque contenga una proposición de la mayor importancia, para él nada vale. No comunica ninguna idea á su entendimiento, ni produce ningun efecto en él. Ó si le decis que Dios ha propuesto á su Hijo para ser propiciación por nuestros pecados por medio de la fé en su sangre, si no entiende el significado de las palabras, es como si nunca las hubiera oido. Por tanto no predicamos en un idioma desconocido, ni mandamos Biblias hebreas á los Indios, ni las Escrituras griegas á los Hotentotes. Si la verdad no se entiende, el entendimiento no la tiene presente y no se afecta por ella. De la misma manera á no ser que estén entendidos los sacramentos por aquellos que los reciben, son para ellos ceremonias sin significado. Ó no declaran nada ó excitan opiniones y aprehensiones erroneas. Degradamos las Escrituras hasta las fórmulas de encantamiento y los sacramentos hasta los ritos mágicos, si suponemos que no es necesario un conocimiento de su significado. Dios es espíritu, y los que le adoran, es necesario que le adoren en espíritu, tanto con inteligencia como tambien sincera é interiormente. Por tanto es esencial para una asistencia propia á los sacramentos que sepamos lo que tienen por objeto representar, cuales beneficios confieren, y cuales obligaciones imponen. Cuando se entienden así, cuando el creyente vé en ellos la manifestación clara de las verdades y las promesas del Evangelio, y sabe que fueron establecidos para ser los medios de su confesión de

Cristo delante de los hombres, y para ratificar el pacto gratuito de Dios con su alma, entónces recibe realmente las bendiciones espirituales de que los sacramentos son los signos externos.

El conocimiento necesario para entender propiamente los sacramentos incluye el que se sepan todas las doctrinas esenciales del Evangelio. Cuando se bautiza á un hombre en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, si estos nombres no representan á su entendimiento alguna idea definida, si no sabe que son los nombres de la Deidad, no puede saber lo que hace al someterse á ser bautizado. No reconoce á Jehová, ni le recibe como su Dios que guarda el pacto, ni como su Redentor y Santificador. Como el bautismo tiene por objeto significar y sellar nuestra union con Cristo, y nuestro libramiento por El de la culpa y del dominio del pecado, si no nos reconocemos á nosotros mismos como pecadores, ni sabemos que nos es necesario unirnos á Cristo y ser perdonados y renovados por su sangre y por su Espíritu, la ordenanza pierde para nosotros toda su significacion. Por tanto un conocimiento de la verdad concerniente á Dios, al pecado, á la reconciliacion y á la regeneracion, es esencial para participar propiamente de esta ordenanza. Y como la cena del Señor tiene por mira ser un recuerdo de la muerte de Cristo, á no ser que sepamos quien fué El, porque murió, y cuales beneficios su muerte asegura, somos incapaces de participar de ella provechosamente. Todos los afectos deben tener un objeto apropiado. Si amamos, ó tememos, ó deseamos, debemos tener en todos estos casos algo como objeto. No puede haber fé, ni

amor, ni arrepentimiento, ni esperanza, ni gratitud, si el entendimiento no tiene presentes objetos que exciten estas emociones; y la naturaleza de los sentimientos depende de la naturaleza de los objetos que los producen. Si están excitados por la verdad, son legítimos y buenos; y la pureza y la fuerza de las emociones religiosas tendrán una exacta proporcion con la claridad con que se percibe espiritualmente la verdad. El conocimiento, por tanto, es esencial para la religion.

Mas no debemos suponer que el conocimiento y la instruccion son términos sinónimos, ó que todo el conocimiento nos viene de la observacion por medio del entendimiento. Bien léjos de ahí, una gran parte de nuestro conocimiento se deriva de nuestra conciencia ó experiencia interna. Se puede representar la misma revelacion externa á dos hombres igualmente inteligentes; si el uno por el Espíritu de Dios se halla en el estado de sentir en conformidad con la verdad, y el otro está destituido de tales sentimientos, aquel poseerá un conocimiento de que este no tiene ninguna concepcion. Tendrá un conocimiento profundo de la naturaleza de las cosas reveladas y de su verdad y valor, que es debido enteramente á lo que pasa dentro de su propio corazon. Estos hombres, aunque sean iguales en instruccion, diferirán mucho en conocimiento. Segun esto encontramos que los ignorantes entre el pueblo de Dios frecuentemente tienen más conocimiento de la verdad religiosa que muchos hombres ilustrados. Tienen ideas más correctas de su naturaleza, y las palabras por las cuales se expresan excitan en su entendimiento concepciones mucho más definidas de los objetos reales de

las afcciones religiosas. Empero, como Dios no revela ningunas verdades nuevas, sino que santifica á su pueblo por su palabra, se debe recibir instruccion externa para llegar á este conocimiento espiritual interno: de aquí es que así como la ignorancia de las verdades reveladas en las Escrituras es inconsecuente con la existencia del propio sentimiento religioso, ó en otras palabras, con la religion misma, así tambien lo es con la propia participacion de las ordenanzas por las cuales son declaradas y confirmadas aquellas verdades.

Los otros requisitos para una participacion aceptable de los sacramentos son sugeridos naturalmente por las representaciones dadas de su naturaleza. Como son los medios señalados para hacer una profesion pública de religion, es necesario, por supuesto, que seamos y creamos lo que de esta manera profesamos. La sustancia de esta profesion es que somos cristianos: que creemos en Cristo como el Redentor de los pecadores, que aceptamos las condiciones de salvacion propuestas en el Evangelio, y nos proponemos vivir en obediencia á sus mandamientos. Si no tenemos esta fé, si no nos proponemos renunciar nuestros pecados y vivir para Dios, entónces hacemos una profesion falsa y nuestro servicio debe ser sin aceptacion ante Dios.

Considerando los sacramentos como sellos del pacto de gracia, es claro que exigen los requisitos que acabamos de indicar en los que los reciben. Aquel pacto se relaciona con el libramiento del pecado. Dios en él promete concedernos la salvacion; y nosotros prometemos aceptar su misericordia en las condiciones bajo las cuales se ofrece. Si El promete ser nuestro Dios,

nosotros prometemos ser su pueblo. ¿Pero como pueden entrar en este pacto solemne con Dios los que aman el pecado y están resueltos á no abandonarlo? ¿Como pueden hacer pacto con Dios de esta manera para el perdon, para la santificacion y para la vida eterna, aquellos que no sienten la necesidad de perdon, ni ningun deseo de santidad, ni ninguna tristeza por sus transgresiones pasadas?

En cuanto á la cena del Señor, se nos enseña que tuvo por objeto especial conmemorar la muerte de Cristo. Si tomamos parte en celebrar su muerte, profesamos creer no solamente que El murió, sino que fué todo lo que pretendió ser, que su muerte asegura los beneficios que las Escrituras le atribuyen, y que estamos obligados á contribuir á que se haga de este gran acontecimiento un perfecto recuerdo. El propio cumplimiento de este deber requiere que sintamos debidamente nuestras obligaciones para con Cristo por habernos amado y por habérsenos dado á sí mismo por nosotros. Requiere que le veneremos y amemos en proporcion de su excelencia y del valor de los beneficios que recibimos de El. Requiere que estemos preparados á reconocer como nuestro Señor y Salvador al que por manos inicuas fué crucificado y matado, y que le obedezcamos y confiemos en El como tal.

Sea cual fuere la luz, por tanto, en que se consideren los sacramentos, ya sea que se vean como los medios de confesar á Cristo públicamente, ó como signos y sellos de las bendiciones espirituales, ó como ordenanzas conmemorativas de la obra de la redencion, nadie puede asistir á ellos provechosamente ó con acepta-

cion sin conocimiento adecuado de su naturaleza ; sin fé en las verdades que representan y confirman ; ni sin el arrepentimiento, la gratitud y el amor que estas verdades, cuando se creen en realidad, producen necesariamente. Donde se encuentra este conocimiento, esta fé, y amor, allí existen los requisitos necesarios para una asistencia aceptable á los sacramentos ; donde faltan estos, tal asistencia debe incluir profesiones falsas y promesas poco sinceras.

Empero no debemos suponer que la falta de estos requisitos nos libra de la obligacion de obedecer al mandamiento de Cristo, de ser bautizados y de conmemorar á Dios, aunque estemos destituidos de la veneracion, la fé y el amor, que tal adoracion requiere ; y el alegato de que somos indignos para el servicio no puede justificarnos en la falta de cumplimiento de las ordenanzas que Cristo ha establecido. Si tememos tomar la responsabilidad de una profesion pública de religion, debemos recordar que hacemos tales profesiones siempre que participamos del culto público del santuario. Si decimos que ofenderíamos á Dios acercándonos á su mesa sin la preparacion debida, acordémosnos que lo ofendemos siempre que oramos ú oímos el Evangelio sin fé, sin arrepentimiento y sin obediencia. Es vano intentar introducir la consistencia en una vida semi-religiosa. Si los hombres renunciaran todo derecho de ser contados entre el pueblo de Dios y rechazaran enteramente su servicio, serian entónces consecuentes al obrar así. Pero no pueden elegir una parte de su servicio y desechar otra ; no pueden profesar ser penitentes y creyentes participando del culto de Dios, y

declararse impenitentes é incrédulos alejándose de los sacramentos. No se colocan en un terreno neutral con tal inconsecuencia. Su único curso seguro y propio es arrepentirse y creer. Entónces serán adoradores y comulgantes aceptables. Si frecuentan el templo de Dios con un deseo sincero de hacer su voluntad y de buscar su favor, obedezcan entónces en el mismo estado de ánimo á todos sus mandamientos. Si vienen á la mesa del Señor para complacer á Cristo, para obedecer su voluntad, para expresar su gratitud por la muerte del Señor, dejadles que vengan. Como son sus días así será su fortaleza.

De la revista de todo este asunto se deduce con claridad que la confesion pública de Cristo es la condicion indispensable de ser discípulo suyo: que esta confesion debe hacerse por la asistencia á los sacramentos que El ha establecido; que estas ordenanzas no son solo signos y sellos de las bendiciones espirituales, sino son hechos por el Espíritu Santo medios eficaces de gracia para el creyente: que la asistencia á ellos es, por tanto, un deber indispensable, no exigiendo otros requisitos que aquellos que son necesarios para el culto aceptable de Dios, y de consiguiente que incumbe á todos los que quieren servir y honrar á Cristo y participar de su salvacion, recibir los sacramentos en obediencia á su voluntad.

CAPÍTULO IX.

SANTA VIDA.

SECCION I.—NATURALEZA DE LA RELIGION VERDADERA.

Es natural que aquellos que han experimentado las agitaciones que frecuentemente acompañan á la conversion, y han sentido la paz que procede de una esperanza de aceptacion ante Dios, imaginen que la lucha ya ha pasado; que la victoria se ha ganado; y que la obra de religion se ha efectuado. Se disipa pronto esta imaginacion. El nacimiento no es el todo de la vida; ni es la conversion el de la religion. Una madre jóven en la plenitud de su gozo puede olvidar por el momento que solo ha comenzado su vocacion como madre; pero cuando vé á su niño tan admirable en organizacion y poseyendo un espíritu inmortal, la vista de su impotencia la hace sentir que mision tan grande le falta aún que cumplir. El descuidarlo por una hora bastaria para destruir todas sus esperanzas. Así el cristiano novicio, aunque al principio está dispuesto á pensar que ha concluido su tarea, descubre pronto que el principio débil de la vida espiritual necesita vigilarse y alimentarse con cuidado incesante. Si se abandona en su nacimiento, debe perecer tan cierta y prontamente como un niño expósito.

Se incurre en otro equívoco sobre este asunto por los que suponen que la religion es una clase voluble de

vida, en que se alternan la excitacion y la indiferencia. Los que incurren en este error son religiosos solo á veces. Viven tranquilamente meses enteros en el indiferentismo, y si la ternura ó la alegría puede moverlos, entónces se satisfacen con la perspectiva de otro período de recaída. Ninguna clase de vida puede tener estas intermitencias. Ni las plantas, ni los animales viven así. Los hombres de buena salud no pasan de las convulsiones al desmayo, ni de este á aquellas; ni tampoco se presenta la religion sincera en esta forma. Tiene á la verdad sus cambios, así como hay en el cuerpo períodos de salud y de enfermedad, de vigor y de cansancio; pero la religion á medida que merezca tal nombre es constante, activa y progresiva; y no es una série de impulsos.

Es un error aun más comun suponer que la religion es un servicio externo más bien que interno. Hay muchos que se consideran á sí mismos como religiosos porque asisten á los cultos religiosos. Suponen que una asistencia con regularidad al culto público y á las formas externas de la religion, basta para conferirles el carácter de cristianos.

Las Escrituras nos enseñan que la religion es una vida nueva espíritual. Por tanto, se llama su principio un nacimiento nuevo, una creacion, una resurreccion espíritual. En cuanto á su principio ú origen, ella es misteriosa. Ve sus formas diferentes en las plantas, en los animales y en el alma racional, pero no puede descubrir la fuente secreta de estas clases diferentes de actividad. La naturaleza de la vida espíritual no es ménos inescrutable. El viento de donde quiera sopla

y oyes su sonido, mas ni sabes de donde viene, ni adonde vaya; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. Una clase nueva de actividad se manifiesta en el alma que es nacida de Dios; pero de donde procede aquella actividad, y el cómo se sostiene, se encuentran entre las cosas secretas de Dios. Mas no podemos dudar que hay alguna causa permanente de estas nuevas operaciones. Sabemos que la vida del cuerpo no consiste en los actos de ver, de oír, de gustar, etc., ni consiste el alma en el pensamiento y la voluntad; ni consiste la vida espiritual en los actos que manifiestan su existencia. Se efectúa en la regeneración un cambio en el estado del alma que explica el hecho de que sus percepciones, propósitos y sentimientos son diferentes de lo que fueron ántes, y de que son permanentes. Se llama algunas veces la causa de esta diferencia "un nuevo corazón," ó "la gracia," ó "El Espíritu," ó "el hombre nuevo," ó "la renovación del hombre interno." Todos estos términos se usan para designar el principio de la vida espiritual, que se manifiesta en los frutos de santidad. Se llama vida, porque es de esta manera permanente ó constante. Aquellos que por algún tiempo manifiestan cierto grado de ardor y actividad respecto de la religión, y después pierden todo su interés en este asunto, son como cadáveres—en quienes la electricidad puede producir momentáneamente las operaciones de animación, pero que se hacen pronto insensibles á todos los medios de excitación. En tales casos no hay ningún principio de vida. Donde es sincera la religión, se arraiga en un corazón nuevo y por tanto es permanente.

Ademas es un rasgo característico de la vida de los seres sensibles, comprendiéndose los racionales, que es espontanea en su actividad. Hay ciertos actos á que se inclina y en que se deleita. No es por apremio por lo que los animales comen, ó beben, ó se recrean en la conciencia de poseer fuerza; ni tampoco hacen uso forzosamente de sus entendimientos los hombres al recibir ideas, al comunicarlas, y al corresponderse entre sí sus sentimientos. Estar tan aislados de sus semejantes que se les prohiba manifestar la fuerza de la vida intelectual y social, es el castigo más severo. De igual manera la reverencia, la gratitud, el amor y la sumision son las operaciones espontaneas del corazon regenerado. Son las efusiones libres, voluntarias, sin restriccion, del alma. La religion que es constreñida ó forzada, ya sea por el temor ó por la fuerza de la conciencia, es espúrea. La obediencia filial, si se presta por el temor de castigo ó por el mero respeto á las apariencias, es muy diferente de la que procede del aprecio y del afecto; y á ménos que el servicio que hacemos á Dios dimanase espontaneamente del corazon, no hay ninguna evidencia de que somos hijos suyos. La Biblia representa al pueblo de Dios como deleitándose en las cosas de Dios. Su palabra, sus ordenanzas, su santuario, su presencia son el gozo principal de ellos. Cuando está enfermo un hombre, encuentra poco placer en las formas comunes del gozo, y cuando el cristiano está enflaqueciéndose espiritualmente, conoce muy poco del gozo que pertenece á la religion. Con todo, sea lo que fuere, lo que haya de espiritual en un alma se manifestará en actos espontaneos de piedad.

Mas todavía la vida en todas las formas que conocemos es progresiva; débil al principio, avanza gradualmente hasta la madurez. Lo mismo sucede con las plantas, con los animales, con el alma racional, y con la vida espiritual. Se encuentra un gozo al principio de la vida religiosa, que muchas veces declina—hecho que puede hacer creer aun al cristiano sincero que la religion misma está declinando en su corazon. Empero tal gozo es un criterio muy incierto del progreso ó de la declinacion de la vida espiritual. Los brincos de los animales jóvenes manifiestan una exuberancia de gozo, que aquellos que han llegado á la edad madura no sienten ya. Pero cuan imperfecta es la organizacion de estas criaturas juguetonas; cuan poca su fuerza eficaz en comparacion con la de aquellos que no conocen la mitad de sus gozos. No es de admirar por tanto, que los cristianos novicios sientan una vehemencia de felicidad en el ejercicio de sus sentimientos, los cuales son deleitosos tanto por su novedad como por su naturaleza, la cual los creyentes de mayor edad han cesado de sentir, en quienes el sentimiento se ha madurado en el principio, y las emociones meramente gozosas se han cambiado en una paz que excede á toda comprension.

Aunque el gozo no es el criterio propio del progreso en la vida divina, es tan esencial á su naturaleza ser progresivo, como lo es á la vida del cuerpo el aumentarse en estatura á medida que avance de la niñez hasta la edad madura, ó á la del alma el fortalecerse en su progreso de la infancia á la virilidad. Un hombre con el entendimiento de un niño es idiota; está destituido de lo que pertenece á un ser racional. Y un cris-

tiano que no avanza en santidad no es un cristiano verdadero. La evidencia más cierta de tal progreso es el aumento de la fuerza; fuerza de fé, de voluntad, de principios; fuerza para hacer el bien, para resistir el mal y para sufrir. El pueblo de Dios va de fortaleza en fortaleza perfeccionando la santificacion en el temor de Dios.

La religion verdadera, pues, no es un servicio externo, ni una mera excitacion de temor y de tristeza que se sigue por la paz y por el gozo; ni es un cambio caprichoso de tales sentimientos. Es un principio permanente de conducta, espontaneo en sus manifestaciones y progresivo en su naturaleza. Estos atributos son esenciales para su sinceridad, pero no constituyen todo su carácter. Es una participacion de la naturaleza divina (1^a Pedro 1:4) ó la conformidad del alma con Dios. Se describe como "el despojo del viejo hombre con sus hechos y el revestimiento del nuevo, el cual por el conocimiento es renovado conforme á la imágen del que lo crió," Colosenses 3: 10; ó como "una renovacion en el espíritu de nuestra mente, para que vistamos el nuevo hombre que es criado conforme á Dios en justicia y en santidad de verdad." Efesios 4: 24. Estos dos pasajes expresan la misma verdad. El renovarse en conocimiento, ó más bien, para conocimiento, significa ser renovado para conocer; y el conocimiento incluye la percepcion, el reconocimiento y la aprobacion de lo que es verdadero y bueno. Este significado tan comprensivo de la palabra se encuentra frecuentemente en la Biblia; y por eso se dice que conocer á Dios y á Jesu-Cristo, es la vida eterna. Tal conoci-

miento es la vida del alma; es una conformidad con Dios en la percepción y la aprobación de la verdad. Ninguna concepción más elevada de la excelencia moral puede formarse que aquella que la resuelve en la armonía del juicio y de la voluntad del alma con Dios. Esto es lo que el apóstol en el pasaje semejante llama justicia y santidad de verdad (es decir, que se fundan en la verdad ó nace de ella.) La misma idea de la santificación se presenta en Romanos 12: 2, en que se dice: "Reformáos por la renovación de vuestro entendimiento, para que experimenteis (ó aprrobeis) cual sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta." Esta es la religión sincera: aprobar lo que aprueba Dios; aborrecer lo que El aborrece; y deleitarse en lo que le agrada.

Es claro según esta representación que todo el hombre es objeto de este cambio. Hay percepciones, propósitos y sentimientos nuevos. El entendimiento se ilustra más y más; la voluntad se hace más sumisa, y los afectos se purifican más y más perfectamente. El apóstol en su epístola á los Tesalonicenses, dice: "El Dios de paz os santifique en todo; para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sean guardados enteros sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesu-Cristo." 1^a Tes. 5: 23. El cuerpo es objeto de la santificación de diferentes modos. Es templo del Espíritu Santo, y por tanto es santo, consagrado al servicio de Dios, y santificado por su presencia. Nuestros cuerpos también son miembros de Jesu-Cristo y en virtud de esta unión participan de los beneficios de la redención, y en el porvenir han de transformarse para que sean seme-

jantes á su cuerpo glorioso. Y más todavía, la influencia del cuerpo sobre el alma es tan variada para el bien ó para el mal, y en nuestro estado caído con tanto predominio al mal, que una parte muy importante de la obra de la santificación consiste en oponernos á aquella influencia. Pablo dice respecto de él mismo, "Hiero mi cuerpo y lo pongo en servidumbre; no sea que habiendo predicado á otros, yo mismo venga á ser reprobado." 1^a Corintios 9: 27. Y declara que una de las condiciones de vida es la de que los creyentes deben mortificar por el Espíritu las obras del cuerpo. El cuerpo, por tanto, se santifica no solamente siendo redimido del servicio del pecado y consagrado al servicio de Dios, sino también reprimiendo su poder sobre el alma, haciéndolo moderado en sus exigencias y sumiso á la voluntad del hombre regenerado.

Así como la obra de la santificación se extiende á todas nuestras facultades, así la imagen de Dios que se quiere imprimir en el alma incluye toda la excelencia moral. Las diferentes gracias, tales como el amor, la fé, la mansedumbre, la benignidad, etc., son solo manifestaciones diferentes de un solo y mismo principio de bondad. No se da á entender que la justicia y la benevolencia son el mismo sentimiento ó la misma disposición, porque son distintas cualidades; pero el mismo principio que hará justo á un hombre, le hará benévolo. La religión, ó el principio de la vida divina, produce toda clase de excelencia; y en sí mismo propende á engendrar tanto una como otra; así como el principio de vida en las plantas y en los animales y en el alma racional, conduce á un desarrollo simétrico del todo en

todas sus partes. La raíz crece á medida que se extienden las ramas, el cuerpo se aumenta en proporcion que sus diferentes miembros crecen; y el juicio y la memoria se fortalecen segun que las otras facultades del alma aumentan su vigor. Todo depende de este progreso simétrico. Si los brazos conservaran sus proporciones infantiles mientras que las otras partes del cuerpo creciesen hácia la madurez, el resultado seria la deformidad y carencia de fuerza. Ó si el juicio y el sentimiento se desarrollasen completamente, permaneciendo la memoria y la conciencia en su infancia, el alma se trastornaria enteramente. La misma ley de desarrollo simétrico se imprime en la vida del alma. Si existe realmente, se manifiesta en todas las formas de la bondad. Algunas clases de excelencia pueden existir donde otras no se hallan, pero en este caso la excelencia no tiene su origen en la vida divina, ó en un nuevo corazon, porque estos en su propia naturaleza incluyen toda clase de excelencia moral. Conocemos que seria una contradiccion decir que es un buen hombre el que aunque justo, no es benigno, porque la bondad incluye tanto la justicia como la benevolencia. Y no la es ménos decir que un hombre es religioso pero no honrado, porque la religion incluye tanto la honradez como la piedad. No se da á entender solamente que la palabra "religion" comprende y expresa todas las formas de la excelencia moral, sino que lo que se entiende por religion ó el nuevo hombre, es decir, el principio de gracia y de vida divina en el corazon, incluye en sí toda clase de bondad. La reverencia, el amor, la sumision, la justicia, la benevolencia son solamente diferentes manifestacio-

nes de un solo y mismo principio de santidad. No puede existir santidad sin benevolencia, sin reverencia y sin justicia. El hombre, por tanto, que es renovado en el espíritu de su mente conforme á la imágen de Dios, tiene la excelencia que se expresa segun sus diferentes objetos y ocasiones en todas las gracias múltiples del Espíritu.

Las Escrituras dan énfasis especial al amor de Dios, como la más comprensiva é importante de todas las manifestaciones de esta vida interna y espiritual. Estamos constituidos de tal modo que nos deleitamos en los objetos que cuadran mejor con nuestra naturaleza; y la percepcion de cualidades que se adaptan á nuestra constitucion, en los objetos externos, produce la complacencia y el deseo. El alma descansa en ellos, como un bien que merece amarse por sí mismo; y cuanto más elevadas son estas cualidades, son tanto más puros y sublimes los afectos que excitan. El efecto de la regeneracion es hacernos percibir y amar la perfeccion infinita y absoluta de Dios, como una perfeccion que comprende toda clase de excelencia y se adapta á las mayores facultades y capacidades de nuestra naturaleza. Por tanto, luego que se renueva el corazon, vuelve hácia Dios, y reposa en su excelencia como el objeto supremo de su complacencia y de su deseo.

Empero el amor á Dios no es mera complacencia en la excelencia moral. Es el amor á un ser personal que mantiene las relaciones más íntimas con nosotros, como el autor de nuestra existencia, como nuestro conservador y director, y como nuestro padre que con amor ardiente nos vigila y guarda, suple todas nuestras

necesidades, y se comunica con nosotros manifestándonos como no lo hace al mundo. Los sentimientos de dependencia, obligacion y parentesco, entran como elementos principales en aquel afecto comprensivo que se llama el amor á Dios. Este se modifica más todavía por la comprension de la sabiduría y poder infinitos de su objeto. Estos atributos son el objeto propio de la admiracion, y cuando son infinitos en su grado, y están unidos á la bondad infinita, excitan aquel temor reverente, aquella admiracion, reverencia y complacencia, que constituyen la adoracion, y que encuentran su única expresion adecuada en la postracion y el culto. No hay atributo de religion más esencial á su naturaleza que esta reverencia para Dios. Siempre que se ha abierto el cielo á la vista de los hombres, sus habitantes se han visto con sus rostros velados é inclinándose delante del trono de Dios. Y todo el culto aceptable en la tierra procede de los humildes y contritos que tiemblan ante su palabra.

El ejercicio de estos sentimientos de reverencia y de amor es (por decirlo así) ó casual, como cuando los pensamientos de Dios pasan y repasan en el alma durante las horas ocupadas del dia; ó es más prolongado, como cuando el alma se aleja del mundo y se pone en la presencia de Dios, para adorar su excelencia, para darle gracias por toda su bondad, y para pedir su bendicion. El espíritu de devocion que distinguió al Redentor de una manera tan preeminente, mora tambien en todo su pueblo. Todos son devotos; todos son guiados por Dios, todos sienten que El está cerca y se regocijan con su presencia; y todos se comunican con

El en los actos del culto privado y público. No hay religion sin esta comunicacion del alma con Dios, así como no hay vida sin calor y movimiento en el cuerpo. Y así como el cuerpo muerto se corrompe muy pronto, así perece el alma cuando no se comunica con Dios.

Este amor de Dios se manifestará en la sumision y en la obediencia. Aquella es una sumision humilde á la voluntad de Dios, que incluye la percepcion y el reconocimiento de que los mandamientos de Dios respecto de todas las cosas son buenos, y de que todas sus dispensaciones son sabias, misericordiosas y justas. Aun cuando le rodean las nubes y la oscuridad, nuestros corazones, bajo la influencia de la religion son convencidos de que la justicia y el juicio son el asiento de su trono. El alma regenerada llena con la seguridad de la sabiduría, del poder y de la bondad de Dios, se entrega en sus manos diciendo, "Hágase tu voluntad." Bajo la influencia de este espíritu el alma está libre del descontento y de las dudas que destruyen la paz, y aumentan la culpa de aquello que no tiene tal confianza de que el Juez de todo el mundo hará lo que es bueno.

El amor de Dios debe producir la obediencia, porque supone una conformidad del alma con Dios en la percepcion y en el amor de lo que es verdadero y bueno; y la obediencia es solo la expresion ó la manifestacion externa de esta conformidad; así como la desobediencia es la evidencia de una contradiccion entre nuestra voluntad y la de Dios. Siempre que hay reconciliacion con Dios ó restauracion de la imágen divina, debe haber conformidad del corazon y de la vida con la voluntad de Dios. Es una contradiccion decir

que un hombre se parece á Dios, ó que es participante de la naturaleza divina, si no ama lo que Dios ama y si no evita lo que Dios aborrece. La obediencia no es más que el amor en actividad. Es la voz y la apariencia y el porte que el afecto necesariamente manifiesta. Porque el amor á Dios, como ya se ha dicho, no es mero amor á la excelencia; es un amor á un Padre Celestial; y por tanto, asegura la obediencia no solo porque supone afinidad de alma, por decirlo así, entre el pueblo de Dios y Dios mismo, sino tambien porque la voluntad divina es que seamos obedientes. Esto es lo que le agrada; y el amor cesa de ser amor si no nos conduce al propósito y al esfuerzo de contentar su objeto. “El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama.” La obediencia no es tanto la evidencia del amor, como lo es el amor mismo, hecho visible ó expresado. El tenor habitual de la vida de un hombre manifiesta más fielmente el estado de su corazon que cualquier efervescencia de sentimiento ó cualquiera profesion meramente verbal; y donde quiera que el tenor de la vida no está en conformidad con la voluntad de Dios, debe estar el corazon opuesto á aquella voluntad; y por otra parte, donde quiera que existe el amor, debe existir la obediencia.

No habria analogía en el órden de cosas tal cual están establecidas por Dios, si las manifestaciones de la vida espíritual no estuviesen acompañadas por la paz y el gozo. La felicidad se une tan íntimamente con estas actividades que el apóstol dice, “La intencion del Espíritu es vida y paz.” La excelencia y el gozo se mezclan en union inseparable; de suerte que todas las emo-

ciones y afectos buenos son agradables. Y este placer está en proporcion en género, si no en grado, con la dignidad de las facultades de cuyas operaciones procede. Los sentidos proporcionan la clase más baja de felicidad; entónces, en una escala ascendente, vienen los afectos sociales, las facultades intelectuales, las emociones morales, y por último los afectos religiosos. Se siente que la clase de felicidad que acompaña á estos es más pura y elevada, más satisfactoria y mejor adaptada á nuestra naturaleza, que la que reconoce cualquier otro origen. Por eso las Escrituras atribuyen á la comunicacion con Dios un gozo que es indecible y glorificado, y una paz que excede á toda comprension. Por tanto, el gozo es uno de los frutos del Espíritu; es uno de los accesorios de la vida espiritual, y una de sus evidencias; es una efusion saludable; es el oleo de gozo que el Espíritu derrama sobre el alma regenerada, para dar vigor á sus operaciones, para avivar su rostro, y para hacerla activa en el servicio y las alabanzas de Dios.

Como la imágen de Dios conforme á la cual se renueva el alma, consiste en la excelencia moral, y como la excelencia moral significa aquel estado del alma que hace al hombre sentir y obrar bien bajo todas las circunstancias, es imposible que los que tienen opiniones y sentimientos correctos respecto de Dios, no sientan y obren rectamente hácia sus semejantes. Aquellos á quienes llama la Biblia buenos hombres no son ménos benévolos y justos, que devotos. La declaracion comprensiva de nuestro deber hácia nuestros semejantes se encuentra en el mandamiento, " Amarás á tu prójimo

como á tí mismo." El amor que se dá á entender aquí, es la disposicion que nos hace tratar á nuestro prójimo con respeto y benignidad, esforzándonos en hacerle bien. Esta caridad es paciente y benévola; no envidia la felicidad de otros, sino que se regocija con su bienestar. No es orgullosa ni injuriosa; no busca lo suyo; no se huelga en la injusticia, mas se huelga en la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera. Sin esta caridad, todas las profesiones de piedad, todas las limosnas, todas las acciones externas de abnegacion ó de beneficencia de nada nos sirven. Pertenece esencialmente al carácter cristiano, porque así como el amor propio, que nos hace buscar nuestra propia felicidad, pertenece á nuestra naturaleza humana, así la benevolencia que nos hace buscar la felicidad de otros, pertenece á la naturaleza del nuevo hombre. Un hombre nuevo significa un hombre bueno, uno que se parece á Dios, que es santo, justo, benévolo y misericordioso.

Esta disposicion mansa, benigna, confiada, que la religion nunca deja de producir, por supuesto, se modifica de varios modos por los caracteres diferentes de los individuos, y por las relaciones de la vida. Ninguna parte de la Biblia nos enseña que debemos abrigar para todos los hombres los mismos sentimientos. Miéntras que inculca la benevolencia hácia todos los hombres, reconoce y sanciona las relaciones peculiares é íntimas que los hombres mantienen entre sí como miembros de la misma familia ó sociedad. Y el mismo principio de religion, que produce esta benevolencia general, asegura el ejercicio de todos los afectos que pertenecen á las varias relaciones de la vida. Nos hace prestar obediencia

cia, temor y honor á aquellos á quienes esto se debe respectivamente. Hace á los hombres ser respetuosos, considerados y amables en todas sus comunicaciones con sus iguales, y en su porte hácia sus subordinados.

No se puede considerar demasiado que estas virtudes sociales son esenciales á la religion verdadera. El pueblo de Dios es el que se parece á Dios: pero Dios, segun lo que hemos visto, es justo y misericordioso, tardo para la ira, grande en benignidad y verdad. Por tanto, los que son deshonestos, crueles, orgullosos, vengativos ó engañosos, no son su pueblo, no llevan la semejanza celestial y nunca se han renovado en el espíritu de su mente. Que nadie se engañe con la esperanza de que puede ser buen cristiano, no obstante que como padre, hijo ó prójimo, es malo. Un cristiano se parece á Cristo.

Otra forma bajo la cual no puede dejar de manifestarse un corazon renovado es la abnegacion. Dijo el Salvador, " Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz y sígame." Mateo 16: 24. La necesidad de abnegacion divina procede en parte del hecho de que el cumplimiento de nuestros deseos frecuentemente es incompatible con el bien de otros; y en parte del hecho de que nuestros deseos y pasiones son excesivos y malos. La regla prescrita por el Evangelio es que no debemos agradarnos á nosotros mismos, sino que cada uno debe agradar á su prójimo, en bien para su edificacion. Porque Cristo no se agradó á sí mismo; ántes que por amor de nosotros se hizo pobre, siendo rico; para que nosotros con su pobreza fuésemos enriquecidos.

La experiencia diaria de la vida nos proporciona ocasiones constantes para el ejercicio de esta clase de abnegacion. El que tiene el mismo sentimiento que existió tambien en Cristo, en vez de ser egoísta está listo á preferir las ventajas de los demas á las suyas; á abandonar su propio placer, y aun sus propios derechos para el bien de otros. Si el comer carne es á su hermano ocasion de caer, jamas comerá carne. Á los Judíos es hecho como Judío; para ganar á los Judíos. Á los flacos es hecho flaco, para ganar á los flacos. No vive para sí mismo. Su propio interes no es el fin principal de sus esfuerzos. Así como un deseo benévolo del bien de los demas distinguió especialmente al Redentor, así caracteriza tambien á todos sus adeptos; porque los predestinó Dios para que fuesen hechos conforme á la imágen de su Hijo.

Aun más frecuente es el requisito de abnegacion que dimana de la corrupcion, como consecuencia de la caida. Los sentidos han obtenido una influencia excesiva sobre el alma; son incesantes en sus exigencias y se hacen más importunos á medida que se halagan. Es incompatible con la razon que cedamos al poder de estos principios inferiores de nuestra naturaleza: porque la razon misma nos enseña que si un hombre está dominado por su cuerpo es siervo de un esclavo. Pero si un hombre racional siente que debe someter su cuerpo al entendimiento, el hombre religioso no puede ser sensual. Los que son cristianos han mortificado la carne con sus afectos y deseos; ponen sus cuerpos en servidumbre.

Lo que pertenece al cuerpo es, en cierto sentido ex-

terno ; las disposiciones malas del corazon tienen la más íntima conexion con el alma. El orgullo, la vanidad, la invidia, la malicia y el amor propio son enemigos más formidables que los apetitos meramente corporales. Son más fuertes, más durables y más capaces de engaño. Como estas disposiciones se arraigan profundamente en nuestra naturaleza, el despojo del hombre viejo que es corrupto, ó la destruccion de estos principios, es el más difícil de todos los deberes del cristiano, y hace un conflicto perpetuo la vida del creyente. “La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no haga lo que quiere.” Empero en este conflicto el mejor principio es característico, aunque no uniformemente victorioso ; porque los hijos de Dios no andan conforme á la carne, sino conforme al espíritu.

Es claro, entónces, segun este breve exámen, que los cristianos sinceros se renuevan conforme á la imágen de Dios para ser santos ; aman á Dios, descansan con complacencia en sus perfecciones ; se someten á su voluntad y se regocijan en sus relaciones con El, como sus criaturas é hijos ; son habitualmente devotos y tienen comunicacion con el Padre de sus espíritus y con Jesu-Cristo su Hijo. Son hijos obedientes, no conformándose con los deseos que ántes tenian, sino así como aquel que los ha llamado es santo, así ellos son santos en toda conversacion. Como llevan la imágen de un Dios justo y misericordioso, son honrados y benévolos con sus semejantes, no buscando lo suyo, sino el bien de otros. Y como esta victoria sobre ellos mismos, y esta conformidad con la imágen de Dios, no se pueden

obtener sin conflicto y abnegacion, se oponen constantemente á los males más sutiles del corazon.

Pueden decir algunos que si esto es la religion, ningun es religioso. Es verdad, sin duda, que muchos son llamados, mas pocos escogidos. “Estrecha es la puerta y angosto el camino, que lleva á la vida; y pocos son los que la hallan.” Debemos sacar nuestra idea de la religion de la Biblia, y no de las vidas de los que la profesan. No se puede negar que la Biblia hace consistir la religion en el amor á Dios y al hombre; ni se puede poner á discusion que el amor á Dios se manifestará en la reverencia, en la devocion y en la obediencia; y el amor al hombre en la benevolencia y en la justicia. Y nuestra conciencia nos enseña que ningunas formas ni profesiones externas, ni aplicacion asidua á los cultos religiosos, pueden conferirnos el carácter cristiano, si no somos de esta manera devotos y obedientes hácia Dios, justos y benévolos hácia nuestros semejantes; y si no practicamos la pureza y la abnegacion en cuanto á nosotros mismos. Pero puesto que estos rasgos son todos esenciales al carácter cristiano, no se afirma que todos los cristianos son iguales. Hay tanta diversidad en sus caracteres como cristianos, como en su apariencia corporal, en sus alcances mentales, ó en sus disposiciones sociales. Pero así como todos los hombres, en medio de esta variedad interminable, tienen los mismos aspectos, las mismas facultades intelectuales, y los mismos afectos sociales, así todos los cristianos, sea cual fuere la diferencia en la fuerza ó en la combinacion de las gracias cristianas, son conducidos por el Espíritu, y todos llevan los frutos del Espíritu.

Despues de haber hecho este bosquejo de la naturaleza de la religion verdadera, es conveniente decir algunas palabras en cuanto á su necesidad. Se debe recordar siempre que la necesidad de la santidad es absoluta. En cuanto á otras cosas, algunas, aunque son deseables, no son esenciales, y otras, aunque son esenciales bajo las circunstancias comunes, no son necesarias universal y absolutamente. Pero la santidad es necesaria en tal sentido que la salvacion sin ella es imposible, porque la salvacion consiste principalmente en esta misma transformacion del corazon. Jesus es Salvador porque salva á su pueblo de sus pecados. Por tanto, los que no son santificados no son salvos. La doctrina de que un hombre puede vivir en el pecado y sin embargo conservar un estado de salvacion, es una contradiccion equivalente á decir que un hombre puede estar enfermo cuando está con buena salud. Un estado de salvacion es un estado de santidad. Las dos cosas son inseparables; porque la salvacion no es mera redencion de la pena del pecado, sino tambien el libramiento de su poder. Es la emancipacion de la esclavitud de los apetitos del cuerpo y de las pasiones malas del corazon; es una introduccion al favor de Dios, y á la comunicacion con El; es la restitution de la imágen divina al alma, de suerte que ama á Dios y se deleita en su servicio. La salvacion, por tanto, se comienza siempre en la tierra. “De cierto, de cierto os digo, el que cree en mí tiene vida eterna.” Este es el lenguaje de nuestro Salvador. La intencion de la carne es muerte; mas la intencion del Espíritu, vida y paz. No hay ilusion más inexcusable, porque ninguna se opone más directamente

á todas las doctrinas de la Biblia, que la idea de que un estado de gracia está en conformidad con una vida de pecado. Sin santidad ninguno puede ver á Dios. Sean cuales fueren nuestras relaciones eclesiásticas, nuestros privilegios ó nuestras profesiones, si no somos santos con el corazon y en la vida, si no somos dominados habitualmente por un respeto á la voluntad de Dios, si no nos deleitamos en la comunicacion con El, ni deseamos la conformidad con su imágen, si no somos guiados por el Espíritu, y no manifestamos el amor, el gozo y la paz, la tolerancia, la benignidad, la bondad, la fé, la mansedumbre y la templanza que el Espíritu siempre produce, entónces no somos hombres religiosos, ni estamos en un estado de salvacion.

La Biblia no reconoce como cristianos á los orgullosos, á los egoistas, á los codiciosos, á los impuros. Los cristianos participan de una vocacion santa, son "limpios, santificados y justificados en el nombre del Señor Jesus, y por el Espíritu de nuestro Dios;" son santos, los santificados en Cristo Jesus; cuidan lo espiritual, han crucificado la carne en sus afectos y sus deseos; son pobres en espíritu, mansos, de limpio corazon, misericordiosos; tienen hambre y sed de justicia. No que ya hayan alcanzado, ni que ya sean perfectos, sino que prosiguen por ver si alcanzan aquello para lo cual fueron tambien tomados por Cristo Jesus; olvidando ciertamente lo que queda atras y extendiéndose á lo que está adelante, prosiguen al blanco, al premio de la soberana vocacion de Dios en Cristo Jesus. Su vivienda es en los cielos; de donde tambien esperan al Salvador, al Señor Jesu-Cristo el cual transformará el

cuerpo de nuestra bajeza, para ser semejante al cuerpo de su gloria, por la operation con la cual puede tambien sujetar á sí todas las cosas.

Ademas, como Dios es santo, es necesario que su pueblo sea santo. No puede existir ninguna comunicacion sin concordia, ó sin congenialidad. Si el uno ama lo que aborrece el otro, si aquel aprueba lo que este condena; si aquel quiere lo que este desecha, no puede haber consorcio entre ellos. ¿Qué concordia tiene Cristo con Belial? ó ¿qué comunion la luz con las tinieblas? Por tanto, miéntras que somos lo que Dios desaprueba y no amamos lo que El ama, no puede existir ninguna comunicacion entre El y nosotros. De aquí es que Cristo dice, "No te maravilles de que te dije, Os es necesario nacer otra vez. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, es espíritu. La intencion de la carne es enemistad contra Dios y en tanto que esta prevalece es imposible que disfrutemos de su presencia. Como Dios es la única porcion suficiente del alma, como su favor y la comunicacion con El son esenciales para nuestra felicidad, como el cielo consiste en ver, amar y servir á Dios, es claro que si no somos santificados, no podemos ser salvos. No podemos disfrutar la sociedad, las ocupaciones, ó los placeres del pueblo de Dios en lo alto, si no nos deleitamos en ellos aquí. La necesidad de la santidad, por tanto, se origina de la naturaleza misma de Dios, y de consiguiente es absoluta é inmutable.

Sabemos tambien que la redencion tiene por mira la santidad. Cristo se entregó á sí mismo por su Iglesia para santificarla, limpiándola para que fuese santa y sin

mancha. Murió el Justo por los injustos para llevarnos á Dios. El fin de la redencion no se alcanza por los que viven en el pecado; en otras palabras, ellos no son redimidos. Por tanto, suponer que la redencion y la permanencia en el pecado son compatibles, es trastornar todo el Evangelio y hacer inútil la muerte de Cristo. Todo el designio y el propósito de la mision y de los sufrimientos del Salvador se frustrarian si su pueblo no se hiciese participante de su santidad; porque la gloria de Dios se promueve en las almas y por las almas solo en tanto que se santifican; y la recompensa del Redentor es traer á su pueblo á la conformidad de su propia imágen para que El sea el primogénito entre muchos hermanos. Todo hijo de Dios siente que el encanto y la gloria de la redencion es el libramiento del pecado y la conformidad con Dios. Esta es la corona de justicia, el premio de la soberana vocacion de Dios; la exaltacion y la felicidad, por las cuales el cristiano anhela y sufre y suplica á Dios. Decirle que puede ser salvo sin ser santificado, confunde todas sus ideas de la salvacion y destruye todas sus esperanzas. La naturaleza de la salvacion, el carácter de Dios, las declaraciones de su Palabra, el designio de la redencion, todo concurre á probar que la santidad es absoluta é indispensablemente necesaria, de suerte que sea lo que fuéremos, ó lo que tengamos, si no somos santos, no somos hijos de Dios, ni herederos de su reino.

SECCION II.—LOS MEDIOS DE SANTIFICACION.

LA adquisicion de la santidad se trata frecuentemente, aun por los escritores cristianos, como una mera cuestion de moralidad, ó cuando más, de religion natural. Se les enseña á dominar por la fuerza de su razon sus propensiones viciosas, poner en órden ante su mente los motivos para una vida virtuosa y á fortalecer la voluntad, reprimiéndose á sí mismos. Se apela á la conciencia para sancionar los dictámenes de la razon, ó para amonestar al pecador de las consecuencias del pecado. Confian, cual más cual ménos, en las doctrinas de la presencia y de la providencia de Dios y de la retribucion futura, para impedir la tolerancia del pecado y para estimular la práctica de la virtud. Se dan direcciones especiales para el cultivo de los hábitos virtuosos ó para la correccion de los que son malos.

Como somos seres racionales y estábamos destinados á ser dirigidos por la razon y no por el apetito y las pasiones, hay mucho que es verdadero é importante en tales tratados sobre la práctica de la virtud. Pero como somos seres depravados, destituidos de todo poder recuperativo en nosotros mismos, tales reglas y los esfuerzos á que conducen deben ser en sí mismos ineficaces. Dios ha dotado al cuerpo de una energía restaurativa que le hace capaz de desechar todo lo que es dañoso al sistema, y de curar las heridas que accidentalmente ó intencionalmente se le hayan infligido. Pero cuando se desarregla el cuerpo mismo, en vez de corregir lo que es malo, agrava lo que de otro modo hubiera

sido una enfermedad meramente temporal. Y si es reprimido el mal en una parte por medios externos, reaparece en otro. Aunque amputeis un miembro que está pudriéndose, la parte restante puede manifestar pronto los síntomas de la putrefacción. En tanto que el sistema esté desarreglado tales medios son meros paliativos, ocultando ó distrayendo el mal, pero dejando intacto su origen. No es ménos cierto que mientras que no se renueva el corazón todo lo que pueden hacer la razón y la conciencia es de poca importancia. Pueden obstruir la corriente ó hacerla fluir por canales secretos, pero no pueden llegar á la fuente. Como retenemos desde la caída la razón, la facultad de elegir, la conciencia, los afectos sociales, un sentimiento de justicia, el temor, la vergüenza, etc., mucho puede hacerse por un manejo diestro de estos principios de acción, para producir propiedad de conducta y aun grande amabilidad y excelencia de carácter. Pero es imposible de este modo engendrar buenas ideas y buenos sentimientos hácia Dios y hácia nuestros prójimos, ó desarraigar el egoísmo, el orgullo, y otras formas de maldad por las cuales se corrompe nuestra naturaleza. Un hombre puede ser inducido por la razón y por la conciencia á cambiar su conducta, pero no á cambiar su corazón. Un sentimiento de deber puede compelerlo á que dé una limosna al hombre á quien aborrece, pero no puede cambiar el aborrecimiento en amor. El deseo de la felicidad puede inducirlo á que se ocupe exteriormente del servicio de Dios pero no puede hacerle deleitarse en aquel servicio. Los afectos no obedecen á los dictámenes de la razón, ni á los mandamientos de la

conciencia. Pueden ser restrictos medidamente en sus manifestaciones, pero no pueden ser cambiados en su naturaleza. Obedecen á su propia ley. Se deleitan en lo que se adapta á la disposition del que los ejerce. Enseñárseles en que deben deleitarse no puede asegurar su devocion.

No se requiere menospreciar la razon y la conciencia, pero es necesario que sea conocida su funcion, para que no femos en los medios inadecuados en nuestros esfuerzos de hacernos santos. Aunque las Escrituras y la experiencia nos enseñan que nuestras fuerzas sin ayuda no son suficientes para llevarnos al conocimiento y al amor á Dios, las reglas que la razon sugiere para el cultivo de la excelencia moral están para el hombre renovado léjos de hallarse destituidas de valor. No cabe duda que es de mucha importancia reconocer los consejos de los sabios sobre este asunto, y que nos acostumbremos al uso vigilante de todos estos medios subordinados de mejoramiento, recordando sin embargo, que no es por la fuerza de nuestros propósitos, ni por la de consideraciones morales, ni por ninguna regla de disciplina, por lo que se puede producir y mantener la vida divina en el alma.

Miéntas que una clase de hombres fian principalmente en la razon y la conciencia para su mejora moral, otra clase y tal vez mayor, fian en medios á los cuales aunque no tienen ninguna tendencia en sí mismos de producir la santidad, se atribuye falsamente una eficacia inherente, por la disposition divina, de conseguir aquel propósito. Tales son no solo las abluciones, las peregrinaciones y las penitencias de los pa-

ganos, sino los ritos multiplicados de las iglesias cristianas corruptas. Se supone que confieren en el alma la gracia el rociar el cuerpo con el agua consagrada, la repeticion de formas de oracion, la asistencia á los cultos religiosos que no se entienden, la uncion con oleo, la imposicion de manos, y el recibir, aunque sin fé, los sacramentos santos. Se pone gran confianza en retirarse de los demas, en oraciones á tiempos ó en lugares particulares, ó en una postura especial, y en toda la rutina de la disciplina ascética. Con cuan laboriosa é inútil diligencia se han empleado estos medios de destruir el pecado, la historia de la iglesia nos da una triste evidencia. Aun en los tiempos de los apóstoles la disposicion de fiar en tales medios para lograr la santidad habia comenzado á manifestarse. Aunque en aquellos tiempos habia hombres que mandaban abstenerse de las viandas, que prohibian casarse, que decian, "No manejes, ni gustes, ni aun toques; las cuales cosas," dice el apóstol, "tienen á la verdad cierta reputacion de sabiduría en culto voluntario y humilde, y en menospreciar y deshonrar el cuerpo; pero servian solamente para santificar la carne."

Las Escrituras nos enseñan una doctrina diferente, es á saber, que se unen á Cristo los creyentes de tal manera que no son solo participantes de los méritos de su muerte, sino tambien de su Espíritu Santo, que mora en ellos como principio de vida, conformándolos más y más con la imágen de Dios y obrando así el querer como el hacer por su santa voluntad. Enseñan que miéntras los hombres están bajo la ley, es decir, obligados á satisfacer sus exigencias como la base de su acep-

tacion ante Dios, y están dominados por un espíritu legal, ó por un mero sentimiento de deber y por temor del castigo, están en la condicion de esclavos—incapaces de sentimientos buenos hácia Dios, ó de producir los frutos de santidad. Pero cuando están libres de la ley por la muerte de Cristo, en el sentido arriba indicado, se cambian todas sus relaciones para con Dios. Ya no son esclavos, sino hijos. Siendo unidos con Cristo en su muerte, son participantes de su vida, y en virtud de esta union llevan fruto para Dios. De aquí en adelante son guiados por el Espíritu que mora en ellos; y este Espíritu es el manantial de vida, no solo del alma sino del cuerpo; “porque si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos á Jesus mora en nosotros, el que levantó á Cristo de los muertos vivificará tambien nuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en nosotros.” Por tanto, la doctrina de santificacion, como se enseña en la Biblia, es la de que somos hechos santos no por la fuerza de la conciencia, ni por los motivos morales, ni por actos de disciplina, sino por unirnos á Cristo de tal modo que nos reconciliemos con Dios y nos hagamos participantes del Espíritu Santo. Cristo nos ha sido hecho santificacion como justificacion. No nos libra solamente de la pena de la ley, sino nos hace santos. Por lo tanto no hay ninguna cosa más absurda, segun el Evangelio, que la santificacion sin la justificacion ó ántes de ella. Los que están fuera de Cristo están tanto bajo el poder como bajo la condenacion del pecado; y los que están en Cristo no están libres solo de la condenacion del pecado, sino tambien lo están de su dominio.

Se confiesa que la naturaleza de la union entre Cristo y su pueblo, de la cual tanto depende, es misteriosa. Pablo despues de haber dicho, "somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos," agrega á la vez, "este misterio grande es." Efesios 5 : 32. Por tanto, es vano esforzarnos en bajar este asunto al nivel de nuestra comprension. El modo con que Dios está presente y obra en todas partes del universo es para nosotros un secreto inexplicable. No podemos entender ni aun como nuestras propias almas están presentes y obran en los cuerpos que ocupan. Mucho ménos podemos comprender el modo con que Cristo mora, por su Espíritu, en los corazones de su pueblo. Se revela claramente el hecho de que tal union existe; se nos dan explícitamente sus efectos, y se manifiesta su naturaleza tanto cuanto puede ser revelada por las comprobaciones más claras. En su oracion intercesoria nuestro Salvador dijo, "ruego para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, estás en mí, y yo en tí; que tambien ellos sean en nosotros; yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumadamente una cosa." Juan 17:21, 23. "El que guarda sus mandamientos," dice el apóstol, "está en El y El en él. Y en esto sabemos que El permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado." 1^a Juan 3 : 24. "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de El. Empero si Cristo está en vosotros, el cuerpo puede morir, pero el alma vivirá." Romanos 8 : 9, 11. "¿ Ignorais," pregunta Pablo, "que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual teneis de Dios, y que no sois vuestros?" 1^a Corintios 6 : 19. Y ademas en palabras

semejantes, “¿No sabéis que sois templos de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” 1^a Corintios 3: 16.

Están llenas las Escrituras de esta doctrina. La gran promesa del Antiguo Testamento, su conexión con el advenimiento del Mesías, fué la de que se comunicase entónces abundantemente á los hombres el Espíritu Santo. Se dice que Cristo nos redimió para que recibiésemos este Espíritu prometido. Y la única evidencia de una participacion de los beneficios de la redencion que era reconocida por los apóstoles, fué la participacion del Espíritu Santo, manifestándose en los dones extraordinarios que comunicó entónces, ó en los frutos tan amables de santidad que nunca dejan de indicar su presencia. Los efectos que se atribuyen á esta union, como acabamos de indicar, son un interes en los méritos de Cristo para nuestra justificacion, y la morada del Espíritu en nuestros corazones para nuestra santificacion. Se comprueba de varios modos su naturaleza. Se compara con la union que existe entre un representante y aquellos para quienes él obra. En este sentido se dice que Adam se parece á Cristo y que Cristo es el Adam segundo; porque así como en Adam todos mueren, así tambien en Cristo todos serán vivificados. Se presenta tambien esta idea siempre que se dice que Cristo murió por sus ovejas, ó en su lugar; ó cuando se dice que ellas murieron con El, siendo virtualmente su muerte la de ellas, satisfaciendo por causa suya las exigencias de la justicia y redimiéndolas de la maldicion de la ley. Se compara con la union entre la cabeza y los miembros de un mismo cuerpo. El signifi-

cado de esta comprobacion no se explica enteramente diciendo que Cristo domina á su pueblo, ó que hay comunicacion de sentimientos y de interes entre ellos. La idea principal es que hay comunicacion de vida; que el mismo Espíritu mora en El y en ellos. Así como el cuerpo se anima en todas partes por una alma que le hace uno, y comunica una vida comun á todas sus partes, así el Espíritu Santo que mora en Cristo es comunicado por El á todo su pueblo, y le hace en sentimiento peculiar uno con El, y uno entre sí, y da á todos la vida que tiene su centro y origen en El. Así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, empero todos los miembros del cuerpo siendo muchos son un cuerpo, así tambien es Cristo. “Porque por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo, y todos hemos bebido de un mismo Espíritu.” Otra comprobacion del mismo tenor se emplea por Cristo cuando dice, “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que está en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque sin mí nada podeis hacer.” Así como se unen los pámpanos á la vid de tal modo que participan de su vida y dependen absolutamente de ella, así se unen los creyentes á Cristo de tal manera que participan de su vida y dependen absolutamente de El. El Espíritu Santo comunicado por El á ellos es en su corazon el principio de vida y de fertilidad.

El secreto de vivir santamente se encuentra en esta doctrina de la union del creyente con Cristo. Esta no es solo la base de su esperanza de perdon, sino el origen de la fuerza por la cual muere para el pecado y vive para la justicia. Siendo arraigado y fundado en

Cristo, es corroborado con potencia en el hombre interior por su Espíritu, y puede comprender cual sea la anchura y la longura y la profundidad y la altura del misterio de la redencion, y conocer el amor de Cristo que excede á todo conocimiento, y está lleno de toda la plenitud de Dios. Esta doctrina es la que le sostiene bajo todas sus pruebas, y le hace vencer á todos sus enemigos, porque no es él quien vive, mas Cristo vive en él, dándole gracia suficiente para sus necesidades diarias y purificándole en sí mismo, como uno de los de su propio pueblo, celoso de buenas obras.

Como la union con Cristo es la fuente de toda vida espiritual, se ponen en relacion con esta los medios por los cuales se han de mantener y promover esta vida, y derivan de ella toda su eficacia. Así se dice que somos purificados y santificados por la fé; que vivimos y somos salvos por la fé. La fé tiene esta funcion importante, porque es el lazo de nuestra union con Cristo. No solamente nos dá el derecho de alegar sus méritos para nuestra justificacion, sino nos hace participantes de su Espíritu Santo. Cristo ha prometido que todos los que vengan á El recibirán el agua de la vida, que significa, segun lo que dice el apóstol, el Espíritu Santo. Es por la fé, y en la persuasion de nuestra union consiguiente con Cristo por la que tenemos confianza en acercarnos á Dios, y en abrir nuestras almas á la influencia santificadora de su amor. Es por la fé por la que recibimos de su plenitud y gracia por gracia. Es por la fé por lo que pedimos fuerza para vencer nuestras tentaciones y para cumplir con nuestros deberes. Es por la fé, por lo que recibimos " las promesas preciosas

y grandísimas, por las cuales somos hechos participantes de la naturaleza divina.”

Todos los cristianos saben por su experiencia que la fé en Cristo es el principio de su santidad y de su paz. Cuando están rodeados de tentaciones, en peligro de desanimarse ó pecar, si le piden su ayuda, sienten una fuerza para resistir, ó sufrir, que ningun esfuerzo de voluntad, ni influencia de motivos, pudiera comunicar. Cuando se acercan á Dios como miembros de Cristo, tienen acceso con confianza y experimentan un gozo que es inefable y glorificado; cuando están oprimidos por sus aflicciones, si se acuerdan que son una cosa con Aquel que sufrió por ellos, dejándoles un ejemplo, se regocijan con sus tribulaciones, sabiendo que si sufren reinarán tambien con El.

Ademas, como en virtud de nuestra union con Cristo recibimos el Espíritu Santo como la fuente de la vida espiritual, para mantener aquella vida debemos evitar todo lo que puede provocar al Espíritu á que se retire de nosotros. La Biblia nos enseña que el Espíritu puede entristecerse; que sus influencias se pueden apagar; que Dios en su juicio frecuentemente las quita de los que así lo ofenden. Pensamientos malos, genios pecaminosos, actos de transgresion deben evitarse no solamente como pecados, sino como ofensas contra el Espíritu Santo. Debemos acordarnos que manchar el alma con el pecado, ó el cuerpo con la embriaguez ó con la impureza, es sacrilegio, porque somos miembros de Cristo, y nuestros cuerpos templos del Espíritu Santo. Por otra parte, pensamientos buenos, propósitos justos y deseos santos se deben alimentar no solamente como

buenos en sí mismos sino como procediendo de aquel agente celestial, de quien dependemos para nuestra santificación.

Esto es muy diferente de oponernos al pecado y de cultivar buenos sentimientos con motivo de consideraciones meramente morales, y en dependencia de nuestra propia fuerza. Esto puede ser lo que el mundo llama moralidad, pero no es lo que la Biblia llama religion. Estas consideraciones deben tener, y con el cristiano siempre tendrán, su peso debido; pero él no depende de ellas en sus esfuerzos de hacerse santo, ni fía en sus propias fuerzas. La vida que vive es por la fé en Jesu-Cristo, y se mantiene aquella vida por una constante referencia al Espíritu Santo y por dependencia de El. Porque suponer que podemos hacernos santos por nuestras fuerzas es tan incompatible con la religion del Evangelio, como el que podamos justificarnos por nuestras propias obras.

Recibimos las comunicaciones del Espíritu Santo principalmente por la eficacia de la oracion. La oracion no es un mero instinto de una naturaleza subordinada pidiendo ayuda del autor de su ser; ni se debe considerar simplemente como una expresion natural de la fé y del deseo, ni como un modo de comunicacion con el Padre de nuestros espíritus, sino debe estudiarse tambien como el modo señalado de obtener el Espíritu Santo. “Si vosotros, siendo malos, sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos ¡cuanto más vuestro Padre que está en los cielos dará el Espíritu á los que le pidan!” De aquí es que somos exhortados á ser constantes y persistentes en la oracion, pidiendo especialmente aque-

llas comunicaciones de la influencia divina, por las cuales se mantiene y promueve la vida de Dios en el alma.

La doctrina de que el Espíritu Santo obra en el pueblo de Dios así el querer como el hacer por su santa voluntad, no es incompatible con el uso diligente de todos los medios racionales y bíblicos, por parte nuestra, para crecer en la gracia y en el conocimiento de Dios. Porque aunque el modo de la influencia del Espíritu es inescrutable, sin embargo, es la influencia de un ser racional sobre un objeto racional. Se describe como un procedimiento que ilustra, enseña y persuade; términos todos que suponen un objeto racional, conmovido también de una manera racional. Por tanto, la morada interna del Espíritu en el pueblo de Dios no hace inútil su propia agencia. Obra excitándolos á que obren. Así se nos exige que hagamos lo que se dice que El hace por nosotros, y en efecto debemos hacerlo. Creemos, aunque la fé es la operacion de Dios; nos arrepentimos, aunque el arrepentimiento es don de Cristo. Amamos, aunque el amor, la benignidad, la bondad y todas las otras gracias son frutos del Espíritu. La obra de santificacion se promueve al ser nosotros así conducidos bajo esta influencia divina á manifestar disposiciones y sentimientos buenos. La comunicacion con Dios por una hora produce una impresion que nunca se borrará; hace al alma para siempre ménos susceptible al mal y más susceptible al bien. Y como el Espíritu Santo siempre está excitando al alma al ejercicio de la santidad é introduciéndola á la comunicacion con Dios, la hace de esta manera más y más santa, y la prepara mejor para la santidad perfecta del cielo.

Este ejercicio santo se produce principalmente por la contemplacion de la verdad, por la adoracion de Dios, y por el cumplimiento del deber. Toda clase de pensamientos y de afectos suponen un objeto en que terminan, y que, cuando se presenta, propende á excitarlos. No podemos temer á Dios, si su santidad y poder no están presentes al entendimiento; no podemos amarle sino en vista de su excelencia y bondad; no podemos creer á ménos que contemplemos su palabra; ni esperar si no meditamos sobre sus promesas.

Es muy irracional que esperemos el ser conforme á la imágen de Dios, si la verdad respecto de El no obra frecuente y continuamente en el alma. ¿Como puede un corazon lleno de los pensamientos y los cuidados del mundo, y especialmente el que es movido al mal por los pensamientos ó la vista del pecado, esperar que los afectos que corresponden á la santidad, á la bondad y á la grandeza de Dios, crezcan dentro de él? ¿Como puede aumentarse el amor de Cristo en el pecho de los que casi nunca piensan en El ó en su causa? Esto no puede ser sin un cambio en la naturaleza misma de las cosas; y por tanto no podemos adelantar en santidad, si no empleamos mucho tiempo leyendo y oyendo la palabra de Dios, y meditando en la verdad por la cual somos santificados. Cuanto más se contempla esta verdad, cuanto más participamos de ella, entendiendo su significado, aplicándola á nuestro caso, apropiándonos sus principios, apreciando sus motivos, regocijándonos por sus promesas, temblando por sus amenazas, levantándonos por su influencia de lo que se ve y es temporal, á lo que no se ve y es eterno; tanto más po-

demos esperar ser transformados por la renovacion de nuestra mente, para que aprobemos y amemos lo que es santo, justo, y bueno. Los hombres distinguidos por su piedad siempre han sido reflexivos, así como tambien afectos á la oracion; acostumbrados á retirar la mente de la influencia del mundo con sus mil goces y tristezas, y someterla á la de las doctrinas, los preceptos y las promesas de la palabra de Dios.

Ademas de la contemplacion de la verdad, el culto de Dios es un medio muy importante para crecer en la gracia. No incluye solo el ejercicio y la expresion de todo sentimiento piadoso que se fortalece necesariamente por el ejercicio, sino es el medio señalado de comunicarnos con Dios y de recibir las comunicaciones de su gracia. “Los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán las alas como águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.” “Bienaventurados los que habitan en tu casa; perpetuamente te alabarán. Irán de fortaleza en fortaleza; verán á Dios en Sion.” Esto es tanto asunto de experiencia como de revelacion. El pueblo de Dios siempre ha encontrado en el culto privado, social y público del Padre de sus espíritus, el medio principal de renovar su fuerza espiritual. El santuario es el templo de Dios en la tierra, cuyos servicios son preparativos para los del templo no hecho de manos, eterno en los cielos. Aquí tambien los sacramentos como medios de gracia tienen su lugar propio. Son para nosotros lo que los sacrificios y ritos de la dispensacion antigua eran para los Israelitas. Manifiestan y sellan la verdad y las promesas de Dios, y comunican á los que las reciben debi-

damente las bendiciones que representan. Por tanto, el cristiano que desea crecer en el conocimiento y en el amor de Dios, asistirá fielmente á todas las formas señaladas y en todas ocasiones al culto divino. Entrará frecuentemente en su cámara, será puntual en el santuario y á la mesa del Señor. Buscará oportunidades de comunicacion con Dios, como un amigo se comunica con otro; y cuanto más puede gozar de esta comunicacion, tanto mejor será preparado para aquella perfecta comunicacion con el Padre de las luces, la cual constituye la felicidad del cielo.

Por último, para ser buenos, debemos hacer bien. Se ha dicho falsamente que la accion es el todo de la arte oratoria; y se ha supuesto con igual falsedad que la accion es el todo de la religion. No hay ninguna elocuencia en la accion excepto que exprese el pensamiento y el sentimiento; y no hay religion en los actos externos, si estos no están llenos de un espíritu piadoso, ni guiados por El. Solo manteniendo nosotros tal espíritu pueden tener las obras externas alguna significacion ó algun valor. Tal vez es una de las tendencias malas de nuestros tiempos echar la religion fuera de las puertas, no concederle otro hogar sino la calle ó la asamblea pública; rehusarle todo alimento excepto la excitacion de profesiones clamorosas y de manifestaciones externas. Esto es destruir su poder. Es excluirla del origen de su fuerza, y transformar al manso y santo visitador del cielo en el habitante bullicioso é inquieto de la tierra. Es mucho más fácil ser religioso exterior que interiormente, y ser activo en los deberes de la iglesia que guardar el corazon con toda

diligencia; y estamos por consiguiente en peligro de preferir la forma de religion ántes que su poder. El mismo amor de excitacion y el deseo de ser activo que hacen á los hombres asiduos en las ocupaciones mundanales, puede, sin cambiar sus caracteres, hacerles activos en las cosas de religion. Pero si hay peligro en esta direccion, hay igual en la otra. Aunque la religion no consiste en los actos externos, siempre los produce. “El que tuviese bienes de este mundo y viere á su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas ¿como está el amor de Dios en él?” El amor de Dios no puede dejar de producir obediencia á sus mandamientos, así como tampoco el amor maternal no puede dejar de producir la vigilancia y el cuidado de su niño. Por tanto, si alguien tiene religion que se emplea en ejercicios que se relacionan exclusivamente con su propia salvacion, esta es vana. Y sin duda muchos cristianos andan cojeando toda su vida, porque fijan demasiado su atencion en sí mismos. Es solo por el ejercicio simétrico de todas las gracias, de fé y amor hácia Dios, y de justicia y benevolencia hácia los hombres por lo que la salud del alma puede mantenerse ó promoverse. No es meramente porque el ejercicio de la benevolencia fortalece el principio de la benevolencia por lo que hacer el bien propende á hacer mejor á los hombres, sino porque Dios ha ordenado que el que saciare, él tambien será saciado. El destila su gracia sobre los que obran para el bien temporal y espíritual de sus semejantes, y que siguen el ejemplo del bendito Redentor, caminando con Dios entre tanto andan haciendo bienes.

La religion verdadera, como la encontramos descrita en la Biblia, no es ni una ostentacion, ni una ebullicion de sentimientos. Es un principio permanente, espontáneo, y progresivo de vida espiritual, que influencia á todo el hombre y produce todos los frutos de justicia. No es una sola disposicion buena, sino la raiz y el origen de toda clase de sentimientos y de acciones buenas, manifestándose en el amor y la obediencia á Dios, en la justicia y la benevolencia hácia el hombre, y en el gobierno propio de nosotros mismos. Esta vida divina nõ puede ni obtenerse ni continuarse por ningunos meros esfuerzos de la razon, ó de la conciencia, ni por ninguna observacion supersticiosa, sino procede de nuestra union con Cristo que hace morar en todos sus miembros á su Espíritu Santo. Para promover esta vida divina, es nuestro deber evitar todo lo que propende á entristecer al Espíritu de toda gracia, y hacer todo por lo cual su influencia sagrada sobre el corazon se puede retener. Por medio de esta influencia somos santificados, porque nos induce á ejecutar todas las disposiciones santas en la contemplacion de la verdad, en el culto de Dios y en el cumplimiento de todos nuestros deberes hácia nuestros semejantes.

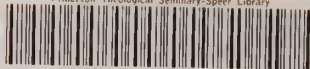
Este volúmen modesto, destinado para el uso de los jóvenes ilustrados, fué escrito con el objeto de imprimir en sus lectores aquellas grandes verdades de revelacion que se unen inmediatamente con la religion práctica. Hemos tenido por objeto convencerlos de que todo escepticismo en cuanto á la autoridad divina de las Escrituras no tiene excusa, pues la Biblia lleva con ella sus credenciales. Hace tal revelacion del carácter de

Dios, de la regla del deber y del plan de la salvacion, que demanda asentimiento inmediato y sumiso á su verdad y bondad. Manifiesta al Redentor como el Hijo de Dios y Salvador de los pecadores, en quien la gloria de Dios se revela de tal manera que los que rehusan reconocerlo como su Dios y Salvador rehusan conceder á la excelencia infinita su confianza y su obediencia. Para que toda boca se tape, la Biblia, así llena de la evidencia de su origen divino se confirma como la palabra verdadera de Dios por toda clase de pruebas adecuadas que se encuentran en los milagros, en las profecías y en la historia.

Siendo establecida la autoridad divina de las Escrituras, la gran cuestion que se ha de resolver por todos los hombres que las conocen es ¿Qué enseñan respecto del plan de salvacion y de la regla de deber? Ha sido nuestro designio ayudar al lector á contestarse esta pregunta á sí mismo; enseñarle que la Biblia declara que todos somos pecadores, y que como tales hemos perdido el favor de Dios, y no podemos conseguir nuestra propia redencion. Cuando sentimos que esto es cierto en cuanto á nosotros, somos convencidos de pecado y somos constreñidos irresistiblemente á preguntar ¿que es menester que hagamos para ser salvos? Las Escrituras contestan esta pregunta mostrando á Jesu-Cristo como nacido de muger, hecho bajo la ley, satisfaciendo sus exigencias, muriendo el Justo por los injustos, resucitando de los muertos y ascendiendo á lo alto donde vive por siempre para interceder por nosotros. Nos enseña que no es por alguna cosa hecha ó experimentada por nosotros, sino solo por lo que Cristo ha hecho

por nosotros, por lo que somos justificados á la vista de Dios; y que para ser salvos por Cristo, debemos aceptarlo como nuestro Salvador, no procurando establecer nuestra propia justicia, sino someternos á la justicia de Dios. Los que así creen al mismo tiempo se arrepienten, es decir, vuelven del pecado hácia Dios por medio de Jesu-Cristo. Ahora son sus adeptos y se declaran como tales confesándole delante del mundo y asistiendo devotamente á las ordenanzas que El ha ordenado como los medios de reconocer nuestra lealtad hácia El y de comunicarnos su gracia. Las Escrituras enseñan además que nuestra obra solo se comienza cuando háyamos renunciado al mundo y nos háyamos unido al Señor. La vida espiritual empezada en la regeneracion, se promueve por el Espíritu Santo que mora en todo el pueblo de Dios, enseñándoles á esperar de Jesu-Cristo como su cabeza viviente, todo el auxilio de gracia y toda la proteccion que sus circunstancias requieren. Así son lavados, santificados y justificados en el nombre del Señor Jesus y por Espíritu de nuestro Dios; y siendo hechos aptos para la herencia de los santos en luz, serán admitidos al fin en la presencia dichosa de Dios, y gozarán las comunicaciones perfectas de su gracia y amor por todos los siglos.

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 01004 2325